



La niña que hacía
hablar a las muñecas

Pep Bras

Lectulandia

A comienzos del siglo XX, una fuerte tormenta hace encallar un trasatlántico procedente de Barcelona ante la isla brasileña de Ilhabela, un paraíso casi virgen en el que sus humildes habitantes viven apaciblemente rodeados de una naturaleza exuberante y mitos como el del poderoso jaguar Gápanemé. El joven Joan Bras, que sobrevive casi milagrosamente al naufragio vivirá una apasionada historia de amor con Catarina, la atractiva viuda que ejerce los oficios de doctora en la isla.

Así arranca *La niña que hacía hablar a las muñecas*, una novela épica por cuyas páginas veremos desfilar artistas de la ventriloquia y del ilusionismo, románticos que sueñan con dar a conocer la genialidad de Gaudí por el mundo, asesinos que no lo parecen, secretos inconfesables y mujeres que se enamoran del hombre equivocado. Un viaje plagado de emociones que culmina en el fascinante y cosmopolita París de los años 20.

Lectulandia

Pep Bras

La niña que hacía hablar a las muñecas

ePub r1.0

17ramsor 13.04.14

Título original: *A mi iaia Sión. Ella y mi padre me hicieron escritor.*

Pep Bras, 2014

Diseño de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi iaia *Sión*. Ella y mi padre me hicieron escritor.

«Es curioso cómo trabaja la memoria, cómo recordamos a nuestra manera, convirtiendo en ficción lo que en otro tiempo fue realidad. Por lo menos así sucede en las familias. Se inventan historias no solo para ilustrar o educar, también para compartir creencias, para legar tradiciones o para acordarse de los antepasados».

Kirmen Uribe, *Bilbao-New York-Bilbao*

«Todo tiene raíces en el pasado, en nuestras madres, en nuestros padres y en los padres de nuestros padres. No somos más que marionetas, nos mueven los hilos de los que nos precedieron, y algún día nuestros hijos tendrán que bailar como les dicten nuestros hilos».

George R. R. Martin, *Tormenta de espadas. Canción de hielo y fuego 3*

«Todo va depositándose indeleblemente en el pasado».

Don DeLillo, *Submundo*

Prólogo

Es difícil saber en qué momento exacto de la mañana del 14 de agosto de 1909 mi bisabuelo, Joan Bras, que por aquel entonces contaba veintidós años, llegó aparentemente muerto a la más pequeña de las playas del nordeste de Ilhabela. Hace un siglo, el tiempo no tenía la importancia de hoy en día, y menos para los nativos de la isla, que, inmunes al subyugador invento del reloj, solían guiarse por la posición del sol y por su instinto. Si tenían hambre, era la hora de comer; si los vencía el sueño, el momento de una larga siesta.

Había llovido toda la noche. Empezó como suelen hacerlo las tormentas tropicales, no con un medroso trueno de advertencia y la sombra de unos nubarrones que se extienden palmo a palmo hasta ocultar por completo la luna, sino repentinamente, casi a traición. La noche era silencio y al minuto siguiente una cascada manaba con furia desde el cielo como si un dios juguetón, enloquecido, hubiera hecho estallar un gigantesco globo de agua sobre su creación.

Por la mañana hacía un calor sofocante. Dandhara andaba a paso ligero por la estrecha senda que bordeaba la costa y que comunicaba su aldea con la de Guanxuma, donde vivían el *avô* Jairo y la *vovó* Maísa. Iba descalza, y sus menudos pies se iban ensuciando de barro hasta los tobillos dando la impresión de que llevaba unos toscos calcetines de color cacao. Iba tarareando en voz baja, en un susurro, los versos que le había enseñado su madre hacía un par de inviernos, cuando Dandhara empezó a visitar sola a sus abuelos maternos. *Mãe* le había dicho que era una canción mágica para perder el miedo al gran *onça-canguçu*, el jaguar de la isla. Decía así:

Soy invisible ante tus ojos,

no puedes verme,

Gápanemé.

Mi olor se confunde

con la savia de los árboles.

No puedes olerme,

Gápanemé.

Si hago ruido al respirar,

se desvanece en tus oídos.

No puedes oírme,

Gápanemé.

Y si intentas atraparme,

volaré con el viento

y morderás tu propia cola,

estúpido Gápanemé.

Así que no intentes

llenar hoy tu gran panza conmigo.

*Hoy no es una buena idea,
Gápanemé.
Mañana será otro día.*

Dandhara no había dejado de repetir la canción desde que salió de Serraria y, sin embargo, seguía muerta de miedo. Pensaba en todas las historias que le habían contado los mayores acerca de Gápanemé, como la de aquella vez en la que los de Tres Tombos, hartos de encontrar muerto el ganado, enviaron a la jungla a una docena de sus mejores cazadores armados con lanzas y antorchas.

No fueron rivales para Gápanemé. Durante cuatro largos meses se dedicó a jugar con ellos al gato y al ratón, los fue devorando uno a uno hasta que, al final, solo quedó el más joven. Se llamaba Tárccio y era el primogénito del jefe de la aldea. Desde pequeño había sido entrenado como guerrero, así que logró superar el agotamiento y, una fría noche sin luna, trepó hasta el punto más alto del pico de São Sebastião. Allí hizo una inmensa hoguera para que Gápanemé pudiera distinguir el resplandor desde cualquier punto de la isla. Aferró su lanza y se sentó a esperar. Estaba amaneciendo cuando el jaguar apareció por fin, se acercó y le habló con voz humana.

—Valeroso Tárccio —le dijo—, he decidido darte una oportunidad. Cerraré los ojos y contaré hasta diez. Tú corre lo más rápido que puedas y trata de esconderte.

Cuando el jaguar se puso a contar, Tárccio le arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Apuntaba al corazón, pero Gápanemé debió de intuir la muerte porque, en el último segundo, dio un salto hacia atrás y la lanza se le clavó en el ojo izquierdo.

Según la leyenda, Gápanemé lanzó un rugido tan atronador que hizo temblar de norte a sur y de este a oeste todo el territorio, dividiéndolo al instante en las islas de São Sebastião, de los Búzios, de la Vitória y de los Pescadores, y en los islotes de las Cabras, de la Sumítica, de Serraria, de los Castelhanos, de la Figueira y de las Enchovas. Eso ocurrió siglos antes de que el archipiélago (y, por extensión, su isla mayor, São Sebastião) se llamara Ilhabela; antes de que fuera proclamado municipio independiente con el nombre de Vila Bela da Princesa (Vila Bela da Sereníssima Princesa Nossa Senhora, para ser exacto), en homenaje a la princesa de Beira, la infanta doña Maria Teresa Francisca de Assis Antónia Carlota Joana Josefa Xavier de Paula Micaela Rafaela Isabel Gonzaga de Bragança, hija mayor de don João VI y doña Carlota Joaquina, hermana de Pedro IV, el Rey Soldado, quien proclamó la independencia de Brasil. Ocurrió cuando los nativos de la isla aún la llamaban orgullosamente Ciribaí, que significa «lugar tranquilo». Antes de que llegaran los primeros exploradores portugueses para fastidiarlo todo. Así de viejo, de eterno, era Gápanemé.

Herido doblemente, aunque más en su orgullo, el gigantesco felino se irguió sobre

las patas traseras al tiempo que se arrancaba la lanza de un zarpazo, como si espantara un moscardón.

—¡Estúpido humano tramposo! —masculló entre dientes.

Tárcio pudo inhalar su aliento cálido y putrefacto cuando el jaguar se acercó a un palmo de él y le contempló con su único ojo. Estuvieron así durante horas, inmóviles y callados el uno frente al otro, hasta que, simplemente, Gápanemé se dio la vuelta y desapareció.

Dandhara comprendía muy bien la moraleja de esa historia: la única forma de vencer a un enemigo invencible consiste en no mostrarle tu temor. Claro que Tárcio tenía una lanza y sabía cómo usarla. «Así es fácil convertirse en héroe», pensó la niña. Pero ¿qué haría ella si el malvado *onça-canguçu* aparecía de repente y le decía que iba a contar hasta diez?

De pronto lo supo. Podía arrojarle una piedra al ojo bueno.

*Soy invisible ante tus ojos,
no puedes verme,
Gápanemé.*

El jaguar se enfadaría mucho, eso seguro, pero para entonces ya estaría ciego. Era un buen punto de partida para equilibrar el combate. A Dandhara se le iluminó la carita, esperanzada, mientras se detenía a recoger un par de piedras del camino. Las sopesó pensativa, una en cada mano, dejó que se adaptaran a sus palmas y trazó un arco con los brazos imitando el gesto de lanzarlas. Acabó escogiendo la menos pesada, la que tenía el tamaño de un maracuyá y estaba llena de aristas cortantes. Soltó la otra. Sabía que si fallaba el tiro no tendría una segunda oportunidad.

Levantó la cabeza, dejándose deslumbrar por el reflejo del sol sobre el infinito manto de azules del Atlántico. Se hallaba cerca del borde del escabroso acantilado que resigue toda esa parte de la costa. Justo enfrente surgía el islote de Serraria, del que la aldea de la niña tomaba prestado el nombre. Con su forma de volcán recubierto de vegetación parecía un orgulloso pezón verde que flotaba en el horizonte.

Dandhara creyó oír un ruido a sus espaldas.

Fue un crujido casi imperceptible que le provocó un escalofrío. Se imaginó a Gápanemé acercándose, sigiloso, con sus horribles fauces a punto de despedazarla. Casi le pareció notar una vaharada de aliento cálido en la nuca. Sintió el impulso de salir corriendo, pero en vez de eso tragó saliva, apretó bien fuerte la piedra en su mano buena, la zurda, y se dio la vuelta.

No había nada.

Solo el solitario sendero que acababa de recorrer, las huellas de sus pisadas en el barro.

Rápidamente, Dandhara dirigió la vista al otro lado. Allí estaba la jungla, la jungla oscura, inexpugnable. Contuvo unos segundos la respiración, intentando detectar el más leve sonido. Nada, excepto un lejano coro de gaviotas que se entretejía con el rumor de las olas. Aliviada, suspiró y volvió a ponerse en marcha. No se sentía cansada, y eso que había recorrido buena parte del camino. Recordó que a continuación venía el tramo más duro, una empinada cuesta de unos doscientos o trescientos metros. Al llegar arriba, el sendero giraba bruscamente a la derecha y empezaba a descender hasta la zona de las playas.

*Y si intentas atraparme,
volaré con el viento
y morderás tu...*

Enmudeció de pronto, porque esta vez estaba segura de haberlo oído. Una rama quebrándose. Muy cerca, mucho más que antes. Alguien o *algo* estaba siguiéndola.

Le sobrevino el pánico y se puso a correr, tratando de sincronizar el ritmo de sus huesudas piernecitas con el del corazón, que parecía haberse vuelto loco. La abuela solía contarle que los latidos humanos provienen de un pequeño renacuajo con hipo que vive en nuestro pecho, y que cuando le damos un susto y el hipo se le pasa, se pone tan contento que empieza a brincar. Si aquello era cierto, el renacuajo de Dandhara amenazaba con fugarse por la boca en cualquier momento.

Llegó jadeando al final de la cuesta e inició el descenso. La tormenta de la noche anterior se había cebado aún más en aquel tramo del sendero, convirtiéndolo en un tobogán plagado de trampas. Dandhara no conseguía dar diez pasos seguidos sin patinar, y si milagrosamente conseguía mantener el equilibrio, no tardaba en hundirse en algún charco que le llegaba a las rodillas. Cayó cien veces, y otras tantas se levantó al instante para seguir corriendo. En una de esas caídas perdió la única arma en la que confiaba para derrotar al enemigo, su piedra-maracuyá. Estaba tan concentrada en huir que ni siquiera se dio cuenta de la pérdida hasta que esbozó el gesto recurrente de apretar la mano izquierda para insuflarse ánimos. Entonces las piernas empezaron a flaquearle, se vio a sí misma rebozada de barro de la cabeza a los pies, sangrando por codos y rodillas, y se sintió ridícula e indefensa, tan irremediadamente perdida que ya solo tuvo fuerzas para buscar asiento en el suelo, se tapó los ojos con las manos y esperó.

Confiaba en que Gápanemé, misericordioso, le concedería una muerte rápida, pero en vez de eso pasaron los segundos, lentamente, sin que ocurriera nada. Consiguió llenar de aire los pulmones y se decidió, por fin, a echar un vistazo.

Lo primero que vio fue dos pequeños y malignos ojos amarillos clavados en los suyos.

Se encontraban a su misma altura, cerca, muy cerca, a poco más de un metro. El animal parecía observarla con curiosidad. Probablemente lo había atraído el llanto inconsolable de la niña; puede, incluso, que aquella sucesión de entrecortados gimoteos le hubiera recordado el lenguaje de su propia especie y se estuviera preguntando qué trataba de comunicarle esa extraña criatura sin plumas y con boca en vez de pico.

Viéndose descubierta, la enorme gaviota cocinera, tan alta como un perro, extendió instintivamente sus alas negras al tiempo que abría el pico ganchudo, dispuesta a repeler cualquier ataque. Solo cuando comprobó que la niña seguía mirándola perpleja, sin signos de hostilidad, decidió bajar la guardia, se dio la vuelta y empezó a alejarse, chapoteando graciosamente en el barro con sus pies palmeados. Dandhara tardó en darse cuenta de que en todo ese tiempo no había parado de temblar. Y, sin embargo, la sensación de pánico ya había pasado. Supo que no habría ni rastro del jaguar incluso antes de echar un vistazo a su alrededor.

«Eres tonta», pensó, avergonzada.

Se puso trabajosamente en pie. Le dolían los huesos, cada músculo del cuerpo. Su primer pensamiento fue que nunca, bajo ningún concepto, contaría a nadie lo que acababa de ocurrirle (ni siquiera a su madre, aunque *mãe* sabía guardar un secreto). Sería el hazmerreír de sus amigas.

La gaviota volvía a mirarla con recelo. Lanzó un chillido desafiante.

—¿Y ahora qué te pasa?

Se fijó en su pico. Tenía una mancha que resplandecía con el sol. Una pequeña mancha roja en forma de estrella que empezó a gotear. Dandhara hizo un mohín de repugnancia. Justo en ese instante la gaviota alzó el vuelo y desapareció en dirección a la playa, trazando en el aire la misma curva del sendero. La niña tuvo un mal presentimiento y se apresuró a seguirla.

Tal vez la escena que contempló habría sido más soportable si el océano hubiera escogido cualquier otra playa del nordeste de Ilhabela para depositar su macabro cargamento. Pero Praia Pequena, que desde ese día sería conocida como Praia da Caveira (la playa de la calavera), medía menos de cincuenta pasos por diez.

Por su parte, el *Príncipe de Barcelona*, el trasatlántico en el que viajaba mi bisabuelo, era uno de los más grandes de la época. Medía ciento sesenta metros de eslora por veinte de manga y diez de puntal. Disponía de una biblioteca estilo Luis XVI con estanterías de caoba y butacas de cuero remachadas. El suelo del salón de baile, al que se accedía por una lujosa escalinata desde el vestíbulo, estaba totalmente cubierto de alfombras persas. En la cubierta de primera clase había coloridas vidrieras para proteger al pasaje del viento; y el comedor, decorado con paneles de roble japonés, recurría a una soberbia cúpula central para franquear el acceso a la luz natural durante todo el día. Orgullo de la compañía española Pinillos, había sido

construido dos años antes en los astilleros de Kingston, Glasgow, Escocia, y contaba con las más modernas medidas de seguridad de la época, como compartimentos estancos, una doble capa en toda la extensión del casco y varios tanques de lastre de agua que podían llenarse o vaciarse ante cualquier imprevisto. Según los navieros, era imposible que se hundiera. Obviamente, no habían previsto una noche de tormenta cerca de la costa brasileña.

Años después, cuando me dediqué a recopilar información sobre el naufragio, descubrí que la tragedia podría haber sido aún mayor. El vapor tenía una capacidad para ciento cincuenta pasajeros en primera clase, ciento veinte en segunda y mil quinientos en tercera. Un total de mil novecientas víctimas potenciales, incluyendo a la tripulación. Por suerte, en el que sería su último viaje solo iban a bordo cuatrocientas cincuenta y siete.

Aun así, seguían siendo demasiadas para una playa tan pequeña.

Dandhara llegó persiguiendo a la gaviota, y la imagen que se encontró allí se le quedaría grabada en el cerebro como la marca al fuego de una res. Permaneció durante un largo tiempo inmóvil, boquiabierto, sin ser consciente de las lágrimas que iban brotando de sus ojos y de los brincos cada vez más salvajes del pequeño renacuajo de su pecho. Cuando al fin pudo reaccionar, se dio la vuelta y salió corriendo en busca de ayuda.

Primera parte
Ilhabela
1909-1920

1. El jinete sobre las olas

La noticia del naufragio no tardó en propagarse por la isla. Hombres y mujeres de todas las aldeas (desde la Ponta da Pirabura a la de las Canas y desde Poço a Sepituba) acudieron de inmediato a Praia Pequena, y fueron muchos los que renegaron de su dios, por atroz, al contemplar aquellas aguas tinturadas de escarlata y la espeluznante muralla de cuerpos que se amontonaba en la orilla. Otros, sobre todo pescadores, optaron por rezarle con más fervor que antes, temerosos de que en la próxima tormenta fuera su barca la que se fuese a pique.

Catarina estaba atendiendo un parto complicado y llegó más tarde que la mayoría, con el sol a punto de asfixiarse bajo los velos del crepúsculo. Se encontró a un montón de vivos muy nerviosos que iban de acá para allá, rogando o maldiciendo, y a un montón mucho mayor de muertos que nadie atendía.

—¡Oídmeme! —gritó hasta desgañitarse—. ¡Los cadáveres propagan enfermedades infecciosas! ¡Hay que enterrarlos ahora mismo!

Pero reinaba tanta confusión que nadie parecía escucharla. Entonces tomó una decisión: abrió su macuto de primeros auxilios repleto de vendajes, jarabes medicinales y tarros de ungüentos para heridas y picaduras de todo tipo, y extrajo del fondo el pesado Colt Single Action Army que siempre llevaba consigo. Lo cogió con respeto, agarrándolo por el cañón, en cuya parte superior podía leerse: «COLT'S PT. F.A. MFG CO. HARTFORD CT. U.S.A»..

Nunca había necesitado dispararlo. Ni una sola vez en cinco años, desde que lo heredara de su marido. «Prométeme que sabrás usarlo cuando sea necesario», le había suplicado José en su lecho de muerte. Y Catarina le había dicho que sí para que se fuera tranquilo de este mundo.

Para José siempre fue más que un simple revólver. Desde el momento en que lo aceptó como regalo de un yanqui trotamundos al que acababa de curar de una mordedura de serpiente (la más ponzoñosa de la isla, la *surucutinga*), el Colt fue su juguete tardío, su amuleto, un refugio al término de cada jornada. Podía pasarse horas limpiándolo, estudiando minuciosamente el mecanismo de funcionamiento. Una vez, incluso, lo desmontó de arriba abajo, solo para mostrarle con orgullo que hasta la pieza más insignificante llevaba grabado el número de serie. Catarina nunca compartió su entusiasmo. Le parecía absurdo que alguien tan bueno como su esposo, el mismo hombre que dedicaba su vida a procurar salvar la de los demás, sintiera aquel delirio por un chisme ideado para causar la muerte.

Recordaba todo aquello con cierto poso de melancolía mientras escogía una roca lo bastante alta para que todos pudieran verla. Se encaramó como pudo y, apretando con fuerza los dientes, apuntó al cielo y apretó el gatillo.

Un centenar de rostros se volvieron para mirarla.

—Gracias de antemano por el esfuerzo —dijo—. Nos espera mucho trabajo.

No fue sencillo decidir dónde enterrarlos. Muchos pretendían hacerlo en la misma playa, y Catarina tuvo que explicarles pacientemente por qué no serviría de nada cubrir con fina arena tantas toneladas de carne en proceso de putrefacción. Al final escogieron una explanada de tierra oscura y arcillosa que se hallaba relativamente cerca, a medio camino entre Praia Pequena y Guanxuma. Tenía la forma de un círculo casi perfecto, de unos doscientos pasos de diámetro. Los más ancianos se santiguaban seis veces antes de pisar aquel terreno negro, al que llamaban «O Fogo do Céu». El fuego del cielo. Hablaban de una gigantesca esfera en llamas que habían visto caer ahí hacía mucho tiempo, cuando el lugar aún lo ocupaba la frondosa jungla.

Esa noche, en Ilhabela solo durmieron los enfermos y los más ancianos. Acatando las instrucciones de la *doutora* —nadie en la isla llamaba a Catarina por su nombre de pila—, los hombres formaron grupos de tres y se jugaron a la rama más larga la labor que les correspondía. El ganador se ocupaba de cavar, los otros dos, del traslado de los cuerpos. Al principio intentaron cargarlos como fardos en sus carros, pero el inhumano peso de los ahogados hacía que las ruedas se hundieran en el lodo. Resignados, acabaron trajinando a cada muerto a pie, agarrándolo por tobillos y muñecas.

Niños de todas las aldeas, mitad acongojados y mitad eufóricos por la novedad de la aventura nocturna, repartieron antorchas a lo largo del camino, una cada quince pasos (más o menos la misma distancia que, en el mundo modernizado del continente, separaba las primeras farolas eléctricas de la Rua do Comércio de São Paulo), y luego iban y venían correteando como cabras por el sendero, empapándose de luces y sombras fantasmagóricas, sin saber muy bien qué más hacer, riendo o cantando a pleno pulmón o jugando a perseguirse y a tirarse piedras, molestando, en fin, a los mayores, que ya tenían bastante con su fúnebre carga.

Por su parte, las mujeres, que a diferencia del sexo opuesto rara vez necesitan consejo para organizarse, fueron a sus casas y regresaron al poco tiempo carreteando grandes ollas y sartenes repletas de comida. Anunciaron su llegada perfumando hasta el último rincón de la isla con una sinfonía de aromas deliciosos: frijoles cocidos con harina de mandioca; *moqueca* de gambas frescas condimentadas con cilantro, limón, cebolla y leche de coco; *vatapá* de pargos y corvinas en salsa de yuca, tomate y aceite de palma; *carurú* de verduras cocidas y gratinadas con pimientos y camarones. Algunos hombres dejaban de cavar de pronto, olían a su alrededor y, al reconocer en el aire la crujiente *farofa*, el toque a jengibre del *xinxim de galinha* o los peculiares dulces de guayaba de sus esposas, sonreían como enamorados. A alguno se le oyó exclamar con orgullo:

—¡Ya llega mi mujer, mi amada, mi tesoro!

Nueve meses después, Catarina se vería obligada a atender más partos que en

todos los años que llevaba en Ilhabela. Entonces recordaría esa noche, *a noite do grande enterro*, como la llamarían los nativos, y se alegraría de que por lo menos algunos hubieran sabido extraer un momento de dicha entre tanta catástrofe.

Con las primeras luces del alba ya casi habían terminado. En Praia Pequena quedaba una docena escasa de cadáveres. Se confundían con algunos hombres que, incapaces de dar un paso más, iban desplomándose sobre el blanco colchón de arena y ya no se movían. Las mujeres regresaban a sus aldeas con los niños, niños mustios, sin alma, huérfanos de sueño, la antítesis de lo que habían sido al comienzo de aquella larga noche.

A Catarina la planta de los pies la torturaba más que un dolor de muelas. Había hecho y deshecho un centenar de veces el camino entre la playa y la explanada negra, dando instrucciones, jaleando continuamente a todo el mundo, relevando a los que flaqueaban.

—¡Un último esfuerzo! —gritó, aunque en realidad se lo decía a sí misma—. Tenemos que terminar antes de que el sol esté en lo alto.

Oyó un murmullo de voces a su espalda, se dio la vuelta y vio que todos señalaban hacia el océano, desconcertados. Entonces, al forzar la vista, pudo distinguir sobre la línea del horizonte una silueta a contraluz. Parecía enmarcada por la corona de lava del disco solar.

Era un jinete que cabalgaba sobre las olas.

Al ver aquella imagen prodigiosa, el pobre Adonaldo Souza, que durante cincuenta y cuatro años había sido considerado uno de los habitantes más sensatos de Guanxuma, perdió los papeles por primera vez en su vida; palideció como la cera y empezó a temblar y a santiguarse frenéticamente.

—¡Virgen Santa! Es el diablo, que viene a reclamarnos a sus muertos. Y al no encontrarlos nos tomará como rehenes.

Temiendo que aquella disparatada interpretación prendiera en los otros isleños, Catarina decidió coger el toro (el demonio, en este caso) por los cuernos.

—Mira, Adonaldo —le dijo al alborotador—, yo no creo que sea Satanás. Pero por si acaso lo fuera, tú y yo vamos a acercarnos a negociar con él.

—Ni lo sueñe, doctora.

—No te lo estoy consultando.

Y así, por segunda vez en su vida, no tuvo más remedio que empuñar el revólver de su esposo. Vio como Adonaldo tragaba saliva, acobardado, y eso le dio ánimos a ella para volverse hacia los otros y rubricar el farol.

—Y vosotros, ¡terminad pronto el trabajo o seré yo quien, a la vuelta, os mande de cabeza al infierno! —gritó, mientras se preguntaba si aquel tono de pistolero bravucón sonaría convincente en sus labios.

Al parecer sí, porque todos corrieron a obedecerla.

Adonaldo y Catarina subieron a una barca. Él se puso a los remos en la proa, de espaldas a la visión que tanto pavor le producía, y ella le iba guiando. «Un poco más a tu izquierda —le decía—; cuidado con esa roca; sigue así, ahora queda justo enfrente». A él se le iba desencajando más y más el rostro a medida que se alejaban de la orilla.

—Recapacite, por favor, doctora. ¿No ve que un caballo de este mundo se hundiría en el océano? A la fuerza debe de ser un mal presagio.

—Ya veremos. Tú sigue remando.

Caballo y jinete se encontraban más lejos de lo que Catarina había creído en un principio. El sol tuvo tiempo de abandonar por completo su escondrijo nocturno, y comenzó a reinar sobre un cielo azul diáfano, sin rastro de legañas púrpuras. El cansancio de toda la noche había causado mella en Adonaldo, que resoplaba con la boca abierta como si fuera a ahogarse de un momento a otro. A esas alturas, Catarina ya había vislumbrado que el caballo permanecía quieto, esperando mansamente su llegada, y a cada golpe de remo se hacía un poquito mayor. Sin embargo, no era eso lo que la llenaba de angustia, sino la posibilidad de que Adonaldo tuviera razón: empezaba a resultar evidente que la cabeza del jinete no podía ser humana. Era demasiado abultada en relación con el tronco y tenía una forma extravagante, como de media luna. Y lo más desconcertante: tenía pico, un pico grande y amenazador. Parecía, en realidad, la cabeza de un águila unida a un cuerpo de persona. Se sorprendió a sí misma preguntándose si las cinco balas que reservaba en el tambor bastarían para enfrentarse a aquella mutación.

El pánico no duró nada, unos segundos. De pronto pestañeó, y lo que había sido una aberrante sombra china comenzó a llenarse de detalles tranquilizadores. Pudo ver que el corcel (un animal esbelto, de largas crines y una cola que parecía el ala de un arcángel) se mantenía erguido sobre las patas traseras, como a punto de saltar un obstáculo, mientras el hombre que lo montaba le señalaba el camino con el dedo índice de la mano derecha. Lo que había confundido con una cabeza de pájaro era, en realidad, el sombrero napoleónico que llevaba calado el jinete. El descubrimiento le hizo soltar una carcajada de alivio.

—Estate tranquilo, Adonaldo. Tu demonio solo es una estatua.

La estatua, de tamaño natural, era de bronce macizo. Pesaba dos mil ochocientos setenta y cinco kilos sin el pedestal, y representaba al general José Francisco de San Martín y Matorras, héroe nacional y libertador de Argentina, Chile y Perú. Era la principal de una serie de doce que viajaba en el *Príncipe de Barcelona* como regalo del Gobierno español al presidente argentino José Figueroa Alcorta. Todas las demás acabarían en el fondo de los arrecifes, al igual que el resto de la carga: cuatro mil quinientas toneladas de cobre, mil setecientas de estaño y cuarenta y cinco mil libras esterlinas en moneda y joyas, sin contar una cantidad en oro diplomático que la

compañía de seguros del trasatlántico, la Norton-Vega & Co, nunca llegaría a precisar para tratar de evitar saqueos.

Son detalles que hoy en día constan en los libros, pero que Catarina y Adonaldo desconocían por completo. Así que debieron de sentirse intrigados al topar con aquella mole en medio del océano. Siguieron acercándose y pudieron constatar que el general y su montura no flotaban, sino que habían quedado milagrosamente incrustados en una de las grandes rocas que rodean a cientos la costa de Ilhabela. Los marinos las llaman Los Dientes del Océano, porque su mordisco es capaz de abrir una brecha en el casco de cualquier navío.

De pronto, Adonaldo dejó de remar. Se puso a contemplar la estatua en silencio, como si estudiara un jeroglífico. Catarina pensó que debía de sentirse avergonzado por su comportamiento y trató de consolarlo.

—No te hagas mala sangre —le dijo—. Yo también tenía miedo.

Por toda respuesta, él señaló la roca.

—Hay alguien ahí —murmuró.

Ella aguzó la vista. Solo entonces pudo distinguirlo a duras penas: el cuerpo exánime de un hombre tumbado boca abajo a los pies del caballo. Vestía de negro, como si hubiera intentado diluirse en la sombra de la estatua.

—Otro muerto —añadió lúgubre su descubridor.

—Tal vez —dijo Catarina—. O a lo mejor aún vive. Acércate lo máximo que puedas.

Adonaldo la miró como si estuviera loca.

—No lo dice en serio, ¿verdad? ¡Ese *diente* nos hará pedazos!

Ella soltó un largo suspiro.

—Entonces espérame aquí. No creo que tarde mucho.

En un santiamén, y ante los atónitos ojos del remero, se puso en pie y se quitó el vestido y los zapatos, quedándose en ropa interior. Se zambulló en el agua de cabeza y empezó a nadar furiosamente.

Apenas pudo dar diez brazadas.

Una ola surgida de la nada la agarró a traición por el costado. Sintió que la lanzaba contra la roca. Fueron dos golpes consecutivos, un dolor punzante en la rodilla y en el codo, igual que si la acuchillaran. Perdió el mundo de vista, dejó de nadar y empezó a hundirse. La salvó el instinto, que la obligó a palpar a ciegas bajo el agua en busca de un saliente al que aferrarse. Al momento siguiente se encontraba trepando por la roca. Llegó arriba y se desplomó.

Se quedó tumbada, oyendo los jadeos de su propia respiración.

—¿Se encuentra bien, doctora?

Levantó una mano y la movió para que Adonaldo dejara de incordiarla. Al cabo de unos segundos volvió a distinguir el azul del cielo. Echó un vistazo a sus heridas.

No parecían graves. Se incorporó despacio y contempló la estatua.

De cerca le pareció distinta, más grande, más hermosa y amenazadora. Se fijó en los dilatados ojos del caballo y creyó entrever en ellos una advertencia, la inequívoca señal de que algo, algo que iba a cambiar su vida para siempre, estaba a punto de ocurrir.

Hizo un esfuerzo por recobrar el control y se inclinó sobre el cuerpo del náufrago. Su pelo, castaño oscuro, era demasiado largo y enmarañado para pertenecer a un caballero. Tampoco la calidad de la camisa, que había sido negra en otro tiempo, y del pantalón, basto y lleno de zurcidos, hablaban demasiado bien de su nivel social. Sin contar el detalle del calzado, un par de viejas botas con las suelas raídas. Era extraño que aún las llevara, porque lo primero que hace alguien que está a punto de perecer ahogado es descalzarse para nadar mejor.

A no ser que sea demasiado tarde.

Le dio la vuelta muy despacio.

El hombre tenía los ojos abiertos y parecía mirarla fijamente.

Dos años, dos meses y siete días después, de pie frente al cura que estaba casándola, Catarina recordaría cada detalle de aquel momento extraordinario, cuando semidesnuda, herida y empapada sobre una roca en medio del océano, a la sombra de la estatua ecuestre del general José Francisco de San Martín, contempló por primera vez el rostro del que sería su segundo esposo y pensó que era el hombre más guapo al que había visto nunca.

«Qué joven es», fue lo primero que le vino a la mente.

Al contrario que Catarina, debía de estar más cerca de los veinte que de la treintena. Todo en él irradiaba fortaleza: el cuello ancho de buey, los brazos y el pecho musculosos, las manos rudas, enormes, manos de trabajador, encallecidas. Llevaba una tenue barba de un par de días que apenas le ensombrecía las facciones. Tenía las cejas demasiado pobladas, los ojos demasiado chicos y la nariz demasiado grande y torcida, de boxeador. Las orejas terminaban en punta, como las de un can de presa. Sus labios, grandes y carnosos, simplemente no encajaban; era una boca de mujer, de furcia voluptuosa, incrustada bajo las nupias de un bruto.

Y, sin embargo, nada más verle, Catarina se quedó sin aliento.

Sintió que una zarpa invisible hurgaba de pronto en sus entrañas dejándola completamente vacía, hecha una vaina, un despojo, la piel mudada de un reptil.

Conservo fotos de mi bisabuelo en esa época. Estudiándolas con atención he llegado a intuir por qué una mujer sensata como Catarina pudo enamorarse de aquel modo arrebatado de un completo desconocido que, además, era objetivamente feo. Mi teoría es que si bien por separado cada pieza del rostro de Joan era un cúmulo de imperfecciones, la suma de todas ellas era una mezcolanza de bestialidad y de sutil ternura que debía de resultar irresistible para las mujeres.

Tenía los ojos abiertos y parecía mirarla fijamente.

Con un nudo en la garganta, Catarina le bajó los párpados. Se sentía confusa, como en trance, incapaz de asimilar sus propios sentimientos. Entonces oyó a lo lejos la pregunta de Adonaldo:

—¿Está vivo?

Y pensó que tenía que mentirle, o jamás la ayudaría a trasladar el cuerpo hasta la isla.

—¡Sí, deprisa, acércate!

Nadie, ni uno solo de los isleños que aún quedaban en la playa, comprendió los motivos de la doctora para dar un trato preferente a aquel cadáver. Regresó la barca de su pequeña aventura, y cuando algunos hombres descargaron al tercer ocupante e hicieron amago de llevárselo hacia su destino lógico, la explanada de O Fogo do Céu, Catarina les sorprendió con una orden tajante:

—Este no. Lo enterraremos en el cementerio.

Y le pidió a Iago, el carpintero, que tuviera a punto un ataúd para primera hora de la tarde.

—Y esta vez, viejo avaro —precisó—, procura que la madera esté en buen estado, que todos te conocemos.

No solo hizo eso. Hizo que llevaran el cuerpo del joven hasta su casa, en las afueras de Guanxuma, y lo tumbaran sobre la cama. Allí comprobó que no llevaba nada en los bolsillos; le quitó toda la ropa, que se apresuró a quemar, y lo estuvo lavando y perfumando de la cabeza a los pies. Luego lo afeitó minuciosamente y le cortó el pelo muy corto, tarareando todo el tiempo, en un susurro, una triste melodía que sonaba a nana; parecía como si quisiera acunar al muerto. Para acabar de transformarlo en un hombre distinto, lo vistió con ropas de José: una camisa blanca de algodón con botones nacarados y el pantalón beis de lino, su favorito, el que solo se ponía en ocasiones especiales.

A las mujeres que la ayudaron les dio como excusa que aquel último naufrago era una especie de símbolo. «Enterrándolo con dignidad —les dijo— rendiremos homenaje a todas las almas desaparecidas hoy». No la creyeron, por supuesto. Y menos cuando llegado el momento, sin pestañear, Catarina pidió a los sepultureros que abrieran la tumba familiar y depositaran el ataúd anónimo junto al de su marido.

Sonó un murmullo general de desaprobación.

—Va a resultar que eran amantes —murmuraron lenguas maliciosas, con la de la arpía Maia a la cabeza.

—Tantas horas sin dormir afectan a cualquiera —trataron de disculparla sus incondicionales, que seguían siendo mayoría.

A media tarde todo había terminado. Catarina dedicó unas breves palabras de agradecimiento a todos los que habían acudido al cementerio. Les dijo que podían

sentirse orgullosos del esfuerzo realizado para proteger la isla de infecciones, y les encargó una última misión:

—Mandad a un mensajero a São Paulo para dar aviso del naufragio. No es bueno que las familias de los desaparecidos conserven más tiempo la esperanza.

Levantó la vista al cielo. El azul de la mañana había desaparecido por completo. Grandes nubarrones se acercaban rápidamente desde el norte, como un voraz alud de ceniza gris y negra.

Regresó a casa.

Nada más cerrar la puerta, las piernas le flaquearon. Tuvo que sentarse en el suelo, al tiempo que dejaba de fingir y estallaba en un llanto desgarrado. Lloró durante horas, dejando que el machete del dolor la fuera troceando poco a poco, hasta que sintió que iba a desmayarse de debilidad. Hizo un esfuerzo titánico, consiguió incorporarse y fue dando tumbos hasta la cocina. Allí comió sin apetito algo de fruta. Pensaba en su pobre marido. En lo mucho que la había amado. Recordó lo que decían los nativos, que algunos muertos muy especiales nunca terminan de alejarse de nuestro lado. Si eso era cierto, no quiso ni imaginar lo que el pobre José estaría sufriendo.

—Lo siento —murmuró, avergonzada—. Yo tampoco entiendo lo que me pasa.

Luego encendió una vela, entró en el dormitorio, se quitó la ropa y, desnuda y derrotada, se quedó temblando frente a la cama vacía.

2. La noche en la que los muertos bajaron a saludar a los vivos

Aquella noche se desató la tormenta más espantosa que se recuerda en Ilhabela. El viento parecía un lobo enloquecido aullándole a una luna sepultada entre tinieblas. A su paso cayeron árboles altos como catedrales, majestuosos gigantes que llevaban siglos reinando entre los de su especie. Arrasó docenas de chozas de madera y caña. Invadió establos, llevándose por los aires un montón de perros, gallinas, cabras, lechones y hasta una res pequeña. Pero lo peor de todo fue la lluvia. Llovió sin tregua durante toda la noche, una lluvia brutal que golpeaba como piedras los tejados, rompía las ventanas y desbordaba los torrentes. La parte noroeste de la isla fue la más dañada. Se inundaron por completo Sino, Garapocaia, Engenho, Itaquanduba y Pequeá. En Itaguaçu, dos niños intentaron cruzar una riada, fueron arrastrados y nunca más supieron de ellos.

Guanxuma tuvo mejor suerte durante la mayor parte de la noche. La aldea de Catarina estaba situada al este, en una elevada meseta en el centro de un valle. Aunque las aguas desbordadas no dejaban de rodearla, intentando frenéticamente escalar el desnivel, parecía que sus veintisiete pequeñas casas de adobe lograrían sobrevivir sin graves destrozos. Entonces ocurrió lo que con el paso del tiempo la gente del lugar llamaría «la noche en la que los muertos bajaron a saludar a los vivos».

Para entenderlo hay que explicarlo con detalle. Al cementerio se accedía a través de un tortuoso sendero de unos tres kilómetros que subía, y subía, y subía aún más y más, hasta que desembocaba bruscamente en él; era como si el camino fuera una larga frase en constante ascensión y el cementerio, su punto final. Detrás, convertida en perpetua vigilante de las almas en reposo, surgía la pared vertical del macizo de Serraria, ochenta metros de sólida roca coronados por un tupido bosque. Más que tupido: la región forestal del nordeste de la isla es una inexpugnable telaraña de árboles y plantas con miles de especies distintas. Musgos, líquenes y helechos se transforman gradualmente en espinosos yuqueríes, cañas, ortigas bravas y arbustos, y estos, a su vez, en lapachos negros de más de treinta metros entremezclados con grupos de cedros, de guatambús o del árbol que más nombres recibe en todo Brasil, el petiribí, también conocido como claraiba, freijó, louro, ajui o cascudinho. Durante las frecuentes tormentas tropicales, ese conglomerado vegetal actuaba como una sedienta esponja. Pero como todo tiene sus límites, esa noche la jungla se empachó de lluvia, y optó por vomitarla de golpe en forma de cascada.

El resultado fue devastador. En cuestión de segundos, miles y miles de litros de agua cayeron sobre el cementerio como una bomba arrasando con todo, exhumando los huesos como si fueran tubérculos, destrozando nichos y abriendo boquetes en las

criptas. Entonces el agua hizo añicos, como si fuera cristal, el muro de piedra del cementerio y, lanzando un rugido desafiante, empezó a bajar a toda prisa hacia la aldea.

Ni uno solo de los hombres, mujeres y niños de Guanxuma se quedó en su cama al oír aquel estruendo. Algunos se asomaron a la ventana, temblando y preguntando a gritos qué ocurría; otros, la mayoría, corrieron afuera, a pesar del fuerte viento y de la lluvia que dañaba como granizo. Empapados y muertos de miedo se reunieron espontáneamente en la calle principal. Era, de hecho, la única de la aldea, el núcleo del sendero que partía del cementerio y desembocaba en una pequeña zona selvática de las afueras donde solo vivía Catarina. Las otras veintiséis casas que formaban la aldea se habían construido hacía más de un siglo en ese tramo recto, de casi un kilómetro de largo, a considerable distancia las unas de las otras (existía un dicho entre los nativos: «*A ninguém gosta de cheirar o pedo no cu do vizinho*»).

Fabiano, el hijo de Iago, el carpintero, no había heredado el carácter bromista de su progenitor. Solo tenía quince años, pero una serie de desengaños amorosos lo había convertido en un ser mustio y atormentado, carne de cañón de las promesas de la fe cristiana. Fue el primero en hacerse escuchar y no se anduvo con rodeos:

—¡Es el fin del mundo! —vociferó, cayendo de rodillas con los brazos en cruz y las palmas hacia arriba—. Debemos rezar todos.

Hubo división de opiniones incluso en el seno de su propia familia. Mientras que la madre y la hermana no dudaron en sumarse a la oración, el padre se limitó a decir:

—Fabiano, a ver cuándo maduramos.

Y salió corriendo hacia la entrada de la aldea, donde tenía la carpintería. Seguramente pensó que lo prioritario era salvar sus útiles de trabajo. No llegó a tiempo. Se encontraba a unos trescientos metros de distancia cuando, de pronto, el suelo entero retumbó bajo sus pies. Iago dejó de correr y levantó la vista muy despacio.

Abrió la boca, pero no tuvo tiempo de pronunciar ni una palabra.

Todos pudieron contemplar, horrorizados, cómo la riada lo arrollaba. El agua, fuera de control, les pareció implacable, una monstruosa serpiente prehistórica dispuesta a devorar hasta la última partícula del universo que se pusiera por delante. Tardaron en reaccionar. O quizá no, quizá es que el tiempo se había suspendido como en las peores pesadillas, porque en un pestañeo, y en medio de un ruido ensordecedor, se vinieron abajo las tres primeras casas. Alguien, una mujer, soltó un chillido. Los niños la imitaron por inercia, y entonces sí, entonces todo el mundo comenzó a gritar y a correr en todas direcciones.

—¡Esperad! —gritó un anciano al que el asombro había dejado completamente petrificado—. Parece que se calma.

Eso fue lo que ocurrió. Coincidiendo con el hundimiento de la tercera casa, dio la

impresión de que la naturaleza pulsaba un resorte para que aquellas aguas endiabladas se volvieran mansas. Fue como si se deshincharan de repente. Años después, cuando Fabiano fuera ordenado sacerdote, no dudaría en atribuirse todo el mérito. Contaría que se trató, sin duda, de un milagro, el resultado de sus ruegos a Yahvé, que llegó tarde para su padre terrenal, en gloria estuviese, pero justo a tiempo de salvar la aldea.

Hubo geógrafos que dieron otra explicación, basándose en la situación estratégica de Guanxuma en la meseta litoral. Usaron un sencillo símil; dijeron que las aguas torrenciales habían bajado por un tobogán, pero que la aldea se encontraba lo bastante lejos del patio de recreo. Es decir, que la corriente llegó ya debilitada, y las primeras casas de ladrillo, que hicieron de dique, acabaron de domarla por completo.

El caso es que en Guanxuma nadie más que el carpintero perdió la vida aquella noche. Los demás se refugiaron, arracimados como insectos, en la única vivienda que tenía porche. Era un porche robusto, de madera, con su larga baranda de extremo a extremo y un par de balancines que no paraban de crujir y crujir y crujir y crujir, mecidos por la mano invisible del viento. Sus propietarios, Rai y Nathalia (dos jóvenes sin hijos, pobres como ratas pero ricos en delirios de grandeza), habían copiado todo el conjunto de un libro que ella había encontrado en la playa, una de las primeras ediciones ilustradas de *Las aventuras de Tom Sawyer*. Puede que en Estados Unidos, a orillas del Misisipi, aquel porche no llamara la atención. En Guanxuma era motivo de burla constante. Al menos aquella noche tuvo cierta utilidad.

Al amparo de la lluvia, los adultos pudieron contemplar sobrecogidos, en absoluto silencio, cómo el espeso río de barro oscuro, casi negro, se llevaba calle abajo los restos de sus antepasados. Mientras, los más pequeños, para los que la muerte no era todavía nada serio, se inventaron un juego. Consistía en dar una palmada cada vez que veían pasar una mano de esqueleto, dos palmadas si era un pie y tres si era una calavera. Si a alguno se le pasaba algo por alto o bien se confundía, tenía que escoger entre un tirón de orejas y una patada en la espinilla.

Fue uno de los niños, el que peor jugaba, el que lo vio acercarse desde lejos.

—¡Una caja de muerto! —gritó señalándola con un dedo—. ¡Y está entera!

Todos los habitantes de Guanxuma reconocieron al instante el ataúd. Al fin y al cabo, lo habían enterrado aquella misma tarde. Entonces calcularon el rumbo que llevaba la corriente y, de algún modo, los asaltó un presentimiento.

Sin decirse nada, comenzaron a seguirlo.

Catarina despertó de pronto en plena noche y recordó hasta el último detalle de lo que había estado soñando. Vivía con José en medio del océano, en la roca de la estatua. Era la misma roca y, al mismo tiempo, debía de ser mucho mayor, porque junto al imperioso general de bronce y su montura habían construido una preciosa casa de tejas amarillas rodeada por un jardín de rosales.

El sueño comenzaba en la cocina de la casa. Estaban los dos en cuclillas en el suelo, enterrando bajo las baldosas huesos de fruta infestados de gusanos.

—Hace una mañana preciosa —le decía José—. ¿Por qué no salimos al jardín?

Salían, y el cielo era tan claro que hacía daño en los ojos. De pronto, José la rodeaba por la cintura con un brazo y la tumbaba sobre la hierba húmeda.

—Te querré siempre, puta —le susurraba con una voz ronca, desagradable.

Entonces Catarina descubría que estaba desnuda y excitada, y comprendía que iban a hacer el amor. «Qué vergüenza —pensaba en su sueño—. Seguro que él nos está viendo, él siempre nos espía».

—¿De quién hablas? —preguntaba extrañado su marido, que, al parecer, podía leerle el pensamiento.

—¿De quién va a ser? ¡De Joan Bras! —le respondía ella con toda naturalidad.

Y despertó justo en ese momento, con el nombre de mi bisabuelo en los labios.

Creó oír algo, una especie de explosión muy cercana. Y gritos, un vocerío de gente asustada. Saltó de la cama y fue hasta la ventana. No vio nada. Llovía con tanta intensidad que las balas de lluvia, azotadas por el viento bajo la luz de los relámpagos, parecían un telón de plata impenetrable. Se vistió con rapidez, fue hasta la pieza principal y abrió la puerta. La tormenta era terrible. Aguzando la vista, descubrió que había algunos árboles caídos, arrancados de cuajo. Se giró hacia el viejo Ding-Dong, el muñeco de paja puesto allí para prevenirla de los ataques nocturnos de las fieras. Seguía anclado milagrosamente en el lugar de siempre, aunque en silencio. Eso no le sorprendió. Las campanillas eran pequeñas y livianas, y el fino hilo que las sujetaba al muñeco se rompía con facilidad. Seguramente hacía rato que repiqueteaban por el cielo.

Se quedó un rato en el umbral, intentando revivir detalles de su sueño que, de pronto, le parecían confusos. Pronto no supo si lo que recordaba lo había soñado de verdad o eran zurcidos de la mente tratando de urdir una historia con sentido. Entonces oyó aquel gorgoteo, más intenso incluso que el ulular del viento. Desvió la vista, intentando localizar su origen. A unos cuarenta metros pasaba el sendero que conducía hasta la aldea. Había algo oculto ahí. Una sombra que avanzaba sigilosamente hacia ella.

—¿Quién es? —gritó.

No obtuvo respuesta y dio un paso atrás. En ese momento, un rayo dibujó una grieta incandescente que rasgó de extremo a extremo el firmamento. Durante los pocos segundos en los que la noche se convirtió en día, Catarina pudo contemplar algo que la dejó desconcertada. Era una imagen que no podía ser real, no en este mundo, y que le hizo pensar que aún seguía dormida en la cama, dando rienda suelta a su absurdo sueño.

Lo que vio fue un ataúd que volaba a ras de suelo y se acercaba a toda prisa.

Cerró los párpados con fuerza y pensó: «Despierta de verdad. Ahora».

Volvió a abrirlos y se encontró a todos los habitantes de Guanxuma rodeándola. La miraban expectantes y en silencio. Parecían fantasmas bajo la lluvia. Bajó la vista y vio que allí mismo estaba el ataúd, se había detenido a un palmo de sus tobillos, como un perro faldero que esperara una caricia. Estaba tan rebozado de fango y piedras y raíces y hierbajos machacados que ni siquiera lo reconoció. Supuso que era un ataúd vacío, que su gente pretendía reprocharle algo, lo que fuera, y que había escogido aquel símbolo macabro para tratar de intimidarla. Eso la hizo enfurecer.

—¿Estáis locos? ¿Por qué me traéis esto?

La anciana Maia, una cotilla desvergonzada de más de ciento veinte kilos, se apresuró a poner los brazos en jarra, retadora.

—Nosotros no te hemos traído nada, niña insolente. El muerto se ha traído solo. Tú sabrás por qué.

Catarina abrió la boca sin saber qué responder.

Y de pronto sonó el primer golpe.

Bum.

Sonó exactamente igual que si llamaran a una puerta. Pero lo más sorprendente, y lo que hizo que todos se volvieran pálidos nada más escuchar aquel sonido, fue su procedencia: el ataúd.

Bum, bum, bum.

Esta es la parte preferida de los abuelos que cuentan a sus nietos la legendaria historia de la noche en la que los muertos de Guanxuma bajaron a saludar a los vivos. Disfrutaban recreándose en una sarta de anécdotas que, sistemáticamente, son más abundantes de generación en generación. La mayoría son falsas. No hubo un segundo, ni un tercer ataúd, con cadáveres aporreando la madera. Ni nadie que perdiera de improviso todo el pelo de la cabeza y el vello del cuerpo al escuchar los golpes en la caja. Nadie salió huyendo, desapareció en la selva durante más de veinticinco años y cuando por fin lo encontró una expedición (oculto en el fondo de una lóbrega cueva de murciélagos) seguía tiritando de terror. Tampoco existió aquel pobre desdichado que, según el imaginario popular, se llevó una mano al pecho y cayó fulminado, heredando en ese mismo instante el ataúd.

Ni siquiera es del todo cierto que la noche del 14 al 15 de agosto de 1909, durante la tormenta más espantosa que se recuerda en Ilhabela, un naufrago llamado Joan Bras decidiera regresar del otro mundo para mostrarle su agradecimiento a Catarina, la doctora que lo había hallado muerto en medio del océano. Esa es la versión para los más pequeños, la que, irremediablemente, consigue que se echen a temblar asustados con solo oír pronunciar el nombre de mi bisabuelo. La que hace que pregunten con un hilo de voz: «Entonces, ¿ese señor era un zombi?».

En la vida real todo es menos mágico y, a la vez, más complicado. Catarina, por

ejemplo. A pesar de que todos la llamaban *doutora*, y que ejercía pródicamente este oficio desde la muerte de su esposo, en realidad no lo era. Si hubiera poseído más bagaje médico, es posible que hubiera oído hablar de cierta enfermedad (algunos expertos prefieren la expresión «estado biológico»), muy poco estudiada a principios del siglo pasado, cuyos escalofriantes síntomas coincidían a la perfección con los de la muerte: rigidez corporal, palidez del rostro, respiración y pulso casi indetectables. Con esa información, habría podido atar cabos y comprender que el hombre que aporreaba el ataúd cada vez con más desespero no lo hacía obedeciendo ningún plan, sino porque era cataléptico y acababa de despertar de una larga y angustiosa pesadilla. Pero Catarina no podía saberlo de ningún modo. Y como tampoco era una persona inclinada a creer en los viajes de ida y vuelta al más allá, se quedó con la explicación que le pareció más probable: los aldeanos pretendían asustarla con otra de sus bromas de mal gusto.

Hizo memoria y recordó que la anterior había sido en marzo. Iago se coló a escondidas en su casa y serró las patas traseras de todas las sillas. Luego volvió a adherirlas pacientemente con melaza para que parecieran enteras. Cuando Catarina regresó de su ronda laboral por la isla (agotada, como siempre) lo primero que hizo fue sentarse. Un segundo después de dar estrepitosamente con el culo en el suelo le llegó la carcajada de todos.

Entendido, los aldeanos eran muy bromistas. Pero esta vez, con lo del ataúd, se habían pasado de la raya.

—Muy graciosos. ¿Y se puede saber a quién le ha tocado hacer de muerto? — Echó un rápido vistazo a su alrededor y enseguida le llamó la atención no ver al carpintero, que siempre se apuntaba a todas las fiestas—. ¿Otra vez tú, Iago? —Dio una patada al ataúd—. Venga, sal ya. Te he descubierto.

Nadie dijo nada. No fue necesario, porque el equívoco se aclaró de inmediato y de un modo inesperado.

Buuuuuummmmm.

Fue el último golpe. El definitivo. Crujió como un hueso la madera podrida con la que Iago había construido el ataúd (lo que Catarina le había llamado podría haber sido su epitafio: «Aquí yace un viejo avaro»), se oyó una tos seca desde dentro y, entre los aspavientos de terror de los incrédulos testigos, el último de los cuatrocientos cincuenta y siete muertos del *Príncipe de Barcelona* se incorporó de golpe, como empujado por un muelle. Se oyó un chillido general. Catarina pudo contemplar desde la primera fila cómo el hombre de las cejas demasiado pobladas, la nariz demasiado torcida y la boca demasiado grande, para ella el hombre más guapo del mundo, se quedaba sentado en su ataúd y la miraba fijamente con aquellos ojos oscuros y diminutos, los ojos que la habían hechizado desde el primer instante.

—*Me'n recordo de tu* —le dijo el no-muerto con una voz afónica—. *Tu em vas*

salvar.

Y Catarina, que no entendió ni una palabra de la lengua de mi bisabuelo, supo, sin embargo, que su vida había comenzado a complicarse.

3. Primeras lecciones en el Nuevo Mundo

Vuelve a soñar con la misma iglesia en llamas. La contempla desde la calle de siempre, una calle adoquinada, de ciudad, rodeado por una multitud de hombres ensangrentados que le impide entrar. En su sueño es de noche, pero la virulencia del incendio ilumina rostros y edificios como si estuvieran bajo la luz de un mediodía radiante. Él levanta la vista, muy despacio, y sigue el sinuoso recorrido del fuego desde la puerta hasta el arco central. Allí descubre la figura de un santo de piedra. Es flaco y barbudo. Tiene las manos entrelazadas en un gesto de oración y una expresión triste en la mirada. Parece mirarle fijamente, como recriminándole que no haga nada. De algún modo, como sucede todas las noches en las que tiene esa pesadilla recurrente, sabe que alguien está a punto de morir, pero no consigue recordar quién es.

Entonces le oye gritar.

Y abre los ojos.

Lo primero que Joan vio al despertar fue la ventana frente a él, arrojándole ardientes cubos de sol a la cara. Parpadeó mientras apoyaba los codos sobre el desvencijado colchón que le servía de cama. Medio adormilado aún, le vino a la mente una palabra. Incluso la pronunció en voz baja:

—*Finestra.*

Entonces probó con otra, la que le había enseñado Catarina al comienzo de sus clases de portugués:

—*Janela* —susurró.

Y le pareció que el sonido y su significado encajaban a la perfección.

Se puso en pie y echó un vistazo a su alrededor. No había mucho con que seguir practicando: *tabela, quatro cadeiras, livraria, muitos livros de medicina.*

Desde que seis meses antes lo adoptaran Catarina y la gente de Guanxuma, su primer ritual del día consistía en comprobar que seguía recordando el vocablo exacto para cada cosa. Solía dormirse angustiado, temiendo que a la mañana siguiente encontraría otro profundo cráter en la memoria que le obligaría a partir de nuevo desde cero. Era como si nada hubiese existido antes de su llegada a la isla. Ni la sombra de un recuerdo de su familia, sus amigos, su vida anterior. Solo su nombre: Joan Bras. Debía de ser el suyo, porque le vino a la mente sin esfuerzo cuando le preguntaron cómo se llamaba.

Sonó un breve chirrido cuando se abrió la puerta que quedaba a su derecha. Era el dormitorio de la doctora. Al momento la estancia se llenó de un embriagador aroma a jazmín. Todas las noches, antes de acostarse, Catarina recogía un puñado de flores blancas del arbusto que crecía junto a la casa, un gigante de más de diez metros; la doctora, medio en broma, solía atribuirle propiedades mágicas porque florecía todo el

año, incluso en invierno, y siempre con el mismo esplendor. Esparcía los pétalos sobre su mesita, como si espolvoreara azúcar sobre un postre, y permanecía leyendo bajo la luz amarillenta de una vela hasta que la última molécula de aire quedaba impregnada de aquel perfume dulzón, que le recordaba a su abuela y que, según ella, ahuyentaba a la vez mosquitos y malos pensamientos. Solo entonces conseguía dormirse.

Aquella mañana, al salir del dormitorio precedida por la animada sinfonía del jazmín, Catarina recibió de lleno el impacto de los rayos del sol de las primeras horas, y por un instante dio la impresión de que cruzaba una tenue cascada de oro. Llevaba un vestido blanco de algodón hasta los pies y el pelo mojado, recogido en una larga cola. Joan pensó que parecía un ángel. Un ángel con mucha prisa.

—Voy a casa de Daniel y Manoela —dijo a modo de saludo mientras se colgaba en la espalda el macuto de primeros auxilios—. La pequeña se ha pasado la noche vomitando.

—¿Y eso es grave? —preguntó Joan.

—Espero que no. —Catarina se acercó a la mesa, escogió una lima madura de la cesta de frutas que había en el centro y la guardó rápidamente en el macuto. Se quedó mirando a Joan con las cejas fruncidas, pensativa, como si dudara en decirle algo—. ¿Te apetece venir?

A Joan le dio un vuelco el corazón. Era la primera vez que Catarina le invitaba a acompañarla.

Desde el primer día habían establecido un riguroso reparto de papeles. Mientras ella atendía a sus pacientes, él se encargaba de las tareas domésticas. Empezaba por hacer la colada y barrer (la casa tenía una ventana por cada punto cardinal, cuatro fosas nasales que permanecían abiertas todo el año y por las que se colaban soplos de brisa de vez en cuando, pero también centenares de insectos alados de todo tipo y, sobre todo, polvo, un furtivo ejército de polvo gris rojizo, de aspecto volcánico, que a lo largo del día llegaba flotando por el aire e iba tomando posiciones, palmo a palmo, hasta que al caer la noche cubría todo el suelo como un velo), y luego iba repasando con un trapo de algodón los muebles, los objetos, los estantes y los libros, uno a uno, meticulosamente.

El resto del día se le pasaba en un suspiro preparando la comida, que nueve de cada diez veces terminaba convertida en cena, porque Catarina no volvía hasta muy tarde. Cocinar se le daba especialmente bien. Al comienzo, Catarina había tenido que guiarlo como a un niño, explicándole un puñado de recetas básicas, las hierbas y especias que debía echarle a cada guiso, el tiempo justo de cocción. Pero Joan se había convertido en un alumno aventajado que disfrutaba buscando sabores nuevos, mezclando la carne con la fruta, el marisco y el cacao, lo dulce con lo salado.

—¿Vienes o qué? —insistió Catarina desde la puerta, al ver que no le respondía.

—¿Y quién va a cocinar? —preguntó Joan.

Ella se echó a reír.

—Olvídate de eso. Hoy te toca aprender un nuevo oficio. —Vio que él la miraba, asustado, y añadió—: Tranquilo, es fácil. Solo tienes que fijarte bien en todo lo que hago.

Daniel los esperaba fuera. Era un muchacho alto y desgarbado, con una expresión de susto permanente en la mirada. En otra parte del mundo habría sido demasiado joven para plantearse siquiera el matrimonio, pero en Ilhabela ya tenía que trabajar en el campo de sol a sol para alimentar a sus dos hijas.

Al ver a Joan, dio un instintivo paso atrás, al tiempo que se dilataban todavía más sus inmensos ojos negros y asustados.

—¿Él también viene, *doutora*?

—No creo que te muerda, Dani —dijo Catarina con una sonrisa burlona.

El joven campesino se encogió de hombros e inició la marcha a paso ligero. Joan observó que durante todo el camino le iba espiando de reojo y que no dejaba de farfullar entre dientes.

—Van a temerte mucho tiempo —le había profetizado Catarina la primera noche que pasaron juntos—, así que tendrás que ser paciente si quieres ganarte su confianza.

—¿Por qué? —Joan se sentía confuso—. No les he hecho ningún daño.

—Es cierto —reconoció Catarina—, pero las personas solemos desconfiar de lo que no entendemos. Y no es fácil de entender que alguien salga de su ataúd por su propio pie. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y menos si es un extranjero.

La casa de Daniel llamaba la atención desde lejos por su extrema modestia. Era la única en toda la aldea que no estaba construida con ladrillos de adobe. Era como las primeras chozas de la isla, una sencilla *choupana* de ocho metros de largo por cuatro de ancho, sostenida por un cañizo de troncos de palmito (seis en cada lateral), vigas de azaí, paredes de madera y una cubierta de hojas. Las ventanas y puertas, hechas con tablas cortadas a machete, se abrían y cerraban gracias a unas toscas bisagras de cuero de buey.

La mujer de Daniel salió a recibirlos. Manoela tenía ojeras y parecía muy ansiosa. Agarraba con ambas manos un trapo hecho jirones acribillado de manchas ocres (de vómito de la pequeña, supuso Joan) y no dejaba de retorcerlo como si quisiera estrangularlo.

Como la mayoría de las muchachas de Guanxuma, Manoela había pasado de jugar con muñecas a amamantar a su primer bebé. Con dieciséis años recién cumplidos y seguramente a punto de quedarse preñada por tercera vez (si no lo estaba ya), parecía al borde del agotamiento. Miró a Joan, se santiguó con rapidez y se dirigió a Catarina con voz temblorosa.

—Mi niña está muy enferma, *doutora*. —Pareció darse cuenta en ese momento de

que sostenía el trapo de los vómitos, y se lo arrojó a su marido como diciendo: «Toma, haz algo útil»—. Está muy débil, pobrecita. Y no para de devolver todo lo que le doy. Yo creo que...

Catarina no la dejó seguir.

—Tú crees lo mismo que yo —le dijo en un tono sedante e imperativo a la vez—: que a tu pequeña Maria Aparecida simplemente le sentó mal la cena y que pronto estará bien. —Alargó la mano y la posó con cariño en la mejilla de la chica—. ¿Qué tal si vamos a comprobarlo?

Si la casa parecía modesta desde fuera, por dentro al visitante se le caía el alma a los pies. Olía fatal, a vómito mezclado con otro hedor más sutil aunque igual de nauseabundo, a suciedad enquistada. El suelo estaba recubierto de tablas medio podridas que crujían al andar. La estrechez del espacio y la falta de paredes divisorias hacían que todo pareciera amontonarse sin sentido: la cama de matrimonio, con la que uno se topaba nada más entrar, las dos sillas y la mesa de palmito invadida por una olla de potaje medio llena, una sartén grasienta y los platos con restos de comida. Había un cepillo atiborrado de pelos tirado en el suelo como si fuera un extraño perro descansando, y un orinal casi vacío, y una sandalia manchada de barro seco sin su correspondiente pareja, y largas serpentinas de peladuras de patata y nabo y zanahoria y fruta entremezcladas, y más trapos estrujados y tatuados de ocre junto a algunas herramientas de labranza de Daniel, y velas consumidas, y trastos y más trastos y ropa esparcida por todas partes, como si hubiera pasado un huracán recientemente.

Otro huracán menos dañino, Julia, la hija mayor, no levantaba un palmo del suelo pero ya correteaba de aquí para allá tratando de atrapar una esquiva mariposa negra, roja, blanca y amarilla (su belleza habría llamado la atención en cualquier sitio, pero mucho más allí), ignorando la presencia de los padres, de los visitantes y de la hermana enferma. Esta se encontraba al fondo, en el rincón más sombrío de la casa.

Lo primero que pensó Joan al distinguir desde lejos a Maria Aparecida desnuda en su cunita, removiéndose como un pez, era que tenía demasiado nombre para tan poco cuerpo. Para tener casi un año era una cría realmente diminuta, más pequeña que la mayoría de recién nacidos. Solo tenía ojos, dos inmensos ojazos negros y asustados, idénticos a los de su papá. Lo segundo que pensó Joan es que iba a morir sin remedio. Estaba blanca como la cera, empapada de sudor, y de su boquita del tamaño de una almendra, torcida en una terrible mueca de dolor, brotaba un agudo e incesante gimoteo, un gota a gota de aspavientos de moribunda que ponía la carne de gallina.

Catarina le tocó la frente mientras hablaba con Manoela.

—Dices que ha devuelto todo lo que le has dado.

—Sí, doctora.

—¿Y qué ha sido exactamente?

—Pues... lo que suele tomar..., su leche y su puré de verduras... —Se detuvo al ver que Catarina se inclinaba para oler el aliento de la niña—. ¿Pasa algo, doctora?

—No, está bien. —Catarina cogió una cuchara sopera de plata que llevaba siempre en el macuto, introdujo una parte del mango en la boca de la niña y le inspeccionó la lengua y la garganta—. Hay que ir con cuidado cuando no esté bien de la tripita. La leche, sobre todo la de cabra, es indigesta.

Manoela cambió de golpe de expresión, como si acabaran de quitarle una venda de los ojos.

—¡Ay, Madre de Dios Santísima! —chilló, agarrando por las muñecas a su marido—. ¿Lo ves, Dani? Te lo dije. Toda la culpa es de la maldita leche. ¡Nuestra hija está así porque dejé de darle el pecho demasiado pronto!

Catarina vio prender la mecha, pero no llegó a tiempo de apagarla.

—Manoela, yo no he dicho...

—¡Va a morir por mi culpa! —explotó la muchacha, soltando de golpe toda la tensión acumulada—. ¡Yo la he matado, Dios mío!

Y abrazándose al huesudo campesino (parecía que quisiera estrujarlo como antes hiciera con el trapo) arrancó a llorar de un modo tan desgarrador que Daniel, que escondía un alma muy sensible, no tardó en verse afectado también por el virus de la pena.

—¡No me digas eso, que me muero! —exclamó, y sin más preámbulo se puso a berrear el doble de fuerte que su esposa.

Julia debió de asustarse viendo cómo perdían los papeles sus progenitores, porque dejó de perseguir al lepidóptero, hizo pucheros unos segundos y a continuación añadió su llanto agudo como un pito al coro familiar.

«Esto es un manicomio», pensó Joan.

Plantado como un pasmarote a dos pasos de la puerta, lo presenciaba todo sin saber muy bien qué hacer.

«Solo tienes que fijarte bien en todo lo que hago», le había dicho Catarina.

Pues bien: justo en ese momento, Catarina hizo algo que le sorprendió.

—¡Basta! —gritó.

Y cuando Manoela se volvió, le soltó un bofetón con todas sus fuerzas. Daniel se quedó boquiabierto. A Julia le vino el hipo de golpe. Una sola vez: ¡hips! Se cayó de culo al suelo y se quedó muy seria observando a los mayores.

Al segundo siguiente, todo estaba en silencio.

—¿M-m-me ha pegado? —preguntó Manoela, desconcertada.

Catarina dio un paso hacia ella con los ojos llameantes.

—Ahora escúchame bien —rugió—. Dudo mucho que la *maldita* leche de cabra que te receté haya criado a tu hija menos sana que si se hubiese alimentado con las cuatro gotas de calostro agriado que te salían de los pezones después del parto. —

Hizo una breve pausa para tomar aire, pero enseguida retomó el discurso igual de furiosa—. Y para tu información, no será esa leche ni el puré de verduras lo que acabará matándola algún día, sino la mugre infecciosa que hay en esta pocilga. En cualquier caso, la niña está como está, tiene una fiebre muy alta. Y no va a bajarle con vuestros estúpidos lamentos.

Daniel dio un paso al frente. Estaba tan avergonzado que no se atrevía a mirarla.

—Dígame qué puedo hacer, doctora.

—Trae un barreño de agua fría. —Y precisó—: Que esté limpio. Mejor ve a pedírselo a los vecinos.

Mientras Daniel salía escopeteado, Catarina sacó un cuchillo del macuto. Tenía el mango nacarado y una larga hoja de acero de doble filo. Manoela palideció instantáneamente al verlo. Incluso la marca rojiza del bofetón desapareció de su mejilla.

—¡Madre de Dios, doctora! ¿No cree que mi niña es demasiado pequeña para hacerle una sangría?

Por toda respuesta, Catarina volvió a meter la mano en el macuto, sacó la lima madura que había cogido antes de salir de casa y la partió de un tajo. Luego fue exprimiendo delicadamente una mitad en la cuchara de plata, hasta que la tuvo llena hasta los bordes.

—Recuerda esto —le dijo a Joan—. El zumo de la lima ayuda a cortar los vómitos. Hay que darle al paciente cinco cucharadas soperas como esta. Una cada hora. ¿Entendido?

Joan asintió, y Catarina se volvió hacia la muchacha.

—¿Entendido?

—S-s-sí, doctora. —Manoela frunció la frente, como si fuera a echarse a llorar otra vez, pero reprimió el impulso—. Una cucharada cada hora. Cinco en total.

—Perfecto. Toma, dale esta. Quiero ver cómo lo haces.

Manoela lo hizo bien, sin derramar ni una sola gota. Cuando hubo terminado, Catarina siguió dándole instrucciones:

—Limpia a fondo la cuchara cada vez que la uses. Y nada de papillas ni leche, al menos durante dos días. Dadle agua, mucha agua. E infusiones tibias. La mejor para estos casos es la de saúco con una pizca de canela. ¿Lo recordarás?

Mientras, Daniel regresó con un barreño impoluto lleno de agua fría. Catarina mantuvo a la niña sumergida hasta que la fiebre le bajó. Entonces la secó amorosamente, tarareándole una nana, la devolvió a su cuna y se dedicó a ponerle compresas en el vientre cada dos minutos. Primero, empapadas de agua muy caliente. Después, frías.

Maria Aparecida fue entornando los ojos e interrumpió su cansino gimoteo. Poco después dormía plácidamente con una expresión de alivio en la carita.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Catarina—. Crees que he sido demasiado dura con Manoela.

Joan siguió andando sin mirarla.

—No lo sé.

Se dirigían a visitar a otra paciente, Maia, la vieja comadre que llevaba media vida anunciando que se moría y que, probablemente, los iba a enterrar a todos. En aquel momento pasaban frente al estrambótico porche estilo Misisipi de Rai y Nathalia, avanzando bajo el inclemente sol del mediodía.

—¿No sé? —Catarina le cogió por el brazo para obligarle a detenerse.

Joan le sostuvo la mirada.

—Es muy joven. Y creía que su bebé se estaba muriendo —dijo—. Es normal que perdiera los nervios.

—Supongo que sí. —Catarina suspiró—. Pero si la conocieras como yo, sabrías que Manoela tiende a verlo todo como una desdicha. Cuando Daniel la dejó embarazada por primera vez se pasó no sé cuántos días sin salir de la cama, repitiendo como un loro que se quería morir. La estuve visitando hasta que me confesó el origen de todos sus males: le daba miedo que le creciera la barriga y su hombre se buscara a otra. Eso era todo lo que la angustiaba. Y se salió con la suya, porque en ninguno de los embarazos perdió su figura de soltera. —Apretó con fuerza los labios—. ¿Te has fijado en cómo son las niñas?

—Muy pequeñas —dijo Joan, desviando la mirada hacia el final de la larga calle, deformado por las ondas del calor.

—Exactamente. La asistí durante el parto, y no puedes imaginarte cómo gritaba. Parecía que nadie hubiera sufrido nunca tanto dolor. Y eso que terminó en cinco minutos. Apretó un par de veces y expulsó a Julia como quien se tira un pedo o escupe un hueso de aceituna. Pero incluso entonces siguió maldiciendo porque, al parecer, a la señora se le antojaba un niño en vez de una niña. Y volvió a pasar exactamente lo mismo cuando parió a Maria Aparecida. ¿Sabes lo más triste? Que si sus hijas hubieran sido hijos se habría inventado cualquier otra excusa para seguir siendo infeliz. Hay gente así, ¿sabes? Gente que necesita de la compasión para sentirse viva.

Joan se secó el sudor de la frente con la palma de la mano.

—Yo creo que solo estaba asustada.

—Es una madre. Y una madre nunca debería sucumbir al miedo cuando su hija está en peligro.

Seis años después, la noche en que su hija Sión jugaría por última vez al escondite, aquella frase, la frase que acababa de pronunciar Catarina, regresaría a la mente de mi bisabuelo con absoluta nitidez, coloreada con tintes proféticos.

Su comida consistió en un par de mangos y un vaso de vino aguado. Fue todo lo que les ofreció la vieja bruja de Maia.

«Así revientes», pensó Joan.

La verdad era que poco le faltaba. Estaba tan gorda que apenas podía levantarse de la cama sin ayuda. Ese día (seguramente poco antes de que ellos dos entraran por la puerta) se había cagado encima hasta las orejas, y tener que asearla fue como sacar lustre a una ballena varada.

Para postre, no callaba ni un segundo:

—Eh, muerto viviente, tú frota fuerte por ahí debajo, a ver si te hago un hombre de golpe.

Y como tenía cosquillas se reía como una gallina.

—¡Qué mujer más odiosa! —comentó Joan a la salida—. Ojalá no vuelva a verla en mucho tiempo.

—Nunca se sabe —dijo Catarina—. La vida da muchas vueltas.

Visitaron a seis pacientes más, siguiendo la serpenteante línea de la costa en dirección al sur: las aldeas de Praia do Gato, Castelhanos, Praia Mansa y Praia da Figueira.

Los primeros cinco pacientes eran ancianos que vivían solos. No estaban realmente enfermos, pero Catarina los visitaba una vez a la semana para insuflarles un poco de amor propio. Básicamente los lavaba, peinaba y vestía con ropa limpia. Y lo más importante: durante el proceso no dejaba de fingir interés por unas batallitas de juventud que, con toda seguridad, volverían a contarle la próxima vez como si fuera la primera.

El último paciente del día era el muchacho con la nariz más grande del mundo. Trabajaba como aprendiz de carpintero, y se había roto el brazo al caerse de un tejado que ayudaba a reparar. Mientras se dejaba entablillar mansamente por Catarina no dejaba de mirarle los pechos a través del escote, sonriendo como un bobo por debajo del tubérculo nasal, hasta que tuvo una repentina erección y se puso rojo como un tomate. Su padre, al darse cuenta, le propinó collejas cada vez más fuertes, pero ni con esas logró que el chico apartara la atención de su turgente objetivo ni que el bulto en su entrepierna dejara de crecer. Cuando se iban, el padre se disculpó con Catarina y le pidió que aceptara cinco monedas de cobre de cuarenta reis.

—No es mucho, doctora —se disculpó, sonrojándose igual que su hijo—, pero usted ya sabe que somos gente humilde.

Fue el primero y el único que le pagó.

—¿Doscientos reis? —se desesperó Joan poco después, cuando enfilaban el largo camino de regreso sintiéndose exhaustos y famélicos—. ¿Por pasarnos el día entero trabajando en ayunas? Prefiero no ser médico, gracias.

Catarina sonrió.

—Tu portugués ha mejorado, pero todavía hay muchas cosas que tienes que aprender.

Era de noche cuando por fin llegaron a Guanxuma. Seguía haciendo calor, un calor sofocante y pegajoso. Rodeado de miles de estrellas que parecían luciérnagas, el brillante monóculo de la luna teñía de plata la larga y solitaria calle, dándole una apariencia fantasmal. La recorrieron en silencio, dejándose hipnotizar por el arrullo de voces soñolientas y las parpadeantes sombras que brotaban de cada ventana entreabierta.

Poco a poco fueron dejando atrás la aldea, y Joan sintió una alegría repentina al divisar a lo lejos la silueta de la casa.

«Nuestro hogar», se sorprendió pensando.

Catarina se detuvo de pronto.

—Hay algo ahí. Frente a la puerta, ¿lo ves?

Joan aguzó la vista y pudo distinguirlo: una forma oscura tumbada en el suelo, bloqueándoles la entrada. Fuera lo que fuese, era grande como una persona.

Instintivamente, lanzó un vistazo hacia Ding-Dong. Parecía tan entero como lo habían dejado por la mañana. Catarina decía que Ding-Dong les daría algo de tiempo si el gran jaguar de la selva decidía atacarlos durante la noche. Joan no estaba tan seguro. Según la leyenda, Gápanemé era tuerto. Tuerto, no ciego y tonto. Y debía de tener olfato. Difícilmente confundiría aquel ridículo muñeco de paja cubierto de campanillas con una presa de verdad.

Sintió que el pulso se le aceleraba.

—Pásame tu cuchillo —le susurró a Catarina.

—Mejor ponte detrás de mí —fue la respuesta de ella.

Joan la miró y vio que empuñaba con decisión el revólver de su marido. Se sintió idiota por haber olvidado que siempre lo llevaba consigo.

Dieron un paso al frente. Y otro. Y un tercero. Muy despacio, conteniendo la respiración. Como si cruzaran un viejo puente de madera carcomida que fuera a hacerse pedazos en cualquier momento.

Joan pisó una rama, y la rama crujió.

La forma oscura levantó de golpe la cabeza y se quedó mirándolos. Por una fracción de segundo pareció tan asustada como ellos. Luego se puso en pie, y Joan y Catarina soltaron a la vez todo el aire de sus pulmones.

—¡Nos has dado un susto de muerte, Manoela! —exclamó Catarina, al tiempo que guardaba el Colt—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Se acercaron a la muchacha. Parecía incluso más cansada que ellos.

—Tenía que verla, doctora... —comenzó a decir.

—¿Es por tu niña? —preguntó Catarina, alarmada—. ¿Le ha vuelto a subir la fiebre?

Manoela negó con la cabeza. Joan vio que sostenía algo en los brazos y tuvo el segundo susto de la noche, porque le pareció un bebé. Un bebé diminuto, completamente inerte. Pero al fijarse mejor vio que a las manos del bebé les faltaban cuatro dedos, que solo tenían pulgares. Y que en su cara no había nariz, solo un par de ojos hechos con botones y una sonrisa pintada.

—No sabía cómo darle las gracias —dijo Manoela tendiendo la muñeca, y explicó—: La he hecho yo.

«Y que lo digas», pensó Joan.

Era una muñeca desastrosa, una mixtura de ropas que no combinaban, mal cosidas, deshilachadas. Despertaba piedad en vez de ternura. Y, sin embargo, Catarina se apresuró a cogerla. La colocó entre sus brazos igual que había hecho antes Manoela, como si estuviera viva y necesitara protección.

—Es el regalo más bonito que me han hecho nunca —dijo, y parecía sincera.

Manoela sonrió de oreja a oreja. Tan orgullosa debía de sentirse en aquel momento que, por primera vez, se olvidó de santiguarse al pasar junto a Joan.

—¡Tengo que irme! —exclamó, y se dejó devorar por la oscuridad del sendero.

Aquella noche apenas hablaron. Cenaron queso con miel y fruta, y les pareció un manjar. Luego Catarina se levantó de la mesa, le dio las buenas noches, cogió la muñeca y se metió en su cuarto. Joan se quedó a solas, oyendo el sonido de su propia respiración. Se acercó a la ventana y echó un último vistazo al exterior. Fue practicando en voz baja: *noite, estrelas, selva escura, lua cheia*.

Dio un largo bostezo. Volvió la vista al interior y encontró lo de siempre, la lista que se sabía de memoria.

Livros de medicina, livraria, quatro cadeiras, tabela, colchón.

Contempló impotente la pesada puerta de palmito, el único obstáculo que lo separaba de Catarina. Se la imaginó despierta en la cama, empapada de sudor, abrazada con fuerza a la muñeca de trapo.

Recordó lo que Catarina le había dicho: «Todavía hay muchas cosas que tienes que aprender».

Pensando en eso se tendió en el colchón y, al instante, se quedó dormido.

4. El amor en cinco pasos

Primer paso: deseo

Al revés que Catarina, que lo supo desde el primer instante, mi bisabuelo necesitó mucho tiempo para comprender que se había enamorado. Tenía veintidós años cuando comenzó su nueva vida en Ilhabela, y a esa edad la mayoría de los hombres suele confundir el amor (el amor puro y romántico, el que nos inculcan las abuelas y las madres desde pequeños) con el ansia enfermiza de copular sin tregua. Hay que añadir que la doctora era, a sus veintinueve espléndidos años, una de las mujeres más atractivas de la isla, y que tener que dormir noche tras noche con ella, aunque en distintas habitaciones, habría sido un tormento para cualquier macho, enamorado o no.

Pero eso no explica por sí solo la serie de cambios físicos y psicológicos que empezaron a afectar a Joan como un veneno lento y corrosivo. Perdió el apetito; dejó de picar de aquí y de allá mientras cocinaba y, ya en la mesa, se limitaba a probar uno o dos bocados, como si fuera un catador. Adelgazó a marchas forzadas. A los nueve meses de su llegada se le marcaban las costillas, tenía ojeras permanentes y la piel de su rostro, cada vez más cenicienta, se iba hundiendo en el pozo de arenas movedizas de los pómulos, dando argumentos a los no pocos aldeanos que seguían considerándolo un muerto viviente.

Asustado de sus propios sentimientos, como tantos miles de millones de enamorados antes y después que él, Joan intentó crearse una coraza que lo protegiera y se fue volviendo frío, casi arisco, con la persona de la que menos deseaba distanciarse.

Decidió no acompañarla más en sus visitas a los enfermos. Fingía estar dormido cuando Catarina salía del cuarto de puntillas, precedida por el intenso aroma a jazmín. Crujían las tablas bajo sus pies descalzos, ágiles como la lluvia, y Joan tenía que hacer un esfuerzo para no entreabrir los ojos y descubrir qué vestido se había puesto ese día, o si llevaba el pelo suelto o recogido. Apretaba los párpados con fuerza para evitar la tentación de su sonrisa, la que ella pondría, tal vez, si le veía despierto, y la suave curva de sus pechos cuando se inclinase para comprobar que en el macuto llevaba, como siempre, un poquito de todo.

Dejaba, en fin, que la mujer de su vida se fuera así, sin más, sin decirle nada, y luego se sentía tremendamente estúpido y cobarde, tan hueco por dentro como si lo hubieran rebañado con una cucharilla.

Pero lo peor era la noche.

Verla llegar a lo lejos después de esperarla durante todo el día. No ceder a los acelerados latidos del corazón, al impulso de gritar su nombre, de correr hacia ella, de abrazarla. Y en vez de eso, recibirla con indiferencia:

—¿Qué tal el día?

—Bien. Cansada. ¿Y tú?

—Bien. La cena está lista.

Dejar que fuera ella la que hablara. Degustar en silencio, como un licor que quema y reconforta al mismo tiempo, el sonido de la voz adormilada de Catarina contándole detalles de su ronda por la isla, los síntomas de cada enfermedad y los mejores remedios para combatirlas. Le explicaba, por ejemplo, que en Ilhabella había cuatro tipos de serpientes venenosas: la *surucutinga*, la *jararaca* o *jararaçusu*, la coral y la pico de jaca. Y que si te mordía cualquiera de ellas (sobre todo la primera, la más dañina), lo más urgente era alejarse, porque el segundo mordisco transmite mucho más veneno que el primero. También insistía en la necesidad de identificar rápidamente la especie, porque existían antídotos específicos para cada una de ellas. Joan la escuchaba con cierta compasión. Al parecer seguía confiando en que tarde o temprano lograría hacer de él un médico.

—¿Has tomado lo que te dije? —le preguntaba Catarina cada noche, refiriéndose a las infusiones de raíz de genciana y de semillas de hinojo maceradas en vino que tenía que combinar con las comidas.

—Sí.

—Pues no lo entiendo. Sigues teniendo mala cara. ¿De verdad que no te duele nada?

—No —mentía él.

Pero lo cierto es que el amor dolía, y de qué modo. Apenas podía conciliar el sueño. No hacía más que imaginarse a sí mismo reuniendo valor para alzarse en mitad de la noche, abrir la maldita puerta que los separaba y cruzar, por fin, al otro lado. Catarina siempre estaba en la cama, desnuda, esperándole, y su cara se llenaba de rubor al verle. «¿Por qué has tardado tanto?» Otras veces, para variar, ella gritaba pidiendo auxilio y fingía oponer una débil resistencia, pero en cuanto él empezaba a acariciarla y la besaba en la boca respondía con la misma pasión. Solo eran fantasías, pero tan reales que Joan solía eyacular incluso antes de tocarse. Luego, al levantarse por la mañana y descubrir el rastro amarillento de las manchas en el colchón, se sentía sucio, avergonzado y triste.

Una tarde, Catarina volvió a casa antes de lo habitual.

—Tenemos que hablar —le dijo, sin preámbulos—. Creo que ya sé lo que te está ocurriendo.

Se quedó tan sorprendido que no hizo más que asentir. Notó que le costaba respirar, así que se sentó a la mesa. Entonces Catarina fue al estante de los libros, escogió uno y se lo puso delante. Joan estaba harto de quitarle el polvo diariamente, como a los otros, pero nunca le había prestado especial atención. Parecía muy viejo: de tanto abrirlo y cerrarlo, el grueso lomo estaba hecho jirones por la parte de arriba.

Tenía cubiertas de piel de un tono marrón oscuro, casi negro. En el centro destacaban, como estrellas en la noche, el título y el nombre del autor grabados en oro:

Tratado práctico de
MEDICINA CLÍNICA ETERAPÊUTICA
Doutor José Bailliere

—Adelante —murmuró Catarina—. Échale un vistazo.

Él lo abrió. Estaba escrito a mano, y le sorprendió que alguien pudiese tener una caligrafía tan pequeña. Más que letras parecían pisadas de un insecto que hubiera mojado las patitas en tinta negra. Correteaban de izquierda a derecha sin dejar márgenes, como si el final de una línea quisiera enlazar con el inicio de la siguiente, y así por ambas caras del papel. Joan pensó que el conjunto resultaba angustioso: no había espacios en blanco, ni puntos y aparte, ni capítulos que ayudaran a hacer un alto en la lectura. Solo páginas y más páginas plagadas de aquellos signos diminutos e indescifrables que parecían no tener fin.

Catarina seguía de pie a su lado. Cruzó los brazos y desvió la vista hacia el crepúsculo de la ventana.

—¿Sabes? Llegué a sentir celos de este libro.

Joan dejó que se tomara su tiempo. Se hizo un silencio de esos que recorren el telón antes de una historia.

Catarina soltó uno de sus largos suspiros.

—Mi marido tardó más de cuatro años en escribirlo. Fue cuando aún vivíamos en Lisboa. Acabábamos de casarnos, y José..., en fin, era como si yo no existiera. Entiéndeme: me quería mucho, él jamás me habría hecho daño voluntariamente. Pero su mundo era este libro. Vivía para escribirlo, y todo lo demás le parecía una molesta distracción. Por la noche volvía del hospital tan impaciente que nunca cenaba. Corría a encerrarse en su despacho y escribía y escribía sin parar hasta la madrugada. A veces ni siquiera se acostaba. Se cambiaba de ropa y volvía al hospital. Tómate las cosas con más calma, le imploraba. Acabarás cayendo enfermo. Pero en el fondo eran celos, porque él parecía tan... —hizo una pausa para encontrar la palabra justa— feliz. Hasta que un día pasó lo que tenía que pasar: cometió un error en el hospital. Un error grave. Y cuando esas cosas pasan, no hay en el mundo una ciudad lo suficientemente grande como para que no se entere hasta el último de sus habitantes. De la noche a la mañana José se quedó sin pacientes y yo, sin amistades. Tuvimos que escoger entre quedarnos en Lisboa como un par de apestados o probar fortuna en el culo del mundo. Y aquí estoy. —Se acercó a la mesa y cogió el libro con delicadeza, como si fuera a convertirse en polvo de un momento a otro—. Todo por culpa de este libro.

Joan se removió, inquieto, en su asiento. Se dio cuenta de que llevaba rato conteniendo la respiración.

—¿Por qué me cuentas eso?

Catarina sonrió.

—Porque José y tú sois iguales.

—¿Qué? ¡Si a duras penas sé escribir mi nombre!

—Pero eres un cabezota como él. ¿Crees que no me doy cuenta de que algo te obsesiona desde hace meses? Solo hay que verte. Estás flaco y pálido. Apenas duermes, y cuando lo haces tienes pesadillas y te despiertas gritando. Y nunca recuerdas lo que has soñado.

Joan levantó la vista muy despacio y la miró a los ojos.

—Y según tú, ¿qué es eso tan grave que me tiene sorbido el seso y que me está matando?

Ella le sostuvo la mirada.

—Tú sabrás. Pero no tardes cuatro años, como José, en solucionarlo.

Segundo paso: ofrenda

En casa de Daniel y Manoela estaban gafados, eso era evidente. Un día, Julia, la hija mayor, se rompió el brazo tratando de encaramarse a una silla y tuvieron que enyesarla hasta el sobaco. Al poco tiempo fue Daniel quien pilló una gripe tan virulenta que la fiebre le hacía delirar: veía a parientes fallecidos a los pies de su cama, anunciándole con una gran tristeza que pronto volverían a reunirse. Cuando empezó a encontrarse mejor ya había contagiado al resto de la familia.

El caso es que cada dos por tres Catarina volvía a casa con una nueva muñeca de trapo. Eran todas parecidas a la primera que le había regalado Manoela: ojos de botón, sonrisa pintada con muy poca gracia y colores pésimamente combinados. Catarina les iba poniendo nombres inspirados en su aspecto, y cada noche dormía con una distinta.

Al principio estaban esparcidas por la casa. Gordita y Deshilachada ocupaban las dos sillas del comedor; Gris, el estante de los libros y Larguirucha, la ventana que daba al sendero. El resto de las muñecas vivía en el dormitorio: Pelirroja sobre la mesita, Peque sentada en lo alto del armario ropero, con los pies colgando, y Triste tumbada en la cama.

Permanecieron así hasta la mañana en la que Joan se quedó sin suficientes bayas para preparar un postre. Salió a buscar más, y en la explanada que quedaba detrás de la casa, la que precedía a la espesura de la selva, se topó con un gigante caído: un mangostán de unos veinte metros de alto que un rayo había alcanzado de lleno, incendiando las ramas y el follaje y segándolo por la mitad.

El mangostán era uno de los árboles más apreciados de la isla. Los nativos llamaban a su fruto «alimento de los dioses», y solían usar la cáscara molida como colorante. Joan se detuvo a contemplar el chamuscado tronco, desplomado sobre la hierba. Parecía una enorme serpiente negruzca echando la siesta con la panza repleta. Entonces sintió algo, una especie de cosquilleo en la base de la nuca que le dijo lo que debía hacer. Se puso en cuclillas y, con el machete que llevaba, comenzó a rascar con furia la corteza. Milagrosamente la madera estaba bien, el fuego no la había afectado.

Aquella noche, cuando Catarina volvió a casa, tuvo un sobresalto al ver que Joan salía a recibirla.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Estaba tan impaciente por mostrarle lo que había hecho que no perdió el tiempo en explicaciones.

—Cierra los ojos. Y no los abras hasta que te diga.

Catarina obedeció. Él la cogió por el brazo y la guio hasta el interior de la casa. El armatoste se encontraba al fondo, en el ángulo izquierdo, pegado a la pared. A esa hora lo normal era que estuviese en penumbra, pero Joan había sido previsor y había colocado una docena de velas encendidas a su alrededor. A medida que se iban acercando, se sintió orgulloso del aspecto de su obra.

—Ya puedes mirar.

Al ver lo que tenía enfrente, Catarina se quedó sin habla. Básicamente, consistía en un cajón de metro y medio de alto, uno de ancho y treinta centímetros de profundidad, con dos estantes separados un par de palmos el uno del otro. La parte superior tenía forma triangular, de tejado inclinado. Se notaba a primera vista que todo el conjunto había sido hecho con precipitación y escasos medios. Había maderas mal cortadas y peor clavadas, y se escoraba ligeramente hacia la izquierda, como si amenazara con derrumbarse de un momento a otro. Pero echándole imaginación podía llegar a parecer lo que pretendía: una casa de muñecas. Joan había colocado a Peque en la buhardilla y había repartido las otras seis muñecas entre la planta baja y el primer piso.

—La he hecho yo —comentó, al ver que Catarina no decía nada—. No tenía muy claro si pintarla o barnizarla, eso tendrás que decidirlo tú. Y faltan detalles. Una chimenea, cosas así. —Joan tragó saliva—. En fin. ¿Te gusta?

Catarina seguía contemplando la casa sin pestañear. Bajo la amarillenta luz de las velas, Joan creyó captar un signo de emoción en sus ojos en forma de brillo fugaz, pero solo duró eso, menos que nada. Al instante se volvió hacia él, muy seria, y preguntó:

—¿Cómo has cortado la madera?

—Con el machete. —Se encogió de hombros—. No tenemos otra cosa.

Catarina frunció el ceño.

—Parece complicado.

—Al principio un poco. Hay que ir pillando el truco.

—Ya. —Catarina volvió a desviar la vista hacia la casa—. Es preciosa. En serio. No sabes cómo te lo agradezco.

—No tiene importancia. —Joan sonrió mientras sentía que empezaba a ruborizarse hasta las cejas—. He disfrutado haciéndola.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Ya lo sé —dijo—. Gracias de todos modos.

Tercer paso: esperanza

A la mañana siguiente le despertó un ruido seco, se incorporó de golpe y vio a Catarina en cuclillas frente a él. Tenía la frente perlada de sudor y jadeaba, como si acabara de hacer un gran esfuerzo y le costase respirar. Joan pestañeó, se fijó con atención y vio que acababa de dejar en el suelo una pesada caja de madera. Tenía el volumen de un pequeño baúl de viaje, y parecía muy antigua. El asa para sujetarla estaba cubierta de óxido.

—Es tuya —dijo Catarina—. Procura sacarle provecho.

—¿Qué es?

—Ábrela y lo sabrás.

La abrió. Dentro había un arsenal de herramientas: un martillo casi tan grande como un mazo, un serrucho, un par de sierras de marquetería, dos formones, una gubia, una azuela, un cepillo, un berbiquí. También había un par de bolsas de cuero gastado que contenían, respectivamente, clavos de distintos tamaños y grapas, lañas y clavijas para los ensambles.

—¿De dónde lo has sacado?

—Era de Iago, el carpintero. No creo que le haga mucha falta donde está ahora.

Joan sabía que Iago había muerto durante la gran riada y que la mayoría de aldeanos pensaban que Dios había hecho un pésimo negocio aquella noche, cobrándose el alma de aquel pobre diablo a cambio de salvar la suya.

—¿Te lo ha dado su familia? ¿Y sabiendo que era para mí?

Catarina sonrió.

—Al principio Fabiano se ha puesto hecho una fiera. Pero ese ha nacido para cura. Y los curas son como los camaleones. Cuando les conviene cambian de color.

—Espera... ¿Le has comprado las herramientas?

—¡Qué tontería! ¿Con qué dinero? Digamos que hemos hecho un trato.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que te afecta a ti directamente. Les he dicho que Guanxuma se cae a

pedazos y necesita urgentemente un nuevo carpintero. —Catarina hizo una pausa, y bajó el tono de voz—: Eso, y que a cambio de este montón de trastos oxidados obtendrían muebles gratis.

Se quedaron mirándose en silencio. Había miles de motas de polvo suspendidas en el aire, y el sol que se colaba por la ventana hacía que brillaran como diminutas luciérnagas.

—Yo no sé nada de carpintería —masculló Joan.

—¿Estás seguro? No recuerdas nada de tu vida anterior. ¿Cómo sabes que no eras carpintero?

Joan no supo qué responder. Instintivamente alargó la mano hacia la caja y agarró lo que le quedaba más cerca: una robusta azuela con el mango agrietado de tanto uso. Entonces le vino a la cabeza aquella palabra, *aixa*, sin sentido en portugués; y se imaginó usando la herramienta para desbastar la madera. Casi podía oír el chirrido de la afilada hoja levantando virutas a su paso. Pero seguía sin ser un recuerdo nítido, real. Era otra cosa, una simple intuición.

—Da lo mismo que acepte o no, porque nadie en esta isla va a consentir que yo le arregle nada. Todos me tienen miedo.

—Bueno —dijo Catarina, encogiéndose de hombros—. Supongo que ya va siendo hora de que cambies eso.

Cuarto paso: tensión

De este modo, mi bisabuelo pasó a convertirse en el carpintero de Guanxuma. Tenía razón en una cosa: al principio todos desconfiaban de él. Aunque Catarina no dejaba de recomendarlo, pasaron semanas antes de que alguien se decidiera a hacerle el primer encargo. Fue la chismosa de Maia, por supuesto. El miedo a quedarse a solas con un hipotético muerto andante pudo menos que sus ansias por tirarle de la lengua. Al fin y al cabo, zombi o no, Joan seguía siendo un jugoso misterio por resolver.

—¡Le dije a *tu* doctora que vinieras temprano! —estalló con rabia la voz de pito de la vieja en cuanto Joan llamó a la puerta—. Te quiero fuera de esta casa antes de comer.

Joan conservaba bien viva la imagen de Maia. En su visita anterior, Catarina y él habían tenido que desnudarla por completo para poder limpiarle de excrementos cada grasiento pliegue de la piel. Sabía, pues, que su físico no era una visión muy agradable. Sin embargo, no estaba preparado para lo que se encontró.

Seguía teniendo el mismo pelo color manteca y completamente enmarañado, y las mismas cejas delgadas como un tajo de cuchillo, pero el resto había empeorado. Había engordado por lo menos veinte kilos. Viéndola ahí, tumbada sobre la cama en

camisón, con un par de almohadas dobladas bajo la espalda, parecía imposible que en algún momento de su vida aquel ser monstruoso hubiera sido humano.

Tenía la cara tan hinchada que los ojos, por contraste, se veían diminutos, como de oriental. No tenía cuello. Justo debajo del mentón nacía un bulto de carne tensa e hipertrofiada, como si acabara de tragarse entero un huevo de avestruz. Los brazos eran como columnas enmarcando los pechos, que se le derramaban hasta el ombligo, y los muslos, providencialmente ocultos por el pringoso camisón que le llegaba a la rodilla, debían de ser solo dos, aunque por el volumen que ocupaban, y aplicando el sentido común, tendrían que haber sido por lo menos el doble. Debajo de ella, la cama parecía de juguete.

—¿Es esa la ventana? —preguntó Joan por preguntar, porque era la única del dormitorio.

La horrible vieja lanzó un gruñido como respuesta. Agarró un mango de la cesta que tenía sobre la mesita y se puso a quitarle la piel con ansia, apuñalándola con los cinco cuchillos de sus uñas. Joan le dio la espalda y empezó a trabajar. Movié la ventana varias veces, adelante y atrás, y enseguida localizó el problema: dos de las tres bisagras de cuero que la sostenían habían empezado a ceder, haciendo que el marco rozara por debajo. Por suerte, había sido previsor y llevaba varias tiras gruesas de cuero encerado para reforzarlas.

—El cuero he tenido que comprarlo. Me ha costado sesenta reis.

—¿Y qué? —le respondió Maia con la boca llena, escupiendo partículas de mango—. Yo no tengo dinero. Soy una anciana enferma que se muere, no una de esas furcias ricas que pueden derrochar en tonterías.

—Está bien. No se preocupe. Voy a arreglársela de todos modos.

—Eso espero. Y procura que quede bien, o me ocuparé en persona de que no vuelvas a trabajar en tu vida. —Lanzó un pequeño eructo e hizo una mueca, como si le molestara la acidez de la fruta.

Joan tuvo que morderse el labio para contener la rabia. Mientras iba arrancando los largos clavos que unían cada bisagra a la pared podía sentir los ojos de alfiler de la bruja clavándose en su espalda. De pronto la oyó resoplar entrecortadamente, como si fuera a darle un ataque.

«Como se muera pensarán que la he estrangulado».

Pero en vez de morirse, Maia se puso a hacerle preguntas.

—¿Cuánto llevas ya en la aldea, muerto? ¿Más de un año, verdad?

Joan no respondió.

—¿Y no tienes ganas de volver con los tuyos? Te estarán esperando.

—Perdí la memoria en el naufragio.

Maia soltó una risotada.

—Claro, claro. Eso lo sabe todo el mundo. Pobrecito. ¿De verdad no recuerdas

nada? Alguien me dijo que llegaste en un barco español.

Joan extrajo el último clavo e instintivamente se miró la palma de la mano derecha. Se había cortado sin darse cuenta. Empezaba a sangrar.

—*El Príncipe de Barcelona*.

—¿Qué?

—El barco. Se llamaba así, *Príncipe de Barcelona*. Me lo dijo Catarina, después de hablar con las autoridades de São Paulo.

—¿Y qué más le dijeron? ¿Viajabas solo?

Joan sacó la ventana del marco y la dejó en el suelo, apoyada en la pared. Volvió a mirarse la palma. Tenía un buen corte.

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no te da la gana contármelo, muerto? ¿Viajabas solo o no?

—Se lo preguntaron a la compañía.

—¿Y bien? ¿Qué demonios dijo la compañía?

—Confirmó que en el barco viajaba un tal Joan Bras. Por lo visto embarqué en el puerto de Barcelona el 30 de julio del año pasado. Es todo lo que hemos podido averiguar.

—Y sabiendo eso ¿no piensas volver? Cualquiera diría que huyes de algo, muerto. —De pronto, los ojos de Maia se volvieron más pequeños y malvados—. ¿O es que hay algo que te retiene en Guanxuma?

—¿Qué quiere decir?

—No te hagas el tonto conmigo, que no me chupo el dedo. ¿Cómo es eso de vivir con Catarina?

—Pues... bien. Ya sabe.

—No, no lo sé. Por eso te pregunto.

—En realidad nos vemos poco. Ella tiene que atender a sus pacientes. Y yo me quedo en casa todo el día.

—Ya —murmuró Maia—. Pero por la noche dormís juntos, ¿verdad? Bajo el mismo techo, quiero decir.

Joan notó que empezaba a subirle el rubor por las mejillas. «Que no se dé cuenta», pensó, y se puso aún más nervioso.

—Sí, pero yo no... Ella duerme en su cama.

La vieja se echó a reír.

—Ya me imagino —dijo—. Pero os tenéis confianza, ¿verdad? Quiero decir que ella te cuenta cosas que le rondan la cabeza, y tú seguro que haces lo mismo. Os caéis bien. Sois amigos.

—Algo así. —La herida de la mano empezó a gotear, manchando el suelo.

—Claro, claro, algo así —repitió Maia; y, bruscamente, regresó a su tono habitual—: ¿A qué estás esperando, muerto? Termina de una vez con esa maldita ventana y

lárgate. Me lo estás pringando todo de sangre.

Una semana después, Catarina entró en la casa como un vendaval.

—¿Se puede saber qué le dijiste a Maia?

—¿Yo? Nada. ¿Por qué?

—Da igual. El mal ya está hecho.

—¿Vas a contarme qué sucede?

Catarina volvía de visitar a un enfermo en Praia Mansa. Era un trecho considerable hasta Guanxuma, y a la altura de Saco do Eustáquio se había detenido a descansar. Acababa de sentarse en un margen del sendero cuando le llegaron las voces de dos niñas que se acercaban. La mayor, que no tendría más de doce años, iba contando, entre estruendosas risas, que el zombi de la isla jugaba todas las noches a papás y a mamás con la doctora.

—¡Qué asco! —exclamó la otra—. ¿Y por qué no tienen bebés?

—No seas burra. Claro que tienen, y a montones. Pero como son hijos de su padre nacen todos muertos.

«Bobadas de crías», pensó Catarina, y no les hizo caso.

Pero poco después, al enfilar la calle de Guanxuma, había observado que a su paso iban formándose pequeños corrillos de vecinos, que intercambiaban susurros y risas mal sofocadas. Y supo con total certeza que Maia había vuelto a las andadas.

—Lo siento pero se te acabó dormir en esta casa —le dijo a Joan—. Al menos hasta que todo se calme.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Pues por qué la pagas conmigo.

—Yo no...

—No es justo. Tú ya sabes cómo es Maia.

—Lo que importa es que la gente se cree lo que va contando.

—¿Lo dices en serio, Catarina? ¿Qué gente?

—Todo el mundo, Joan. Toda la gente de la isla. Todos saben que vivimos bajo el mismo techo sin estar casados. Son gente sencilla y piensan lo peor. ¿Puedes meterte eso en la cabeza?

—No hace falta que me grites. Que piensen lo que les dé la gana. Tú y yo no hacemos nada malo.

—Es inútil discutir contigo. Esta casa es mía y se te acabó pasar aquí ni una noche más. ¿Está claro?

—¿Y dónde quieras que duerma?

—Eres carpintero, ¿no? Pues hazte un cobertizo fuera. Espacio tienes de sobra.

Y salió dando un portazo.

Mi bisabuelo abrió la boca para protestar, pero no pudo. Se acababa de quedar sin

fuerzas, como si un asesino sigiloso le hubiera acuchillado el pecho a traición, y por el boquete de la herida abierta le hubiera introducido un tubo para chuparle de golpe todo el aire de los pulmones. Lo que ocurría era que por aquel entonces ya era plenamente consciente de sus sentimientos hacia Catarina, así que, al verla tan furiosa con él, tuvo la impresión de haber perdido la guerra del amor antes incluso de librar su primera batalla.

Esa fue la cruz.

La cara, que empezaron a lloverle encargos. De la noche a la mañana todo el mundo parecía tener alguna pieza de madera para reparar, o necesitaba con urgencia un mueble nuevo. Lo hacían por puro morbo, para poder ver de cerca al protagonista del rumor inventado por Maia. Una vez lo tenían atareado, aprovechaban para sacar el tema disimuladamente: «¿La doctora está bien? Hace mucho que no sé nada de ella»; o bien, «Pronto hará siete años que la doctora enterró al marido. Ya le toca buscarse a otro hombre, ¿no crees?».

El caso es que a medida que lo iban conociendo, y casi sin darse cuenta ni ellos mismos, los aldeanos empezaron a tratarle de un modo distinto. Al principio fueron cambios sutiles, como atreverse a mirarle a los ojos o acercarse para hablar con él. Un día, alguien se olvidó de santiguarse al verle, no sucedió desgracia alguna y, a partir de entonces, todos fueron dejando de lado esa costumbre. Algún otro se refirió a él por su nombre de pila en vez de recurrir a cualquiera de sus tétricos apodos: el Muerto Surgido del Océano, el Resucitado, El-que-Huyó-del-Ataúd. Le llamó «Joan», los demás comenzaron a hacer lo mismo, y de este modo tan simple mi bisabuelo dejó de ser un apestado.

Mientras tanto, su pericia como carpintero aumentaba a ojos vistas. Además, era extremadamente rápido. En seis meses reparó más puertas y ventanas y construyó más sillas y camas y alacenas que Iago en toda su vida. Tal vez porque, a diferencia de su predecesor, Joan nunca intentaba timar a nadie. Cobraba únicamente el material empleado, ni un reis más, y el resto lo dejaba a la libre voluntad de cada cliente. Eso lo había aprendido de Catarina.

En resumidas cuentas, todo indicaba que la suerte empezaba a sonreírle: tenía una salud de hierro, un trabajo que le gustaba y la gente de la aldea comenzaba a respetarle. Sin embargo, Joan nunca se había sentido más desdichado, porque el muro que le distanciaba de Catarina parecía hacerse más infranqueable por momentos.

Sin proponérselo, volvieron a las charlas telegráficas de los primeros días:

—¿Cómo te ha ido?

—Bien. Cansada. ¿Y tú?

—Bien. La cena está lista.

Seguía cocinando él, porque era el papel que le correspondía en esa absurda obra de teatro en la que ambos estaban atrapados, pero sus guisos dejaron de tener el buen

sabor de antes. De repente se volvieron rabiosamente picantes, o salados, o tan amargos que había que escupirlos al primer bocado. Era como si quisieran expresar a gritos toda la desesperación que Joan callaba.

En la mesa apenas hablaban. Nunca se miraban a los ojos. A veces uno de los dos se salía del papel y contaba algo gracioso, una anécdota que le había sucedido; a veces, incluso, se reían juntos. Pero como si les diera miedo el camino al que eso parecía abocarlos, inmediatamente regresaban al silencio.

Visto ahora desde la distancia (más de un siglo después y sin haberlos siquiera conocido), mi impresión es que solo les faltaba el cartel en la entrada, con grandes letras que anunciaran la función:

Catarina Bailliere,
la doctora, y Joan Bras,
el muerto salido del océano,
en la tragicomedia
DOS TULLIDOS EMOCIONALES

Para meterse a fondo en el personaje, Joan llegó a convencerse de que su amor por Catarina se había transformado en odio. No dejaba de repetirse que la odiaba, la odiaba como odiaría a un dios injusto por haberlo expulsado sin motivo del paraíso. La odiaba por haberlos convertido en enemigos, por tener que cenar así, con el estómago cerrado. La odiaba cuando después de la cena caía el telón, nadie aplaudía y tocaba levantarse de la mesa tristemente, con un nudo en la garganta, desearle las buenas noches y alejarse de ella. La odiaba por obligarle a pasar la noche fuera como un perro apaleado. Odiaba su claustrofóbica prisión nocturna, las cuatro paredes de madera mal juntadas que ella, Catarina, la mala de la historia, le había obligado a construir de prisa y corriendo, y donde solo había espacio para un colchón y una tristeza inmensa. La odiaba por las largas noches de insomnio que pasaba por su culpa, y por tener que despertar cada mañana sin el olor a jazmín, sin verla a ella, sin una buena excusa para seguir vivo.

Esa situación insoportable duró nueve meses y once días, lo mismo que un largo embarazo. Comenzó el 29 de septiembre de 1910, en el preciso instante en que Catarina le impuso a Joan dormir fuera de la casa (en un vano intento de trazar una frontera entre los dos), y terminó el 10 de julio de 1911, la noche en la que Joan, harto de tanto sufrimiento, decidió jugárselo todo a cara o cruz.

Quinto paso: decisión

En Guanxuma existía una especie de taberna llamada La Fiesta. En realidad, era un almacén vacío donde a comienzos de cada mes se reunían vecinos de toda la zona, desde Ponta Grossa a Praia da Figueira. Esa noche, los hombres se afeitaban minuciosamente y las mujeres se ponían su mejor vestido. Había farolillos colgando del techo como murciélagos de colores, velas por todas partes y vino y comida en abundancia. Los que sabían tocar un instrumento interpretaban los temas que pedía el público, y los que tenían buena voz cantaban hasta quedarse afónicos.

Joan nunca había ido, a pesar de que Catarina se lo propuso una vez. Le contó que solía ir con su marido y que lo pasaban bien bebiendo cachaza, charlando con la gente y bailando hasta el amanecer.

—Es que yo no sé bailar —le dijo Joan.

—Puedo enseñarte.

—Déjalo, estoy bien aquí. Ve tú si quieres.

—No, da igual. La verdad es que en La Fiesta siempre pasa lo mismo. Yo también me quedo.

Y Catarina no volvió a sacar el tema.

Eso había sido al principio, hacía mucho tiempo, cuando ella todavía le hablaba y a él no le costaba tanto conciliar el sueño. Pero esa noche, la noche del domingo 9 al lunes 10 de julio de 1911, el insomnio se mostraba especialmente cruel.

Hacía mucho tiempo que la luz de la casa se había apagado.

Catarina debía estar dormida.

Joan imaginaba mil imágenes de ella en la cama. No dejaba de dar vueltas y más vueltas sobre el colchón, desvelado por los sonidos que le rodeaban. Tenía la impresión de oírlos todos a la vez: los de la selva nocturna (ramas que crujen, chillidos lejanos ampliados por el eco, cuerpos que reptan sigilosamente); el rítmico rumor del océano fusionándose con el de las cascadas del Gato y Água Branca, las más cercanas; y, por encima de todos, el que llegaba de La Fiesta. Un conglomerado de voces, risas y música que resonaba en su cabeza como el golpeteo de un martillo.

Pasaban de las dos de la madrugada cuando decidió acercarse a echar un vistazo. La noche era ardiente, de las que cosen la camisa al cuerpo. Y también oscura. La única luz provenía del almacén al que se dirigía. Brillaba al fondo de la calle como la estrella polar. A medida que se acercaba, iba cruzándose con sombras de parejas jóvenes que huían riendo, agarradas de la mano, en busca de un rincón secreto donde poder besarse.

«¿Qué hago aquí? —pensó—. Este no es mi sitio».

Iba a darse media vuelta cuando el cielo entero se iluminó, estalló un trueno muy cerca y, como suele suceder en los climas tropicales, al momento siguiente llovía de forma torrencial. Entonces sonaron unos lentos acordes de guitarra. Parecían deshacerse como terrones de azúcar bajo el frenético ritmo del aguacero. Una mujer

se puso a cantar, y fue como si su voz desgarradora le susurrara al oído lo mismo que él estaba viviendo:

*La noche se me hace eterna por tu culpa, corazón.
Porque no quieres quererme voy a perder la razón.
Ten piedad, clávame a fondo el puñal del desamor.
Me desangro lentamente,
no recuerdo ni quién soy.*

Años después, sintiéndose a las puertas de la muerte, mi bisabuelo trataría de evocar ese momento tan crucial de su existencia y escribiría en su libro de memorias: «El cerebro de los hombres es tan rematadamente torpe que necesita meses, incluso años, para comprender cuestiones que la música responde en un segundo».

Plantado en medio de la calle, Joan se quedó escuchando con el corazón en un puño. Y fue como si cada nota, cada verso de aquella canción, pulsara un resorte en su interior.

Ni siquiera se dio cuenta de que lloraba como un niño.

Daniel, el joven campesino, le vio desde el interior del almacén e intentó llamarle: —¡Joan! Vas a pillar un catarro. ¡Entra, hombre!

Pero él siguió ahí, llorando a lágrima viva. Lloró por todo por lo que aún no había llorado: por sentir que no era nadie, un náufrago confundido con un muerto y que, por no tener, no tenía ni pasado. Lloró por todos los parientes y amigos a los que, por más que se esforzaba, no conseguía adjudicar un rostro. Los imaginó sufriendo en otro mundo por su culpa, sin saber que no estaba realmente muerto. Y lloró, sobre todo, porque se sentía solo. Pero no aquella triste noche de invierno, sino todas. Pensó que su vida era muy parecida a eso: una calle desierta, de noche, bajo la lluvia, y él en medio, como un completo idiota, calándose hasta los huesos. Entonces se desplomó de rodillas, se tapó los ojos con las manos y siguió llorando con más fuerza.

La voz de la cantante se fue diluyendo, muy despacio, hasta que murió con el arpegio final del guitarrista. No hubo aplausos, porque desde hacía un buen rato todo el mundo estaba pendiente de lo que ocurría en la calle.

—¿Qué tripa se le ha roto al loco ese? —saltó, partiéndose de risa, una muchacha alta y delgada como una escoba. Era de Praia Vermelha, el único lugar del mundo donde nunca pasa nada.

—Me da miedo —dijo su amiga, agarrándola con fuerza por el brazo.

Joan no podía oírlas desde su posición. En realidad no oía ni veía nada, porque el mundo, su mundo, era como el de la canción: un largo y angosto túnel rodeado de oscuridad.

Y entonces comprendió cuál era la única salida.

Ocurrió así, del modo repentino con el que suelen iniciarse casi todas las historias de amor: después de tanto tiempo engañándose a sí mismo, sintió que se le caía la venda de los ojos y pensó que ya iba siendo hora de jugarse el todo por el todo. Apretó los dientes y, secándose las últimas lágrimas con la palma de la mano, respiró profundamente y se puso en pie.

—¡Cuidado, viene hacia aquí! —gritó alguien.

La gente se apartó a los lados, dejando un pasillo en medio para que pasara. Le miraban asustados, como preguntándose qué iba a ocurrir a continuación. Ese era el triste papel que les correspondía: contemplarlo todo y callar. Parecía que estuvieran ahí como atrezo, igual que había montones de velas encendidas, o una mariposa atrapada dentro de uno de los farolillos de papel, aleteando como si se ahogara, o puñados de botellas vacías tiradas por el suelo como cucarachas de cristal. Había gente, sí, igual que olía a tabaco y a sudor, o que la lluvia caía como si fuera la última vez, su dramático redoble de despedida. Era así, pero para Joan podría haber sido de cualquier otra manera y no habría cambiado en absoluto el curso de los acontecimientos.

Tuvo que recorrer todo el almacén hasta llegar al mostrador del fondo, donde se servían las bebidas. El encargado leyó en sus ojos y corrió a alargarle una botella de cachaza.

—Invita la casa —dijo.

La cachaza era la bebida nacional de Brasil, la que los portugueses habían intentado prohibir siglos antes y no habían podido, la que empezó siendo para los esclavos y terminó poseyendo su propia canción, cantada por negros, blancos y mulatos a coro, como si fuera un himno.

*Saudade, tenho saudade
da terra onde nasci.
Saudade duma aguardente,
da cachaça que eu bebí.
A cachaça é minha prima,
o vinho meu primo irmão.
A cachaça eu bebo em copo,
o vinho em garrafão.^[1]*

La cachaza de Ilhabela nunca llegaría a tener tanta fama como la de Minas Gerais o la de la ciudad de Pirassununga, pero no tenía nada que envidiarles. Las tres se hacían de la misma forma, destilando con paciencia el jugo de la caña de azúcar fermentado. Las tres empezaban pareciendo fuego y acababan siendo miel en la garganta.

Agarró la botella por el gollete y bebió. Primero un trago largo, dejando que el líquido se deslizara cuello abajo hasta quemarle la garganta, el pecho, el estómago. Hizo una pausa para respirar, y luego siguió bebiendo.

Aún llovía a mares cuando regresó a la calle, pero eso no tenía importancia. No aquella noche, en la que era capaz de moverse más deprisa que cualquier animal. Era un halcón que volaba a ras de suelo, una anaconda enloquecida, un ágil mono tití acostumbrado a saltar de rama en rama. Era el rey de la isla, el astuto y despiadado jaguar Gápanemé. Se sentía fuerte, invulnerable. Podía hacer que el tiempo avanzara más despacio a voluntad, y que las gotas de lluvia cayeran del cielo milímetro a milímetro, para esquivarlas fácilmente sin dejar de galopar hacia su meta.

Oyó voces detrás, pero no se molestó en girarse.

«Me siguen otra vez», pensó. Había hecho ese mismo recorrido la primera noche que pasó en la isla. Seguido de cerca, igual que ahora, por la gente de Guanxuma. También había sido una noche tormentosa, pero del mes de agosto. Entonces él estaba muerto, atrapado en un ataúd.

Ahora se sentía más vivo que nunca.

¿Por cuánto tiempo?

La respuesta dependía de ella, y eso le dio fuerzas para acelerar el paso.

La calle se convirtió en sendero y, después de que este se estrechara todavía más, su corazón dio un vuelco al distinguir el borrón oscuro de la casa de Catarina azotada por la lluvia. Llegó a la entrada jadeando y se detuvo a recuperar el aliento. Estaba empapado de la cabeza a los pies, como si acabara de zambullirse en el océano. Notó que la vista se le empezaba a nublar.

Hizo un último esfuerzo y entró.

Vio la casa de muñecas en la esquina y los catorce ojos de botón que le miraban, sorprendidos. Debió de hacer algún ruido, porque antes de poder dar un paso más hacia la puerta del dormitorio, esta se abrió.

—¿Qué ocurre? ¡Estás empapado! —Catarina estaba de pie en el umbral, con una vela en la mano. Iba descalza. Llevaba un largo camisón blanco, de algodón, y el pelo le caía sobre los hombros como a pinceladas.

Joan no dijo nada. Quizá llevaba tanto tiempo reprimiendo las palabras que ya empezaba a acostumbrarse, o puede que todas las fieras salvajes que esa noche le habían poseído le estuvieran ordenando que pasara a la acción.

Se acercó a Catarina y, sin darle tiempo a protestar, la cogió en brazos. La vela cayó al suelo y se apagó. Joan se quedó inmóvil, respirando por la boca en plena oscuridad, ebrio de la cachaza que había bebido, del aroma a jazmín que envenenaba el aire y del aliento entrecortado de Catarina, tan cerca del suyo. Y esperó. Esperó una eternidad a que ella reaccionara. Esperó hasta que sus ojos se fueron acostumbrando a la densa oscuridad y vio que Catarina le miraba con dulzura.

Cuando ella le pasó los brazos alrededor del cuello, entró en el dormitorio y cerró la puerta con el pie.

5. Lujuria

Nunca se lo había contado a nadie, pero José no fue el primero que la besó. Fue un primo suyo, cuando ella tenía trece años. Como cada domingo, sus padres la habían llevado a oír misa en Santa Maria Maior, la catedral de Lisboa, y coincidieron con sus tíos y el *primito*. Se llamaba Gonçalo (Gonçalinho, para la familia) y era dos años mayor que ella. Catarina lo encontraba repulsivo. Durante toda la ceremonia no paró de hurgarse la nariz y comerse las pelotillas que iba amasando, y cuando vio que ella le miraba asqueada, le sacó la lengua y se echó a reír con arrogancia.

A la salida, sus padres y sus tíos acordaron pasar la mañana juntos, así que dieron un largo paseo por el barrio medieval de Alfama, el que sobrevivió con menos cicatrices al devastador terremoto de 1755. Los mayores iban delante, hablando de sus cosas, y Catarina y el odioso chaval los seguían en procesión, sin mirarse ni decirse nada.

De pronto, Gonçalinho se detuvo.

—¡Espera un segundo, prima! —exclamó, agachándose—. Se me ha desatado el zapato.

—Date prisa, ¿quieres? —Catarina vio cómo sus padres y sus tíos torcían en la siguiente esquina.

Oyó un ruido a su derecha y se giró. Había una casa muy antigua, con un pequeño patio rebosante de rosales rojos y una verja de entrada que habían olvidado cerrar. El viento la iba meciendo, y chirriaba como una gaviota: *ñic, ñic, ñic, ñic, ñic*.

Entonces lo hizo: Gonçalinho se puso en pie de un brinco (al cordón no le pasaba nada), la agarró por los hombros y, sin más, enganchó su apestosa boca a la suya, como si fuera una ventosa, e intentó meterle la lengua torpemente.

El primer beso de José fue todo lo contrario. Fue lento, experto y, sobre todo, muy, muy esperado.

Para entonces Catarina tenía dieciséis años, siete menos que él, y llevaban medio de prometidos. Se había enamorado nada más verle, de un modo que solo volvería a repetirse una vez en toda su vida, con mi bisabuelo. Sin embargo, el primer encuentro con José tuvo poco de aventurero: no necesitó luchar contra un furioso oleaje para alcanzar un arrecife donde estaba él, aparentemente muerto. Le bastó con pillar un simple resfriado. Al tercer día le subió tanto la fiebre que sus padres, preocupados, fueron a buscar ayuda al hospital. José estaba de guardia.

El doctor no era un hombre que pasara fácilmente desapercibido. Para empezar, superaba el metro ochenta, hecho que le convertía en un gigante para la época, y parecía aún más alto porque usaba chistera en vez de bombín. Vestía de forma impecable: camisa blanca con el cuello bien almidonado, corbata de lazo negra, saco hasta medio muslo de los de tres botones y chaleco y pantalones de la misma tela, con

raya y dobladillo en los bajos, siguiendo la última moda impuesta desde Inglaterra. Hablaba con una profunda voz de barítono que hipnotizaba y, en general, todo él irradiaba ese aire de nobleza y de seguridad que suele fascinar a las mujeres.

Fue a visitarla y se mostró frío y distante. La estuvo auscultando un par de minutos, la hizo toser, abrir la boca y decir «aaah», y le recetó un jarabe, guardar cama y beber mucho líquido. Catarina pensó que no le volvería a ver, pero a los cinco días él regresó con la excusa de preguntarle cómo se encontraba.

Un mes después se prometían.

La primera vez que la besó, Catarina llevaba tanto tiempo deseándolo que todo su cuerpo sufrió un cataclismo, una revolución: el corazón comenzó a latirle como un caballo desbocado, sintió un escalofrío de ida y vuelta desde la nuca a las plantas de los pies, y de pronto estalló un incendio tan devastador en su vientre que la dejó ciega, muda y sorda, los pezones se le pusieron duros hasta dolerle, la boca se le inundó de saliva y la vagina, de humedad, y las piernas se quedaron sin fuerzas para sostenerla.

Estuvo quince años atesorando en lo más profundo de sus entrañas el recuerdo de ese instante que duró segundos, convencida de que nunca volvería a repetirse, no con la misma intensidad. Pero el 10 de julio de 1911, cuando un ruido la despertó en mitad de la noche, abrió la puerta de su dormitorio y se encontró a Joan plantado frente a ella, con aquella expresión de loco furioso en la mirada, y de repente la cogió en brazos y se dirigió a la cama y el corazón se le detuvo, un segundo antes de ponerse a galopar de nuevo, supo que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía siendo la misma chiquilla ansiosa por descubrirlo todo.

Al principio fue muy delicado.

La tumbó sobre la cama y le susurró al oído:

—Cierra los ojos.

Obedeció, aunque lo mismo hubiera dado lo contrario, porque la habitación estaba a oscuras. Él comenzó a besarla despacio, muy despacio, por todas partes menos en la boca. Iba posando los labios (a veces solo una brizna de aliento) en la frente, las mejillas, la nariz, las pestañas, las orejas, el cuello. Al menor estremecimiento cambiaba de objetivo. Catarina se dejaba hacer, sorprendida y excitada por el extraño dominio que ejercía tanta ternura sobre ella. Pronto a los besos se sumaron las caricias. Las manos de Joan eran fuertes y parecían abarcarlo todo al mismo tiempo, recorrían la suave llanura del vientre y las caderas y masajearon los senos y se deslizaban bajo el camisón e iban y venían entre los muslos con los dedos al rojo vivo.

Catarina lanzó un suspiro y separó las piernas.

Él se puso encima.

Y la besó en la boca.

Fue un beso largo, húmedo y lento, desesperadamente lento, hasta que ella no aguantó más y respondió atrayéndolo por la nuca, buscando la otra lengua con la suya.

Entonces se desató la locura.

Se besaron con furia, las dos bocas abiertas de par en par y las lenguas enzarzadas. Ella jadeaba como si fuera a ahogarse. Él le mordió el labio. Ella le clavó las uñas en la espalda. Él soltó un grito que, a la vez, era una carcajada.

Ni siquiera fue consciente de que le quitaba el camisón. De pronto se encontró completamente desnuda, y él también lo estaba, combatiendo los dos a ciegas sobre el ring de la cama sin dejar de besarse, de lamerse, de hacerse daño y de darse placer con los dientes y las uñas, arañándose, mordiéndose, dándose lametazos, refregando piel contra piel, un pecho contra el otro, entremezclando piernas y brazos y sabores y alientos entrecortados.

De pronto, Joan la sorprendió cambiando de posición y, aferrándole las nalgas, se amorró salvajemente a su manantial y comenzó a beber como si llevara meses sediento. Sus tragos eran ásperos y dulces. Dolían y curaban. Su lengua era seda y era lija, era un puñal, una culebra, un pétalo. Lamía insaciablemente y luego se clavaba a fondo y se retorció, haciendo vibrar cada músculo, cada terminación nerviosa. Y, al instante, corría a replegarse para seguir lamiendo.

Sudaban, y el sudor, espeso, los iba cubriendo cada vez más como una segunda piel, parecían untados en aceite. Volvieron a cambiar de posición: se pusieron de lado, uno frente a otro, rozándose con las narices como dos niños juguetones, intuyendo el brillo en sus ojos. Ella le acarició el sexo con la palma de la mano, desde la raíz de los testículos al glande. Él le sobó los pechos, le pellizcó suavemente los pezones, los chupó con ansia. Ella levantó una pierna y la puso encima de él.

La penetró tan de repente que pensó que iba a rasgarla, a partirla en dos. Pero una vez dentro se quedó completamente inmóvil, dejando que las punzadas del dolor inicial se fueran transformando en pequeñas chispas intermitentes, en escalofríos de deseo. Esperó hasta que ella dijo «ahora» con todo su cuerpo.

Solo entonces atacó.

Seguía siendo de noche. La treintena de hombres y mujeres que habían seguido a Joan desde el almacén donde se celebraba el baile hasta las proximidades del hogar de Catarina seguían allí bajo la lluvia, dejándose empapar como tontos, asistiendo a aquel delirante concierto de roces y gemidos, sin saber muy bien qué hacer.

Alguien se echó a reír de puros nervios.

—Je je je. Parece que, por una vez, Maia decía la verdad.

Nadie le respondió. Querían seguir escuchando.

Dejó de llover. El tinte rojo y granate del alba fue envenenando la noche hasta matarla, pero Catarina y Joan seguían sin rendirse. De hecho, a juzgar por el

escándalo que montaban, cada vez gozaban más. Era un constante diálogo de suspiros, roto de vez en cuando por el crujir de la cama, una súplica, una risa ahogada, un cachete en una nalga, un berrido desgarrado. Absorta, la gente se dejaba transportar en el tiempo: los más jóvenes, hacia un futuro lleno de asombrosas posibilidades; los demás, de regreso a la primera vez en la que habían gozado de una lujuria parecida.

Los hombres empezaron a mirar de reojo a las mujeres, dedicándoles una sonrisa lobuna que era, en realidad, una proposición; y cuando ellas les sonrieron también, sellando el pacto, fue como si arrojaran una cerilla a un reguero de pólvora.

Algunos corrieron a sus casas. Otros no pudieron esperar tanto y se desfogaron allí mismo como animales, parapetados en la selva. Lo hacían como si el mundo fuera a terminarse de un momento a otro, buscándose los sexos desesperadamente entre pantalones a medio bajar y vestidos remangados. Excepto los niños y los más ancianos, uno tras otro se fueron contagiando de aquel hechizo sonoro que llenaba los sentidos de concupiscencia.

Hasta Fabiano, que siempre se jactaba de repeler las tentaciones de la carne, tuvo una inesperada erección al entrar en la cocina y sorprender a su hermana Raquel desnuda como vino al mundo y en cuclillas en la mesa, montando vigorosamente a un desconocido.

—¡Ramera del demonio! —exclamó.

Pero, en vez de amonestarla, huyó a su cuarto y se dedicó a rezar el padrenuestro mientras se masturbaba.

Eso ocurrió en Guanxuma la mañana del 10 de julio de 1911. Hay escritos que lo recogen, como las memorias inconclusas de mi bisabuelo o una carta que el propio Fabiano, ya en calidad de sacerdote, mandaría nueve años más tarde al papa genovés Benedicto XV, y que se conserva bajo llave en los archivos vaticanos. En esa larga misiva de treinta y siete páginas, Fabiano empieza implorando perdón al Pontífice «por todo lo que hice y dejé que me hicieran aquel día», afirma sentirse aún «sucio y lleno de remordimientos por dentro», y añade que merecería ser expulsado de la Iglesia, porque cuando vio que su rebaño perdía el control actuó más «como un despiadado lobo que como un buen pastor». Y a continuación narra lo que, según él, sucedió en la aldea. Hay tal profusión de detalles escabrosos, de pelos y señales, que no es difícil imaginarse al atormentado hijo de Iago espiando de ventana en ventana y deleitándose con lo que veía. Como es previsible, el escrito termina atribuyéndolo todo al influjo del Maligno.

Hasta aquí la realidad.

Sin embargo, la leyenda siguió expandiéndose hasta sobrepasar los límites de lo admisible. En Vila de Castelhanos, situada a unos cinco kilómetros al sur de Guanxuma, se habló durante mucho tiempo del extraordinario caso de un tal

Adonaldo de Assis. Adonaldo era un pobre viudo de noventa y cuatro años, menudo y enclenque, que desde la muerte de su esposa se pasaba el día postrado en cama, menguando a ojos vistas, sin fuerzas para seguir viviendo. Uno de sus hijos fue a visitarlo esa mañana, y luego contaría que el aire se llenó de lúbricos gemidos llevados por el viento y que, al oírlos, el color regresó de pronto a las mejillas del anciano, los ojos se le salieron de las órbitas, la vena del cuello se le hinchó, saltó de la cama y se quitó toda la ropa de un zarpazo. Juraría, con orgullo, que su padre, que nunca había tenido nada del otro mundo entre las piernas, en ese momento exhibió un pene prodigioso, grueso como un tobillo y de más de cuarenta centímetros de largo. «¿Se puede saber qué haces ahí perdiendo el tiempo, so memo? —gritó—. ¡Sal ahora mismo a buscarme una mujer!» Se puso la mano en el pecho y cayó fulminado.

Dicen que en la playa de Indaiauba vieron a un joven pescador andar como un sonámbulo, meterse en el océano hasta la cintura y dejarse acariciar hasta el éxtasis por dos sirenas de larga cabellera rubia.

Dicen que hubo orgías en Vila da Nossa Senhora, Pacuiba, Pedras Miúdas y Areado.

Dicen que dos curas que pregonaban en Veloso la palabra del Señor tuvieron que rebanarse el pescuezo el uno al otro para evitar la tentación de yacer juntos en pecado.

Dicen que durante más de una hora, el agua que caía abundantemente por cada una de las trescientas sesenta y cinco cascadas de Ilhabela se convirtió en semen.

Dicen que el virus, o lo que fuera aquello, cruzó el océano y llegó hasta un circo instalado en las afueras de São Paulo. Su plato fuerte eran los animales africanos. Había un elefante que se erguía majestuosamente sobre las patas traseras, media docena de leones capaces de cruzar un aro en llamas, y una jirafa que no hacía nada especial, excepto mascar todo el rato y lucir cuello. Pero fueron los monos los que armaron el mayor revuelo. Eran bonobos, también llamados chimpancés pigmeos, una especie que no sería reconocida por la ciencia hasta diecisiete años después, cuando el anatomista Harold Coolidge presentó un cráneo en el Museo Real de África Central, en Tervuren, Bélgica; y, poco después, el alemán Ernst Schwarz publicó el descubrimiento.

El bonobo comparte un noventa y ocho por ciento de su ADN con el ser humano; pero, a diferencia de este, no posee ningún tabú sexual. Utiliza el sexo para casi todo: como saludo, para hacer las paces en caso de conflicto, para obtener comida. También sin motivo alguno, simplemente porque le apetece. Los bonobos se besan, realizan felaciones, se masturban solos y en pareja, los machos se frotan entre ellos y las mujeres practican sexo genital las unas con las otras para establecer relaciones sociales.

Hoy en día lo sabe mucha gente, pero no en 1911. Al ver a esos pequeños

primates en el centro de la pista, disfrutando de aquel modo, el público percibió algo, un eco primitivo en su interior que debió de trastornarle el cerebro. Dicen que los mayores ordenaron a sus hijos que volvieran rápidamente a casa. Dicen que lo que hicieron a continuación, cuando se quedaron a solas con las bestias en celo y con la viciosa gente de aquel circo, no podría imaginarlo ni la mente más retorcida.

Dicen, dicen, dicen.

Se dicen muchas cosas, y seguramente todas son mentira.

Lo único que ocurrió con total certeza es que mi bisabuelo y Catarina se encontraron, por fin, después de tanto tiempo de buscarse; y, como es normal, se dieron un atracón.

Nueve días con sus noches permanecieron encerrados, completamente ajenos al mundo que los rodeaba. De vez en cuando se concedían una breve tregua para reponer fuerzas, dormir como lirones o devorar lo primero que encontraban. Pero la mayor parte del tiempo hacían el amor. De una manera tan ruidosa, tan rotunda, que nadie tuvo valor para interrumpirlos cuando Maia se puso enferma por enésima vez. Pensaron: «Es el cuento de siempre, ya se le pasará».

Pero esta vez no. No se le pasó.

Tuvieron que enterrarla en un ataúd tan grande que parecían tres, y con los jadeos de los incansables amantes como música de fondo. Resultaba tan cómico todo el conjunto que fue el primer entierro de la historia en que hubo más risas que lágrimas.

—No puedo más —murmuró Catarina cuando despertó al décimo día y se encontró la boca de Joan pegada a uno de sus pezones como una sanguijuela.

Y era verdad. Se sentía débil, mareada, y le dolía todo el cuerpo. Le dolían los pezones y los senos, aunque no tanto como la espalda. Le dolía el pelo de tantos tirones sufridos, y las nalgas de tener clavadas las garras de Joan durante sus acometidas; le dolía la boca de tanto besar hasta quedarse sin aliento, y le dolía el cuello de una vez en que Joan casi la había estrangulado, sin querer, en el momento de eyacular dentro de ella. Y, sobre todo, le dolía el sexo, tenía los labios de la vulva hinchados y rojos como frutos maduros y le dolían mucho, le dolían más que cualquier otra parte del cuerpo, y aunque era un dolor adictivo, que le hacía desear seguir teniendo dentro el pene que lo había provocado, se sentía un poco harta ya, sin energía para proseguir con el combate. Así que se rindió.

—En serio. No puedo más —repitió, y esta vez consiguió que Joan apartara la cabeza y se quedase mirándola. Parecía un cachorro al que acabaran de dar una orden que no comprendiese.

—Está bien —murmuró mansamente, con una voz pastosa. Un segundo después, entornó los párpados y comenzó a roncar.

Ella sonrió, e inclinándose le dio un suave beso en la frente. Después se levantó, se puso el camisón y salió afuera. Hacía una mañana radiante. La hierba húmeda

crujía bajo sus pies descalzos, y el cielo, sin una sola nube en el horizonte, inabarcable, era de un azul tan intenso que hacía daño en los ojos. Desde todas partes le llegaba la charla estridente y repetitiva de los pájaros: *ñic, ñic, ñic, ñic, ñic*. Era como el chirrido de esa verja en Lisboa, la de la vieja casa de los rosales rojos, la verja que mecía el viento un domingo, a la salida de la misa en la catedral. Le hizo acordarse de su primer beso, el beso torpe y a traición que le había dado aquel niño odioso, su primo. Ni siquiera se acordaba de su nombre.

Entonces pensó en su difunto marido, con el que había estado casada siete años y que nunca, en todo ese tiempo, había accedido a hacer el amor con la luz encendida. Y descubrió que había comenzado a olvidarse también de él. Como si su rostro, el rostro de José, fuera un retrato hecho al carbón colgado al fondo de una sala oscura de su cabeza, y la lluvia cayera lentamente sobre él, difuminándolo.

Cualquier otro día habría sido un pensamiento triste.

Ese día no.

Ese día se dejó contagiarse por todo lo que la envolvía y se sintió viva, extrañamente viva y feliz, más de lo que nunca se había sentido.

6. Las voces de Catarina

La mujer tendrá cuarenta y pocos, pero desde lejos parece una anciana. Camina arrastrando los pies por el medio de la calle. Es de día y se trata de una calle ancha y adoquinada, de ciudad, así que, por lógica, debería estar llena de gente apresurada y de vehículos fluyendo de aquí para allá. Sin embargo (los sueños, ya se sabe), parece que solo exista esa mujer pálida y esquelética, con el pelo prematuramente blanco, avanzando palmo a palmo hacia él, moviéndose como si no pudiera con su alma.

Lleva el vestido manchado de sangre.

Como siempre, en ese momento intuye que está soñando, pero no consigue despertar. Se pregunta si debería sentir miedo. Hay algo en esa mujer que le resulta vagamente familiar (reconfortante, incluso), pero ignora si la conoce de toda la vida o si solo es alguien inventado por su mente con el único fin de que se cruce cada noche con él, en ese punto exacto de su sueño. Ni siquiera sabe si lo que ocurrirá a continuación es bueno o malo: para descubrirlo no le queda otro remedio que seguir soñando. Así que lo hace, y a medida que se acercan el uno al otro, el sueño (que hasta entonces era completamente silencioso, como si ocurriera bajo el agua) se va llenando de sonidos. Se oyen cascos de caballos al galope y gritos a su alrededor, alaridos de gente exaltada a la que es imposible distinguir porque, de pronto, ya no es de día y la noche es negra, impenetrable. Suenan disparos muy cerca. La mujer se estremece (en este punto él ya sabe quién es, pero el instinto de soñador le dice que volverá a olvidarlo en cuanto se despierte), lo agarra con fuerza por el brazo y lo mira. Sus ojos son dos pozos salpicados de estrellas. Su expresión es triste, desesperada. Es como si tratara de preguntarle algo, algo muy importante, pero las palabras no salieran de su boca.

Es el miedo a volver a oír esa pregunta lo que ha creado todo su sueño y lo que le hace despertar.

«¿Dónde está tu hermano?»

Seguía despertándose en mitad de la noche. Empapado de sudor y muerto de miedo. Lo único que había cambiado era que ella estaba a su lado para mimarlo: lo llenaba de besos y abrazos y le hablaba en ese tono maternal y sedante que todas las mujeres del mundo nacen dominando. Le susurraba al oído:

—Ya, ya está, tranquilo, no es nada, ya pasó...

Esa noche, además, fue a prepararle una infusión de tila y madreSelva. Volvió con la taza echando humo, se sentó en la cama y esperó a que Joan diera un pequeño sorbo.

—Quema mucho.

—Cuéntame lo que recuerdes. Te sentirás mejor.

—Nada. —Joan negó con la cabeza—. Es lo de siempre, me despierto y lo he olvidado todo. Solo que esta vez... —Se detuvo, porque una imagen fugaz acababa de venirle a la cabeza.

—¿Qué?

—Había algo. Algo distinto.

—¿Algo?

—Alguien. Creo que era una anciana. Tenía el pelo blanco.

Catarina arrugó la frente.

—¿Podía ser Maia?

—No. —Joan negó enérgicamente con la cabeza—. Maia está muerta.

—Por eso. Mi abuela siempre decía que los muertos vienen a visitarnos cuando nos dormimos. Y es cierto. Ella me ha visitado muchas veces.

—A lo mejor era ella. Tu abuela, digo. Que quiere conocerme.

Catarina sonrió.

—Te acordarías. La abuela Sión era una mujer difícil de olvidar.

—Te creo. —Joan sonrió, sopló un par de veces sobre la infusión y consiguió dar un sorbo sin quemarse—. Recuerdo otra cosa de mi sueño. Había fuego.

—¿Fuego? ¿Te refieres a un incendio?

—No lo sé. —Hizo un esfuerzo para recordar, pero solo conseguía entrever destellos, imágenes fugaces e inconexas, sin sentido—. Había gente gritando, eso seguro. Y no es la primera vez.

—¿Qué quieres decir?

Joan tuvo un escalofrío.

—Es extraño. ¿Crees que puedo soñar lo mismo cada noche?

Catarina le tocó la frente con un dedo, suavemente.

—Creo que lo que sea que escondes aquí dentro intenta salir desde hace tiempo. Pero no vale la pena angustiarse. Ya lo hará. Cuando llegue el momento.

De repente parecía muy cansada. Se metió en la cama y se acurrucó a su lado, hecha un ovillo bajo las sábanas. Joan se terminó la infusión en silencio, dejó la taza sobre la mesita y apagó la vela de un soplido. La habitación quedó a oscuras, en silencio.

Creía que Catarina había vuelto a dormirse cuando la oyó susurrar:

—Cuando José murió pasé mucho miedo.

Joan se volvió hacia ella. Apenas podía verla en la oscuridad, pero sentía su aliento cerca mientras le hablaba.

—Hacía poco más de dos años que vivíamos aquí. Y en ese tiempo, José había hecho suya la isla. Se había convertido en alguien importante. Era el doctor, la persona en quien todos confiaban. Para él fue relativamente fácil olvidarse del pasado.

—¿Y para ti no?

—No. —Catarina hizo una larga pausa—. Y ese era el problema. Por dentro seguía siendo una muchacha de ciudad. Había seguido a mi marido hasta el fin del mundo. Acepté vivir en una cabaña, renuncié por él a mis tiendas de ropa favoritas, a mis bailes, a todo lo que me gustaba de joven. Pero ese siempre había sido su plan para empezar de nuevo, no el mío.

Calló. Joan buscó su rostro a tientas y le dio un suave beso en los labios.

—¿Y por qué no volviste a Lisboa cuando enviudaste?

—No lo sé. Me dio más miedo que quedarme.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Al principio yo tampoco. Supongo que llegué a la conclusión de que toda mi vida había sido una cobarde y que ya iba siendo hora de cambiar eso. Y por lo menos aquí no tenía nada que perder.

Joan le dio otro beso.

—Me alegro de que te quedaras.

—Yo también.

Empezó a acariciarle el pelo y, al poco rato, pudo oír su respiración lenta, acompasada. Se preguntó si faltaría mucho hasta el amanecer.

Poco a poco fueron volviendo a la normalidad. Catarina a sus visitas médicas y él a los trabajos de carpintería. Ahora que habían pasado los primeros días de locura, con Catarina se sentía seguro y relajado. Era como recorrer un paisaje que llevase tiempo contemplando desde una ventana.

—¿Qué haces?

—Nada. Solo te miro.

—Ya lo veo. ¿Y piensas hacerlo mucho rato?

—No mucho. El resto de mi vida.

Le gustaba hacerla sonreír.

Aprendió a anticiparse a sus explosiones de alegría y a sus momentos de decaimiento. Le bastaba con cerrar los ojos para recordar hasta el más ínfimo detalle de su rostro, el aroma y el tacto de su piel, el brillo de su pelo derramándose sobre la almohada como miles de hilos de seda negra iluminados por el sol de la mañana. Sus ojos. Su boca. Su sonrisa. Su forma de acelerar el paso, como una bailarina, cuando regresaba por la noche y él salía a recibirla.

Entonces llegó agosto y, con él, la fiesta de la aldea. Tuvo el presentimiento de que sería un error ir juntos tan pronto, cuando aún resonaba por toda la isla el eco de su desenfreno inicial. Pero de nada le sirvió rogarle a Catarina que esperaran un poco más, como mínimo hasta el mes siguiente. «Me debes un baile», respondió ella. Y se zanjó el debate.

Escogió el vestido menos discreto que tenía. Uno de tonos rojizos que, más que

sugerir, realizaba con generosidad su anatomía. En cuanto llegaron cogidos del brazo se convirtieron en el centro de todas las miradas. Al pasar junto a un grupo de solteras, Joan oyó comentar a una:

—Hay que tener poca vergüenza para presentarse así, después de lo que hicieron.

—No les hagas caso —le susurró Catarina, tirando de él hacia el centro del almacén, donde bailaba toda la gente, arracimada—. Tú sonríe, cógeme por la cintura e intenta no pisarme. Ya se cansarán de criticar.

Como siempre, tenía razón.

Bailaron cinco canciones. A la sexta, nadie estaba pendiente de ellos. En algún momento, pasada la medianoche, Catarina le dijo que tenía sed y Joan tuvo que abrirse paso como pudo hasta el mostrador para pedir un par de cachazas. Cuando regresó con dos vasos llenos a rebosar, se la encontró bailando con un desconocido. Treinta y tantos, alto, apuesto. Era un millón de veces mejor bailarín que él. La guiaba con soltura y ella le seguía como si flotara a ras de suelo. Cuando se inclinaba para decirle algo al oído, ella reía a carcajadas.

Joan se puso celoso al instante.

Sintió como si lo sacudiera un rayo y se quedó helado hasta la médula, sin fuerzas para nada más que para permanecer allí, observándolos con una expresión simiesca de incredulidad, esperando a que terminara esa estúpida canción que parecía no tener final. Y cuando terminó, cuando Catarina se separó, por fin, de aquel intruso tan guapo de pies ligeros y fue corriendo hacia él, sonriendo de oreja a oreja, le cogió de entre los dedos uno de los vasos y probó un sorbo de cachaza y murmuró algo así como «¡Qué buena!», entonces sí, entonces sintió que el calor volvía de golpe a sus mejillas.

—¿De qué le conoces? —Hizo un esfuerzo por apaciguar el tono de su voz—. ¿Es paciente tuyo?

—¿Quién, ese? Nunca le había visto. Dice que es de Garapocaia. —Catarina dio otro sorbo a la bebida y se pasó la lengua por el labio superior—. Baila bien, ¿verdad?

Joan asintió despacio con la cabeza.

—¿Qué te contaba? No parabas de reírte.

—Bah, ya sabes, tonterías.

Joan volvió a asentir. Cerró los párpados y apuró de un solo trago su cachaza. A continuación soltó un bufido que le dejó sin aire en los pulmones, hizo añicos el vaso contra el suelo y salió escopeteado hacia el bailarín.

—¡Voy a matarte, hijo de puta! —gritó mientras se le lanzaba al cuello con intención de estrangularlo.

Años después, arrepentido de aquel patético episodio, trataría de disculparse en su libro de memorias. «Estaba cagado de miedo —garrapatearía con el pulso tembloroso

—. No quería perder lo único que daba sentido a mi vida. Así que, al menos, puedo decir que hice el ridículo por un noble motivo: por amor».

Resultó que el otro hombre era incluso mejor luchador que bailarín. Al ver a Joan abalanzarse hacia él, ni siquiera pestañeó. Esperó a tenerlo casi encima y, en el último segundo, se agachó rápidamente y le golpeó con la cabeza en la boca del estómago.

En un instante todo se volvió oscuro. Los músicos dejaron de tocar.

Cuando recobró el conocimiento estaba tendido en el suelo, convertido en el diámetro del apretado círculo de gente que lo contemplaba en silencio. No vio a su agresor en ese círculo. Tampoco estaba Catarina.

Se puso en pie como pudo. Se sentía ridículo. Y también mareado, como haciendo equilibrios sobre una balsa zarandeada por un fuerte oleaje.

—¿Dónde está? —preguntó al único rostro conocido, el de Daniel.

El campesino se limitó a sostenerle la mirada y señaló la calle. «Tú te lo has buscado», parecía decirle con sus ojos negros.

Salió temiendo lo peor, que la hubiera perdido por no querer perderla, y lo primero que vio fue el contraste de su vestido con la noche que la envolvía: una mancha roja sobre lienzo negro, a pocos metros de distancia. Corrió hacia Catarina y, al acercarse a ella, pudo distinguir que se había puesto de rodillas en mitad de la calle. Una mujer le sostenía la frente mientras vomitaba. La mujer alzó la mirada, vio que Joan se acercaba dando tumbos como un borracho y lanzó un suspiro.

—¡Ay, doctora! Menudo desastre de padre va a tener el bebé.

Se casaron el 21 de octubre, en plena primavera, con Catarina embarazada de tres meses. Pudieron escoger cualquier ermita. En la isla había seis, la más cercana, en las afueras de Serraria, pero muchas parejas preferían hacerlo a lo grande y viajaban hasta Aparecida, en el valle del Paraíba, al este de São Paulo.

No había nadie en todo Brasil que no conociera la historia de Nossa Senhora da Conceição Aparecida. Los padres se la contaban a los hijos como si fuera un cuento; y estos, al crecer, hacían lo mismo con los suyos.

Érase una vez, en 1717... Hasta Guaratinguetá llegó la noticia de que el gobernador de la Capitanía de São Paulo y conde de Assumar, don Pedro de Almeida y Portugal, pasaría al día siguiente por la región, de camino a Villa Rica. Guaratinguetá era una zona modesta, sin recursos, y todos se desesperaron pensando de qué manera podían agasajar al conde y a su comitiva. Al final, lo único que se les ocurrió fue encomendarse a la pericia de sus tres mejores pescadores. Se llamaban João Alves, Domingo Martins y Filipe Pedroso. Les dijeron: «Traednos pesca para alimentar a un regimiento». Y les dieron de plazo hasta el amanecer.

Los tres subieron a sus barcas con rostros de funeral, sin la más mínima esperanza. Pensaban que lo mismo habría dado que el encargo hubiese sido conseguir el cuerno de un unicornio o las escamas de un dragón de tres cabezas, porque hacía

semanas que de las agitadas aguas del Paraíba do Sul no salía un triste pescado. Sin embargo, lo intentaron con toda su energía. Fueron siguiendo el curso del río a lo largo de seis kilómetros, echando las redes constantemente y sacándolas vacías. Hasta que se hizo de noche y llegaron a Porto Itaguaçu.

Allí las aguas parecieron calmarse de pronto y las barcas dejaron de avanzar, como si algo invisible las frenara. Las nubes se abrieron como un telón rasgado, al tiempo que surgía la luna llena más extraordinaria que habían visto nunca. Lo más desconcertante fue que, a su regreso, cada uno de los pescadores contaría que era de un color distinto. João dijo que era blanca como la tiza; Domingo la comparó con un limón abierto por la mitad; y Filipe, que era el más visionario, dijo que estaba teñida de sangre y que transmitía sufrimiento. Pero los tres contemplaron el reflejo de esa luna en el río e interpretaron lo mismo: que era una señal para que echaran allí sus redes. Se apresuraron a hacerlo, y lo que pescaron los dejó conmocionados. Era una imagen de terracota policromada de Nuestra Señora de la Concepción. Mediría unos dos palmos de altura. Tenía las manos juntas sobre el pecho, en actitud de rezo. Era hermosa, pero le faltaba algo primordial: la habían decapitado.

Fue Felipe el que supo con total certeza lo que tenían que hacer.

—¡Deprisa, volved a echar las redes en el mismo sitio!

Lo hicieron, y al recogerlas ahí estaba la cabeza de la Virgen. Una cabeza en perfecto estado, mofletuda, sonriente. Y, para su sorpresa, negra. En el preciso instante en que la juntaron al cuerpo, la luna desapareció de nuevo, las aguas volvieron a agitarse y millares de peces empezaron a saltar desde el río a las barcas.

Fue así como los pescadores fueron recibidos como héroes y el conde de Assumar obtuvo su banquete.

Durante quince años, la imagen rescatada de las aguas permaneció en casa de Filipe, su descubridor. Se casó, tuvo un hijo al que llamó Atanasio y siguió pescando en el Paraíba do Sul sin que ni una sola vez volviera a repetirse el milagro de los peces. Pero una noche despertó con un presentimiento, miró por la ventana y contempló la misma luna roja, inmensa, que se le había aparecido de joven. Resignado, despertó a su mujer y a su hijo y les comunicó:

—Mañana a primera hora nos vamos de este pueblo.

Al día siguiente llenaron una carreta con lo imprescindible y se fueron a vivir a Itaguaçu, donde Filipe había encontrado la imagen. Lo primero que hizo, nada más llegar, fue regalársela a su hijo con estas palabras:

—Tú sabrás mejor que yo lo que hay que hacer con ella.

Atanasio Pedroso era joven y tenía iniciativa. Hizo construir un oratorio y colocó la Virgen en el centro de un altar, para que todos los vecinos pudieran rezarle cada sábado. Fue el primero en invocarla bajo el título de Inmaculada Concepción, la Santa Madre, la patrona de las mujeres encintas y de los nacidos en riberas de ríos y

mares, del oro y de la miel, de la belleza y de la seducción.

Los milagros empezaron a ser frecuentes. Desahuciados que sanaban sin motivo aparente, cosechas que se multiplicaban, mujeres que habían perdido toda esperanza de tener prole y que de la noche a la mañana se quedaban preñadas. Corrió la voz y empezó a llegar gente de todas partes para pedirle favores a la Aparecida, como la llamaban. Hasta que la capillita de Itaguaçu se quedó pequeña. Fue entonces cuando el vicario de la parroquia de Guaratinguetá, José Alves, decidió tomar las riendas y mandó construirle un templo en el Morro dos Coqueiros.

Eso ocurría en 1745.

El resto ya es historia.

El templo se fue ampliando durante el siglo siguiente, a medida que el número de peregrinos aumentaba. Un lustro antes de que se produjera el naufragio del *Príncipe de Barcelona* y de que Catarina y Joan se conocieran, fue elevado a la categoría de basílica menor, y la imagen de la Virgen negra (destinada a convertirse en patrona oficial del Brasil) fue ceremoniosamente coronada como reina con la presencia del nuncio apostólico y del presidente de la República Rodrigues Alves.

Eso era lo que los padres contaban a sus hijos antes de dormirse, y luego estos soñaban con el día en que tendrían edad para casarse en ese lugar mágico, en la basílica de Nossa Senhora Aparecida.

Pero Catarina tenía planes muy distintos.

Una semana después del espectáculo que dieron en la fiesta, todo el mundo en Ilhabela sabía que esperaban un bebé, y que eso, según las directrices de la época, conllevaba boda. A Joan no le extrañó que una mañana fuera a visitarlos el vicario de Serraria.

El padre Marcel era bajito y rechoncho como un topo. Ponía nervioso porque sonreía todo el tiempo y no paraba de frotarse las manos, como si se las limpiara con un jabón invisible. Básicamente, quería saber cuál de los dos sitios habían escogido: si su ermita o la de la Aparecida.

Joan miró a Catarina, como diciéndole «te toca». Lo habían hablado y estaban los dos de acuerdo.

—No se ofenda, padre —dijo ella—, pero nos gustaría celebrar la boda en otro sitio.

El padre Marcel siguió sonriendo con la boca, pero sus ojos empezaron a llamear de rabia.

—Espero por vuestro bien que no sea en la ermita de Areado. Es más grande que la mía, ciertamente, pero hay rumores fundados de que su vicario era un ladrón y un asesino inconfeso antes de esconderse de la justicia bajo los hábitos. —Corrió a santiguarse y añadió—: Sería un mal preámbulo para vuestro matrimonio.

—Esté tranquilo —le contestó Catarina—. En realidad no pensábamos casarnos

en ninguna ermita.

El vicario estuvo a punto de caerse de la silla.

—¿Y dónde queréis hacerlo, por el amor de Dios?

Y entonces ella le expuso su idea.

El sábado 21 de octubre tuvieron suerte y el día amaneció radiante. Joan llegó primero, como manda la tradición. Saludó al padre Marcel, que sudaba como un cerdo, y se puso a esperar a la novia. Se sentía extraño vistiendo el mismo traje negro de tres piezas con el que José Bailliere había llevado a Catarina por primera vez al altar, cuando ella tenía diecisiete años. «Está hecho para casarse conmigo», le había dicho Catarina, bromeando. Le quedaba largo de mangas y ancho por todas partes, pero nadie se fijó. Se encontraban demasiado ocupados temblando de miedo.

Joan echó un vistazo a su alrededor. Aguardando de pie, estoicamente, bajo aquel sol de justicia, debía de haber un centenar de almas, la mayoría de Guanxuma. Teniendo en cuenta las circunstancias, se trataba de una multitud. Los brasileños eran muy supersticiosos, y cuando supieron que la boda iba a celebrarse en la explanada de O Fogo do Céu, todos se echaron las manos a la cabeza.

O Fogo do Céu era un lugar muy poco frecuentado. Siglos antes, una gran bola de fuego proveniente del cielo se había estrellado ahí, arrasándolo todo. Desde entonces no había vuelto a surgir la vida. Los viejos se santiguaban al oír su nombre, y los jóvenes, por si los viejos tenían razón, daban largos rodeos para no tener que atravesarlo. Además, todos sabían lo que había enterrado allí, los cuatrocientos cincuenta y seis cadáveres encontrados en Praia Pequena. El padre Marcel lo había definido a la perfección: era como celebrar la boda en un cementerio.

—¡Jamás! ¿Me oís? —les dijo a Joan y a Catarina al enterarse de sus intenciones—. Me niego a officiar un sagrado sacramento en ese sitio demoníaco.

Pero Catarina no se arrugó.

—¿Usted cree en Dios, padre? —le preguntó a bocajarro.

—¿Qué pregunta es esa? ¡Pues claro!

—¿Y cree que Dios es el responsable de todas las cosas?

—Por supuesto. Él creó hasta el último guijarro de la tierra cuando no existía nada. Él es el Creador de todo y, por tanto, quien todo lo decide. Lo que ha acontecido y acontecerá es decisión suya por los siglos de los siglos.

—Amén. Así que el naufragio que condujo a Joan hasta Ilhabela también es obra suya. Fue el deseo de Dios que yo encontrara así a mi futuro marido.

—Eeeh..., sí, claro. —El padre Marcel dejó de frotarse las manos y arrugó la frente, como si intuyera que acababa de caer de bruces en una trampa.

—Pues entonces —dijo Catarina— solo se me ocurre una razón para que dejara ahogarse a tanta gente y salvase la vida de un solo hombre. —E hizo una pausa.

—Te escucho —la apremió a seguir el vicario, poniéndose serio por primera vez

—. Y según tú, ¿cuál es esa razón?

—Que Joan esté destinado a ser alguien importante.

El padre Marcel le sostuvo la mirada unos segundos, y luego volvió a recuperar su falsa sonrisa.

—Hija mía, todos somos iguales a los ojos del Señor.

—Todos no, padre. Usted lo sabe. A veces hace excepciones.

—Suponiendo que así sea —masculló el vicario—, ¿qué importa dónde os caséis?

—Importa mucho —dijo Catarina—. Yo no soy tan religiosa como usted, pero sí creo en el poder dañino de los muertos. Y antes de aceptar como marido a este hombre —señaló a Joan como si fuera una lámina puesta ahí para ilustrar su discurso—, me gustaría hacer las paces con los que salieron perdedores cuando Dios, o lo que sea, tiró los dados del destino y hundió el barco donde iban. Invitarlos a nuestra boda será el modo de pedirles perdón por seguir adelante con nuestras vidas. —De pronto se puso frente al cura, y mirándolo amenazante a los ojos, añadió—: Es libre de negarse, pero yo que usted lo pensaría bien. Hay muchos muertos ahí abajo.

Así que, finalmente, plantados en el círculo de O Fogo de Céu en aquel día soleado estaban todos: el novio, Joan, sintiéndose como una mala copia de su predecesor José Bailliere, más flaca y con los brazos más cortos; frente a él, el cura, sonriente y sudoroso; y, a su alrededor, un centenar de vecinos con los dientes castañeteando de miedo. Todos dispuestos a hacer de comparsas en la boda más extraña de la historia. Todos esperando a que se presentara la novia.

Entonces llegó Catarina, y se propagó un murmullo de asombro general.

Decir que estaba más hermosa que nunca era quedarse corto. Joan tuvo que contener el aliento cuando la vio acercarse con aquel vestido blanco, de seda y tul bordado sobre cruzamientos, que parecía dejar una estela a cada paso. Llevaba el pelo suelto, tal y como él le había pedido. Y sonreía a todo el mundo, como una niña feliz, resplandeciente. Hasta el padre Marcel, que no la tenía en demasiada estima desde su anterior charla teológica, tuvo que rendirse:

—¡Es un ángel llegado del cielo! —murmuró boquiabierto.

Poco después cambiaría de opinión y diría que estaba poseída.

Fue hacia el final de la ceremonia, después de un interminable discurso sobre obligaciones conyugales al que nadie prestó demasiada atención. Cada vez hacía más calor. Chillaban las gaviotas en el cielo, acompañadas por el constante berreo de Maria Aparecida entre el público. Un año y medio después de que Catarina le salvara la vida, la hija pequeña de Daniel y Manoela había doblado su tamaño y triplicado su mal genio. Joan y Catarina se iban mirando y sonreían como dos enamorados. De pronto, ella entornó los ojos y se mordió el labio. Joan se dio cuenta enseguida de que sucedía algo extraño.

—¿Estás bien?

Catarina asintió, pero era evidente que mentía. Estaba pálida y tenía la frente perlada de sudor. El vicario se dio cuenta también, y optó por ir al grano:

—Joan, ¿quieres a esta mujer como tu legítima esposa y prometes amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Y tú, Catarina, ¿quieres a este hombre como tu...?

No tuvo tiempo de terminar la pregunta. Catarina se echó a temblar, puso los ojos en blanco, y de lo más profundo de su garganta salió una voz que puso a todos los presentes los pelos de punta, provocando que la mayoría saliera huyendo en desbandada. Era una voz que no era la suya. Una voz grave, ronca como la de un hombre viejo y malvado.

—¡Pues claro que quiero, estúpido cura! —exclamó—. Si no, ¿qué diablos crees que hago aquí?

Y cayó al suelo desmayada.

El «suceso», como empezaron a llamarlo todos en Guanxuma, se produjo tres veces durante su embarazo, y siempre con distintas peculiaridades. El resto del tiempo, Catarina se sentía extraordinariamente bien. La barriga le iba creciendo al ritmo que tenía que hacerlo; ni siquiera le salían estrías. Las náuseas de los primeros meses habían desaparecido por completo. Tenía un apetito fuera de lo común, comía por tres, vorazmente, como si el mundo fuera a terminarse de un momento a otro. Dormía de un tirón y se despertaba relajada, de buen humor.

—Buenos días, marido —le susurraba al oído para rescatarlo del reino de los sueños.

Él sonreía sin abrir los ojos. Medio dormido aún, se quedaba inmóvil y se dejaba besar y acariciar por ella hasta que, inevitablemente, acababan fundiéndose bajo las sábanas.

Eran felices, muy felices.

Lo único malo era el «suceso».

La segunda vez le sobrevino mientras cenaban. Joan le contaba una anécdota de su trabajo (un clavo mal golpeado que salió volando y por poco le saca un ojo al dueño de la casa) cuando Catarina se puso rígida y se levantó.

—¿Pasa algo? —le preguntó Joan.

Ella no respondió. Se quedó contemplando la pared que tenía enfrente como quien se deja hipnotizar por el vaivén de las llamas de una chimenea. De pronto soltó una carcajada. Al oírla, a Joan se le heló la sangre en las venas, porque era la risa estridente de una niña, no de su mujer. Lo peor era su frialdad, la máscara inexpresiva de su rostro, la lentitud de cada uno de sus movimientos. Parecía que alguien la moviera a distancia con hilos invisibles. Dejó de reír, levantó la mano derecha hasta la altura de los ojos, la puso de lado y colocó los dedos de la siguiente manera: el

pulgar debajo y los otros cuatro juntos arriba. Comenzó a abrirlos y cerrarlos muy deprisa, como si fueran las fauces de un diminuto caimán. Lo hizo cerca de un minuto, sin emitir sonido alguno y sin que Joan se atreviera a interrumpirla. Luego bajó la mano, inclinó la cabeza en un gesto de saludo y volvió a sentarse a la mesa.

—Ten cuidado con los clavos —dijo con su voz de siempre, sirviéndose otra ración de carne—. Si están oxidados, tienes que desinfectar bien la herida.

Eso ocurrió a finales del quinto mes de gestación. Al sexto, volvió a poner los ojos en blanco y a esgrimir la espantosa voz de viejo. «¡Calla, asquerosa!», le dijo a una mujer que la llamó «demonio» por la calle. En esta ocasión tampoco perdió el conocimiento, y siguió andando tan tranquila.

El padre Marcel fue a verlos muy preocupado, pero Catarina consiguió convencerlo, como había hecho antes con Joan, de que todo tenía una explicación médica.

—Estoy preñada, padre. Y a no ser que Dios se ponga juguetón y haga un milagro con usted, nunca sabrá lo que cuesta llevar durante nueve meses otra vida en las entrañas. Se lo voy a resumir: el cuerpo se vuelve tarumba. A partir de aquí, cualquier cosa que suceda es normal. Algunas se pasan el día vomitando y otras no. Unas engordan como vacas y otras llegan al momento del parto con un garbanzo en la barriga. He atendido a parturientas a las que les había salido barba y una espesa mata de pelo negro en el pecho y en la espalda. He visto a otra estar charlando tranquilamente con su marido y, de pronto, soltar un chillido, clavarle las uñas en la cara, echarse a llorar y pedirle perdón. Así que no me venga con estas chorradas de que el demonio se ha fijado en mí. ¿Pongo voces raras? Demasiado poco. En cualquier caso, le apuesto lo que quiera a que dejaré de ponerlas cuando tenga a mi bebé.

Pasó el tiempo y pareció que se terminaban los sobresaltos. Joan siguió golpeando clavos y Catarina engordando a su ritmo.

Hasta que llegó el 23 de abril.

La madrugada de ese día no hubo susurros al oído ni dulces besos ni caricias. Catarina lo despertó zarandeándolo.

—¡Ya viene! Ve corriendo a la aldea y tráete a un par de mujeres. ¡Deprisa!

Joan salió con tanta precipitación que ni se acordó de vestirse: entró en Guanxuma desnudo como vino al mundo, y despertó a todos los vecinos con sus alaridos pidiendo ayuda. Una a una, todas las mujeres de la aldea se fueron asomando a las ventanas, pero al ver de qué se trataba regresaban al refugio de sus camas. Tenían demasiado miedo.

Manoela fue la única excepción. Seguía teniendo la casa como una pocilga, pero lo que le faltaba de higiene le sobraba de corazón. Le prestó a Joan unos pantalones de su marido y le dijo a este:

—Dani, no te preocupes si tardo, porque estas cosas van para largo. Y si quieres sentirte útil, reza por la doctora.

Oyeron los estremecedores gritos de Catarina desde lejos, antes de enfilear el último giro del camino.

—Tú espera fuera —le dijo Manoela—. Te aviso si haces falta.

Y Catarina gritaba.

El sol subió, se quedó un rato apoltronado en lo más alto y empezó a bajar de nuevo.

Y Catarina seguía gritando cada vez más fuerte.

Joan creyó que iba a volverse loco. Iba y venía sin parar, dando largos paseos en círculo alrededor de la casa, como un tonto, por no quedarse quieto, tapándose las orejas con las manos y hablando consigo mismo, contando en voz alta hasta diez, veinte, un millar, para tener la mente ocupada y no tener que imaginarse lo peor.

De pronto todo se quedó en silencio.

Fue un contraste tan repentino que, por un segundo, pensó que se había quedado sordo. Pero no, enseguida le llegaron dos sonidos que iban enlazados: un cachete seco y el llanto desgarrado de un bebé.

Fue como si le golpearan el pecho con un mazo. Le costó poner un pie delante de otro. Avanzó muy despacio, como un sonámbulo, hasta llegar a la puerta. Y la empujó. Manoela salía en ese instante del dormitorio. Iba cargada con un barreño lleno hasta los bordes de agua carmesí. Oyó como en sueños que le decía:

—Enhorabuena. Es una niña preciosa.

«Una niña. Mi hija».

Los berridos habían parado. Tomó aire y entró.

Los últimos rayos de sol se filtraban a través de la ventana, tiñéndolo todo de un tenue matiz rojizo. El olor a jazmín del cuarto había desaparecido. Catarina levantó la cabeza al oírlo entrar. Era la Catarina de siempre, aunque tenía una expresión distinta: más dulce y relajada.

—La hemos hecho bien, Joan —dijo con orgullo—. Mira, tiene tus manos.

Mi bisabuelo no atinó a decir ni una palabra.

Se sentía inútil y cobarde, abrumado por todo lo que estaba sucediendo. El mundo daba vueltas a una velocidad vertiginosa mientras él seguía anclado. Bajó la vista y contempló por primera vez a aquella criatura diminuta, desprotegida, pegada al pecho de su madre. Se fijó en su pequeña nariz, en la expresión de placidez de su boca entreabierta, en sus manitas: eran, como su mujer acababa de decir, una copia en miniatura de las suyas.

Entonces se sentó en la cama, se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente.

7. El juego de Gápanemé

Ay, la memoria.

Qué tramposa es. Qué difícil se hace fijar correctamente los hechos, el orden exacto en que ocurrieron.

La primera imagen que me viene a la cabeza es la de Catarina volviendo tarde a casa. Tenía ampollas en los pies y le dolía la espalda como si acabaran de apalearla. Había tenido que ir a toda prisa hasta Figueira, y eso era un trayecto considerable (total, para nada, porque el enfermo había tenido la descortesía de estirar la pata antes de que ella llegara). Normalmente estaría deseando acostarse y dormir de un tirón hasta el día siguiente. Pero no ese día. Ese día era especial.

Al cruzar Guanxuma hizo una parada en casa de Manoela. Ella la esperaba, impaciente.

—Empezaba a pensar que se le había olvidado.

Catarina sonrió.

—¿Vuelves a tratarme de usted, Manoela?

—Lo siento, me cuesta acostumbrarme. —Se puso colorada y desvió la vista hacia el objeto que sostenía—. Lo terminé anoche. ¿Qué te parece?

Al verlo, a Catarina se le pasaron todos los males de golpe. Pensó: «Mi niña se pondrá loca de alegría». A Sión le encantaban los conejos. Por eso le había encargado a Manoela ese tan especial: para regalárselo en su cuarto cumpleaños.

Era muy grande, casi un metro de alto. Estaba hecho de ropa de saco de un color ocre claro rellena de serrín, y tenía ojos de botón, como todas sus muñecas. Lo primero que llamaba la atención eran sus largas y puntiagudas orejas, colocadas en uve sobre la cabeza en forma de huevo. Eso, y los bigotitos hechos con hebras de paja. Alrededor del cuello llevaba una especie de bufanda tosca, deshilachada, también de paja trenzada. El resto parecía más de humano que de lepórido, aunque no tuviera dedos al final de los brazos y las piernas. Para darle el toque final, Manoela lo había vestido con un chaleco floreado de algodón, abrochado con tres botones, y le había pintado las mejillas de rojo y una gran sonrisa. Era, sin duda, su mejor obra.

Catarina lo cogió como si fuera un bebé y miró a Manoela, agradecida.

—No, si al final va a resultar que tú y yo somos amigas. Y eso que hemos tenido nuestros malos momentos, ¿te acuerdas?

—No estoy segura. ¿Fuiste tú quien me llamó puerca en mi propia casa?

—Creo que me confundes con otra.

Y se rieron.

Así que, en un santiamén, parecieron esfumarse el dolor de espalda y las ampollas de los pies, y Catarina salió a toda prisa con el muñeco de trapo entre los brazos. Había empezado a anochecer. Vio su casa al final del sendero, solitaria y medio

borrosa como una triste pintura inacabada. Había luz, una luz difusa, amarillenta, en la ventana. Se acercó de puntillas, asomó la nariz y ahí estaban: las dos personas más importantes de su vida.

Joan se había tumbado boca abajo en el suelo. Gritaba y pataleaba, pidiendo ayuda exageradamente, como si lo estuvieran desollando vivo, mientras Sión, sentada sobre su espalda, iba dando saltitos y tronchándose de risa.

—¡Suéltame, maldito bicho! —decía Joan—. Suéltame ahora y prometo perdonarte.

—¡No quiero! —le respondía alegremente la pequeña, rebotando cada vez con más fuerza sobre él.

Hay personas que nacen con un don para los niños, y otras no. Mi bisabuelo lo tenía.

Aunque al principio le costó descubrirlo.

Las primeras semanas después del parto Joan se hundió, literalmente. Se pasaba el día metido en cama, sollozando, y si Catarina trataba de espabilarlo, enseguida saltaba como una fiera: «¡Estoy enfermo! ¿No ves que no tengo fuerzas para levantarme?». Un segundo después, corría a pedirle perdón y retomaba el llanto en el punto donde lo había interrumpido. Lloraba todo el tiempo, como un niño malcriado al que han roto un juguete. Ese era su ciclo vital: dormía, despertaba y se echaba a llorar hasta que, agotado, volvía a dormirse. Catarina tenía que hacerlo todo por los dos: cuidar del bebé, de la casa, de ellos mismos.

La niña tampoco es que ayudara mucho. Era un saco de nervios, pobrecita. Entre comida y comida no paraba de agitarse en la cunita, berreando igual que su progenitor. Y cuando le tocaba alimentarse era todavía peor, porque en vez de chupar los pezones los mordía: clavaba las encías con ansia y los iba estrujando hasta hacerlos sangrar. Luego solía dormirse, pero lo hacía con un ojo abierto, y el más leve ruido bastaba para despertarla. Cuando eso sucedía, y sucedía constantemente, siempre era Catarina la que se levantaba para arrullarla.

Una noche ya no pudo más. En medio de un profundo sueño oyó a su hija llorando por enésima vez, con la rabia de costumbre. Suspiró, encendió una vela a tientas, se sentó en la cama y obligó a Joan a darse la vuelta.

—Muy bien, hablemos. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada. —Joan pestañeó, confuso—. Ya te lo he dicho. No me encuentro bien.

—Tonterías. Estás perfectamente. —Se inclinó sobre él y, sujetándole la cara entre las dos manos, le dio un suave beso en los labios—. Te quiero con todas mis fuerzas, Joan, tú ya lo sabes. Pero estoy harta de verte sufrir. Así que si has cambiado de opinión por lo que sea, si no te gusta la vida que tienes con nosotras, no voy a hacer nada para retenerte. Adelante, ahí tienes la puerta, te deseo que seas muy feliz. —Hizo una pausa, y su sonrisa se esfumó de golpe—. Pero si decides quedarte,

levanta el culo de una vez y haz lo que sea para dormir a tu hija, porque como vaya yo te juro que la mato.

Funcionó. Esa noche, por fin, Catarina pudo dormir cinco horas seguidas, y cuando abrió los ojos por la mañana se sentía llena de vida, como si acabara de mudar de piel. Entonces se dio cuenta de que la casa estaba en silencio.

—¿Joan?

Nadie le respondió. Extrañada, se levantó y fue hasta el comedor. Estaba vacío. Salió. A unos veinte pasos estaba el pequeño cobertizo que Joan había construido en sus inicios como carpintero. Eran cuatro tablas de palmito mal unidas que servían para sostener una cubierta de hojas de palmera. Lo justo para proteger de la lluvia el viejo colchón que había encajado dentro. Catarina encontró allí a padre e hija, durmiendo a pierna suelta. La pequeña estaba tendida sobre el pecho de él con una expresión desconocida, de paz, en su carita.

Aquella mañana, Joan se dio un interminable baño, el primero en muchos días; se afeitó, se vistió y se fue a Guanxuma. Regresó al poco tiempo empujando una carretilla con comida para un regimiento: un par de gallinas muertas, costillar de cerdo, cangrejos que aún se movían, un saco de frijoles y otro de arroz, un queso gigantesco, harina, aceite, pan de mandioca y fruta en abundancia. Cuando Catarina le preguntó de dónde había sacado el dinero para todo aquello, se limitó a responder: «Nos lo debían hace tiempo». Le dijo que descansara y él se ocupó de todo: preparó comida y cena, sacó brillo a la casa, incluso lavó un montón de pañales y los tendió al sol. Y, cuando llegó la hora de acostarse, llevó a la niña a su cuna y le estuvo hablando en susurros hasta que cayó dormida.

La época de los berrinches había terminado.

—Parece que os necesitabais el uno al otro —le dijo Catarina cuando se metieron en la cama—. Me alegra que por fin os hayáis encontrado.

Joan hizo un intento por sonreír, pero no pudo. Entrelazó su mano con la de ella y se quedó mirando al techo con la mirada perdida. Catarina esperó pacientemente. Al cabo de un rato, notó que se ponía a temblar.

—Es tan pequeña, Catarina —dijo con un hilo de voz—. Tan poquita cosa. Tengo miedo de que le pase algo. No podría soportarlo.

Ella lo abrazó con fuerza. Nunca lo quiso más que en ese instante.

A la niña la llamaron Sión, como la madre de la madre de su madre. Catarina pensó que si heredaba una parte de la bondad y de la fortaleza de su abuela, con un poco de suerte llegaría a ser una mujer extraordinaria.

Muchas veces, cuando Catarina aún era una cría, la abuela Sión y ella daban largos paseos por la Baixa de Lisboa. Casi siempre hacían el mismo recorrido: bajaban por la Rua Augusta, atravesaban el imponente Arco del Triunfo y, cuando llegaban a la Praça do Comércio, se sentaban en un banco a ver pasar a la gente. Su

abuela le había enseñado un juego. Consistía en que una de las dos señalaba a alguien al azar, y la otra tenía que contar rápidamente su vida, inventándosela de cabo a rabo. Decía Catarina, por ejemplo: «¡Esa señora del bolso grande, abuela!». Y su abuela la observaba unos segundos, asintiendo con la cabeza, y de pronto empezaba:

—Esa mujer acaba de matar a su marido, que por otro lado era un golfo y se lo merecía. Lo ha cortado en trocitos muy pequeños y los ha metido a presión en su bolso.

—Qué bruta. ¿Y cómo puedes estar tan segura, abuela?

—Elemental. Nadie en su sano juicio llevaría un bolso tan grande y espantoso como ese si no fuera porque dentro esconde un cadáver y desea desprenderse de ambos.

Su abuela había muerto cuando ella tenía doce años, pero muchas noches se le aparecía en sueños. Se sentaban en el mismo banco de la Praça do Comércio y charlaban. Fue ella quien le aconsejó volver al trabajo.

—Uno de los dos tiene que hacerlo, Catarina. No vais a vivir eternamente de la caridad.

—Pues que trabaje mi marido. Yo no pienso separarme de mi pequeña.

La Sión soñada movió la cabeza de un lado a otro, despacio.

—No te hagas mala sangre —dijo—, pero ella ya ha escogido. Y salta a la vista que se encuentra más a gusto con Joan.

—Pero... ¡fui yo quien la trajo al mundo!

—Sí, y eso la condena a quererte toda su vida más que a nadie. Solo que a lo mejor tarda un tiempo en darse cuenta. Hazme caso y no intentes forzar las cosas.

Gracias al nombre que le pusieron o a la casualidad, lo cierto es que Sión, la niña, fue precoz en todo. A los siete meses ya andaba, y a los ocho balbuceó sus tres primeras palabras: *papá*, *mamá* e *Ion*, esta última en un fracasado intento de repetir su nombre.

A partir del primer año se aficionó a jugar con muñecas. Pero lo más curioso era que no lo hacía a trompicones, como los bebés, sino como las niñas mayores. Se sentaba, colocaba a Gordita, Deshilachada, Triste, Peque, Larguirucha, Gris y Pelirroja en un círculo a su alrededor, y las iba cogiendo por turnos, una a una. Entonces mantenían una breve charla en su incipiente idioma. «¿Papá? ¿Mamá?», preguntaba. «Ion, Ion», respondía. Satisfecha, volvía a depositar la muñeca en el suelo y cogía la siguiente.

Joan se desvivía por ella. Cuando Catarina regresaba por la noche y le exigía conocer hasta el último detalle de lo que había hecho la niña, los ojos de su marido relampagueaban de emoción. Se notaba que para él no había mayor aventura que ver a Sión terminarse el biberón, lanzar un ruidoso eructo o dar diez pasos seguidos sin caerse de culo repentinamente. Describía cada gesto, cada mirada, cada sonrisa suya

como un ciego describiría la última puesta de sol contemplada antes de perder la vista.

Tenía que ser él quien la acostara. Catarina lo intentó varias veces, pero con ella la niña siempre fruncía el ceño y se negaba a dormirse. «Papá..., papá..., papá», iba repitiendo tozudamente, como un loro, hasta que Catarina desistía y llamaba a su marido. A Joan le bastaban unos minutos para trasladarla al país de los sueños. Lo primero que hacía era alargarle el dedo índice de la mano derecha, para que Sión lo agarrase fuerte con su manita. Entonces se ponía a contarle un cuento, siempre el mismo, el único que mi bisabuelo conocía: el del jaguar de la isla.

Nunca consiguió llegar al clímax, cuando Tércio arroja la lanza a Gápanemé y el rugido de dolor de la bestia convierte la isla en archipiélago. Algo tenía la voz de Joan que actuaba como un sedante para su hija, la dormía nada más comenzar.

Sión creció, y el cuento se convirtió en juego, el juego de Gápanemé. Era, en realidad, una versión del juego del escondite de toda la vida, con la salvedad de que aquí siempre era la niña la que se ocultaba mientras su padre fingía ser el mítico jaguar, que la buscaba para devorarla.

Se ponía a cuatro patas y fingía olisquear el suelo.

—¡Huelo tu rastro, renacuajo! —exclamaba, relamiéndose—. Hoy vas a terminar en mi barriga.

Y se ponía a buscar y a rebuscar por toda la casa. Una pérdida de tiempo absurda, porque todo el mundo sabe que no ha nacido adulto lo suficientemente listo como para encontrar a una niña que no quiere ser encontrada. De manera que el juego siempre terminaba igual: con el jaguar dándose por vencido y suplicándole a Sión que abandonara su escondite.

—¡Es un truco! —gritaba ella—. ¡Jura que no vas a comerme!

—Te lo juro, sal de una vez.

—Vale, pero cierra los ojos. No quiero que veas dónde me escondía.

—De acuerdo. Ya.

Entonces Sión aparecía riendo.

—¡Te vencí, gato tonto!

Y, como símbolo de su victoria, corría a montarse a lomos del humillado Gápanemé, como si fuera un vulgar borrico, y lo obligaba a cabalgar hasta que terminaba exhausto.

Despacio, como gotas que caen de las hojas, el tiempo fue pasando.

Una noche, Catarina volvió a cruzar el Arco del Triunfo de Lisboa y se encontró con su abuela en el banco de siempre de la Praça do Comércio. Enseguida notó que había algo distinto en ese sueño. Era más nítido, más real que de costumbre. Podía verlo, olerlo, sentirlo todo como si estuviera allí. Podía sentir la calidez del sol en su cara. Reseguir con las yemas de los dedos las aguas de la madera del banco, como

hacía de pequeña. Oler el intenso aroma a jazmín que emanaba de su abuela.

Vio que la abuela Sión sonreía, y al seguir la dirección de su mirada comprendió por qué: la otra Sión, la niña de sus ojos, se encontraba en medio de la plaza. Era imposible no verla porque no había nadie más. Estaba preciosa, con sus mejillas sonrosadas y su pelo rizado acariciándole los hombros. Parecía mayor, quizá porque llevaba puesto el vestido de novia de Catarina, el vestido blanco de seda y tul bordado. En el sueño le quedaba bien, a pesar de que seguía siendo una niña de tres años.

—¡Mamá, bisabuela! —gritó—. ¡Ya está, le he vencido!

Las miraba con sus inmensos ojos castaños, llenos de inocencia y júbilo, y reía, no paraba de reír. De repente, de la nada, surgió un jaguar de más de dos metros de alto que avanzaba hacia ella con aires majestuosos, erguido sobre las patas de atrás. Vestía el mismo traje negro de tres piezas que en 1897 un sastre de La Baixa había hecho a medida para el difunto doctor José Bailliere.

Catarina se puso en pie para gritar, pero su abuela la agarró de la muñeca.

—Siéntate. ¿Se puede saber qué te ocurre? ¡Míralo bien! Es tu marido.

Parpadeó, volvió a mirar y comprobó que, en efecto, la vista la había traicionado: junto a su hija solo estaba Joan. Al verla, la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo, suspiró y volvió a sentarse.

—Estoy muy rara, vovó. No sé qué tengo.

Su abuela sonrió.

—Es muy sencillo. Estás muerta de miedo.

—Miedo —repitió Catarina, como si memorizara la palabra—. Es posible. Pero ¿de qué?

—¿De qué quieres que sea, niña? De lo de siempre. De lo que hemos tenido miedo todas las madres desde el momento en que parimos: del día de mañana. Te asusta que tu hija se haga mayor y no te quiera lo suficiente. Querrías ser imprescindible para ella: convertirte en su mejor amiga, en su compañera de juegos y en su ángel de la guarda. Poder quedarte todo el día pegada a ella como una lapa, protegiéndola, mimándola, haciéndola reír. —Hizo una pausa antes de añadir—: Más o menos lo que hace su padre.

—No estoy celosa, si es lo que insinúas —dijo Catarina, poniéndose a la defensiva—. No de Joan.

—Ya lo sé. Me lo has dicho un montón de veces: tú a tu marido lo amas con delirio, bla, bla, bla. Pero reconoce que de vez en cuando, cuando ves lo bien que se lleva con mi biznieta, te gustaría estar en su pellejo. Y eso, mi pobre niña, eso te llena de una gran tristeza.

Catarina no dijo nada. Acababa de darse cuenta de que padre e hija habían desaparecido.

—¿Adónde han ido?

La abuela se encogió de hombros.

—No te preocupes. Ya volverán. Todo el mundo vuelve aquí tarde o temprano.

Ay, la memoria. Qué tramposa es.

No había vuelto a acordarse hasta esa noche, la noche en que regresó a casa con el corazón latiéndole como un tambor porque le llevaba a su niña un gigantesco muñeco de trapo, el conejo más bonito del mundo, para regalárselo por su cuarto cumpleaños. Miró por la ventana antes de entrar y vio a Joan y a Sión jugando tan felices como siempre. Entonces se acordó del sueño y tuvo un mal presentimiento.

Duró poco. El tiempo que tardó en abrir la puerta y ver la carita de asombro que ponía Sión.

—¡Qué graaande! —exclamó—. ¿Es un conejo de verdad, mamá?

Aquella noche cenaron como reyes. Joan había preparado su mejor receta, unos buñuelos hechos con pasta de alubias negras fritas en aceite de dendé, amorosamente rellenos de bacalao y gambas secas. Sión estaba tan excitada que apenas los probó, pero los adultos se pusieron las botas y luego les entró el sopor. Especialmente a Joan, que no había parado de beber durante toda la cena.

—Me voy a la cama —proclamó con voz pastosa.

La niña, que ya había empezado a aburrirse de manosear a su nueva mascota, trató de espabilar a gritos a su padre.

—¡Juguemos a Gápanemé! Solo una vez. Por favor, papá, di que sí, es mi cumpleaños. —Al ver que no le hacía caso y se metía como un sonámbulo en el dormitorio, se volvió rápidamente hacia Catarina—. Mamá, mamá, ¿quieres jugar tú?

A Catarina le dio un vuelco el corazón. Era la primera vez que Sión la invitaba a tomar parte en su juego favorito.

—Pues claro, tesoro —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Yo seré la buena y tú, Gápanemé, ¿vale? Se supone que quieres comerme. Entonces yo me escondo y tienes que encontrarme.

—Parece fácil.

—Sí, venga, deprisa. ¡Cierra los ojos y cuenta hasta veinte!

Lo hizo. Contó hasta veinte muy despacio y en voz alta. Al principio, de vez en cuando, oía la risa sofocada de la niña, muy nerviosa, y el sonido de sus pies descalzos, correteando de aquí para allá, como si dudara en qué sitio esconderse (o puede que lo hiciera a posta, para confundirla, y desde el primer momento tuviera muy claro cuál escogería). Al llegar a quince dejó de oírla.

—¡Y veinte! —gritó, tratando con toda su alma de imitar la voz de jaguar famélico y malvado que le había oído mil veces a Joan—. Prepááárate, niña, porque voy a por tíiii.

Se tomó su tiempo. La casa era pequeña y apenas había espacio para esconderse.

Además, se trataba precisamente de no buscar demasiado bien, de fingir que lo hacía durante un rato y luego darse por vencida.

Fue hasta el armario donde guardaban las ollas y sartenes y lo abrió de golpe, sabiendo con total seguridad que no estaría allí. La única vez que había tratado de utilizarlo como escondite, hizo tanto ruido que no volvió a intentarlo nunca más.

—¿Dónde estááás, maldita niiiiña? —rugió Catarina, metida en su papel.

En realidad, tuvo claro desde el primer momento que estaba en el dormitorio. Joan había cerrado la puerta al ir a dormir, y ahora solo estaba entornada. Pero fingió que la buscaba por todo el comedor. Miró debajo de la mesa, procurando hacer ruido al apartar las sillas para que Sión oyera que ponía toda su energía en el juego. Comprobó que no estaba agachada en la esquina, detrás de la casa de muñecas (uno de sus escondites favoritos), ni apretujada en el estrecho espacio que quedaba entre el final de la librería y la pared de la derecha. Luego abrió la puerta de la calle y se dedicó a echar un vistazo a las sombras de fuera, dejando que pasara el tiempo.

Pensó: «Ya es suficiente».

Se acercó a la puerta del dormitorio y la empujó con suavidad.

Hizo ruido.

No era la primera vez. Hacía meses que rozaba contra el suelo cada vez que alguien la abría o la cerraba. Estaba harta de decírselo a Joan, pero nunca encontraba tiempo para repararla.

De pronto cayó en la cuenta que esa noche no había oído ningún roce mientras contaba hasta veinte.

Y eso resultaba preocupante.

—¿Sión?

Joan se removió bajo las sábanas, dejando medio cuerpo al descubierto. Ni siquiera se había tomado la molestia de quitarse la ropa. Catarina se agachó rápidamente y miró debajo de la cama. No estaba ahí. Sintió que el pulso se le aceleraba. Fue al armario y lo abrió. Nada.

—Sión, sal ya. Estás asustando a mamá.

Joan lanzó un gruñido, se dio la vuelta y continuó durmiendo.

Entonces se acordó del cobertizo y se sintió aliviada. «Tiene que estar ahí —pensó—. No queda otro sitio».

Pero tampoco estaba.

Era una noche oscura. Los alrededores de la casa apenas se intuían, impregnados de la luz amarillenta, mortecina, que salía por la ventana. El resto, una gran mancha impenetrable que fundía cielo y tierra. No se oía nada en absoluto, ni el crujido de una rama, ni el batir de alas de un pájaro. Solo silencio. Un silencio tenso, malsano.

Sintió que le costaba respirar.

Se imaginó a su niña queriendo impresionarla. Al fin y al cabo, era la primera vez

que jugaban juntas al *gran* juego. Seguro que había pensado: «Tengo que esconderme bien, mejor que nunca, para que mamá se sienta orgullosa». Pero ¿dónde? Ya no quedaban sitios donde buscar.

De repente creyó ver algo por el rabillo del ojo y se dio la vuelta.

Nada. Ahí solo estaba la selva. Era imposible que su hija se hubiese escondido ahí, estaban hartos de repetirle que aquel era un lugar peligroso; sobre todo, de noche. Entonces forzó la vista y la vio, justo en el límite de la espesura: una pequeña sombra que se deslizaba despacio, furtivamente, agazapada entre los arbustos. La sombra de Sión. Se encontraba a menos de cincuenta pasos. Sintió un repentino alivio y, casi al mismo tiempo, un azote de rabia por el mal trago que le había hecho pasar.

Comenzó a andar hacia ella.

—¡Sión, te estoy viendo! —gritó—. Sal de ahí ahora mismo.

El arbusto que tenía más cerca se movió.

Justo en ese momento le llegaron, desde lejos, las carcajadas de Sión. Provenían del interior de la casa. Cuando oyó a Joan reírse también, comprendió que padre e hija se habían confabulado, una vez más. El plan era perfecto: Joan fingía irse a dormir y Catarina aceptaba jugar al juego de Gápanemé, sin sospechar que esta vez Sión tenía un escondite perfecto: hecha un ovillo bajo las sábanas, junto a su cómplice. Incluso pudo imaginársela abriendo muy, muy despacio la puerta del dormitorio, procurando evitar el ruido del roce.

Lo comprendió, pero un segundo tarde.

El arbusto dejó de agitarse. Catarina tragó saliva y dio un paso atrás. La sombra surgió de pronto, tan rápida que ni la vio venir. Cayó al suelo de espaldas y sintió que algo muy pesado la aplastaba. El aire se volvió fétido. Vio dos ojos rasgados y amarillentos, inyectados de odio, que flotaban en la oscuridad a un palmo de los suyos. Interpuso el brazo y aquello, lo que fuera, la mordió hasta hacer crujir el hueso. Estuvo a punto de desmayarse de dolor, pero pensó en su hija y resistió. Gritó pidiendo auxilio mientras se defendía con todas sus fuerzas. Golpeó a ciegas con los puños, dio patadas, rodillazos. Pero su adversario parecía cada vez más fuerte. Mordía con sus dientes, acuchillaba con sus garras y volvía a morder. Y, sin embargo, ella seguía resistiendo. Resistió hasta que llegó Joan gritando como un loco, tratando de asustar a la invencible sombra con una improvisada antorcha y un ridículo cuchillo de cocina.

Debió de lograrlo, porque de pronto Catarina dejó de sentirse aplastada. Pudo tomar una bocanada de aire fresco y oyó la voz de su marido muy cerca, susurrándole:

—Ya está, te pondrás bien. Verás como no es nada.

Intentó responder, pero no pudo. No le quedaban energías. El dolor había desaparecido casi por completo. Sentía frío, un frío intenso que le recorría todo el

espinazo como una sonda de hielo, hasta debilitarla. Solo tenía ganas de cerrar los ojos y dormir profundamente. Eso haría: dormiría hasta el día siguiente, y al despertar descubriría que todo había sido un sueño y que la vida seguía igual que siempre.

Dejó que Joan la cogiera en brazos y saliera corriendo.

—Te quiero, ¿me oyes? Por favor, amor mío, no te mueras, no vuelvas a dejarme solo —iba suplicándole.

«Qué tonto —pensó—. No sabe que estoy soñando».

Tenía que ser eso, un sueño, porque a medida que se acercaban a la casa, el suelo arcilloso comenzó a llenarse de adoquines, y ya no estaban en Ilhabela sino en la Rua Augusta de Lisboa, y la casa se había convertido en el imponente Arco del Triunfo de su niñez. Joan lo cruzó y se encontraron en la Praça do Comércio. Catarina pudo distinguir a su abuela al fondo, sentada en el banco de siempre, mirándola con una gran sonrisa.

Y vio a su hija, su pequeña, su tesoro. Se aferraba al flamante conejo de trapo como si fuera una tabla de salvación.

—¿Qué te ha pasado, mamá? —le preguntó, poniendo una carita muy seria.

Catarina entrecerró los ojos. Hizo un último esfuerzo y consiguió murmurar:

—Lo has hecho muy bien, cariño. Gápanemé no ha podido encontrarte.

No pudo decir nada más.

Cuando cayó la noche en la plaza sintió que todos sus miedos habían desaparecido.

Su abuela la llamó, y fue hacia ella.

8. Cambios

Cuando murió Catarina no se detuvo el mundo ni un momento.

Unos meses antes, Albert Einstein había dado una serie de conferencias en la Academia Prusiana de las Ciencias, presentando su teoría general de la relatividad. Aguijoneado por el asalto a la ciudad de Columbus y el asesinato de diecinueve ciudadanos norteamericanos durante el asalto a un tren, el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson ordenaba al general John Pershing penetrar con doce mil soldados en territorio mexicano y capturar al revolucionario Pancho Villa. En Dublín, las tropas británicas reaccionaban cruentamente contra el alzamiento del Ejército Ciudadano Irlandés liderado por James Connolly, que sería fusilado, sembrando la semilla del futuro IRA. La Gran Guerra continuaba: las flotas de Alemania e Inglaterra se enfrentaron en el mar del Norte; los ingleses salieron mal parados, pero luego se sacarían la espina por tierra, rompiendo el cerco germánico en la batalla del Somme, donde entrarían en combate los primeros tanques de la historia, los Mark I. En Rusia era asesinado Rasputín y se abrían las puertas para que los bolcheviques de Lenin alcanzaran el poder.

Franz Kafka publicaba *La metamorfosis*.

Freud, su *Introducción al psicoanálisis*.

David W. Griffith dirigía *Intolerancia*.

Casi al mismo tiempo, a más de diecinueve mil kilómetros de Iihabela, en la isla de Kyushu, Japón, y más concretamente en la ciudad de Nagasaki, nacía Tsutomu Yamaguchi, el hombre con la mejor o la peor suerte del mundo, según cómo se mire.

Veintinueve años después, el 6 de agosto de 1945, Yamaguchi, que acababa de ser padre por primera vez y trabajaba diseñando barcos petroleros para Mitsubishi Heavy Industries, se encontraba en Hiroshima en viaje de trabajo cuando el B-29 *Enola Gay* soltó sobre la ciudad la primera bomba atómica de la historia, bautizada como Little Boy. Casualmente, Yamaguchi había olvidado su sello personal en la oficina y había regresado a buscarlo. Estaba a dos kilómetros en el momento de la detonación. Todos sus compañeros de trabajo murieron. Él sufrió graves quemaduras en la cara y los brazos, pero sobrevivió. Dos días más tarde regresó a su ciudad natal, Nagasaki, situada a más de trescientos kilómetros. Llegó justo a tiempo para contemplar cómo otro Boeing lanzaba la segunda bomba atómica, Fat Man. Esta vez no sufrió ninguna herida, solo se quedó sordo del oído izquierdo.

En Hiroshima morirían cerca de ciento cuarenta mil personas.

En Nagasaki, más de setenta mil.

Tsutomu Yamaguchi sería el único doble *hibakusha* reconocido oficialmente, la única persona que sobreviviría a las dos bombas. Viviría mucho tiempo más, hasta los noventa y tres años, escribiría un libro con un hermoso título, *La vida regalada*, y

consagraría sus últimos esfuerzos a luchar contra las guerras y promover la supresión de las bombas atómicas.

Ese es el hombre que nació en 1916, el año en que murió Catarina.

Pero tampoco se detuvo el mundo por su nacimiento.

Al año siguiente, los Estados Unidos se sumarían al conflicto europeo, declarándole la guerra a Alemania, que acabaría derrotada. En la cueva de Iria, en Fátima, Portugal, tres niños, Lucia dos Santos, Francisco Marto y su hermana Jacinta, serían testigos de la aparición de la Virgen María. Jacinta enfermaría poco después y moriría de la mal llamada gripe española, una pandemia atroz que se extendió rápidamente desde Francia a todo el planeta. Perderían la vida cuarenta millones de personas en la India, treinta millones en China, cerca de un millón en Estados Unidos, medio millón en Francia, cuatrocientas mil en Alemania, algunas menos en España. La tormenta de citoquinas terminó con media población de Samoa Occidental, y con una tercera parte de la de las islas Fiji. En el pueblo inuit de Fairbanks, en Alaska, de sus ochenta habitantes, setenta y ocho murieron en una semana.

Pero la muerte, que parecía cebarse sin piedad en todo el mundo, pasó de largo de Ilhabela, que siguió a su ritmo, como metida en una burbuja, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

No, murió Catarina y el mundo no se detuvo.

Solo el mundo de Sión.

A los cuatro años, la muerte es algo sencillamente incomprensible. Le dijeron que su madre dormía un largo sueño dentro de aquella caja de madera, y les creyó. Se dejó bañar y peinar por Manoela (que no parecía la misma: estaba mustia, con los ojos enrojecidos, y apenas hablaba), dejó que le pusiera lazos en el pelo y su mejor vestido y fue al entierro. Le pareció tremendamente aburrido. Había un señor bajito y rechoncho, con una sotana negra hasta los pies, que parloteaba de cosas incomprensibles mientras los demás fingían escuchar en silencio. Pudo leer el dolor en los rostros y vio a su padre comportarse de un modo muy extraño: hacia el final de la ceremonia se abalanzó sobre la caja de madera y comenzó a llamar a mamá con desespero: «¡Catarina! ¡Catarina!». Hicieron falta seis hombres para separarlo. Le dio pena, porque parecía más desdichado que nunca. Pero en ningún momento le afectó como podría haberle afectado de tener cuatro o cinco años más. Pensó: «Ya se le pasará cuando mamá despierte, volvamos los tres a casa y juguemos a Gápanemé».

Pero nunca más volvieron a ser tres, y su padre no volvió a jugar con ella.

No solo eso: se apartó completamente de su vida. Dejó de colmarla de besos y abrazos. De mirarla a los ojos con orgullo y de llamarla por su nombre. «Tú —le decía—, haz esto, o aquello», o simplemente: «Tú, déjame en paz». La trataba con brusquedad, ordenándole las cosas de mala manera y riñéndola con la más mínima excusa. Todo parecía molestarle: que cantara una canción, que hablara con su conejo

de trapo. «¡Tú, silencio!», le espetaba. Y ella tenía que salir fuera o quedarse muda en un rincón. A veces daba miedo, porque se ponía como loco, gritaba y rompía cosas sin motivo aparente. Sión aprendió a mantenerse alejada cuando eso sucedía.

Pensaba que era culpa suya.

Su padre siempre había sido bueno, debía de haberle fallado en algo.

Recibía con alivio la llegada de la noche. Por la noche, él se iba al cobertizo con una botella y la dejaba reinar en la casa. Podía jugar con las muñecas todo lo que le daba la gana, hasta que los párpados se le caían de cansancio. Entonces se dormía oyendo a lo lejos los lamentos de borracho de su padre, que farfullaba cosas sin sentido y lloraba como un niño.

Sión solo tenía cuatro años, pero no era tonta. Pronto comprendió que nada volvería a ser lo mismo.

Una mañana se presentó Manoela acompañada de su marido.

—Tenemos que hablar, Joan —le dijo a su padre.

—Tú, sal fuera —gruñó él, y Sión obedeció sin rechistar.

Los oyó discutir mucho tiempo, cada vez en un tono más crispado. Ella se abrazaba a su conejo y pensaba: «Por favor, que no se enfade todavía más».

Cuando la puerta volvió a abrirse, Manoela fue la primera en salir. Llevaba todas sus muñecas metidas en un cesto. Se acercó sonriendo, se acuclilló frente a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Despídete de papá, cielo —dijo—. Te vienes a vivir con nosotros.

Sión echó un vistazo por encima del hombro de Manoela y vio a su padre junto a la puerta, de pie, mirándola. Nunca, en toda su vida, olvidaría aquella expresión de desamparo.

De la noche a la mañana fue como si toda su vida hubiera tenido dos hermanas. Eran las niñas más distintas que Sión había visto nunca. A sus ocho años, Julia, la mayor, era hermosa y delicada. Tenía unos preciosos ojos verdes y unos labios predestinados a hacer sufrir con el tiempo a miles de muchachos. Hablaba poco y en un tono de voz tan tenue que obligaba a acercarse mucho a ella para entender lo que decía. Se pasaba el día pendiente de su pelo y pegada a las faldas de su madre.

La otra, Maria Aparecida, era tan poco agraciada que había que mirarla un par de veces para no confundirla con un mico. Tenía la cabeza demasiado grande para el cuerpo, y la boca demasiado pequeña para la nariz de patata y las orejas de soplillo. Tenía una sola ceja que le cruzaba la frente y, colgados de ella como unos zarcillos, dos ojazos negros heredados del padre que habrían podido ser bonitos en cualquier otro rostro, no en el suyo. En proporción seguía siendo tan poquita cosa como el día en que Catarina le salvó la vida: tenía siete años, tres más que Sión, y esta le sacaba un palmo.

Las tres dormían en el mismo colchón. Maria Aparecida siempre era la primera

en caer. Se ponía en medio, tumbada boca arriba, murmuraba «buenas noches» y, un segundo después, roncaba estrepitosamente, haciendo que a Sión y a Julia les costara pegar ojo.

Manoela las despertaba temprano todos los días. Desayunaban y recorrían cinco kilómetros por el sendero de la costa hasta la ermita de Serraria. Era lo más parecido a una escuela que había en la isla. Allí se reunían con una treintena de niñas y niños a los que el padre Marcel enseñaba a leer y a escribir. Tenían un solo libro para todos, un robusto ejemplar de la Biblia con las cubiertas de piel y lleno de grabados. Se lo iban pasando, y cada uno tenía que leer un párrafo en voz alta.

A Sión, el libro la cautivó desde el primer momento, cuando la serpiente del paraíso, tratando de persuadir a Adán y a Eva para que coman el fruto del árbol prohibido, les dice: «Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, concedores del bien y del mal». Al oír aquello, Sión se apresuró a levantar la mano.

—¿Sí? —El padre Marcel agarró el hombro del niño que leía, que calló de golpe—. ¿Qué ocurre, Sión?

—¿Las serpientes hablan, padre?

Todos los rostros se volvieron hacia el sacerdote, esperando una respuesta. El momento se les antojaba crucial, porque si nada más empezar con la Sagrada Escritura resultaba que había un error (y todo parecía indicarlo: las serpientes no hablan, eso lo sabe todo el mundo), había motivos para desconfiar del resto.

El padre Marcel ni se inmutó. Ganó tiempo reculando hasta su mesa, sirviéndose un vaso de agua y bebiendo lentamente. Cuando terminó, se secó los labios con un pañuelo y, dirigiendo la mejor de sus sonrisas a Sión, le dijo:

—Ya no, hija mía. Dios condenó a la serpiente a arrastrarse toda su vida sobre el vientre y le arrebató el don del habla para que no pudiera engañar más a los hombres.

Todos volvieron a girarse hacia la niña, que no parecía muy conforme con la respuesta.

—No lo entiendo, padre —dijo, arrugando la frente—. ¿Y qué pasa con los otros animales? ¿Por qué están todos mudos?

El padre Marcel podría haber dicho cualquier cosa. Por ejemplo, que la serpiente era la única criatura, aparte del ser humano, que había nacido con el don del lenguaje. Pero era cura, y ya se sabe que los curas, a la mínima ocasión, intentan colar una amenaza en sus palabras. Así que saltó:

—Algo malo harían para que Dios los castigara también. —Y los obligó a seguir leyendo.

Esa noche, Sión tardó en dormirse mucho más de lo habitual. Se imaginaba un mundo anterior en el que todos los seres hablaban, y le parecía la mar de divertido. Poder gritarle a un pájaro que surcaba el cielo: «¿Adónde vas tan deprisa, pajarito?».

Y que él respondiera: «Y yo qué sé, Sión, sigo a los otros». Se preguntó qué terrible pecado podían haber cometido algunas especies para perder ese don. Era relativamente sencillo imaginarse a bichos malvados como la serpiente, la rata o el jaguar provocando la ira de Dios, pero ¿por qué habían perdido la voz las mariposas? Lo único que se le ocurrió fue que lo hubieran despertado. Seguramente fue eso: Dios debía de estar echando la siesta tumbado en una nube y un par de mariposas se habían posado sobre su nariz y se habían puesto a parlotear con sus vocecillas chillonas. Y Dios tenía mala leche, eso quedaba claro en la Biblia.

A la mañana siguiente tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse, y el camino a Serraria se le hizo eterno. Nada más llegar a clase, volvió a levantar la mano para preguntar. Se oyó un suspiro del cura y algunas risas de sus compañeros.

—¿Sí, Sión?

—¿Dios vuelve mudos a los niños, padre?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! Él os quiere mucho a todos.

—Sí, pero ¿y si nos portamos mal alguna vez? ¿Cómo nos castiga entonces?

El padre Marcel bebió un largo trago de agua antes de optar por recurrir, como siempre, a la amenaza.

—Vosotros procurad ser buenos *siempre* —dijo, paseando la vista por toda la clase con una sonrisa lobuna—. Así no tendréis que descubrirlo.

«Siempre» es una palabra terrible para una niña. Las siguientes semanas, Sión lo pasó fatal, imaginando que Dios (un Dios anciano y de barbas blancas, como el de los grabados del libro) la espiaba todo el rato con el fin de pillarla metiendo la pata. Una noche, Maria Aparecida se puso a roncar en su oreja, y ella, que estaba harta, pensó instintivamente: «Si yo fuera Dios, la dejaría muda». Al instante se dio cuenta de que acababa de pecar de pensamiento, y le entró tanto miedo que se meó en la cama.

Por increíble que parezca, no hubo represalias divinas.

El tiempo fue pasando. Una estación dio paso a otra, y esta, a la siguiente.

Caín, celoso, mató a su hermano Abel.

Noé tenía seiscientos años cuando llegó el diluvio y se subió al arca con su familia y una pareja de cada especie animal.

La mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en estatua de sal.

El cayado de Moisés se convirtió en serpiente.

Las aguas del Nilo se convirtieron en sangre.

Un día, Manoela fue a despertar a las tres niñas y vio que Sión no estaba. Preocupada, salió fuera (el sol asomaba por el horizonte, no se veía un alma por la calle) y oyó voces detrás de la casa. Una era de Sión, pero había dos más: la de otra niña, que por su tono agudo parecía muy pequeña, y la de un viejo que le resultaba vagamente familiar, como si la hubiera oído hacía tiempo, en circunstancias que no recordaba. Era una voz ronca, desagradable como un chirrido en medio de la

oscuridad. Tenía algo de maligno, y Manoela se estremeció. Comenzó a acercarse con mucha precaución.

Oyó que el viejo decía:

—Me aburro. ¿Jugamos a algo, pequeñas?

—¿A qué? —le preguntó Sión.

—Me apuesto lo que queráis a que adivino lo que estáis pensando.

—¡Imposible! —saltó la niña de la voz aguda—. Díselo, Sión. Nadie hace eso.

—Dios sí —dijo Sión.

—Vale, ese sí puede —aceptó a regañadientes la otra—. ¿Y qué estoy pensando, listo?

El viejo soltó una risotada.

—Muy fácil. Te preguntas si existe una posibilidad, una sola, de que yo sea Dios y adivine lo que estás pensando.

Manoela llegó al final del muro lateral de la casa, giró de golpe y se encontró a Sión sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tenía a Larguirucha en una mano y al enorme conejo de trapo en la otra. No había nadie más.

—¡Buenos días, Manoela! —exclamó alegremente, poniéndose de pie—. ¿Qué te pasa? Pareces asustada.

—¿Dónde están? ¿Dónde se han metido?

—¿Quiénes?

—No te hagas la tonta. El viejo y la niña. Los que estaban contigo hace un momento.

Sión la miró como si no entendiera nada; de pronto sus ojos se iluminaron y se echó a reír.

—Yo no veo a nadie más —dijo, burlona, y se volvió hacia la muñeca—. ¿Tú ves a alguien, Larguirucha?

La muñeca se movió en su mano. Por un segundo, dio la impresión de negar con la cabeza.

—Solo al señor Conejo —dijo con la voz aguda de la niña pequeña.

—¡Será chivata! —saltó el otro muñeco, agitando sus largas y puntiagudas orejas. Tenía la inconfundible voz del viejo—. A mí no me metas en tus líos, mocosa repelente. ¡Encima que intento distraeros!

Manoela se quedó boquiabierta. De pronto recordó de qué le sonaba aquella voz.

Se parecía a la que puso Catarina el día de su boda.

—¿Cómo lo haces? —preguntó.

—¿El qué?

—Eso. Hacer que los muñecos hablen.

Sión se encogió de hombros y bajó la vista al suelo.

—No lo sé —dijo—. Solo jugaba.

En realidad, para Sión representaba mucho más que un juego. Hacía voces porque creía que si Dios la castigaba algún día suprimiéndole una, al menos le quedarían las demás. Le había costado mucho tiempo y esfuerzo inventarse una personalidad distinta para cada muñeca. Gordita, que hablaba como si bostezara, se pasaba el día en busca de comida (a menudo intentaba pegar un bocado a las otras); Deshilachada era miedosa y gritaba por todo; Gris tenía voz de pito y se comunicaba exclusivamente con síes o noes, de manera que había que escoger muy bien qué se le preguntaba; Larguirucha era la consentida del grupo, la que siempre pretendía tener razón; Triste, todo lo contrario («¡Qué desgraciada soy!» era su coletilla favorita); Peque, que aún era un bebé de pecho, no hacía más que berrear; y Pelirroja se creía mejor que las demás, simplemente porque era la novia del señor Conejo.

El señor Conejo no tenía nombre, ni falta que le hacía. Ejercía de rey en el pequeño mundo creado por Sión. Era arrogante, poco cariñoso con todas (menos con Pelirroja, a la que llenaba de besos y arrumacos), soltaba palabrotas cada dos por tres e incluso hacía trampas jugando a las cartas. Pero en el fondo tenía buen corazón. Por eso era su cómplice, su amigo. El único al que podía contárselo todo.

Una mañana le preguntó:

—¿Tú crees que papá se acuerda de mí?

Y el señor Conejo se quedó callado.

Desde que se separaron, Sión solo había vuelto a ver a su padre en un par de ocasiones. La primera, ni siquiera estaba segura de que fuera él. Hacía poco que vivía en su nuevo hogar. Era de noche y acababan de cenar. Daniel y Manoela hablaban de cosas de mayores mientras las niñas, como de costumbre, recogían la mesa. Entonces sintió un cosquilleo en la nuca. Se dio la vuelta rápidamente y creyó distinguir una silueta en la ventana y dos ojos que la miraban.

—¡Papá! —gritó, y salió corriendo.

Pero fuera no había nadie.

La segunda vez fue mucho más dolorosa.

Ocurrió durante el baile de la aldea. Daniel y Manoela nunca las llevaban, pero coincidió que era el cumpleaños de Maria Aparecida y decidieron hacer una excepción. Al principio fue una noche genial. Un chico mayor, de unos catorce años, sacó a bailar a Julia, que se puso roja como un tomate, y Sión y Maria Aparecida se partieron de risa al contemplar cómo la presumida de su hermana intentaba conservar la dignidad mientras aquel patoso le decía cosas al oído y la pisaba todo el rato. De pronto, Manoela se les acercó. Parecía nerviosa.

—Niñas, se ha hecho tarde —dijo—. Tenemos que irnos.

Maria Aparecida dio un paso atrás y evitó que le cogiera la mano.

—¡Un baile más, mamá! Solo uno, por favor. ¡Ya tengo nueve años!

—¡Ven aquí ahora mismo! Cuento hasta tres: ¡uno!

Entonces Sión se fijó en que no las miraba a ellas. Parecía pendiente de algo que ocurría detrás. Se volvió, y ahí, al fondo, estaba su padre. Le costó reconocerlo después de tanto tiempo. Había perdido mucho peso y se veía demacrado. Se había dejado barba, una larga barba, sucia y enredada. Su cara no era más que eso: marañas de pelo negro que circundaban unos ojos que habían perdido toda expresión.

Él ni siquiera la vio. Estaba demasiado borracho para ver a nadie.

Se estaba besando con una mujer.

—Vámonos —dijo Manoela.

Y Sión le dio la mano, cerró los ojos y se dejó llevar.

Fue al día siguiente cuando le preguntó al señor Conejo si creía que su padre se acordaba de ella. Al no obtener respuesta, decidió ir a hablar con Manoela. Quería saberlo todo: por qué papá no había ido nunca a visitarla, por qué en el baile parecía tan enfermo y quién era aquella mujer que estaba con él. Manoela soltó un largo suspiro, como si hubiera estado temiendo ese momento. Se agachó para poder mirarla al fondo de los ojos y le dijo algo que la dejó helada:

—Ese al que viste no era tu padre, cariño, sino su fantasma, así que olvídate de él. Tu padre dejó de existir la noche en la que murió tu madre.

Pero Sión no la creyó.

Esa noche, mientras todos dormían, agarró con fuerza al señor Conejo, salió sin hacer ruido y, por primera vez en casi tres años, enfiló el camino que llevaba a la casa de su infancia. Sión no era valiente, la oscuridad le daba miedo como a cualquier niña, pero pensar que su padre podía estar sufriendo y que ella podía evitarlo le dio ánimos para seguir adelante.

Tuvo una primera decepción al ver desde lejos la silueta de la casa: era mucho más pequeña de lo que recordaba.

No había luz en las ventanas.

—¿Papá?

Sopló un poco de brisa y oyó sonar, a lo lejos, las campanillas de Ding-Dong. Recordó con una sonrisa lo que le contaba su padre: el muñeco de paja solo estaba ahí para confundir a los animales salvajes más bobos. Gápanemé nunca se dejaría engañar. Entonces le vino a la cabeza la imagen de su padre haciendo de jaguar vencido, corriendo a cuatro patas por toda la casa con ella montada encima, riendo los dos a carcajadas. Felices.

—¿Papá? —repitió.

La puerta estaba abierta. La empujó.

Nada más entrar sintió que el corazón le dejaba de latir, porque era obvio que allí no vivía nadie desde hacía mucho, mucho tiempo. El faro blanco de la luna se colaba a través de la ventana, revelando una espesa capa de polvo que lo cubría todo: el suelo, la mesa, las sillas, el estante repleto de libros de medicina. Sión se quedó un

buen rato en la puerta, abrazada a su muñeco, dejando que las lágrimas, calientes, incontenibles, cayeran por sus mejillas. Manoela tenía razón: aquella era la casa de un fantasma. Y haberlo descubierto la hacía sentirse sola en el mundo.

Por suerte para ella, el mundo seguía sin detenerse.

El año había empezado de manera dolorosa, con el asesinato de Rosa Luxemburg. Un joven y conmocionado Bertolt Brecht escribiría: «La Rosa roja ahora también ha desaparecido». Al día siguiente, los Estados Unidos frotaban por primera vez la lámpara maravillosa de Al Capone, ratificando la Ley Seca. En la India, las tropas británicas mataban a cerca de cuatrocientos manifestantes sijes y herían a más de mil. Los hechos, que serían conocidos como la Masacre de Amritsar o del Jallianwala Bagh, serían el detonante del movimiento de no-cooperación liderado por Gandhi. John William Alcock y Arthur Whitten Brown realizaban el primer vuelo transatlántico sin escalas, partiendo con un bombardero Vickers Vimy desde St. John's, Terranova, a las 13:45 h, y aterrizando en Derrygimla, Irlanda, dieciséis horas y doce minutos después. Alemania, derrotada, se sometía al desarme militar y a la entrega de territorios a Polonia. En Perú era derrocado el presidente José Pardo. Nacían Salinger, Eva Perón, Nat King Cole, Edmund Hillary, Chavela Vargas y Miguel Gila.

David W. Griffith, Charles Chaplin, Douglas Fairbanks y Mary Pickford creaban la United Artists.

Finalmente, y en una de esas bromas por contraste que tanto gustan a la historia, un joven Mussolini fundaba en Milán la Associazione Nazionale dei Fasci Italiani di Combattimento al mismo tiempo que Federico García Lorca ponía el punto final a su primera obra de teatro, una parábola en verso sobre el amor y la muerte protagonizada por insectos: *El maleficio de la mariposa*.

Sí, en 1919 el mundo cambiaba muy deprisa; tanto, que una noche de mediados de agosto, en Ilhabela, mientras una niña de siete años se alejaba llorando de su antiguo hogar abandonado, en otra parte de la isla ya empezaban a encajar todas las piezas que habrían de devolverle a su padre, llevarla a la lejana Europa y convertirla en una mujer famosa.

A lo mejor era por eso por lo que el señor Conejo sonreía.

9. El sueño de Maurice Carrière

Es de noche en su sueño y tiene miedo. Es como si supiera de antemano todo lo que está a punto de ocurrir, solo que le cuesta recordarlo. Camina deprisa por una calle estrecha y adoquinada, de ciudad. La gente que va con él hace tiempo que ha perdido el rostro, son sombras que aparecen y desaparecen, que vienen y van continuamente como un fantasmagórico ballet de gatos negros. Cuando levanta la vista se encuentra frente a la iglesia de siempre. El santo de piedra de la fachada vuelve a mirarle a los ojos. Vuelve a vaciarle el alma.

De pronto, absurdamente, las sombras tienen voz de niño y comienzan a entonar un himno angelical, mientras el santo (que ya no es el santo flaco y barbudo de hace un instante, sino un cura bajito y gordo, es el padre Marcel) abandona el pedestal y baja flotando hasta él.

—Vete de este pueblo, Joan —le susurra al oído—. Lo más lejos posible. ¿A qué esperas? Aquí ya no te quiere nadie.

—Pero... mi hija...

—Estará mejor sin ti. Mira. —Y señala una ventana iluminada.

Ya ha vivido antes aquello y sabe lo que verá al otro lado. Lo que él ya no está en condiciones de ofrecer a nadie: un hogar. Sabe que sentirá alivio, pero también dolor, al ver a Daniel y a Manoela hablando como cualquier matrimonio, después de cenar, mientras las tres niñas quitan la mesa. Lo sabe pero vuelve a hacerlo, vuelve a acercarse furtivamente a la ventana y se somete al suplicio de Tántalo de espiar a su pequeña tan hermosa, tan feliz sin él. Sabe que, de un momento a otro, Sión se dará la vuelta lo bastante deprisa como para que sus ojos se encuentren una fracción de segundo. Sabe que ese será el último recuerdo de su hija antes de abandonar Guanxuma.

Pero en su sueño Sión nunca llega a darse la vuelta.

Se oye un grito.

Suenan disparos.

Todo se vuelve negro.

Al segundo siguiente, la casa de Manoela ha desaparecido y se encuentra rodeado de cadáveres. Una docena de cuerpos caídos en el suelo, acribillados. Todos parecen mirarlo con la misma expresión del santo (que vuelve a ser de piedra y a estar prisionero en la fachada, ya no es el padre Marcel). Aturdido, descubre que tiene un fusil en la mano y que del cañón gotea sangre. Grita y suelta el arma; trata de huir pero no puede, porque hay un hombre de pie frente a él, bloqueándole el paso. Es muy joven, casi un niño, y está ardiendo; las llamas lo devoran, se derrite como si estuviera hecho de chocolate y vísceras. No pide auxilio, no hace un solo gesto de dolor. Se limita a fundirse muy despacio, y antes de desaparecer por

completo, en un último suspiro, dice, como sorprendido:

—Juraste protegerme.

Oyó las risas de sus compañeros y supo que de nuevo había estado gritando en sueños. Sentía un dolor punzante en la cabeza, como si la tuviera llena de cristales afilados. Intentó abrir los ojos y la luz que se colaba por la puerta abierta del barracón le hizo maldecir toda la cachaza ingerida la noche anterior. Parpadeó, soltó un bufido y se apoyó en los codos para incorporarse.

El capataz se erguía frente a él. Era calvo por completo, y sus dos metros de altura le hacían parecer un gigante. Algunos decían que Caike había luchado valerosamente contra los alemanes antes de recibir en la cara la metralla de una bomba. Según otra versión (menos épica pero bastante más creíble), un marido celoso habría recurrido a un puñado de matones para dejarlo marcado de por vida. Quién sabe. El caso es que su cara era un amasijo de cicatrices en forma de telaraña que se expandían por las mejillas y la frente y la calva hasta llegar a la nuca, confiriéndole el aspecto de una máscara tribal aterradora. Pero lo peor eran sus ojos: grises, gélidos, desprovistos de toda expresión.

—¿Te sirvo el desayuno en la cama?

No había amenaza en su voz. No era necesario.

Un segundo después, Joan estaba de pie tratando de meterse en sus pantalones. Eso provocó que los hombres volvieran a reírse a carcajadas. Eran una treintena, y a todos los conocía de trabajos anteriores. Juntos habían construido los cinco kilómetros de la nueva carretera del oeste de Ilhabela, la que enlazaba la Vila con el puerto principal. Fueron meses duros, durmiendo a la intemperie y trabajando de sol a sol. Dos de ellos habían muerto por mordedura de serpiente mientras cortaban a machete la vegetación. Otro, un muchacho delgaducho que aún no había cumplido los veinte, fue víctima del agotamiento. «No puedo más», dijo de pronto; y cayó al suelo fulminado.

Joan resistió. Era el purgatorio que había escogido. Mientras el cuerpo se quejara resultaba más difícil pensar en otra cosa.

Luego los contrataron para construir aquel hotel en las afueras de la Vila. Su arquitecto, Tom Winslow, era un joven norteamericano que se había inspirado en algunos colosos de Florida como el Hotel Franklin. Edificado sobre una base cuadrada, Le Magnifique estaba destinado a ser un edificio de tres plantas, con veintiocho habitaciones individuales, doce dobles y cuatro *suites* de cincuenta metros cuadrados cada una, compuestas por un pequeño recibidor, sala de estar, baño y dormitorio con cama de matrimonio; todas ellas con salida al balcón que rodeaba el primer piso. Dispondría de un comedor con capacidad para setenta comensales; una biblioteca con más de cinco mil volúmenes; una sala de billar y un salón de baile.

Ese era el proyecto, aunque aún faltaba mucho para verlo terminado. De

momento habían limpiado y vallado el terreno de ocho hectáreas, excavado las zanjas de cimentación y puesto los pilares del sótano. Seguía siendo un trabajo agotador y mal pagado, pero al menos estaban incluidas la comida y la cena, pasaban la noche bajo techo y tenían la ciudad a cuatro pasos por si les apetecía olvidarse de todo en El Oasis.

Acabó de vestirse y vio que Caike recorría las literas dando instrucciones:

—Como sabéis, hoy llega a Ilhabela el señor Carrière, el propietario de todo esto. Es un distinguido caballero de París, no una escoria como vosotros, así que ahorraos dirigirle la palabra a no ser que os pregunte algo. Y si lo hace, dadle respuestas cortas y llamadle «*mosié*» o simplemente «señor», ni se os ocurra tratarle como a uno de los vuestros. ¿Está claro? —Hizo una pausa, vio que todos permanecían en silencio, escupió al suelo y añadió—: Ahora hacedme el favor de asearos por una vez en la vida; si no, ese educado caballero va a sacar los intestinos por la boca en cuanto os huela de lejos.

Nadie tenía agallas para desobedecer al capataz, así que el día comenzó con un baño general. Era un fastidio, porque disponían de un solo cubo (que había que rellenar cada vez que el agua se volvía negra) y de una pastilla de jabón para todos. A Joan le tocó ser el último de la fila y, cuando por fin le llegó, el jabón no era mayor que la uña de su pulgar.

El resto de la mañana transcurrió más lento que de costumbre. Trató de concentrarse en su trabajo, que consistía en serrar listones para marcos de ventana, pero los hombres no dejaban de distraerlo con sus disquisiciones sobre el señor Carrière.

Nadie sabía qué aspecto tenía. A Tom Winslow lo había contratado un representante que a su vez había sido contratado por otro (algo terriblemente complicado y misterioso); al parecer, durante meses, Maurice Carrière había ido aprobando los planos y dando instrucciones mediante telegramas que mandaba desde diversas partes del mundo.

—Ese tipo es tan rico que caga oro —dijo uno.

—¿Y vos cómo lo sabes, boludo? —se burló el Flaco, un argentino con los pómulos tan hundidos que parecía una calavera con los ojos saltones—. ¿Te dedicas a espiarle el orto? —Y se dio dos palmaditas en las nalgas, por si alguno no había pillado la expresión.

Todos se rieron. El Flaco aprovechó para añadir:

—Lo que es seguro es que está mal de la chaveta. Hay que estarlo para construir un hotel de lujo en el culo del mundo. ¿O creéis que alguien va a pagar un dineral para venir a una isla que no tiene más que playas?

En ese momento se oyó una especie de bramido proveniente de la carretera. Se volvieron como un solo hombre y se quedaron boquiabiertos al ver acercarse el

primer automóvil que llegaba a Ilhabela.

Era un Darracq Coupé Chauffeur SS de cuatro cilindros y veintiocho caballos y medio de fuerza, capaz de alcanzar los setenta kilómetros por hora. He visto fotos y me parece uno de los vehículos más hermosos que jamás han existido, en parte por la sensación de exquisitez que transmitían sus sillones de piel con reposabrazos o sus elegantes adornos de metal (lo imagino surgiendo de pronto bajo el sol del mediodía brasileño, centelleando como el oro, esa mañana de 1919, y la imagen me hace contener el aliento); pero me fascina sobre todo por su extraño diseño híbrido. Más que una máquina sobre ruedas parecía un error de la naturaleza, un ser mitológico como el grifo, la sirena o el centauro. Era mitad coche deportivo y mitad diligencia del antiguo Oeste; era un poema escrito a cuatro manos por dos poetas de épocas distintas; era como si incrustáramos ahora un reloj digital en el Big Ben: la síntesis perfecta entre el siglo que había quedado atrás y el que empezaba a mostrar todo su potencial.

El Darracq penetró en el solar, tosió como un perro y se detuvo a pocos metros. Hubo un instante de silencio absoluto, unos segundos mágicos en los que la brisa dejó de agitar las ramas de los árboles, ni un solo pájaro chilló en el cielo, ni una ola se estrelló contra los arrecifes. Entonces, el conductor, que llevaba un uniforme gris oscuro con guantes blancos, botones plateados y botas hasta la rodilla, bajó sin saludar a nadie, se quitó la gorra, levantó la barbilla y abrió la puerta de la cabina.

—*Monsieur* —dijo.

Y el señor Carrière apareció por fin. Puso un pie en el estribo, dio un pequeño salto y llegó al suelo.

El arquitecto, que se había adelantado para darle la bienvenida, se quedó petrificado.

—¿U-u-usted es el señor Carrière? —tartamudeó en su extraño portugués con acento de Florida.

El aludido le estrechó la mano.

—Lámeme Maurice, por favor. Y usted debe de ser Tom Winslow. —Alzó el tono de voz para que le oyeran todos—. Espero haber estado a la altura de las expectativas. —Y sonrió con su propio chiste.

Debía de rondar los cincuenta. Su perilla era negra aún, pero su pelo, más que abundante, empezaba a clarear en las sienes. Llevaba el atuendo de un dandi: traje de lino de color marfil, corbata de seda, botines blancos y negros. Sin embargo, con todo aquello puesto, Carrière parecía un niño disfrazado. Le llegaba al pecho al arquitecto.

«Acondroplasia», pensó Joan.

Le sorprendió acordarse de esa palabra tan complicada. La había oído una sola vez, hacía tiempo. Catarina hojeaba un libro de medicina y a él le llamó la atención el dibujo de un bebé recién nacido. Tenía la cabeza demasiado grande y los brazos y las

piernas demasiado cortos en relación con el tronco. Entonces Catarina pronunció esa palabra y le contó que se trataba de un trastorno del crecimiento óseo.

Cerró los ojos con fuerza.

Era como si Catarina siguiera sentada junto a él, con el libro en el regazo y el sol brillando en su pelo.

Pero, claro, ya no estaba.

Ni ella ni Sión.

—¿Ese enano boludo es el gran hombre? —susurró el Flaco detrás de él—. ¡Si es mayor mi verga!

Caike apareció de la nada. Le aferró el brazo izquierdo y se lo retorció por la espalda, haciendo que cayera de rodillas. El señor Carrière oyó los chillidos y se acercó anadeando.

—¿Qué pasa aquí?

—Este gusano miserable le ha insultado, señor. Pero tranquilo, no volverá a repetirse. —Caike hizo más fuerza, se oyó un crujir de huesos y el Flaco puso los ojos en blanco, como si fuera a desmayarse.

—¡Suéltelo!

—Señor...

—¡Que lo suelte ahora mismo!

Los dos hombres se sostuvieron la mirada. Un nubarrón tuvo tiempo de cruzar por delante del sol, ensombreciéndolo todo como si la noche hubiera llegado. Finalmente Caike obedeció, soltó al Flaco (que corrió a apartarse, sujetándose el brazo y gimoteando de dolor) y dio un paso hacia Carrière. Le doblaba el tamaño.

—Con todo el respeto, *mosié*, ¿pretende enseñarme a mandar sobre mis hombres? Carrière enrojeció de ira.

—¿Sus hombres, capataz? Esto no es ninguna guerra. Gracias a Dios no me dedico a destruir cosas, sino a todo lo contrario. Me gusta pensar que contribuyo a mejorar el mundo con mis edificios. Aspiro a que la gente sea feliz en ellos. Y dudo que lo consiga si se levantan sobre los cimientos del miedo y la brutalidad, como, al parecer, usted pretende. De manera que, a partir de este momento, si quiere conservar su empleo, le aconsejo que empiece a tratar a esta gente como lo que son: seres humanos. ¿He hablado lo bastante claro?

Todos contuvieron la respiración mientras Caike apretaba los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Sí, señor —murmuró finalmente.

—Perfecto. ¡Tom! —Carrière se volvió hacia el arquitecto—. ¿Dónde podemos hablar con tranquilidad usted y yo? Traigo un montón de ideas.

Y dejó a Caike con un palmo de narices.

La imagen resultaba sorprendente: el gigante humillado por el enano. David

machacando a Goliat. No puede negarse que el señor Carrière hizo una entrada triunfal.

Maurice Carrière acabó siendo una pieza primordial en la vida de mi bisabuelo por una serie de casualidades. La primera se produjo nueve años antes, en 1910, mientras visitaba en el Grand Palais de París una exposición dedicada a Antoni Gaudí, dentro del salón anual de la Société Nationale de Beaux-Arts. Quedó tan impresionado que se prometió a sí mismo viajar a Barcelona en cuanto tuviera ocasión. Lo había hecho menos de un mes antes de su llegada a Ilhabela, y la inicial admiración por el arquitecto catalán se había vuelto delirio, en especial por uno de los edificios del Passeig de Gràcia, la Casa Batlló.

—He tenido una revelación —fue lo primero que le dijo a Tom Winslow cuando estuvieron en su barracón.

Luego empezó a mostrarle fotos y esbozos de la fachada y de mil y un detalles del interior, y le pidió que tratara de aplicarlos a Le Magnifique.

—No me malinterprete, Tom —dijo—. Lo último que pretendo es que haga una copia exacta. Evidentemente usted es el arquitecto y debe mantener su personalidad. Pero fíjese en el genio de Gaudí... —Y fue señalando las fotos que acababan de mirar—: ¡Balcones que parecen antifaces! ¡Columnas en forma de hueso! Mire, mire estas ventanas del salón... Y estas chimeneas en la azotea, que parecen coronas... ¿Y sabe qué es esto de aquí? ¡Ranuras en las paredes, para que la casa respire! ¡Son como branquias! —Se detuvo con los ojos llameantes—. Sinceramente, ¿no cree que al lado de tanto prodigio nuestro hotel va a parecer muy aburrido?

Al joven y ambicioso Tom Winslow (que había dedicado cuatro largos meses de su vida al sobrio diseño de Le Magnifique, del cual se sentía muy orgulloso), todo aquello le parecía horripilante, un vulgar decorado de feria. Pero no quería ofender a su mecenas, así que intentó escudarse en razones técnicas:

—Por desgracia, Maurice, a diferencia de *eso* nuestro hotel es de madera. Cualquier arquitecto le aconsejaría no atiborrarlo de detalles superfluos. Entre otras razones por el peso.

—Muy bien. Entonces estamos a tiempo de cambiar de planes. Construya el hotel del material que crea más oportuno: de ladrillo, de piedra, me da igual lo que cueste. Pero atibórrelo de *detalles superfluos*, como usted los llama. Cuantos más, mejor.

Winslow palideció.

—Pero... significaría rehacer todo lo que hemos hecho. Comenzar prácticamente desde cero.

—¿Y qué?

—Pues que los hombres llevan semanas trabajando duro. Han cortado ya casi toda la madera. Si ahora les decimos que tanto esfuerzo no ha servido para nada...

Carrière lo interrumpió:

—¿Conoce usted un libro llamado *Dào Dé Jing*, Tom? —No esperó a que el otro respondiera—. Lo escribió Lao-Tsé, un gran filósofo chino, contemporáneo de Confucio. Su principal moraleja es que todas las cosas del universo evolucionan de forma natural, y que es un error tratar de forzarlas a nuestro antojo. Me gustaría mostrarle algo... —Y extrajo de su cartera un papel amarillento, del tamaño de un billete doblado por la mitad.

Winslow lo cogió. En el papel había escrito: «El hombre vulgar echa a perder todo lo que emprende porque tiene prisa en terminarlo».

—Entiendo —mintió Winslow.

Carrière le miró a los ojos sonriendo.

—La pregunta es: ¿aspira a ser un hombre vulgar toda su vida o prefiere que el mundo entero hable de Le Magnifique?

Tom Winslow apretó los labios y tragó saliva. Solo había una respuesta posible.

—Pensándolo bien, a lo mejor podemos hacer algo... digamos más vistoso sin tener que renunciar a la madera.

—Estupendo.

—Claro que deberíamos consultarlo con los carpinteros.

—Por supuesto. Díales que vengan. Me encantará hablar con ellos.

—¿Ahora?

—*Tout de suite!* Cuanto antes mejor, ¿no le parece?

No hay nada tan imprevisible como la memoria. A menudo somos capaces de revivir, con una precisión quirúrgica, miles de cosas sin importancia aparente (un olor de la infancia, la forma caprichosa de una nube, el collar que llevaba aquella desconocida con la que nos cruzamos un segundo por la calle y a la que nunca volvimos a ver); y, en cambio, olvidamos lo más trascendental.

O creemos haberlo olvidado.

Mi bisabuelo tenía treinta y dos años y llevaba diez (una tercera parte de su vida) acostumbrado a no recordar nada anterior a su llegada a la isla. Su única conexión con el pasado eran esos fantasmas escurridizos que le acosaban en sueños y desaparecían con la primera luz del día.

Entonces el señor Winslow les dijo que el propietario del hotel quería hablar con ellos.

—Ese enano los tiene muy bien puestos —dijo el Flaco—. Y yo que había oído que todos los franceses son amanerados...

Era la primera vez que Joan entraba en el barracón privado de Tom Winslow, y pensó que vivía como un rey. Tenía alfombras en el suelo, un par de paisajes al óleo en la pared, un armario ropero que llegaba al techo y hasta un espejo mágico, que en ese preciso momento reflejaba hombres barbudos y mal vestidos, envejecidos precozmente y que miraban boquiabiertos a su alrededor. Al fondo se encontraba la

cama más inmensa del mundo, repleta de cojines de colores; y en el centro, una larga mesa rectangular cubierta de planos, dibujos y fotografías, y rodeada de seis elegantes sillas.

Carrière los aguardaba sentado en la cabecera («Así se nota menos lo enano que es», murmuró el Flaco), fumándose un puro casi tan largo como su antebrazo. Dio la bienvenida al grupo, les preguntó los nombres uno a uno y los invitó a tomar asiento.

—Señores, he tenido un sueño —dijo sin más preámbulos— y necesito su ayuda para hacerlo realidad.

Era un prometedor arranque de discurso, pero Joan lo estropeó. De nuevo la casualidad quiso que se sentara ante una de las fotos. Al verla sintió que una corriente le recorría el espinazo.

—Yo conozco esta casa —dijo.

El señor Carrière arqueó las cejas. Parecía más sorprendido por la interrupción que por el comentario.

—Joan, ¿verdad? —dijo cortésmente—. Justo me disponía a hablar de ella, Joan. ¿A usted qué le parece?

—Es muy extraña.

Winslow no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Extraña ¿en qué sentido? —preguntó Carrière.

—Sobre todo por dentro. Parece estar viva.

Los otros carpinteros estaban acostumbrados a las rarezas de Joan (sus frecuentes pesadillas nocturnas, sus crisis de llanto en medio de una borrachera). Al oír lo de la casa viva, se miraron y soltaron una risotada.

Carrière los acalló con un gesto.

—¿Ha estado *dentro* de la casa? ¿Es que conoce a alguien de la familia?

—No lo sé —dijo Joan.

—¿No lo sabe?

—Lo siento, señor. No me acuerdo.

—¿Cuándo fue? ¿Cuándo estuvo en Barcelona?

—Es que eso tampoco lo recuerdo. Me acuerdo solo de la casa.

Carrière dio una larga calada y fue expulsando volutas de humo mientras miraba detenidamente a Joan, luego a los demás hombres (que apartaron la mirada) y otra vez a Joan.

—Continúe, por favor —dijo—. ¿Qué más recuerda?

—Los techos —dijo Joan—. Hay sitios en los que parecen olas, olas enfurecidas. Remolinos. Es como si te sumergieras en el mar.

—¡Lo mismo pensé yo! —El francés soltó de golpe toda la tensión, dando una palmada en la mesa—. ¿Y esos mosaicos sublimes que hay por todas partes? Es como la paleta de Renoir estallándote en los ojos, bam, bam, bam: rojos, ocre, verdes,

amarillos...

—Y azules.

—Exacto: azules, sobre todo. ¿Recuerda el patio interior, que se vuelve más y más azul a medida que se asciende y la luz se vuelve intensa? ¿Recuerda las burbujas azules en las ventanas del salón?

—Sí —Joan sintió que se le aceleraba el pulso—, y en lo alto de la escalera había una puerta, y, al cruzarla, era como meterse en el interior de una ballena.

—De un dragón —le corrigió Carrière, sonriendo con indulgencia—. Las ballenas no tienen escamas, que yo sepa.

Un dragón.

Y entonces recordó algo más.

Se vio frente a la entrada de la casa, acompañado de un niño de unos diez años que llevaba gorra y bufanda. Hacía frío, a los dos les salía vaho por la boca cada vez que hablaban.

Joan le estaba diciendo:

—Shhh. Ahora procura no hacer ruido o despertaremos al dragón de la azotea.

El crío le miraba con sus inocentes ojos de color castaño.

—A mí me gustan los dragones.

—A nadie le gustan los dragones.

—A mí sí.

—Pero echan fuego por la boca.

—Ya. Ese es el problema.

—Por eso es importante que no lo despertemos.

—Vale, lo entiendo.

—Entonces ¿qué? ¿Vamos?

—¡Espera! —El niño seguía plantado en la calle.

—¿Qué pasa?

—Es que si se despierta...

—No va a despertarse, tranquilo.

—Vale, pero por si acaso. Si ves que el dragón abre los ojos y va a escupirme fuego, tú me protegerás, ¿verdad, Joan?

—Claro.

—Júramelo.

—Te lo juro. ¿Entramos de una vez?

Joan pestañeó y el recuerdo se deshizo en su mente como un azucarillo.

Vio que todos le miraban expectantes.

—Lo siento —dijo—. No recuerdo nada más.

Aquella noche, mi bisabuelo casi salió a hombros del barracón de Tom Winslow. El Flaco se encargó de poner al día a los hombres que no habían asistido a la reunión:

—¡Ya podéis chuparle el rabo a mi amigo! Chicos, tendríais que haberlo visto. ¡Menudo estilo camelándose al enano!

—Entonces ¿el hotel sigue adelante? —preguntó alguien.

—Sigue, sigue. Aunque, si no he entendido mal, lo vamos a llenar de huesos, cristallitos de colores y dragones. Algo así, ¿verdad, che?

—Algo así —dijo Joan.

Era sábado y tocaba ir a la Vila.

La Vila era lo más parecido a una ciudad que había en toda la isla. Tenía ayuntamiento y cuartel de policía y un pequeño hospital; y una iglesia católica con campanario; y un bar, un restaurante y un hotel con doce habitaciones y comedor privado para los clientes; tenía una carnicería que en la trastienda funcionaba como barbería (la regentaban dos gemelos igual de hábiles con el cuchillo que con la navaja), tenía una tienda de ropa para las mujeres y una casa de putas para los hombres. No era mucho, pero era más que suficiente para su media docena de calles y sus trescientos vecinos mal contados.

Joan y el Flaco iban por la acera de la calle principal, y el argentino iba dándole la vara para que lo acompañase al burdel:

—¿Cuánto hace que no echas una cana al aire, hombre? ¿Qué ha pasado, te has vuelto maricón de golpe?

—Estoy ahorrando.

—Ahorrando ¿para qué? ¿Para cuando seas viejito y ya no se te empine?

—Déjame en paz, Flaco.

Siguieron andando en silencio, y al volver la esquina vieron el Darracq de Carrière aparcado en la puerta del hotel. Unos chavales revoloteaban a su alrededor como polillas. Uno, el gordito del grupo, se dedicaba a acariciarlo. Oyeron que decía:

—Algún día tendré uno como este.

—¡Qué vas a tener tú, comemocos! —se burló uno de sus compañeros.

—Tendría que ser el doble de grande para que cupieras tú dentro —saltó otro.

Salió el portero del hotel y les pegó cuatro gritos. Se dispersaron tan deprisa que fue como si nunca hubieran estado allí.

—¡Críos del demonio! —masculló el portero, que llevaba un uniforme color teja que le iba largo de mangas; solo asomaban las puntitas de los dedos, como si los brazos le hubieran encogido. Al ver que Joan y el Flaco no decían nada, se dio la vuelta y volvió a meterse en el hotel.

La puerta tardó diez segundos en abrirse y volver a cerrarse, pero Joan tuvo tiempo de echar un vistazo.

Había un espejo en la pared, el espejo mostraba parte del comedor de enfrente, y

en una de las mesas reflejadas vio al señor Carrière. Se había cambiado de traje, llevaba uno oscuro, más apropiado para la ocasión. No estaba solo. Había una mujer cenando con él, una mujer con un vestido blanco. Era muy joven y tenía el pelo negro, recogido.

Tenía los ojos tristes.

Eso es lo que dieron de sí los diez segundos.

La puerta se cerró.

—¡La madre que parió al enano! —exclamó el Flaco agarrándolo por el brazo—. ¿Tú has visto con qué bombón está?

—Apenas me he fijado —dijo Joan mientras seguían andando—. Un poco joven para él, ¿no?

—¿Joven? ¡Y alta, joder! ¡Y con dos tetas! Luego dicen que el dinero no da la felicidad. —Le guiñó un ojo—. Pues yo no creo que esos dos estén juntos por amor.

La siguiente esquina daba a una calle oscura y sin salida. Se detuvieron frente a la casa que tenía un farolillo rojo en la puerta.

—Bueno, ¿qué? ¿Entras o no? —preguntó el Flaco.

—Otro día.

—Tú mismo. —Tiró del pomo de la puerta, que estaba abierta, y entró—. Le daré recuerdos de tu parte al coñito de Thailyne.

Joan dio la vuelta a la esquina, anduvo cien, doscientos metros, pasó por delante del hotel sin mirar, regresó a la calle principal, se metió en el bar, se sentó, dejó que el camarero, sin preguntarle nada, le sirviera un vaso de cachaza lleno hasta los bordes, lo apuró de un trago, pidió otro y se lo bebió también, se quedó mirando un rato el espejo que tenía enfrente, luego suspiró, dejó unas monedas en la barra, volvió a salir, volvió a pasar por delante del hotel (esta vez miró, pero la puerta estaba cerrada), anduvo cien, doscientos metros muy deprisa, dio la vuelta a la esquina, se acercó a la casa del farolillo rojo, tiró del pomo y entró.

Solo trabajaban siete mujeres en El Oasis (ocho contando a Hedi, pero Hedi era la madama, nunca se acostaba con ningún cliente), así que había carreras para llegar los primeros. A los demás les tocaba esperar, a veces hasta la mañana del día siguiente. El vestíbulo parecía la platea de un teatro absurdo, con dieciocho sillas colocadas en tres filas de seis, mirando a una pared vacía. No había ventanas y todos fumaban como chimeneas; lo normal era acabar con los ojos inyectados en sangre y apestando a tabaco más que a sexo.

—¡Eh, te guardé sitio, boludo! —El Flaco, muy contento, dio unas palmadas en la silla vacía que tenía al lado—. ¿Un cigarrillo?

—Dijiste que no volverías.

Thailyne cerró la puerta de la habitación y se volvió para mirarle. No hizo ademán de desnudarse.

Había un reloj en la pared. Eran las tres y media de la madrugada.

—Necesitaba hablar con alguien —dijo Joan.

—Pues habla —dijo ella.

Y se sentó a su lado en la cama. No parecía resentida, solo distante. Joan tuvo fugaces destellos de la última noche que habían pasado juntos, cuando perdió la razón (o hizo un intento por recuperarla) y la llevó al baile de Guanxuma. Thailyne bailando feliz, Thailyne abrazándole, besándole en los labios como ninguna puta besaría a un cliente. Hasta que vio a Sión (o creyó verla, porque al segundo siguiente había desaparecido), y la música, la risa, los besos, todo dejó de tener sentido, simplemente se esfumó.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos, tres meses como mucho?

—Lo siento —dijo Joan—. Fue un error llevarte a ese baile.

—Ya discutimos eso —dijo ella. Cuando estaba tensa dibujaba círculos sobre su muslo con la yema del pulgar—. ¿Quieres hablarme de algo más?

—En realidad, sí: de una cosa que hoy he recordado.

Y le contó la charla con el niño ante la Casa Batlló.

Thailyne esperó a que terminara, luego abrió un cajón de la mesilla y sacó un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Joan, que lo aceptó. Fumaron en silencio. Las paredes del burdel eran delgadas y de vez en cuando les llegaban los gemidos de otras parejas que hacían el amor. Joan empezó a sentirse incómodo.

—Supongo que debería viajar a Barcelona —dijo—. Y tratar de averiguar quién soy.

Thailyne seguía observando la punta de su cigarrillo. Esbozó una ligera sonrisa.

—¿Sabes? Eres un hombre extraño.

—¿Por qué?

—La mayoría de los que vienen aquí nunca hablan de su pasado. Tú dices que no lo recuerdas, pero no hablas de otra cosa.

Meses antes se habrían reído los dos.

La chica de la habitación de al lado soltó un chillido. Se oyeron sonidos de forcejeo, murmullos ahogados. Era bastante frecuente y no prestaron atención.

—Es un viaje muy largo —insistió Joan—. Todavía no lo tengo claro.

—¿Y qué piensas hacer con tu hija? ¿Vas a olvidarla también, cuando te marches de Ilhabela?

Él sintió un nudo en la garganta.

—Sión estará bien. Dejarla con otra familia fue la mejor decisión. Su madre había muerto.

—Seguía teniendo un padre —dijo Thailyne.

—Yo no puedo cuidarla.

—¿Estás seguro? —Thailyne le sostuvo la mirada—. ¿Sabes lo que creo, Joan?

Que huiste por miedo. Es lo que haces siempre: escapar de todo lo que quieres. No te das cuenta, pero eres un estúpido, un estúpido y un cobarde.

Y se inclinó hacia él y le metió la lengua en la boca.

La chica de al lado volvió a gritar. Esta vez con más fuerza.

Se oyó un golpe seco y ruido de cristales rotos.

—¡Es Inés! —Thailyne se levantó, angustiada.

Inés era la prostituta más joven del local, todas la consideraban como una hermana pequeña.

Salieron al pasillo. Vieron otras puertas que se abrían, y cabezas de chicas y de clientes que se asomaban para ver qué sucedía. Hedi, la madama, corrió desde el fondo. Su delgado rostro, en otro tiempo hermoso, parecía más arrugado que nunca.

—¿Dónde? —preguntó.

Thailyne señaló la puerta de la habitación contigua. Hedi se acercó, titubeante, y llamó con los nudillos.

—Inés, cariño, ¿estás bien?

Se oyó un sollozo dentro.

Iba a volver a llamar cuando la puerta se abrió de golpe y Caike salió abrochándose los pantalones. Sus ojos eran tan fríos como de costumbre, pero las cicatrices que cubrían sus mejillas y su frente se habían vuelto de un rojo intenso, como si el fuego latiera, furioso, en su interior. Hedi se hizo a un lado instintivamente y él se alejó dando largas zancadas. Nadie le detuvo.

Había dejado tres monedas de cuatrocientos reis sobre la cama.

Una por las manchas de sangre de las sábanas.

Otra por el espejo roto.

La última por el diente que Inés perdió aquella noche.

En la vida real, los hechos raramente suceden como en las novelas. Si yo, como escritor, tuviera que recrear lo que ocurrió después, con toda probabilidad usaría a Caike como un instrumento para insuflar suspense a la trama principal. Haría que, a la salida del sol, dos policías de la Vila se presentaran armados en el barracón, encontrarán al capataz durmiendo la mona plácidamente y se lo llevarán sin que opusiese resistencia.

Todos se preguntarían quién le había denunciado.

Las chicas de El Oasis no, seguro. No eran tontas, sabían cómo funcionaba la justicia en la isla. A Caike lo tendrían entre rejas unas pocas horas, lo justo para guardar las apariencias; luego, un funcionario corrupto (es probable que lo describiera con aspecto de ratón, un Peter Lorre nervioso y con la frente sudada) le propondría pagar una *multa* (que iría a parar directamente al bolsillo de su chaqueta sucia y mal planchada) y Caike volvería a quedar libre. Libre y dispuesto a averiguar quién había sido su delator.

Sí, Caike tendría mucho recorrido aún. Estoy convencido de que en mi versión de los hechos podría haberlo convertido en un ángel exterminador, un ascendiente directo del reverendo Harry Powell, de *La noche del cazador*, o del Max Cady de *El cabo del miedo*, un animal vengativo y cada vez más enloquecido haciendo las veces de amenazante soga alrededor del cuello de mi bisabuelo (que resultaría ser, por supuesto, el héroe que lo habría denunciado).

Es posible que todo acabara desembocando en una lucha apoteósica. Una noche bajo una inmensa luna teñida de rojo.

Pero no ocurrió así.

La vida no entiende de buenos o malos personajes secundarios, ni de giros ni subtramas más o menos complejas donde todo encaja milagrosamente en el último suspiro. La vida improvisa, y sale lo que sale.

Salió el sol, y Caike estaba muerto.

Fueron a despertarle y lo encontraron tendido en su cama, con una expresión de incredulidad en la mirada (aquella fue la primera y la última vez que pudieron leer *algo* en sus ojos). La almohada y el colchón estaban completamente empapados de sangre. Alguien le había rebanado el cuello mientras dormía.

Se presentaron dos policías (en eso, al menos, coincidiría con la realidad), hicieron unas cuantas preguntas rutinarias y se marcharon igual que habían llegado, sin una sola pista ni ganas de tenerla.

El funeral se celebró al día siguiente en la iglesia de la Vila. El señor Carrière asumió todos los gastos y dio a los hombres la mañana libre para que pudieran asistir. Se sentaron en los bancos de la derecha. La primera fila de los de la izquierda la ocuparon la madama y las chicas de El Oasis, que se pasaron toda la ceremonia sonriendo. Menos Inés, que tenía el rostro demasiado hinchado y el cuerpo demasiado dolorido. Cuando el cura, hacia el final, preguntó si alguien quería pronunciar unas palabras, Hedi se levantó con decisión y dijo:

—Yo nunca he creído en el infierno. Pero si existe, espero que sea como me contaron de pequeña. Y que desde aquí podamos oír los gritos de este cerdo.

—¡Amén! —respondieron al unísono las siete putas.

A la muerte del capataz la siguió una serie de cambios en el trabajo. Aquella misma tarde, Winslow ordenó que dejaran de cortar listones y que, en su lugar, confeccionaran quinientas planchas cuadradas de un metro de lado. Luego se acercó a Joan y le dijo:

—El señor Carrière quiere hablar contigo.

—¿De qué?

—Iba a preguntarte lo mismo. ¿Has hecho algo que yo debería saber?

—No, señor.

—Está bien. —El arquitecto asintió pensativamente con la cabeza—. Te está

esperando, ve.

La puerta del barracón abierta de par en par ofrecía una buena perspectiva de la larga mesa central. Carrière estaba inclinado sobre unos papeles, fumándose uno de sus largos puros. Levantó la cabeza y sonrió.

—Adelante, Joan. Cierre la puerta y tome asiento, por favor. —Señaló la silla que quedaba a su izquierda.

Joan obedeció en silencio. Durante un instante, el francés tampoco dijo nada, se dedicó a mesarse la perilla pensativamente mientras estudiaba el rostro de Joan como si buscara algún detalle oculto.

—¿Qué edad tiene, Joan?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabe?

—En realidad no lo recuerdo. Es una larga historia.

—Comprendo. —Dio una calada tan larga al puro que Joan pensó que eso iba a ser todo, que la charla había terminado. Entonces dijo—: Yo acabo de cumplir cincuenta y tres. Y me ocurre algo parecido, cada vez me falla más la memoria. Sin embargo, siempre confío en mi instinto, es lo que me ha permitido llegar a donde he llegado. Y mi instinto, en este momento, me dice que todo el mundo piensa que estoy loco por construir un hotel como este aquí. —Dio una última chupada al puro y lo apagó en el cenicero de metal dorado que tenía enfrente—. En pocas palabras, me siento solo. Necesito ayuda, Joan.

—Pero el señor Winslow...

—Oh, sí..., Tom. Sin duda es *eficiente*, por eso lo escogí. Pero, por desgracia, no es apasionado. Y esta obra, para que sea un triunfo, exige un derroche de pasión. Exige que no pienses en otra cosa durante todo el día. Que un impulso repentino pueda prevalecer sobre meses de trabajo. Exige largas noches en vela, dándoles vueltas a problemas que a los demás les pueden parecer insignificantes, pero que para ti son esenciales: el ángulo en que debe colocarse una baldosa, la forma de una barandilla, el tinte exacto que debe tener un barniz. Y cuando por fin encuentras la solución, la única posible, el corazón se te desboca, te sientes feliz y lleno de energía como un adolescente enamorado. —Le miró fijamente y sonrió—. El otro día vi esa llama en sus ojos, Joan. Mientras hablábamos de la Casa Batlló. Usted estuvo allí, es el único que puede comprender exactamente hasta dónde llega mi sueño.

—Yo no soy arquitecto.

—Y yo no soy muy alto, pero si no alcanzo por mis propios medios, busco una escalera. No le estoy pidiendo milagros, Joan. Solo que sea mi cómplice. —Y calló.

Desde fuera les llegaba el sonido acompasado de los hombres que serraban la madera. *Ric-rac, ric-rac, ric-rac*. Joan pensó que sonaba como un corazón. Un corazón cansado, que latía muy despacio.

—¿Qué quiere que haga, exactamente?

Lo que Carrière le pidió fue lo mismo que la naturaleza practica desde el principio de los tiempos: que alterara las cosas aparentemente más inalterables. Quien haya visitado el Gran Cañón sabe de lo que hablo. Hicieron falta millones de años para que el río Colorado consiguiera erosionar de ese modo asombroso los más de cuatrocientos kilómetros de rocas que custodian su cauce. A Joan le bastaron dos semanas para transmitir un poco de entusiasmo a sus compañeros.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Carrière, usó el truco más viejo del mundo: decirle a cada uno lo que quería oír. Recurrió a mentiras, a medias verdades y a rumores inventados: Gaudí en persona iba a viajar de incógnito a Ilhabela para supervisar las obras, y era probable que acabara reclutando a los mejores obreros para trabajar en su templo de la Sagrada Familia; una vez concluido, Le Magnifique sería inaugurado con todos los honores por los presidentes de Brasil, Delfim Moreira, y de la Tercera República francesa, Raymond Poincaré; y era casi seguro que el papa Benedicto XV lo bendeciría.

Ya lo sé: parece un disparate, pero está todo descrito minuciosamente, a lo largo de cinco páginas, en sus memorias. La primera vez que lo leí pensé que se trataba de una broma. Estaba en la cama y desperté a Nana, mi mujer.

—¡Se ha vuelto loco! Él nunca haría eso.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Mi bisabuelo.

Supongo que mi cuadrículada mente de escritor seguía buscándole errores a la vida. Supongo que pensé: «Este *personaje* tendría que vivir en una permanente depresión. El amor de su vida ha muerto. Vive alejado de su hija, a la que ama con locura. Bebe. No puede andar por ahí animando a los demás».

Y, sin embargo, lo hizo.

Consiguió en poco tiempo lo que Carrière le había encargado: que el hotel dejara de ser el capricho de un solo hombre y pasara a convertirse en el sueño de todos los que lo estaban construyendo. Por la Vila empezó a correr la voz de que iba a ser el edificio más hermoso del mundo y que miles de visitantes llegarían de todas partes, generando riqueza para la isla. Los vecinos comenzaron a colaborar: llevaban botellas, platos, jarrones viejos, todo lo que pudiera romperse para confeccionar el *trencadís* de la fachada.

El *eficiente* Tom Winslow había tenido la idea de usar grandes planchas de madera cuadradas. Antes de encajarlas en la fachada como baldosas, se cubrían con una fina capa de mortero sobre la cual incrustaban el *trencadís*. Winslow, además, había hecho unos primeros bocetos de cada pieza, pero como se había guiado por las fotos de la Casa Batlló, eran poco nítidos y en blanco y negro. Tenían que ser Carrière y Joan los que andaban de aquí para allá todo el día, supervisando a los

trabajadores. «Pon los trozos más pequeños en el centro», decían. «Cambia esa pieza de ahí. Tiene que ser roja, ¿ves? Toda la espiral es roja».

Nadie se atrevía a discutir sus órdenes. Al fin y al cabo, eran los únicos que habían visto la casa del Passeig de Gràcia, los únicos que conocían los detalles, los colores, todo. Si no les hacían caso, a lo mejor Gaudí llegaba a Ilhabela después de recorrer nueve mil kilómetros, le echaba un vistazo al hotel y se sentía tan profundamente decepcionado que aquel mismo día volvía a Barcelona sin decir ni una palabra a nadie.

A lo mejor el papa se negaba a bendecir la obra.

Pasaron tres semanas y la planta baja quedó prácticamente terminada. Todas las noches, al acostarse, Joan cerraba los ojos, pero seguía viendo fragmentos de mosaico, centenares de piezas de colores vivos y centelleantes que parecían flotar, ingravidas, en su cabeza. Para coger el sueño solía dividir las en grupos. Primero las amarillas (y las iba contando lentamente: una, dos, tres, cuatro...), luego las naranjas, las rojas, las violetas, las azules... Dejaba siempre las verdes para el final.

Maurice Carrière estaba tan satisfecho que una noche quiso demostrárselo a Winslow y a Joan. No fue nada premeditado; simplemente, acabó la jornada de trabajo y los tres se despidieron hasta el día siguiente. De pronto, Carrière, que ya se estaba acomodando en la cabina trasera del Darracq, sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Les apetece cenar conmigo? —Y añadió, sin esperar respuesta—: Pongamos a las ocho y media. Mandaré a mi chófer a recogerlos.

Y así empezó una noche que cambiaría la vida de Joan.

El trayecto en coche hasta el hotel de la Vila duró menos de cinco minutos, pero Joan bajó blanco como la cera. En cuanto dio tres pasos tuvo que apoyarse en Winslow para no caerse.

—Nunca más, lo juro.

—Dije eso mismo hace diez años —comentó el de Florida, sonriendo—. Pero es inútil resistirse. Se llama progreso.

El portero del hotel llevaba el mismo uniforme con las mismas mangas demasiado largas. Se apresuró a abrirles la puerta y se inclinó levemente antes de sonreír al arquitecto, que se había puesto su mejor traje y un par de botines bien lustrados.

—Buenas noches, señor.

A Joan ni le miró.

Entraron al comedor, que estaba lleno a rebosar, y se acercaron a la mesa donde los esperaba Carrière.

—Bienvenidos. El sitio es un poco modesto, pero les garantizo que la comida es excelente.

Joan se sentó, procurando no parecer cohibido por todo lo que le rodeaba.

Camareros con guantes blancos. Copas de cristal. Gente emperifollada que le observaba de reojo y con cierto desdén. En la pared de la derecha había una pintura. Era pequeña, y tan siniestra que llamaba la atención en un ambiente tan pulcro: un gato negro y tuerto, muy delgado, clavaba sus uñas sobre el vientre de un cadáver que flotaba en un mar rojo de sangre derramada. El muerto era joven y barbudo.

«Se parece a mí», pensó Joan con un escalofrío.

Y de pronto le llegó el olor. Al principio le costó reconocerlo, no porque hubiera transcurrido mucho tiempo desde la última vez (eso daba igual: hasta el último aliento de su vida conservaría ese olor impreso en la memoria como un doloroso tatuaje), sino porque no parecía el mismo, viajaba medio oculto entre los velos de aromas distintos que lograron momentáneamente su objetivo: confundir a Joan. Hasta que los velos cayeron, uno a uno, y no percibió nada más que aquel efluvio dulzón, embriagador, inconfundible; el eco del olor que aceleraba los latidos de su corazón todos los días, nada más despertar, en su antiguo hogar de Guanxuma.

Olor a flores de jazmín.

Olor a Catarina.

Carrière le miraba con preocupación.

—¿Se encuentra bien? Está pálido.

—Es por el coche —dijo Winslow, sonriendo—. ¿Puede usted creerlo? ¡Es la primera vez que sube a uno!

Siguieron hablando, pero él ya no estaba pendiente. Paseaba la vista por todo el comedor, buscando el origen del perfume.

Entonces la vio. Sentada al fondo, en la mesa del rincón, cenando sola. Llevaba el mismo vestido blanco y el pelo recogido de la misma forma. Antes de aquella noche solo la había entrevisto unos segundos mientras la puerta del hotel se cerraba, pero la reconoció enseguida. Ella le miró también (en realidad se había vuelto hacia la mesa de los tres hombres, como si fuera un gesto rutinario, algo que hacía cada cierto tiempo, y sus ojos se cruzaron) y, al verse sorprendida, fingió concentrarse nuevamente en su plato.

«Qué patético», pensó Joan.

Carrière debía de tener cuarenta años más que ella. En un momento se imaginó la historia: se conocen en París y él la conquista con su encanto y su dinero, se la lleva de viaje por el mundo: Barcelona, Brasil. Luego, probablemente, a su regreso la dejaría y buscaría a otra. Otra distinta, más joven imposible. O tal vez, si la chica era lista y jugaba bien sus cartas, conseguiría echarle el lazo y se convertiría en su esposa. Mientras tanto, parecía evidente que él, Carrière, se sentía avergonzado de su relación. Si no, no habría tratado de ocultarla de aquel modo ridículo, pueril, pidiéndole a la chica que se sentara en otra mesa.

Fue muy violento porque durante toda la cena no dejó de producirse aquella

situación: Joan la miraba, ella también, y los dos apartaban la vista al mismo tiempo. Hasta que llegaron los cafés. Carrière echó azúcar en su taza, lo removió despacio con la cucharilla, sopló un par de veces, dio un pequeño sorbo, volvió a dejar la taza en el plato con suavidad y dijo:

—Señores, les pido disculpas. Llevo toda la noche tratando de ocultarles un secreto. Y no es justo, porque han demostrado sobradamente que son mis amigos y que puedo confiar en ustedes. —Apuró el resto del café de un trago, se secó los labios con la servilleta y añadió—: Quiero presentarles a alguien.

Y fue a buscarla.

Joan pensó que iba a morir de vergüenza. Le vio llegar hasta la mesa y susurrar unas palabras al oído de la chica, vio cómo ella asentía y se ponía en pie y cómo Carrière tenía que levantar la cabeza para poder admirarla. Los vio acercarse, cogidos de la mano como dos enamorados. Él sonreía, y parecía un viejo chiflado. Ella sonreía, y la sonrisa le iluminaba el rostro, la hacía parecer distinta, todavía más joven, más niña, más delicada.

La bella y la bestia.

Winslow se levantó cortésmente y Joan hizo lo mismo. En ese instante, el olor a jazmín se hizo más intenso y comprendió que por fin había localizado su origen: era el perfume que llevaba ella, la muchacha de los ojos tristes.

—Tom, Joan... —dijo Carrière—, *voilà* mi pequeño tesoro oculto. Mi vida. Mi hija Isabelle.

Acabo de repasar, una vez más, las memorias de mi bisabuelo. No existe ni una sola vez en la que diga textualmente que aquella noche se enamoró de Isabelle Carrière. Describe su belleza, habla de unos ojos «tristes y llenos de misterio», de una nariz «pequeña y respingona», de unos labios «voluptuosos». Al parecer, le impresionaron en especial sus manos, de dedos finos y extremadamente largos. «Las manos de una pianista». No escribe nada de su voz, de lo que dijo antes y después de sentarse frente a él, de si siguieron cruzando las miradas.

Prefiere centrarse en las reacciones de Maurice. En el brillo de sus ojos cuando dijo lleno de orgullo:

—La semana pasada cumplió dieciséis años. Y cada vez se parece más a su madre.

Entonces sacó su billetera y les mostró la foto de una mujer joven y morena con una niña de pocos meses en brazos. Joan supuso que el bebé era Isabelle, y apenas se fijó en la madre.

—Es muy hermosa —dijo Winslow.

—Lo era. Adèle era una gran mujer. —Maurice le echó un último vistazo a la foto antes de volver a guardarla—. Por desgracia enfermó de gripe española. No pudimos hacer nada.

Isabelle podría haber dicho en ese instante: «Y por eso mi padre me mantiene aquí encerrada. Cree que soy como mamá, y que si respiro el aire de la selva, voy a contraer un millar de enfermedades incurables».

O algo todavía peor, aún más explícito: «A mi padre le aterroriza perderme y quedarse solo en el mundo».

Afortunadamente, no lo dijo. Permaneció callada todo el tiempo, hasta que se despidieron.

El chófer se había ido a dormir y tuvieron que volver dando un largo paseo bajo las estrellas. Winslow iba suspirando todo el rato. Aguardó a estar lo bastante lejos de la Vila antes de soltar su sorprendente comentario:

—Voy a casarme con esa mujer. —Lo decía totalmente convencido.

Joan siguió andando en silencio. Lo más probable es que fuera pensando en otra cosa.

Mi bisabuelo e Isabelle no volvieron a encontrarse hasta cuatro meses después. Él seguía yendo todos los sábados a la ciudad, pero aunque siempre echaba un vistazo al pasar frente al hotel, nunca volvió a verla reflejada en el espejo.

Dejó de visitar El Oasis. Por rutina acompañaba al Flaco hasta la puerta, luego se daba la vuelta y se iba al bar. Cuando su amigo regresaba (con un aire muy distinto al de la ida: una sonrisa de niño de oreja a oreja, los ojos llameantes y esa expresión de triunfo que ponen algunos machos satisfechos), siempre tenía que aguantarle el mismo comentario:

—Adivina cuántas veces la cogí hoy. Y ¿sabes una cosa? Creo que le ha gustado.

Se refería a Thailyne, obviamente. Aunque Joan tenía claro que ella nunca habría podido pasarlo bien con el argentino. A Thailyne El Flaco le daba asco.

—¿Te has fijado en su cara? —le preguntó la noche en que fueron juntos al baile de Guanxuma, la noche en que jugaron a ser una pareja—. Parece una calavera con ojos.

—¿Y qué más da? Es amigo mío.

—Tengo un mal presentimiento, Joan. Yo que tú me alejaría de ese hombre.

En cambio, se alejó de ella.

Por su parte, Maurice Carrière estuvo unos días distante con Winslow y Joan. Era como si se arrepintiera de haber compartido con ellos demasiadas cosas y tratara de dar marcha atrás. Pronto volvió a ser el de siempre, aunque no volvió a invitarlos a cenar.

Pasó el tiempo y llegó el noviembre más caluroso de la historia de Ilhabela. Le Magnifique avanzaba a muy buen ritmo, estimulado por la epidemia de entusiasmo que Joan había contribuido a generar. En la isla empezaron a llamarlo «la casa de los confeti», por el chillón *trencadís* de su fachada. La primera planta podía vislumbrarse a lo lejos, desde kilómetros de distancia, como si fuera un extraño faro multicolor.

Todo parecía ir bien. Carrière había tenido la feliz idea de prescindir de un nuevo capataz, y los hombres, liberados de la presión constante de sus gritos y amenazas, comenzaron a rendir el doble. Podría decirse que nadie, excepto su asesino, se acordaba ya de Caike.

Entonces, una noche, regresó de entre los muertos.

No era él, por supuesto, pero se le parecía mucho; tanto que al verle entrar por la puerta del barracón todos contuvieron el aliento, pensando que se trataba del fantasma de Caike que volvía para tomarse la justicia por su mano. Luego se fijaron bien, y vieron que no tenía cicatrices en la cara. Y cuando habló, su voz sonaba más suave, aunque igual de amenazante.

—Me llamo Pedro —dijo—, y no me iré de este lugar de mierda hasta que averigüe quién mató a mi hermano.

Todos pensaron que era una bravuconada, pero pasaron tres, cuatro semanas, y el tal Pedro seguía apareciendo por la construcción. No lo hacía de un modo sistemático: a lo mejor estaba varios días seguidos sin ir, y cuando todos pensaban que por fin había desistido, ahí estaba de nuevo. No interrogaba a nadie, no buscaba pistas. Simplemente llegaba, encendía un cigarrillo tras otro y se dedicaba a contemplar a los hombres mientras trabajaban. De vez en cuando silbaba una melodía que nadie supo reconocer, una especie de canción de cuna que ponía la carne de gallina.

Acabó alterando los nervios a todos; los días en que hacía acto de presencia se multiplicaban los errores, había más caídas tontas, más heridas, más fracturas. Carrière intentó razonar con él y le ofreció dinero para que se fuera, pero Pedro le arrojó los billetes a la cara.

—Señáleme al asesino de mi hermano y le prometo que me iré. —Y añadió, lleno de rabia—: Llevándome su cabeza para que la pueda ver mi madre.

Al día siguiente no fue. Ni al otro, ni al siguiente. Pasó una semana y seguía sin aparecer.

Todos respiraron más tranquilos, excepto el Flaco. No parecía el mismo desde hacía tiempo. Apenas hablaba, se pasaba el día de un humor de perros, asustándose por cualquier cosa (un golpe de martillo, una tos seca a sus espaldas), y le costaba dormirse por las noches, se le oía suspirar y dar vueltas y más vueltas en su litera hasta las tantas. Un sábado, como de costumbre, Joan fue a buscarlo y el Flaco le dijo que se fuera, que no le apetecía irse de putas.

En ese momento se produjo en la cabeza de mi bisabuelo una especie de fogonazo revelador, y supo con total certeza lo que había sucedido. Estaban completamente solos en el barracón (los demás debían de encontrarse ya a medio camino de El Oasis), así que se lo preguntó sin rodeos:

—Fuiste tú, ¿verdad, Flaco? Tú te cargaste a Caike.

El otro le miró, sorprendido, y luego se encogió de hombros.

—Que conste que empezó él. Casi me rompe el brazo.

—¿Qué animal eres, Flaco! ¿Le mataste solo por eso?

—¿Solo, boludo? Era un malnacido. Ya viste lo que le hizo a Inés.

Joan se sentó en una de las literas y el Flaco hizo lo mismo; se quedaron un buen rato en silencio, uno al lado del otro, contemplando la pared.

—De acuerdo, tienes razón —dijo Joan—. Es posible que ese cerdo se lo mereciera.

—¿Y entonces qué te pasa, hombre? ¿Por qué me miras tan serio?

—¿Y su hermano?

—¿Qué hermano? ¿De qué me hablas, che?

—No te hagas el tonto conmigo. Pedro, el hermano de Caike. Desapareció de pronto. ¿También tuviste algo que ver?

El Flaco sonrió como un niño al que acaban de pillar robando una golosina.

—Je, je. ¿No te parece que la vida es una putada? ¡Las cosas que te obliga a hacer aunque no quieras!

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Joan—. ¿Piensas entregarte a la policía?

—Oh, no creo —dijo el Flaco—. Mira, no es nada personal, pero sintiéndolo mucho, voy a tener que matarte a ti también, o tarde o temprano se lo contarás a alguien. Somos amigos y te conozco demasiado bien.

—Hablo en serio —dijo Joan.

—Y yo.

Y el Flaco le hundió dos veces un cuchillo en la barriga.

Cuando abrió los ojos estaba solo en una habitación donde no había estado nunca. La cama era mullida. Debía de ser de noche, porque las cortinas estaban corridas y no llegaba ni un sonido de la calle. Al lado de un sillón vacío con un libro abierto sobre uno de los brazos había una lámpara de pie dorada que despedía una luz amarilla y deprimente.

Supo enseguida dónde estaba, se fijó en el cuadro que tenía enfrente y reconoció al gato negro con un solo ojo que ya había visto rondando, cuatro meses antes, por la pared del comedor del hotel. En aquel otro cuadro clavaba sus uñas, afiladas como cuchillos, en la barriga de un muerto que se parecía mucho a él. Esta vez, en cambio, asomaba la cabeza en un campo de amapolas que parecía no tener fin. Se preguntó si de nuevo intentaba prevenirlo de otro peligro.

También adivinó de quién era el libro que reposaba en el brazo del sillón. Era fácil. Todo el aire estaba impregnado de su perfume.

La puerta se abrió y entró Isabelle. Miró hacia la cama y fue como contemplar un truco de magia, porque toda la tristeza de sus ojos desapareció en un santiamén.

—Así que ha decidido no morirse —fue lo primero que dijo.

Tenía una sonrisa preciosa.

Joan pensó: «Es la historia de mi vida. Siempre tiene que rescatarme una mujer».

De manera que, al final, Winslow no consiguió casarse con ella.

Eso es lo importante, el destino al que se dirige este largo capítulo que, en cierto modo, es como una novela encajada dentro de otra, una *matrioska* concebida para contar de qué manera una serie de carambolas del azar lograron lo que parecía imposible: que mi bisabuelo y Sión volvieran a estar juntos.

Nueve años antes, en 1910, Carrière podría haber tenido prisa el día en que pasó por las inmediaciones del Grand Palais de París. Podría no haber llamado su atención el cartel que anunciaba una exposición dedicada a un tal Antoni Gaudí. Podría no haberla visitado. Sin la profunda huella que le dejó esa exposición, es probable que nunca hubiera viajado a Barcelona. O que lo hubiera hecho sin necesidad de remover cielo y tierra para visitar la Casa Batlló. Aun aceptando que Le Magnifique se hubiera construido en el mismo sitio y por las mismas fechas (a tiempo para que Joan formara parte de la plantilla), Carrière nunca se habría metido con la *eficiencia* de Tom Winslow. No habría llenado su mesa de fotos. Joan no habría podido verlas ni recordar techos ondulantes y vientres de ballena durante una hipotética reunión, habría pasado completamente desapercibido ante Carrière y nunca habrían sido amigos.

Sí, de acuerdo: al final el Flaco (hay gente que siempre tendrá un cable cruzado, por mil versiones que se cuenten de la historia) habría hecho lo mismo, acuchillarle, darle por muerto y huir con todo su dinero; y sí, a lo mejor le habría encontrado nadando en el mismo charco de sangre el mismo ángel de la guarda, uno que milagrosamente se sintió indispuerto a medio camino del burdel y decidió regresar. Y puede que el médico hubiese repetido su hazaña de llegar a tiempo de salvarle el pellejo.

¿Y qué más da? Nada habría sido igual a partir de ese momento. Nadie le habría dicho a Carrière: «Señor, su amigo está con un pie y medio en la tumba». Como mucho: «Habría que contratar a otro carpintero». Carrière no habría pedido una habitación al lado de la suya en el hotel de la Vila y Joan no habría despertado en una cama mullida y oliendo a jazmín. Isabelle (a la que nunca habría conocido, a lo sumo habría permanecido en su memoria como un rostro entrevisto en un espejo durante diez segundos) probablemente no habría abandonado nunca esa expresión tan suya de tristeza en la mirada, no habría devorado tantos libros mientras le hacía compañía hasta la hora de acostarse, no le habría dicho una mañana, de aquel modo inocente e impulsivo: «¡Está muy guapo!» al tiempo que le ponía un espejo delante, para que pudiera contemplarse sin barba y con el pelo recién cortado.

Mi bisabuelo nunca llegó a escribir que se enamoró de ella y, sin embargo,

cualquier hombre en su situación se habría enamorado. Isabelle era joven, encantadora y se desvivió por él. Le ponía paños húmedos en la frente cuando le subía la fiebre. Le cambiaba el vendaje. Le leía pasajes de los libros. A veces le contaba sus últimos viajes por el mundo en compañía de su adorado padre, y Joan la escuchaba con los ojos entornados hasta que, medio en sueños, se veía acompañándolos: dando un paseo bajo un cálido sol de primavera por el parque del castillo de Schönbrunn, en los alrededores de Viena; contemplando las aguas del Arno y la esbelta torre de Arnolfo desde el Ponte Vecchio de Florencia; navegando por el impetuoso Danubio a través del desfiladero de Cazane, aguas arriba de las Puertas de Hierro, descubriendo un paso abierto en la roca por las legiones de Trajano.

Isabelle viajaba siempre con su gramófono. Era el modelo Día y Noche de Pathé. De día, los sonidos brotaban como un vendaval a través de su peculiar trompeta de tonos verdes sombreados. De noche, el brazo podía liberarse, invertirse y montar en él el reproductor, de manera que la música sonaba por la parte frontal, amortiguada.

La primera vez que Joan oyó a Caruso fue de día, en todo su esplendor:

Recitar!

Mentre preso dal delirio,

non so più quel che dico, e quel che faccio. Eppur è d'uopo, sforzati!

Bah! Sei tu forse un uom?

Tu se' Pagliaccio!

Vesti la giubba, e la faccia in farina.

La gente paga, e rider vuole qua.

*E se Arlecchin t'invola Colombina,
ridi, Pagliaccio, e ognun applaudirà.*

*Tramuta in lazzi lo spasmo ed il pianto
in una smorfia il singhiozzo e'l dolor. Ah!*

Ridi, Pagliaccio, sul tuo amore infranto!

Ridi del duol, che t'avvelena il cor!^[2]

No comprendió ni una palabra, pero se quedó sin aliento al escucharle, como si una mano invisible se metiera en su pecho y le estrujara el corazón. ¿Fue el aria lo que obró el milagro? ¿La divina voz de Caruso hizo que le crecieran alas para salir del pozo en el que llevaba metido tanto tiempo? No lo creo. Estoy seguro de que tomó su decisión porque no le quedaba otro remedio. Hacía tiempo que había tocado fondo y era el momento de volver a la superficie para respirar.

Thailyne resultó ser una pieza clave, aunque probablemente de un modo muy distinto al que ella habría preferido. Se presentó por sorpresa en el hotel a principios

de enero (era la primera vez que la veía desde el entierro de Caike, donde apenas cruzaron un par de miradas); llamó a la puerta y, cuando Isabelle abrió, se quedó mirándola de arriba abajo con una sonrisa burlona.

—Soy una amiga de Joan —y recalcó—: una *amiga* muy querida. Me gustaría hablar con él. A solas, si no te importa.

Isabelle se volvió roja de estupor, la dejó pasar y salió sin pronunciar una palabra. En cuanto la puerta se cerró, Thailyne corrió a sentarse en la cama junto a Joan.

—Veo que no pierde el tiempo, esa mosquita muerta. ¿Ya te has acostado con ella?

—¡Thailyne, por favor! Es una niña.

—Una niña que ya ha conseguido más que yo: que te afeitaras.

Y le acarició la cara con ternura.

Es posible que lo intentara con todas sus armas de mujer (incluso de profesional), pero Thailyne, ese día, no dijo ni hizo nada que influyera decisivamente en la vida de Joan; y, sin embargo, su visita (que duró apenas media hora, fue más una despedida que un reencuentro) acabaría resultando primordial para el desarrollo de los hechos.

El resto del día, Isabelle no hizo acto de presencia. Joan estuvo solo como un reo, devanándose los sesos. Por la noche apareció Maurice lleno de ira.

—¿Es así como agradece los cuidados de mi hija? ¿Revolcándose con rameritas ante sus narices?

Se quedó mirándolo, esperando una respuesta. ¿De qué tipo? Es difícil saberlo. Es indudable que el señor Carrière le tenía un gran aprecio a Joan, pero sospecho que lo veía como el hijo que nunca tuvo, una especie de hermano mayor para Isabelle. Por eso había consentido que pasaran tanto tiempo juntos mientras él seguía ocupado dando forma al sueño de su vida, Le Magnifique, cuyo exterior, por cierto, a pesar de la baja de Joan, ya casi estaba culminado: en la tercera y última planta, todos, desde Winslow hasta el más torpe de los hombres, se habían conjurado para superar el genio de Gaudí, y el *trencadís* parecía una explosión de lava incandescente que se derramaba por un volcán de oro. Podía gustar o no, pero no era un edificio que pasara desapercibido. Podríamos decir que el mundo entero de Maurice Carrière avanzaba como un tren a toda máquina hasta que Thailyne se interpuso en su camino.

—¿Qué clase de hombre es usted, Joan? —insistió al ver que el otro no decía nada.

Y fue entonces cuando mi bisabuelo dio uno de los pasos más cruciales de su vida.

—Maurice —dijo—, me gustaría casarme inmediatamente con su hija. Siempre que ella y usted estén de acuerdo.

Ese *inmediatamente* intercalado ahí, como una cuña, no deja de ser revelador. Demuestra que el nuevo Joan tenía prisa por cambiar las cosas.

—¡Qué asco! Para de hacer eso, ¿quieres?

Sión miró a Maria Aparecida, que no le hizo ningún caso.

—Ni hablar. Quiero saber qué bicho es.

Era un domingo radiante. Las tres niñas se habían levantado pronto y habían decidido ir a la playa de Guanxuma. La encontraron desierta, salvo por un ejército de gaviotas que chillaban como locas alrededor de un punto concreto de la orilla.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

De lejos parecía una maleta abandonada, pero al espantar a los pájaros vieron que no, que aquello, fuera lo que fuese, era orgánico. Un perro muy grande, tal vez, aunque no se le veía pelaje alguno. O un mamífero acuático atacado por un tiburón. Era imposible saberlo porque estaba completamente destrozado. Fue entonces cuando Maria Aparecida arrugó su única ceja, cogió un palo y comenzó a meterlo entre las vísceras.

Sión sintió náuseas y se alejó corriendo. Caminó sola por la orilla, dejando que las olas le mojaran los pies a lametazos. Cuando se dio la vuelta, sus hermanas adoptivas eran dos insignificantes puntos en el horizonte. Manoela iba hacia ella a toda prisa. De nariz para abajo sonreía, pero tenía los ojos rojos como si acabara de llorar. Se puso de rodillas y la apretó con tanta fuerza entre sus brazos que estuvo a punto de cortarle la respiración.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Tu padre está aquí. Ha venido a buscarte.

¿Qué cruza por la mente de una niña de siete años cuando recibe una noticia como esa? Quisiera ser Sión, Sión ese domingo de mediados de febrero de 1920, descalza en la playa de Guanxuma, seguramente atónita, dejándose abrazar por la mujer a la que, en todos los aspectos, considera ya su madre (la memoria de los niños es como la de los peces, y Catarina, su madre biológica, es apenas un rostro rodeado de bruma). Es posible que se acuerde más de su padre, que vea destellos inconexos de él. Papá que le cuenta la historia del jaguar antes de dormirse. Papá que llora de risa, sucumbiendo a sus cosquillas. Papá borracho besando a una desconocida.

Si yo fuera Sión, puede que me obsesionara algo que me había dicho Manoela: «Ese al que viste no era tu padre, sino su fantasma, así que olvídate de él». Puede que no entendiera que, después de tanto tiempo, un fantasma volviese a buscarme.

No lo sé, es imposible, no puedo ser Sión.

De manera que Joan sonrió al verla, y Sión, que había decidido mostrarse enfadada con su padre (el primero de los castigos por haberla abandonado), tardó menos de un segundo en devolverle la sonrisa.

—Estás enorme, bicho —dijo el adulto con la voz entrecortada.

Y la niña corrió hacia él y, echándole los brazos al cuello, comenzó a estamparle besos por toda la cara.

Sentados a la mesa, Isabelle y Maurice contenían el aliento por distintos motivos. La primera porque, como quien dice, hacía cuatro días que aún jugaba con muñecas, y de la noche a la mañana se veía con una de carne y hueso a la que tenía que dar ejemplo. Maurice estaba aún más asombrado: «Tengo una nieta más alta que yo». Manoela lloraba de pie junto a la puerta, sin que sus dos hijas pudieran consolarla. «No os preocupéis, es de alegría», les decía, y era una verdad a medias, porque se alegraba por Sión y por Joan, pero al mismo tiempo sentía lástima de sí misma por tener que renunciar a la niña.

De la calle les llegaba un bisbiseo permanente. Al Darracq de Carrière lo rodeaba un enjambre de asombrados vecinos que nunca habían tenido tan cerca un invento como aquel. Albert, el chófer, sacaba pecho al volante con la mirada fija en el horizonte, creyéndose un centauro.

Se quedaron a comer, y luego Manoela y Sión prepararon juntas el equipaje mientras los demás salían a dar un paseo. No había mucho para llevarse: un par de vestidos remendados, ropa interior, unos zapatos con las suelas medio roídas y, por supuesto, la colección entera de muñecas de trapo. Lo fueron metiendo todo en un baúl que había llevado Carrière. El único que se libró fue el señor Conejo. En el último momento alegó que viajaría más cómodo en los brazos de Sión.

—Te echaré en falta, conejo del demonio —dijo Manoela cerrando el baúl con un suspiro.

—Yo también —le respondió el muñeco.

Oscurecía cuando el coche arrancó entre vítores de los vecinos.

—¡Buen viaje! —les gritó Daniel, el marido de Manoela, acostumbrado a tener un papel secundario en casi todo.

Sión, sentada sobre las rodillas de Joan, dijo adiós con la mano. Sus hermanas la vieron partir con cierta envidia. Antes de que las luces del coche desaparecieran al fondo de la calle, el rostro de Manoela era una máscara integral de desconsuelo.

El trayecto entre Guanxuma y la Vila duraba cerca de tres horas. Lo más rápido habría sido trazar una línea recta por el centro de la isla, sorteando el pico de Baepí. Pero esa ruta no era más que selva. La única alternativa era seguir la costa norte de este a oeste, entre Ponta de Poço y Ponta das Canas. Era un camino sinuoso y accidentado, inventado siglos antes que los automóviles, y había que estar muy atento. Cada dos por tres el chófer tenía que bajar para apartar una roca que obstaculizaba el paso.

Tres horas dan para mucho, y Maurice y Sión no tardaron en hacer buenas migas. El francés conocía algunos trucos de magia: se amputó medio pulgar y volvió a recomponerlo como si nada; sacó una moneda de plata de la oreja de la niña; le hizo escoger una carta de la baraja y adivinó cuál era. Sión abrió los ojos como platos, fascinada. Su mundo, su pequeño mundo hasta la fecha, había comenzado a

expandirse.

Joan la examinaba como han hecho todos los padres a lo largo de los siglos, reconociendo en aquella versión más adulta de su hija a todas las que había sido desde que era un bebé. Mientras, Isabelle, taciturna, contemplaba el paisaje por la ventanilla. Cuando llevaban dos horas largas de viaje, a la altura de Garapocaia, dijo en su lengua materna:

—*Qu'est-ce que là-bas?*

Casi era medianoche, pero en el punto al que señalaba el dedo de Isabelle el cielo estaba completamente rojo, parecía estar amaneciendo.

El rostro de Maurice se ensombreció de golpe.

—¡Acelera, Albert! —le gritó al chófer.

Cuando llegaron ya no había nada que hacer. Algunos hombres trataban de conservar la esperanza, habían formado una larga cadena y se iban pasando cubos de agua que arrojaban a las llamas. Tom Winslow iba en pijama y cubierto de hollín, corriendo de aquí para allá como un pollo sin cabeza, dando consignas sin parar, intentando que el ánimo no decayera. Pero todo era inútil. Le Magnifique ardía por los cuatro costados.

Joan bajó del coche y se quedó contemplando, hipnotizado, la fachada principal. Bajo la cegadora luz del incendio la orgía de colores de su *trencadís* brillaba más espectacular que nunca. Al recordarlo en sus memorias, escribiría: «Después de todo, no había mentido: era un edificio digno de ser inaugurado por dos presidentes y bendecido por un papa».

Es posible que así fuera. Nunca podré saberlo, porque no se conserva ni una sola foto del hotel (supongo que Maurice Carrière, en su delirio perfeccionista, se negó a inmortalizarlo hasta que estuviera terminado).

También es posible que Gaudí viajara finalmente a la isla (usando un nombre falso, tal vez, y un sombrero panamá y un fular para ocultar el rostro) y que, al ver aquella flamante maravilla del mundo, se volviese loco de celos, hiciera sonar un silbato especial para llamar a su dragón, el que dormía en la azotea de la Casa Batlló, le ordenara destruir Le Magnifique escupiendo fuego por la boca y seis años y cuatro meses después, corroído por el arrepentimiento, decidiera arrojar al paso de un tranvía.

(Nana me aconseja que borre todo el párrafo anterior, pero al final opto por mantenerlo. Asumo mi papel de novelista, mi trabajo consiste en eso, en inventarme cosas.)

Tom Winslow no sabía inventar. Era un arquitecto eficiente, nada más, o aspiraba a serlo. Le Magnifique era su primer gran proyecto, la llave que iba a abrirle todas las puertas, y se volatilizaba ante sus ojos como el tiempo en un reloj de arena. Desesperado, vio al señor Carrière, inmóvil junto al Darracq, fumando con el rostro

inexpresivo, y corrió hacia él.

—¡Dios mío, qué desgracia! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Maurice echó un último vistazo al edificio, que empezaba a derrumbarse. Luego suspiró y se dio la vuelta hacia Sión.

—Dime una cosa, pequeña: ¿conoces París?

Segunda parte
París
1920-1930

10. El escenario

Imagina que llegas a París en 1920 pero que solo tienes siete años. A esa edad es imposible que sepas que te encuentras en la ciudad perfecta en el momento idóneo. Es inútil tratar de explicarte que, a los pocos meses de tu llegada, la mayor proeza de la historia de la literatura, *Ulises*, se estará gestando en la cabeza de James Joyce mientras cena con Nora y sus dos hijos —Giorgio, de quince años, y Lucia, de trece— en el Michaud (actualmente Le Comptoir), un restaurante que estaba entre las calles Jacob y Saint Pères. Al mismo tiempo, Marcel Proust está en el Ritz, diseccionando la alta sociedad parisina. Ambos coincidirán una sola vez en toda su vida: en mayo de 1922, a la salida de una cena a la que acuden otros gigantes, como Picasso o Stravinski. Ese día, Joyce y Proust comparten taxi. Ninguno ha leído la obra del otro. Joyce quiere fumar y baja la ventanilla, pero Proust, que se encuentra muy enfermo (morirá pocos meses después), le pide que no lo haga. ¿De qué hablan? Según Ellmann, el biógrafo de Joyce, de trufas y de duquesas.

A los siete años difícilmente reconocerías a la *crème de la crème* de los intelectuales reunidos cada noche en los cafés Le Dôme y La Coupole. Gertrude Stein y Alice B. Toklas («peinada como Juana de Arco en los dibujos de Boutet de Monvel», escribiría Hemingway años más tarde) no te invitarían a tomar el té en el salón-museo de su casa, en el mítico número 27 de la Rue de Fleurus, ni te llamarían especialmente la atención las dos librerías de la Rue de l'Odéon, La Maison des Amis des Livres y Shakespeare and Company. Nunca conocerías a Sylvia Beach ni, por supuesto, a Scott Fitzgerald, T. S. Eliot, Ezra Pound, André Gide, Paul Valéry, Jules Romains y tantos otros. Posiblemente, te llenarían de desconcierto las pinturas de Fernand Léger, Juan Gris, Francis Picabia, Max Ernst, Salvador Dalí, Joan Miró y Marcel Duchamp. No entenderías una palabra de las pugnas entre André Breton y Tristan Tzara sobre el concepto de vanguardia artística, serías incapaz de distinguir la dolorosa, la triste y la grave entre las tres *Gymnopédies* de Satie, y acabarías dando cabezadas durante una de las representaciones del *ballet* de Jean Cocteau *Le boeuf sur le toit* en el Théâtre des Champs-Élysées, aunque tal vez te reirías cuando el ventilador de techo cae y decapita al oficial de policía (los niños tenéis ese punto de sadismo).

A los siete años, lo que más te impresionaría del París efervescente y genial de 1920 sería, pura y simplemente, París.

Levantar la vista frente al Louvre y sentirse insignificante. Quedarse sin aliento al ver surgir la Ópera de París, el Palais Garnier, al fondo de la larga avenida que lleva su nombre; al cruzar el exuberante puente de Alejandro III; al recorrer los callejones de Montmartre, confundidos con un bullicioso laberinto cuya única salida es la basílica del Sacré-Coeur. Pasear bajo la sombra de los árboles que bordean el muelle

de Montebello contemplando Notre Dame al otro lado del Sena. Detenerse ante todas y cada una de las estatuas que pueblan el jardín de las Tullerías, aunque tus preferidas sean las de Alejandro venciendo al león y la dedicada al Nilo, con ese terrorífico relieve de unos hipopótamos luchando contra unos cocodrilos. Pero, sobre todo, te fascinarían los comercios (¡hay tantos, y tan variados, en París!): el olor a pan recién hecho de la *boulangerie* de la Rue Descartes; el olor a frutas y legumbres del pequeño establecimiento que hay en Mouffetard; el quiosco de Sèvres esquina con Potain (atendido por ese chico que siempre viste de negro y con una gorra gris, y que te sonríe guiñándote un ojo todos los días cuando te ve pasar); la zapatería del 17 de la Rue du Petit-Pont, con unas largas ristras de zapatos que cuelgan como ajos en la entrada; y tus preferidas, las tiendas con maniqués. Desde los simples troncos decapitados que se amontonan en la corsetería de A. Simon, en el Boulevard de Strasbourg, hasta las mujeres casi reales que parecen seguirte con la mirada desde el escaparate de la peluquería de la Avenue de l'Observatoire.

Imagina que tienes siete años y que has vivido siempre en una pequeña aldea donde el progreso apenas ha llegado. Te sorprenderá hasta el más ínfimo detalle de todo lo que, de repente, se ofrece con tanta generosidad ante tus ojos. Esa expresión soñolienta de los leones que yacen al sol frente a la iglesia Saint-Sulpice. Esa obsesión de los franceses por colocar sobre la puerta de cada establecimiento un símbolo: un racimo de uvas en A la Grappe d'Or, en la Place d'Aligre; un ancla en la Maison Petite del muelle de Béthune; un caballero de resplandeciente armadura sentado sobre un cañón con una copa en la mano en el café A l'Homme Armé, en la Rue des Blancs-Manteaux. Esas callejuelas estrechas con las fachadas tapizadas de carteles desde el suelo hasta los primeros pisos, que parecen gritarte mientras caminas:

Visitez les nouvelles galeries à La Ménagère. Bernot, prix d'été. Logiz de la Lune Rousse: tous les soirs, les beaux dimanches. Louvre: lundi 2 mars, exposition générale des nouveautés.

Imagina que tienes siete años y que tu padre, al que creías haber perdido y al que quieres con toda tu alma, es tu compañero de aventuras en ese viaje alucinante. Desde que el día empieza a clarear hasta que cae la noche andáis infatigablemente cogidos de la mano, como dos niños de cuento perdidos por el interminable bosque de la Ville Lumière, la que sobrevivió a la gran inundación de 1910 que la transformó en otra Venecia. Tú no tienes modo de saberlo, pero unos meses después de tu llegada, el fotógrafo Eugène Atget firmará un acuerdo con el director de Bellas Artes, Paul Léon, por el que cederá su colección de fotografías de la ciudad de principios de siglo (más de dos mil seiscientos negativos) a cambio de la considerable suma de diez mil

francos. Y, de paso, escribirá una frase para la historia: «Puedo decir que yo poseo todo el viejo París».

Imagina que tú empiezas a sentir lo mismo, que posees todo París atesorado en tus retinas.

Imagina que eres Sión y que, al principio, no dejas de pensar en lo que sentiría Manoela ante tanta maravilla.

—¿Vendrá algún día? —le preguntas a tu padre.

—Algún día —responde él sin mucha convicción.

El tiempo pasa, y un día Maurice (que sigue insistiendo en que le llames abuelo, pero a ti te cuesta) deja de lamentarse por su sueño roto de Le Magnifique, se consuela en parte con el dinero recuperado gracias al seguro y le dice a tu padre que es hora de aprender el negocio familiar: se lo lleva todos los días a primera hora al hotel que posee en la Rue de l'Évangile, cerca de la Place Hébert (solo has estado una vez, pero te pareció un palacio, es sencillo imaginarse a tu padre conviviendo diariamente con reyes y princesas). Isabelle (que nunca te ha pedido que la llames mamá) se vuelca entonces en ti, te da las primeras lecciones de francés, jugáis juntas, te acompaña a descubrir más monumentos, más calles, más rincones. París sigue siendo París y, sin embargo, no es lo mismo.

Llega el 23 de abril, tu cumpleaños, e Isabelle te lleva a conocer la tienda más maravillosa del mundo. Está en el 63 de la Rue de Sèvres, se llama Au Bébé Bon Marché y es toda de muñecas. Muñecas altas como niñas de verdad o pequeñas como un pulgar. Muñecas rubias, morenas, mulatas, que sonríen o que no, con el pelo lacio o ensortijado. Muñecas que parecen damas, novias o princesas. Y para todas ellas existen vestidos y sombreros y zapatos y bolsos y guantes y hasta espejos de tocador (como insinuando que, además de presumidas, son capaces de verse a sí mismas), y casas, preciosas casas de madera tan bien decoradas que, si no fuera por su tamaño reducido, sería imposible distinguirlas de un hogar real. Y por toda la tienda (que es más bien estrecha, hay que andar con precaución para no romper nada) hay estantes hasta el techo plagados de miniaturas pensadas para hacer más cómoda la vida de las muñecas: mesas de comedor y sillas, ollas, sartenes, platos y cubiertos y bandejas diminutas con su tetera y sus dos tazas, butaquitas con sus cojincitos, lámparas, percheros, cortinas para las ventanas y sábanas para las camas, incluso cuadros al óleo de unos pocos centímetros, tan bien hechos que estudiándolos con una lupa revelan la firma del pintor.

Imagina que te cuesta decidirte, porque te llevarías sin pensar toda la tienda, pero que al final acabas escogiendo una muñeca de las más pequeñas, una mulatita de menos de un palmo que viste un sencillo vestido blanco de algodón.

—¿Seguro que quieres esta? —te pregunta Isabelle, como insinuando que hay otras mucho más bonitas.

Y tú asientes, aun sabiendo que es verdad, que la muñeca, pobre, no es muy agraciada.

Pero, en fin, imagina que esa es justamente la muñeca que escoges. Imagina que te recuerda a tu hermana Maria Aparecida.

Imagina que así empezó la nueva vida de Sión.

Su padre llegó cuando ya llevaba un buen rato acostada. Empujó unos milímetros la puerta, vio que aún no dormía y entró, precedido por la luz mortecina del aplique del pasillo. Sión no acababa de acostumbrarse a verle con el pelo engominado y vistiendo trajes con chaleco. Parecía otro hombre, un hombre mayor y más cansado.

—¿Qué tal la escuela, bicho? —preguntó, sentándose en la cama.

—No muy bien, papá.

—Ya, bueno. Eso pasa al principio. Ya te acostumbrarás.

—No es eso. Es que todas me odian.

Él sonrió levemente y le apartó el pelo de la cara.

—Seguro que exageras. ¿Quién podría odiarte, con esta cara preciosa que tienes?

—Pues me odian todas: Claudine, Marianne, Paulette y Anne-Marie. Anne-Marie la que más. ¿Sabes lo que ha hecho?

—No tengo ni la menor idea.

—A la salida ha invitado a las otras a merendar a su casa. Ha dicho que su madre había hecho galletas de chocolate. Y lo ha dicho gritando, papá, para que yo la oyera y me diera envidia.

Él se quedó callado. Durante unos segundos, Sión pensó que iba a enfadarse y que saldría corriendo, buscaría como un loco por todo París la casa de los padres de Anne-Marie, agarraría a esa repelente cría por el pelo y se la llevaría a rastras para que le suplicara perdón. Su padre era capaz de eso y de mucho más. Pero esta vez optó por contenerse.

—No te preocupes —dijo—. Aún no te conoce. Dale tiempo.

—Pero ¿cuánto?

—No lo sé. Habla con ella. Contaos cosas. Hazte amiga suya.

Sión arrugó la frente, pensativa. Era un gesto suyo, muy característico desde que era un bebé.

—Es que, además, la profesora habla muy deprisa. No se entiende lo que dice. En serio, papá: yo creo que aprendería más en casa. Isabelle podría...

—Ya hemos hablado de eso.

—Ya —murmuró, derrotada—. Maurice cree que ir a esa escuela es lo mejor para mí.

—Y tiene razón, Sión. Confía en nosotros.

—Está bien, lo intentaré. —Se dio la vuelta rápidamente y cerró los ojos,

poniendo punto final a la conversación—. Buenas noches, papá.

Su padre se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, bicho?

—Y yo.

—Que duermas bien.

Oyó sus pasos que se dirigían hacia la puerta.

—Papá...

—¿Qué?

—Si algún día consigo que esas niñas no me odien...

—¿Sí?

—¿Podré invitarlas a merendar?

Mademoiselle Juliette, su profesora, siguió hablando a la misma velocidad, pero llegó un día en que Sión apenas tuvo que esforzarse para entenderla. La niña había heredado el don de su padre para absorber nuevos conocimientos en muy poco tiempo. Aprendió a pronunciar las erres como si tuviera una ge atragantada, a escribir correctamente palabras llenas de trampas, como *orthographe*, a sumar y a restar pequeñas cantidades y a situar París en un globo terráqueo. Entonces invitó a merendar a Anne-Marie, a Claudine, a Marianne y a Paulette, y las cuatro aceptaron. Llegaron puntualmente con sus madres (que se quedaron a charlar con Isabelle en el salón de invitados), comieron galletas y pastelitos como para un regimiento y luego se encerraron en la habitación de juegos. Cuando salieron un par de horas después parecía que acabara de pasar un vendaval.

Se encontraban ya en el vestíbulo, con las invitadas abrochándose los abrigos a punto de marcharse, cuando Anne-Marie, que en presencia de su madre solía acentuar sus buenos modales, le dijo:

—Muchas gracias por todo, Sión. Tienes una casa preciosa.

—No es mía, es de mi abuelo. —Y señaló a Maurice, que acababa de llegar.

Fue la primera vez que le llamó así. La sonrisa de Maurice habría podido iluminar la ciudad entera.

Entonces empezó a hacer frío. Luego hizo más frío aún. Y más. Hasta que una mañana, al despertar, Sión miró por la ventana de su habitación y se quedó boquiabierto al verlo todo blanco. La nieve no existía en Ilhabela, pero eso daba igual, porque todos los niños del mundo nacen con el instinto de saber qué hacer con ella. Fue corriendo a despertar a su padre, y diez minutos después ya estaban en la calle, en la Rue Campagne-Première, en pleno corazón de Montparnasse, persiguiéndose el uno al otro, esquivando lentos coches y a apresurados transeúntes, arrojándose bolas cada vez más grandes, fingiéndose heridos de muerte al recibir cada impacto, desplomándose de espaldas y riendo a carcajadas. Una de estas veces,

su padre se levantó y dijo:

—Tengo una idea. Sígueme.

Y fueron a la torre Eiffel.

El plan empezó siendo sencillo: subir a lo más alto y arrojar una bola de nieve. Sin embargo, a medida que se acercaban por el Campo de Marte, que, de tan blanco, parecía una salina, decidieron añadirle emoción. Llevarían la bola desde abajo. Y nada de ascensores: subirían a pie. En ese instante les pareció un reto excitante, una aventura.

Los dos primeros intentos fueron un fracaso, porque antes de alcanzar el segundo piso las bolas ya se habían deshecho en sus guantes. Sión y Joan se sentían frustrados; les costaba respirar, las piernas les dolían de un modo atroz, cada músculo les gritaba: «¡Dejadlo correr ya, es una estupidez!». Pero habían hecho un pacto padrehija y tenían que cumplirlo; así que volvieron a bajar y, esta vez sí, amasaron una bola de nieve ganadora. Se pasaron tanto rato haciéndola que terminaron por atraer a un grupo de curiosos que no hacían más que eso, observarlos con perplejidad, como intuyendo que estaba a punto de ocurrir algo, no sabían muy bien qué. Uno de ellos, un anciano malhumorado que llevaba unos llamativos botines de charol de color negro y violeta, hizo todo lo posible por desanimarlos:

—¡Mirad cómo pierde el tiempo nuestra ociosa sociedad! —no paraba de gritar con su voz cavernosa—. ¡Así va el mundo!

Ni Sión ni su padre le hicieron caso y la bola se fue haciendo más y más grande. Al final, casi llegaba hasta el pecho de la niña. Para comprobar que podía sostenerla, su padre tuvo que extender los brazos al máximo. Volvió a depositarla cuidadosamente en el suelo y dijo:

—Bien, bicho. Esto es lo que haremos: yo la llevo y tú vas delante, avisando a toda la gente para que se aparte. Tenemos que subir muy, muy deprisa, o no lo conseguiremos. —Tomó una profunda bocanada de aire—. ¿Preparada?

—Sí, papá.

—Pues ¡vamos!

Según la versión que contarían más tarde, durante la cena, tardaron poco más de cuarenta minutos en subir los mil seiscientos sesenta y cinco escalones de la torre. La bola hizo honor a ese récord y llegó prácticamente intacta.

—¡No me lo creo! —exclamó Maurice, tronchándose de risa—. Nos estáis tomando el pelo.

Sión, ofendida, hizo su gesto de arrugar la frente.

—¡Es cierto! Yo tenía que ir guiando a papá, que no veía por dónde pisaba. Ha estado a punto de caerse un montón de veces, ¿sí o no, papá?

—Así que al final ¿la habéis lanzado? —preguntó Isabelle, temerosa.

Sión y su padre se miraron.

—No —gruñó Sión.

—Había un gendarme en el tercer nivel —explicó Joan—. Al parecer siempre hay uno allí, para evitar suicidios y accidentes. Ha dicho que era peligroso y nos ha confiscado la bola.

Maurice se reía tanto que acabó atragantándose con una espina del lenguado y por poco se ahoga; aun así, en cuanto dejó de toser y se sintió mejor, siguió riendo.

—¡Mañana sin falta tengo que subir a esa dichosa torre! Seguro que vuestra bola sigue arriba.

Si hubiese hojeado *Le Matin* al día siguiente, probablemente le habría llamado la atención una noticia a dos columnas que había en la parte inferior de la portada: «*Blessé dans des circonstances mystérieuses*», decía el titular. En la foto que ilustraba la noticia (el oportuno fotógrafo debía de haber pasado por allí en el momento justo del suceso) se veía a un grupo de curiosos rodeando una enorme esfera blanca, parcialmente destrozada. Por debajo de ella asomaban las piernas del herido. No se veía nada más de él, solo sus piernas más bien enclenques y sus pies, calzados con un par de botines. A falta de más información, como la identidad de la víctima o una explicación racional de los hechos, el autor de la crónica, un tal G. Leroux, describía esos botines como «muy peculiares, de charol, negros y violetas».

En cualquier caso, aquel fue un día muy feliz para Sión.

Pero no el que la marcaría para siempre.

Llegaron las fiestas navideñas y descubrió que en París hacían un montón de cosas que no hacían en Guanxuma. Para empezar, pusieron un árbol en una esquina del salón principal y lo adornaron con bolitas de cristal de color rojo. Y en clase, *mademoiselle* Juliette les enseñó a cantar a coro un villancico que empezaba diciendo:

*Il est né le divin enfant,
jouez hautbois, résonnez musettes!
Il est né le divin enfant,
>chantons tous son avènement!*

Luego trataron de explicarle que en Francia, en Nochebuena, un hombre mágico llevaba regalos a los niños. Fue bastante confuso, porque Maurice e Isabelle no se ponían de acuerdo. Uno decía que se llamaba Bonhomme Noël y que vestía una larga túnica blanca con vivos dorados, y la otra que no, que era Père Noël y que iba de rojo y blanco. El caso es que uno de los dos cumplió, y la mañana del 25, cuando Sión bajó las escaleras a toda prisa y entró en el salón, se encontró debajo del árbol navideño una preciosa casa primorosamente amueblada.

«*Pour Marie*», decía una nota escrita a mano.

Sión dedujo que el hombre mágico se refería a Maria, su muñequita mulata. Fue otro día muy feliz, pero tampoco el que cambiaría el rumbo de su vida. Para eso tendría que esperar un par de meses más.

11. Una pizca de maldad

La invitación se produjo a la salida de la escuela en presencia de todas las madres. Anne-Marie parecía más pendiente de impresionarlas con sus modales exquisitos que de transmitir el mensaje a Sión:

—Este sábado por la tarde celebro mi fiesta de cumpleaños y me complacería mucho que pudieras asistir. —Vio que su progenitora señalaba con los ojos a Isabelle, y se apresuró a añadir—: Acompañada de tu madre, claro.

—Gracias —respondió Sión, esforzándose por parecer también una dama—. Nos *compacera* mucho asistir.

Una vez atrincherada en el Darracq, soltó toda su rabia contenida:

—¿Te has fijado? No ha invitado a papá.

Isabelle sonrió.

—¿Y eso te extraña? ¡Es una fiesta de cumpleaños! —Se dio cuenta de que Sión la miraba sin entender nada—: No suele invitarse a los caballeros a este tipo de actos, ¿comprendes? Se consideran más bien del gusto femenino. De hecho, dudo que esté presente el padre de Anne-Marie.

—Pues qué triste, ¿no? ¿El abuelo nunca fue a tus fiestas?

—No se perdió ni una. Pero Maurice es especial.

—Igual que papá.

—Exacto. —Le cogió la mano y la apretó con fuerza—. Tenemos mucha suerte, ¿no te parece?

—Sí, I-sa-belle.

Remarcó su nombre a posta para que sonara forzado. Pensó: «Ahora, por narices, tendrá que pedirme que la llame mamá». Pero Isabelle no lo hizo. En vez de eso, le soltó la mano y se volvió a mirar por la ventanilla. El día invitaba a la nostalgia. La lluvia arremetía con ímpetu sobre las calles, borrando los últimos vestigios de nieve en París.

Era la primera vez que una compañera de clase la invitaba, y la mañana del sábado la pasó hecha un manojo de nervios. Apenas probó bocado durante la comida; luego se cambió cuatro veces de vestido para acabar poniéndose el primero, se peinó de cien formas distintas y, justo antes de salir, dijo que no pensaba ir, convencida de que el sombrero amarillo que habían escogido para Anne-Marie era el regalo más espantoso del mundo.

—Le gustará —dijo Isabelle—. Confía en mí.

Anne-Marie vivía en una casa de tres plantas en la Rue de Rennes, tan cerca de la estación de Montparnasse que en 1895, cuando el tren de vapor que hacía la ruta Granville-París no tuvo tiempo de frenar y salió despedido a través de la fachada, el estrépito rompió una ventana del salón de invitados, con tan mala fortuna que un

trozo de cristal en forma de cuchillo fue a clavarse en la yugular de su abuela, que en ese momento tomaba el té con dos amigas.

—Murió *casi* en el acto —puntualizó Anne-Marie, que evidentemente disfrutaba contando aquella espeluznante historia—. Justo aquí, ¿veis? No hay manera de limpiarla.

Y señaló una gran mancha de color marrón oscuro en la alfombra que estaban pisando.

Había una foto de la anciana sobre la chimenea: era idéntica a su nieta, solo que gorda y con el pelo blanco.

«Casi», pensó Sión, estremeciéndose.

A la fiesta asistieron siete niñas, de las cuales solo conocía a Paulette, Claudine y a Marianne. Había dos largas mesas dispuestas a ambos lados del salón, una para ellas y otra para las madres. Les llevaron bandejas repletas de galletas de todos los sabores, bollos rellenos de nata y *petits coeurs blancs*, unos dulces en forma de corazón hechos con yema de huevo y coco rallado que estaban muy de moda entre las clases pudientes de París. De pronto se apagó la luz y apareció un criado llevando un voluminoso pastel de chocolate con nueve velitas encendidas, y todas entonaron el *Joyeux anniversaire*.

Sión se pasó la mayor parte del tiempo mirando de reojo hacia la alfombra. No podía quitarse de la cabeza la imagen de la abuela de Anne-Marie, agonizando entre horribles estertores, con la sangre brotando del cuello como un géiser.

—¡Es precioso, Sión!

Pestañeó y vio a la anfitriona extrayendo de la caja el sombrero amarillo. Le seguía pareciendo horrible, aunque no tanto como un instante después, cuando Anne-Marie se lo probó.

—¿Qué tal? —preguntó.

Todas dijeron que estaba espléndida, pero en realidad parecía una seta venenosa gigante. Fue entonces cuando la madre de Anne-Marie se levantó con una sonrisa perfecta y golpeó suavemente su copa con una cucharita de postre, captando la atención de todo el mundo.

—Quiero presentaros a alguien poco corriente. El año pasado tuvimos ocasión de verlo actuar, y a Anne-Marie le gustó tanto que quiso tenerlo hoy aquí, a cualquier precio. —Sonrió a su hija, como diciéndole: «Cariño, me arrojaría al Sena si tú me lo pidieras», y Anne-Marie correspondió con la misma expresión. Sión se preguntó si lo habrían ensayado juntas un millar de veces—. Os pido un fuerte aplauso para recibir a... ¡Julien l'Extraordinaire!

Todas aplaudieron. Se abrió una puerta y apareció un joven con un muñeco. Julien tenía los ojos oscuros y profundos. Era alto y delgado y vestía elegantemente, con frac negro, camisa y pajarita blancas y unos zapatos en los que se reflejaba el

mundo entero como en un espejo. Un amplio bigote, retorcido en las puntas, parecía colgarle de la nariz. Nada más verle, a Sión le pareció guapísimo. Todo lo contrario que el muñeco. Era casi tan alto como su dueño y vestía igual (incluso se le parecía, si se le añadía mentalmente un bigote), pero el ojo izquierdo le colgaba fuera de la órbita y no tenía nariz ni carne en las mejillas y la boca, de modo que las dos filas de dientes quedaban expuestas, como si sonriera todo el tiempo. Sin embargo, lo que llamó más poderosamente la atención de Sión no fue su aspecto, sino el hecho de que entrara en la sala andando al mismo paso que Julien.

Se produjo un largo *oooh* de asombro general y los aplausos se intensificaron. Julien l'Extraordinaire y su macabro acompañante llegaron al centro justo del salón, entre las dos mesas, y se detuvieron.

—Buenas tardes, *mesdames et mesdemoiselles*. Me llamo Julien Lamouret, y este es mi buen amigo Neil. —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro, como si no quisiera que el muñeco se enterara—. Neil murió el año pasado, pero sigue haciendo vida normal porque es algo despistado.

—¡Te he oído, maldita sea! —exclamó Neil con una voz aguda muy graciosa; de pronto, se quedó parado—. Espera un segundo..., ¿qué demonios estaba yo diciendo?

La media hora siguiente pasó como un suspiro. Neil era la auténtica estrella de la función, una inagotable fuente de sorpresas: contaba chistes desternillantes; cantaba y recitaba trabalenguas a una velocidad de vértigo mientras Julien se fumaba tranquilamente un cigarrillo; era capaz de imitar cualquier paso de baile que hiciera su amigo de carne y hueso; y, sobre todo, tenía el don de decir las cosas más ofensivas sin que nadie se ofendiera. Por ejemplo, le preguntó a Anne-Marie qué le habían regalado y cuando ella le mostró el sombrero amarillo replicó:

—Antes de ponerme yo eso preferiría estar muerto.

Hasta Sión pasó por alto que el sombrero era su regalo y soltó una carcajada.

Cuando terminó la actuación, las otras niñas se apresuraron a rodear al ventrílocuo; le felicitaron efusivamente y saciaron sus ganas de toquetear a Neil, que se reía como un loco furioso mientras gritaba: «¡Basta, enanas perversas! ¡Dejad de hacerme cosquillas o llamo a los gendarmes!». Sión fue la única que se quedó en su silla, observando todo aquello como si formara parte del espectáculo. Isabelle, se sentó a su lado y la miró extrañada.

—¿Por qué no vas con tus amigas? ¿No te ha gustado?

—¿Bromeas? ¡Ha sido increíble!

—Entonces, ¿qué te pasa?

Fue en ese momento cuando Sión tomó una de las decisiones más importantes de su vida.

—Voy a dedicarme a eso —dijo—. De mayor quiero hacer lo mismo que *monsieur* Julien.

Naturalmente, Isabelle no la tomó en serio.

Nada más llegar a casa se encerró en su cuarto, cogió a la muñequita mulata sujetándola por la espalda, como hacía Julien con Neil, y se puso de pie frente al espejo. Tomó aire por la nariz, despacio, y trató de poner una sonrisa lo más profesional posible.

—Hola, ¿cómo estás?

Maria se quedó mirándola. Tardó un rato en responder, básicamente porque todavía no tenía voz y debía encontrarla.

—*Très bien!* —exclamó de pronto, con una especie de chillido de cotorra sin ninguna gracia.

Para acabar de rematarlo, era aquella niña de sonrisa hierática y no su muñeca quien movía los labios en la imagen del espejo. Sión lanzó un bufido. Aquello iba a costarle más de lo previsto.

Durante las siguientes tres semanas lo intentó con todas sus fuerzas. No se separaba ni un momento de Maria. La llevaba consigo a la cama, al baño, la sentaba a su lado en el comedor, la escondía en el pupitre de la escuela. Todo el tiempo le susurraba cosas, y la muñeca le respondía con una voz distinta cada vez. Una noche, su padre, que últimamente andaba absorbido por su nuevo trabajo en el hotel y al que apenas veía, llegó a tiempo para acostarla. Parecía preocupado; le dijo que tener grandes objetivos está bien, pero que a su edad era absurdo obsesionarse. «Tómalo con calma, bicho —le dijo—, ya tendrás tiempo de dejarte la piel; ahora disfruta de la vida». Ella le echó los brazos al cuello y le dio un beso tan fuerte que sonó como un petardo.

Unos días después, Maurice, muy serio, le soltó el mismo discurso cambiando de estrategia:

—Escúchame con atención, Maria: yo confío en ti y quiero pedirte que cuides de mi nieta. Tienes que decirle que juegue con otras cosas, no solo contigo. Y que estudie. Los estudios son muy importantes para el día de mañana. ¿Se lo dirás, por favor?

Otro abrazo, otro beso. Idéntico resultado.

Una tarde, a la salida de la escuela, Isabelle esperó a que arrancara el Darracq para decirle:

—Hoy no iremos a casa directamente, Sión. Tenemos que hacer una visita.

Un sexto sentido le erizó el vello de la nuca, pero no preguntó nada. El coche tomó un desvío de la ruta principal y se metió por callejuelas cada vez más estrechas. Parecía que iba a quedarse atascado en cualquier momento. Todo apestaba a humedad, a orín, a decadencia. Un gato suicida cruzó por delante de las ruedas persiguiendo una rata tan grande como él. Había viejos de mirada desesperada que fumaban en las ventanas y mujeres de todas las edades en las aceras vestidas con

ropas de colores llamativos. Una de ellas, extremadamente joven, se levantó las faldas hasta la rodilla; otra lanzó una carcajada, exhibiendo su mellada sonrisa.

—Es aquí, *madame* —anunció el chófer. Puso el freno, bajó con rapidez, les abrió la puerta y señaló un portal que parecía una mancha negra en un edificio a punto de desplomarse.

—Espera aquí, Albert. No creo que tardemos.

Él asintió mirando al frente, como era su costumbre. A Sión no le gustaba el carácter de ese hombre. Tan callado, tan servicial, tan misterioso.

—¿Quiere que las acompañe, *madame*? Estos barrios pueden ser peligrosos.

—No será necesario. Gracias, Albert.

Entraron cogidas de la mano. Sión mantenía a la pequeña Maria pegada a su pecho. Alguien debía de haber vomitado hacía poco y el hedor era insoportable. Dejaron que la vista se fuera acostumbrando a la oscuridad. Había una botella de vino rota en el rincón y, en la pared más cercana, unos espesos chorreones de humedad que, según y como, parecían caras con relieve. Sión sintió un escalofrío mientras comenzaban a subir por la escalera. Isabelle le apretó la mano con más fuerza.

—¿Tienes miedo?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

La puerta del primer piso se abrió y salió escopeteada una mujer de unos cuarenta y tantos. Tenía los ojos azules, muy bonitos. El resto era todo vulgar: su vestido, su peinado, su expresión de burla al ver a la mujer y a la niña.

—¡Tienes visita, encanto! —gritó, volviéndose hacia el interior de la vivienda; y añadió en un tono más bajo, mirando a Isabelle—: Tranquila, reina, yo ya me iba.

Sión no tenía ni la más remota idea de a quién iban a visitar, por eso su corazón dio aquel brinco cuando Julien apareció en el umbral. Parecía mucho más joven que el día de la actuación, prácticamente un muchacho. Iba sin camisa y tenía media cara cubierta de espuma de afeitar. Por su expresión de desconcierto era evidente que no esperaba a nadie.

—Dios mío, *madame*...

—Lo siento mucho, me dieron su dirección y yo... —Isabelle hizo ademán de marcharse—. Discúlpeme, debería haberle anunciado nuestra visita.

—¡Espere, por favor! Les ruego que pasen.

Las condujo hasta un pequeño salón abarrotado de trastos y las invitó a sentarse en el único sitio posible, un sofá de dos plazas tapizado en terciopelo escarlata que había vivido sus mejores tiempos en el siglo anterior.

—Vuelvo enseguida —murmuró antes de desaparecer por una puerta que debía de dar al dormitorio.

Sión se volvió rápidamente hacia Isabelle.

—¿Qué hacemos aquí?

—Shhh, es de mala educación cuchichear en las casas ajenas.

A punto de estallar de impaciencia, echó un rápido vistazo a su alrededor. Aquel era, indudablemente, el hogar de un artista. Las paredes estaban cubiertas de carteles que anunciaban espectáculos de magia, de circo, de cabaré. Tenían unos colores tan vivos que parecían castillos de fuegos artificiales en medio de la noche. En la mayoría destacaba, con grandes letras, el nombre de Julien l'Extraordinaire. No había alfombra en el suelo, solo un montón de libros y revistas desparramados. Ni siquiera había mesa de comedor, lo más parecido era un diminuto escritorio lleno de papeles arrugados que medio sepultaban un par de platos con restos de comida. Sión se fijó en la silla de madera que había justo enfrente. Neil, el muñeco, estaba sentado en ella con las piernas cruzadas con elegancia. Parecía observarla fijamente con su ojo bueno, el derecho.

—¿Qué miras, niña? ¿Tengo monos en la cara?

Si hubiera movido la boca, le habría dado un buen susto. Pero no lo hizo. Sión se dio la vuelta y vio que Julien se acercaba sonriendo. Se había puesto una camisa blanca bastante arrugada y había terminado de afeitarse. Esto último hizo que la niña frunciera el ceño.

—Me gustaba su bigote —dijo.

Él se llevó la mano al labio superior.

—¿En serio? ¿No crees que me hacía parecer mayor?

—Un poco. Pero un mago tiene que parecerlo. Si no, la gente puede pensar que no ha tenido tiempo de aprender buenos trucos.

—Interesante reflexión. —Julien sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se sonó la nariz—. ¿Sabes lo que pienso? Que si yo fuera realmente un mago, podría parecer cualquier cosa que me propusiera.

Dicho esto, retiró el pañuelo y volvía a llevar bigote.

Isabelle y Sión se quedaron boquiabiertas; iban a aplaudir, pero él las detuvo con un gesto.

—No, por favor. Es un simple truco. —Se arrancó de un tirón el bigote postizo y lo sujetó con dos dedos cerca de la cara de Sión—. En realidad, solo me lo pongo en las actuaciones.

La niña se quedó contemplando aquel bigote como si fuera un extraño insecto, peludo y fascinante, capturado por el más audaz de los entomólogos. De pronto sumó dos más dos en su cerebro y el rostro se le iluminó.

—¡Lo usa para esconder la boca! —exclamó—. Por eso parece que no la mueve mientras habla Neil.

Julien parecía gratamente sorprendido.

—Tiene una hija muy lista —dijo volviéndose hacia Isabelle.

—Lo es. Y muy perseverante. Sepa que quedó tan impresionada con su actuación que se pasa noche y día tratando de hacer hablar a su muñeca. Por eso justamente estamos aquí, *monsieur*. Me gustaría que le diera clases.

—¿Qué? —Sión se puso roja como un tomate.

—Digamos dos días a la semana —prosiguió Isabelle, como si nada la hubiese interrumpido—. Los honorarios no serán ningún problema. Naturalmente, preferiría que viniese usted a nuestra casa, y no al revés. Si es necesario, mandaremos a nuestro chófer a recogerlo.

Sión, que además de lista y perseverante era impulsiva y muy cariñosa, sintió el repentino deseo de comenzar a gritar «gracias, gracias, gracias» y de llenar de besos y arrumacos a Isabelle, pero en vez de eso se quedó sentada como un pasmarote, observando cómo Julien, l'Extraordinaire Julien, el mejor artista sobre la faz de la tierra, la miraba de un modo penetrante, como si tratara de descubrir en sus ojos una clave oculta.

—¿Es esa tu muñeca, Sión? ¿Me dejas verla? —Cogió con delicadeza a Maria, la observó atentamente unos segundos y se la devolvió—. Es muy bonita. Por desgracia, le falta la principal cualidad que debe tener un buen muñeco de ventrilocuo. ¿Sabes cuál es?

Sión negó con la cabeza.

—Una pizca de maldad —respondió Julien—. Es algo que se adquiere con el tiempo, ¿comprendes? No hay profesor en el mundo que pueda enseñarte eso.

Isabelle irguió la cabeza como si hubiera oído un disparo.

—¿Está diciendo que rechaza mi oferta, *monsieur*?

—Trato de explicarle, *madame*, que mi oficio no es un juego de niños. El público no paga su entrada para oír a un cándido muñeco hablar del tiempo o de lo bien que se le dan las clases de piano. Espera que diga algo sorprendente, algo que haga enrojecer a las damas, reír a la mitad de los caballeros e indignarse a la otra mitad. Y para eso se requiere cierto *carácter*, si me permite la expresión. Todo lo demás, fingir que un mecanismo articulado habla y se mueve por sí solo, es relativamente sencillo. Eso sí podría enseñárselo a su hija. Pero sin el requisito principal sería una pérdida de tiempo para ambos.

Isabelle no esperó más para ponerse en pie.

—Siento haberle molestado —dijo—. Sión, despídete de *monsieur* Julien. Nos vamos.

Sión, que llevaba un rato pensativa, levantó la vista. El ventrilocuo volvió a mirarla con aquella mirada suya tan penetrante.

—Lo siento, pequeña. No me guardarás rencor, ¿verdad? —Alargó una mano y le pellizcó suavemente la mejilla.

—¡Quita tus sucias zarpas de la niña! ¡Yo la vi primero!

Instintivamente, Isabelle se volvió hacia Neil. Era la inconfundible voz del muñeco la que acababa de sonar en el salón. Su mismo tono agudo y nasal, desafiante, jactancioso. Neil le devolvió la mirada, inmóvil en su silla. Entonces Isabelle miró a Julien y este, asombrado, negó con la cabeza.

12. La lección número 13

Acordaron que le daría clases los martes y los jueves, de cinco a siete de la tarde. Julien puso una sola condición: que le tratara de tú. El primer día se presentó con una caja cuadrada de madera que tenía un asa metálica para el transporte. Parecía pesar mucho, y cuando Sión le preguntó qué contenía él adoptó un aire de misterio.

—Digamos que es un pequeño premio.

—¿Para mí? —insistió Sión.

—Es posible. Depende de cómo te portes.

Isabelle los dejó a solas en el salón de invitados. Se sentaron a la mesa, uno enfrente del otro. Sión no podía disimular los nervios, había estado practicando un montón de voces nuevas, quería impresionarle. Pero él le dijo:

—Relájate. Empezaremos a trabajar duro en la próxima clase. Hoy límitate a escuchar.

Y comenzó a contarle los orígenes de la ventriloquia: la mención que hace Isaías en la Biblia, su presencia en el arte egipcio y hebreo. Le habló de Euricles de Atenas, tan famoso que todos los ventrílocuos de la antigua Grecia eran conocidos como los *euricleides*. Se los consideraba *engastrímanteis*, es decir, profetas de la barriga, porque la gente creía que usaban esa parte del cuerpo para transmitir las voces de los espíritus.

Sión se removió en su silla.

—Y no es así, ¿verdad, Julien? Los muertos no pueden meterse dentro de mi tripa.

Él sonrió.

—No mientras comas mucho chocolate. ¿A ti te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Entonces no hay peligro. —Y, alargando rápidamente la mano, fingió extraer un bombón de su oreja y se lo dio.

Le habló del primer ventrílocuo francés conocido, un tal Louis Brabant, que en el siglo xvi llegó a ser consejero del rey Enrique. Luego dio un salto de trescientos años y le contó la conmovedora historia de Roger Shadow, un hombre tímido, casi retrasado, que por el día paseaba su espectáculo por las ciudades industriales del norte de Inglaterra y que por la noche dormía abrazado a su amada marioneta Self para que nadie se la quitara. El robo acabó produciéndose, a pesar de todo, y Shadow quedó tan compungido que no volvió a pronunciar una palabra hasta su temprana muerte. Le habló también de Carel, autodenominado primer ventrílocuo parisino, que aún seguía en activo y cuyo número más espectacular consistía en hacer hablar a una cabeza cortada.

—Aunque esa idea no es suya. Carel la copió del ventrílocuo más grande que ha

existido ni existirá nunca. ¿Sabes de quién te hablo?

Sión se encogió de hombros.

—Seguro que tú eres mil veces mejor, Julien.

—Dices eso porque no conoces a Francisco Sanz Baldoví. —Los ojos le brillaron y la voz le tembló—. Ha sido mi maestro. El genio que me lo ha enseñado todo. Sus muñecos no solo hablan o andan con más o menos destreza, como Neil, sino que giran la cabeza, mueven los ojos y los dedos de las manos. Son capaces de quitarse y ponerse el sombrero. ¡Bailan! ¡Fuman! Parecen vivos de verdad.

Sión escuchaba absorta todo aquello, sin acabar de creérselo.

—Debe de ser muy bueno, sí. ¿Podré verlo actuar algún día?

—¿Qué te parece ahora mismo? —Y sin esperar respuesta, Julien abrió la caja que había llevado.

El interior, forrado de fieltro rojo, contenía un artefacto metálico de color negro. Parecía una máquina dividida en tres partes. La mayor, de unos treinta centímetros de alto, tenía en el centro una plaquita dorada y circular, con el dibujo de un gallo y la inscripción: «*Continsouza Constructeurs — Pathé — Breveté en tous pays*».

—De momento —dijo con orgullo Julien—, solo existen dos como este en todo París, y el otro lo tiene su inventor. Me ha costado todos mis ahorros.

Sión seguía mirando el artefacto en cuestión como tratando de descifrar un jeroglífico.

—¿Qué es?

Era un Pathé-Baby, el primer proyector familiar de cine de la historia. Funcionaba con películas de 9,5 milímetros perforadas por el centro entre fotograma y fotograma y que normalmente van encorsetadas en un chasis de la marca. Pero Julien, claro, no le explicó nada de todo eso.

—Sirve para ver películas sin salir de casa. —Vio que la niña no decía nada y preguntó—: ¿Te gusta el cine, Sión?

—No lo sé. Mis amigas hablan de él, pero yo nunca he ido.

—¡Vaya, así que tu premio va a ser doble! Ve a buscar a tu madre. Seguro que también le interesa.

Cuando Sión regresó con Isabelle, Julien ya lo tenía todo a punto. Había cerrado las cortinas de la habitación y colocado un par de sillas frente a una pantalla blanca. Esperó a que se sentaran y dijo solemnemente:

—*Madame, mademoiselle...*, ¡bienvenidas al fantástico mundo de Francisco Sanz!

En marzo de 2012 me puse en contacto con el Instituto Valenciano del Audiovisual y la Cinematografía (IVAC) y conseguí una copia en DVD de *Sanz y el secreto de su arte*. Se trata de la versión de sesenta y cuatro minutos que la Filmoteca Valenciana restauró en 1997 a partir de la película original de 1918 (que solo duraba

tres cuartos de hora) y de diverso material adicional donado por Josefina Sanz Sols, la hija del artista.

Verla por primera vez fue una experiencia alucinante.

Se empieza presentando a la «familia» de autómatas. Aparecen uno a uno en primer plano, mueven los ojos y saludan con un leve movimiento de cabeza: los niños Juanito y Pepito, el anciano Don Venancio, la cuatro veces viuda Doña Anastasia, el borracho Don Melanio «Saca-Corchos», los *torerillos* Cutufiyo y el Mataor, el loro, la bailarina de ojos insinuantes, el maestro de capilla, el negro Panchito, el orador Frey Volt, Doña Eduvigis y, por supuesto, Don Liborio, que es el auténtico protagonista al final de la película.

En el escenario, la magia se desborda: Sanz parece bailar con una mujer de verdad, Don Melanio se tambalea como si llevara una buena curda, Frey Volt gesticula igual que un diputado y Don Liborio enciende tranquilamente un pitillo y echa el humo por la nariz. Y, aunque Sanz y su mecánico, Lorenzo Mataix, no dudan en exhibir los complejos mecanismos que hacen posible el milagro (cabezas, ojos, brazos, piernas y manos totalmente articulados mediante resortes combinados con pistones y pequeños fuelles), me imagino a Sión sentada en la penumbra, contemplando esas mismas imágenes (su primera película, además), viendo al negro Panchito desternillarse de risa, a Juanito marearse porque se ha dado un atracón de chocolate con sardinas y a Don Liborio enloquecer de celos, disparar contra el seductor que flirteaba con su novia y, luego, subirse a un tren de regreso a su pueblo.

Y me emociono con ella.

Sión recordaría aquel momento el resto de su vida. Los autómatas de Francisco Sanz iban adueñándose de la pantalla mientras Julien, sobre la marcha, traducía al francés los rótulos en castellano. Decía: «Dios creó el mundo en solo seis días, pero al artista le ha costado años y años de juventud, de paciencia y de ingenio crear y esparcir este arte que es tan suyo». Hubo un único momento en que cambió de tono, durante la escena en que Sanz muestra los resortes ocultos en la muñeca izquierda de una de sus criaturas y comenta: «Lleva, en vez de corazón, un perfecto mecanismo. ¡Ojalá con las mujeres pudiera hacerse lo mismo!».

Julien acabó de traducirlo al francés y añadió:

—Sepa, *madame*, que yo no puedo estar más en desacuerdo con eso. El corazón de una mujer tiene que sentirse siempre libre como un pájaro.

Isabelle siguió mirando al frente como si no le hubiera oído.

Julien le enseñó las reglas básicas, a desarrollar la voz natural y la que él denominaba *la voix diaphragmatique*, y a llenarlas de matices haciéndolas finas o gruesas, alegres o llorosas, de hombre, de mujer seductora, de niño repelente o de anciano cascarrabias. La obligaba a pronunciar con la boca amordazada, alternando las vocales con las consonantes más difíciles, la eme y la pe. Le dio mil consejos para

cuidar la garganta. Le dijo que tomara una ducha fría por la mañana porque los baños calientes abren los poros de la piel y predisponen a los resfriados. Le dijo que evitara la tos fuerte, el carraspeo y los estornudos ruidosos, así como llevar pañuelos ajustados en el cuello. Le aconsejó chupar un caramelo de regaliz media hora antes de cada actuación y que tuviera cuidado con las alergias a determinadas flores y perfumes. Le dejó apuntada una receta para hacer gárgaras cada noche: «4 g de mentol, 10 g de extracto de raíz de ratania, 10 g de mirra y 50 ml de alcohol rectificado. Se echa todo en un vaso de agua y se mezcla con una cuchara».

Llevaba a Neil y le dejaba practicar con él. Le explicó que hacía una excepción, porque para un ventrílocuo su muñeco es algo sagrado, como un hijo al que hay que proteger.

—Por eso es tan importante que lo escojas bien.

—¿Seguro que Maria no sirve, Julien?

—¡Claro que sirve! Para dormir abrazada a ella. Pero tu *partenaire* tiene que ser especial. De algún modo, debe parecerse a ti. Si no, nunca convencerás al público de que está vivo.

Entonces le hizo observar que Neil, al revés, era Lien.

—¿Y qué? —Sión no comprendía.

—*Lien*. Como *Ju-lien*.

—Ah.

—Para mí es algo esencial. Aunque nadie se dé cuenta, yo sé que parte de mi nombre está en el suyo. Es como si Neil fuera mi yo opuesto, ¿entiendes? ¿Has oído hablar de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*? Pues ¡Neil es mi Hyde!

Julien podía ponerse muy pesado con algunas cosas, pero en general era un profesor extraordinario; y ella, que era una esponja, aprendía rápidamente. Pronto dividieron las clases en dos partes: durante la primera hora él le enseñaba nuevas técnicas y le ponía ejercicios cada vez más complicados. Luego la dejaba a solas para que pudiera practicar (Isabelle, que ya conocía la rutina de trabajo, iba a buscarle y tomaban el té juntos) y regresaba exactamente cuarenta y cinco minutos después para poner a prueba sus progresos.

Una noche, cuando Isabelle fue a darle el beso de buenas noches, Sión le preguntó a bocajarro:

—¿Qué te parece Julien?

Isabelle parpadeó, confusa.

—¿En qué sentido?

—No sé. ¿Te ha hablado de mí?

—Claro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que se siente orgulloso de ser tu profesor. Dice que eres una niña muy

inteligente. Y que tienes un don para hacer voces.

Al oír aquello sintió una mezcla de alborozo y frustración. Era estupendo que Julien la alabase como alumna, pero ¿solo eso? Isabelle y él pasaban mucho tiempo juntos. Por fuerza tenían que haber hablado de algo más.

—¿Crees que le caigo bien? —insistió.

—Tú le caes bien a todo el mundo, Sión. Anda, duérmete.

No era la respuesta que esperaba, pero Isabelle salió tan deprisa de su cuarto que no le quedó más remedio que aparcar el tema.

Julien comenzó a dedicar cada vez menos tiempo a la teoría. En unos pocos minutos le contaba cuatro trucos esenciales y la animaba a experimentar con ellos. «La práctica es lo más importante», no dejaba de repetir como si fuera un mantra.

Y se iba a tomar el té.

Una noche, Sión despertó en mitad de una pesadilla y oyó a su padre y a Isabelle discutiendo. No pudo entender de qué hablaban, pero el tono de él era crispado. Le oyó bajar las escaleras y salir dando un portazo. «Iré tras él para preguntarle qué ocurre», pensó. Eso fue un segundo antes de volver a caer dormida.

Al día siguiente era jueves y tocaba clase de ventriloquia. La lección número 13. Como de costumbre, al mediodía, Isabelle fue a recogerla a la escuela con el coche. Tuvo un mal presentimiento, porque Albert, el chófer que nunca miraba a nadie a los ojos, ese día lo hizo: la miró; y no solo eso, sino que esbozó una sonrisa casi agradable mientras le abría la puerta.

—Buenos días, *mademoiselle*. ¿Qué tal la escuela?

—Muy bien. Gracias, Albert.

Enseguida notó que Isabelle estaba muy seria. Tenía los ojos enrojecidos y ligeramente hinchados, como si estuviera resfriada. Esperó a que el coche se pusiera en marcha y dijo:

—Sión, tengo que darte una mala noticia.

Y le contó que Julien había tenido que marcharse precipitadamente de París y que no había dejado dirección de contacto alguna.

—No lo entiendo —murmuró Sión, que tenía un nudo en la garganta y se sentía furiosa con su profesor por no haberle comentado nada—. ¿Eso quiere decir que no podrá actuar en mi fiesta de cumpleaños?

Isabelle desvió la vista hacia su ventanilla.

—Significa que lo mejor es que te olvides de él. No volveremos a verle.

Los niños nunca se detienen a pensar que, a lo mejor, los cuentos son tan crueles porque los escriben adultos que no siempre tuvieron una infancia llena de cuentos. París, el París feliz y luminoso de antaño, le pareció de pronto a Sión una ciudad alicaída, mortecina, insoportable. Sin Julien ejerciendo de brújula se sintió tan perdida como Hansel y Gretel por el bosque, tan desamparada como Pinocho en el

estómago del tiburón asmático. Daba vueltas en la cama por las noches y al día siguiente le costaba concentrarse en la escuela. Consiguió sacar de quicio a *mademoiselle* Juliette, que escribió una nota a su familia amenazando con expulsarla. Al principio intentó buscar la ayuda de su padre. Esperó despierta a que volviera del trabajo y le suplicó que localizara a Julien:

—Por favor, papá, tienes que lograr que vuelva a darme clases. Le necesito.

Él la miró de un modo que le dio miedo.

Sión no volvió a insistir.

Por la mañana, Isabelle seguía teniendo los ojos hinchados. A veces, a altas horas de la madrugada, Sión la oía hablar con su padre. La voz de él iba subiendo de intensidad; la de ella solía terminar en llanto.

—No te preocupes —le dijo Maurice un día, acosado por sus preguntas—. Todos los adultos discutimos. Pero ya verás como tarde o temprano harán las paces.

Como siempre, Maurice tenía razón. Apenas dos semanas después de la extraña desaparición de Julien, fue como si las aguas del matrimonio regresaran a su cauce poco a poco. Una tarde, Isabelle la llevó al café La Closerie des Lilas, en el Boulevard de Montparnasse; se sentaron en la terraza a la sombra de los árboles, junto a la estatua del mariscal Ney, y pidieron *petits coeurs* con dos tazones de chocolate. Todo estaba delicioso.

—Este sábado es el gran día —dijo Isabelle sonriendo.

Sión asintió.

—¿Querrás invitar a tus amigas?

Sión dijo que no y siguió merendando en silencio.

—¿Estás segura? —insistió Isabelle—. Nueve años no se cumplen todos los días.

—No me apetece dar ninguna fiesta.

—De acuerdo, como quieras.

Soplaba una agradable brisa que mecía las ramas de los árboles. Un pájaro diminuto, de un color gris que casi parecía blanco, bajó volando de la rama más cercana, aterrizó a los pies de Sión y se puso a dar saltitos como si jugara a la rayuela.

—Isabelle...

—Dime, cariño.

—¿He hecho algo malo? Si lo he hecho, dímelo, por favor.

—¿Qué? ¡Claro que no! ¿A qué viene esa pregunta?

—No lo sé. Es que últimamente parece que todo me sale al revés. ¿Dios no hace eso cuando quiere castigar a alguien?

—¿Sabes lo que diría mi padre si te oyera?

A Sión se le escapó la risa. Conocía muy bien una de las frases favoritas de Maurice.

—¿«Preocúpate de Dios cuando lo tengas delante»?

—Exactamente eso —dijo Isabelle—. Y no es un mal consejo.

Sión volvió a bajar la vista hacia la acera: el pajarito había desaparecido. Le hizo pensar en un truco de magia. Le hizo acordarse de Julien.

—Creo que ya sé qué quiero de regalo —dijo.

—¿Y bien? —le preguntó Isabelle.

Entonces Sión, la sensible, la cariñosa niña que se sentía triste por la ausencia de su profesor *extraordinaire*, pero sin duda más triste aún por el muro que su padre había levantado a su alrededor, pidió su deseo:

—Quiero que pasemos el día juntos. Todos: tú, papá, el abuelo, yo. Y que seamos felices.

Nada más que eso.

Nada menos.

Y se lo concedieron.

El sábado por la mañana soñó que su padre, Isabelle y Maurice entraban de puntillas en su habitación. En el sueño, su padre (que iba impecablemente vestido y afeitado y olía a la loción que usaba en el mundo real) se sentaba en la cama, le apartaba delicadamente un mechón de la cara y comenzaba a besarla por la frente, las mejillas y la punta de la nariz. En ese punto, Sión comprendió que no soñaba y se incorporó de golpe.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamaron Isabelle y Maurice al mismo tiempo.

—Feliz cumpleaños, bicho —susurró su padre, sonriendo de oreja a oreja—. Vístete, nos vamos.

—¿Adónde?

—¿A ti qué te parece? ¡A la Foire du Trône!

Saltó de la cama tan rápido que todos estallaron en una carcajada.

Para cualquier niño no existe lugar mejor que una feria de atracciones, y la Foire du Trône, que se celebraba todas las primaveras desde mediados del siglo x, era (lo sigue siendo hoy en día) la más famosa de París y una de las más grandes del mundo. El Darracq los llevó hasta el punto de partida, en la Place de la Nation, y Maurice se despidió de ellos hasta la tarde.

—Os recogeré aquí mismo. Digamos que ¿a las cinco?

—¿Por qué no vienes tú también, abuelo?

Maurice sonrió.

—Ya te lo he explicado mil veces. Porque aunque sigo pareciendo un niño tengo que fingir que trabajo como un hombre. —Le guiñó un ojo, y Sión hizo lo mismo—. Además, la feria es el regalo de tus padres. Yo aún tengo que conseguirte el mío.

—¿Qué vas a comprarme?

—¡Ni hablar! Eso no pienso decírtelo ni bajo tortura.

Y le hizo un gesto al chófer para que arrancara.

La mañana pasó volando. La música sonaba sin parar a lo largo de la Avenue du Trône y había vendedores ambulantes que anunciaban a gritos cosas maravillosas: perfumes exóticos, dulces y helados de todos los gustos, fulares de mil colores, juguetes de cuerda que pululaban como atolondrados animalitos alrededor de los pies de los transeúntes. Había una noria con seis cestas que parecían seis globos aerostáticos. Había un carrusel donde se podía montar en una caravana del antiguo Oeste, en un vagón de tren, en un taxi, en una olla que giraba sobre sí misma. Había otro carrusel, para los más pequeños, que tenía cisnes blancos colocados en filas de a cuatro. Y otro, para los más atrevidos, formado por bueyes de cartón piedra de tamaño natural, y Sión tenía que agarrarse fuerte de los cuernos para no caerse. Había una caseta de tiro al blanco, donde su padre ganó el premio de consolación, una bolsa de caramelos. Y había dos atracciones divertidísimas que provenían de Londres: el Steam Swings, que se movía como una barca de verdad (Isabelle acabó tan mareada que se negó a repetir, y tuvo que esperar media hora a que Sión y su padre se cansaran de montar) y el Tunnel Railway of the Horror, donde un muchacho pelirrojo disfrazado de demonio daba sustos de muerte cada vez que se metían en el túnel. Había una caseta a la que no entraron, Le Palais de Femmes, en cuya fachada destacaba una pintura de colores muy intensos que atraía a los caballeros como la miel a las moscas: tres bailarinas vestidas únicamente con un velo. Había un circo, el Zanfretta, con tres niños acróbatas sensacionales, donde exhibían juntos a un gigante de más de dos metros y a un enano más bajito que Maurice. Y había incluso un pequeño zoo itinerante, la casa de fieras Laurent, con animales de la selva metidos en jaulas, al que se accedía por el arco que formaban las grandiosas siluetas de dos elefantes enfrentados.

A la hora de comer, Joan dijo que hacía un día demasiado espléndido como para encerrarse en un restaurante. Compraron unos *croques-monsieur* y fueron siguiendo el perímetro del interminable bosque de Vincennes hasta que encontraron el paraje ideal para comérselos: a la orilla del lago Daumesnil, con la serena estampa de la isla de Reuilly al fondo, presidida por el Temple de l'Amour. Se sentaron los tres sobre una barca agujereada que alguien había abandonado ahí puesta del revés, como un inmenso caparazón de tortuga. Isabelle dijo que tenía un poco de frío y su padre se apresuró a quitarse la chaqueta y se la puso por encima.

Comieron en silencio.

Isabelle apoyó la cabeza en el hombro de su padre y se quedó dormida.

Sión se entretuvo tirando piedrecitas al lago, viendo cómo rebotaban un par de veces y se hundían.

El tiempo se detuvo.

A las cinco y diez ya estaban de vuelta en la Place de la Nation, que se encontraba aún más abarrotada que a primera hora. Se colocaron en el centro, cerca del

monumento de bronce dedicado a la República.

—Qué raro —comentó Isabelle—. Mi padre no se retrasa nunca.

En ese instante oyeron sonar una bocina, y al volverse vieron cómo un coche se les venía encima. Maurice sacaba medio cuerpo por la ventanilla y les hacía gestos frenéticos con las manos.

—¡Apártese todo el mundo! —gritaba—. Es una emergencia. ¡Hay una niña que se muere de aburrimiento!

El Darracq se detuvo junto a Sión, que se partía de risa. Maurice abrió la puerta.

—¿Cómo ha ido el día, pequeña? Sé sincera. En una escala del uno al diez.

Ella ni siquiera tuvo que pensárselo:

—¡Un diez!

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Voy a tener que esforzarme al máximo si quiero superarlo. ¡Subid todos al coche, deprisa!

—¿Adónde vamos, abuelo?

Maurice sonrió burlonamente.

—Lo creas o no, a vivir una aventura en el antiguo Egipto.

Sión tardó nueve años en pisar un cine por primera vez, pero cuando lo hizo, lo hizo a lo grande. Le Louxor, construido en la esquina del Boulevard de la Chapelle con el Boulevard de Magenta (donde antes habían existido unos grandes almacenes, Sacré Coeur Nouveautés), hacía honor al otro rótulo que lucía en la fachada: Palais du Cinéma. Era una joya de estilo *art-déco* llena de resplandecientes mosaicos con motivos egipcios: lotos, papiros, pirámides, cobras, escarabajos y discos alados.

—¿Qué te parece? —le preguntó Maurice cuando el coche se detuvo a la entrada.

Sión no tenía ojos para abarcarlo todo.

—¡Es precioso!

—Ya. Tú no llegaste a ver Le Magnifique antes del incendio.

El cine estaba cerrado. En realidad, su inauguración no estaba prevista hasta octubre de ese mismo año. Pero, entonces, el regalo de Maurice no habría sido tan especial.

Había un hombre esperándolos. Estatura mediana, bien vestido. Debía de rondar los cincuenta, pero su calvicie y las canas de la barba le hacían parecer mayor.

—Henri, amigo mío —dijo Maurice, estrechándole la mano—. Gracias otra vez por esto. No lo olvidaré.

El otro señaló la puerta precipitadamente.

—Sígueme, por favor.

El vestíbulo estaba medio en penumbra y lleno de herramientas y piezas de la construcción que tuvieron que ir esquivando como pudieron. Henri los condujo por las escaleras hasta el palco del primer piso.

—Todavía no están puestas las butacas —dijo, a modo de disculpa—. Tendrán

que conformarse con unas sillas.

—Estaremos bien —dijo Maurice.

Nada más cruzar la puerta, Sión se quedó maravillada. Lo primero que vio fueron las grandes placas doradas en el techo. Parecían soles rectangulares que irradiaban luz sobre el templo egipcio donde se encontraban. Fue bajando la mirada y contempló el friso que bordeaba la sala, con ese ejército de figuras humanas que parecían andar de perfil hacia el gran disco alado del centro; las máscaras de faraón que coronaban los relieves en forma de columna; el esplendoroso marco azul cobalto, negro y dorado de la gran pantalla.

La impresión duró solo unos segundos, hasta que su padre la cogió de la mano y la obligó a seguir andando hasta su silla. A los pies de la pantalla había un piano y un hombre dispuesto a tocarlo. Maurice le hizo un gesto con la mano. El otro asintió. En el instante en que sonó el primer acorde, la luz se apagó y comenzó la proyección.

Sión leyó en la pantalla: «*El gabinete del doctor Caligari*».

Y comenzó la aventura que su abuelo le había prometido.

Nunca he sabido si Maurice escogió esa película premeditadamente, si ya la había visto y creyó que era idónea para darle una vuelta de tuerca a la inocencia de Sión, o si todo fue en realidad fruto del azar y era la única disponible en ese momento en todo París.

Puedo imaginarme el asombro de Sión ante los decorados imposibles, su angustia cuando los dos amigos visitan la feria de Holstenwall y el sonámbulo Cesare predice la muerte de uno de ellos. Imagino su ansiedad cuando el augurio se cumple, cuando la policía detiene al hombre equivocado, cuando el malvado Caligari distrae la atención de Francis con un maniquí para que Cesare pueda asesinar impunemente a Jane.

Imagino a Sión contemplando ese momento crucial: Jane duerme en primer término, ajena a todo, en su blanca cama de tul. La silueta negra de Cesare aparece en la ventana que hay al fondo. Se mueve muy despacio. Abre, entra, avanza paso a paso.

Lleva un cuchillo.

A Sión le gustaría poder hacer algo, levantarse y despertar a gritos a Jane para que huya; pero no puede. Está paralizada en su asiento, condenada a seguir viendo lo que ocurre, sin posibilidad de intervenir. Es la maldición del cine, que nos vuelve a todos sonámbulos igual que a Cesare.

A lo mejor alarga una mano y busca la de su padre en la oscuridad.

A lo mejor cierra los ojos.

Vuelve a abrirlos y ve a Cesare levantar el arma sobre Jane. En el último segundo, el sonámbulo se detiene. Su rostro cambia de expresión. Es evidente que libra un combate entre su propia voluntad y la del doctor Caligari. De pronto suelta el cuchillo

y acerca la mano, tímidamente, al pelo de la chica, como si quisiera acariciarlo.

Ese es el momento.

Apenas dura un minuto, pero es el que atenaza por completo a Sión, el que le corta de raíz el aliento. Luego Jane despierta y lucha desesperadamente con Cesare, que la acaba secuestrando. Pero nada de eso aterroriza tanto a la niña como la imagen de estar durmiendo plácidamente mientras un espantoso asesino se dispone a acariciarle el pelo.

Imagino que esa imagen la persigue al terminar la proyección, cuando Maurice le pregunta: «¿Te ha gustado?».

Ella le dice: «Muchísimo; gracias, abuelo», y cuando regresan a casa en el coche es posible que los cuatro comenten animadamente la película, sobre todo sus extraños decorados de pesadilla y su impactante final.

Pero la imagen sigue ahí.

Luego, durante la cena, Sión le cuenta a Maurice un montón de anécdotas del maravilloso día de cumpleaños que ha pasado: lo poco que ha faltado para que papá se llevase un premio mayor de la caseta de tiro; el mareo de Isabelle en la atracción de la barca; la sensación de paz en el lago Daumesnil.

Pero cuando deja de hablar, los dedos de Cesare se acercan a su pelo.

Es su padre quien la acuesta esa noche. Ella le pide que se quede un rato más. Recurre al truco de preguntarle cosas sin parar: «¿Volveremos a la feria algún día? ¿De qué trabajas exactamente en el hotel del abuelo?». Y cuando no se le ocurren más, le dice:

—Cuéntame otra vez el cuento de Gápanemé, papá. El que me contabas de pequeña.

Lo que sea con tal de impedir que se marche de su lado.

Pero la historia del jaguar termina pronto.

—Buenas noches, bicho —dice su padre.

Le da un beso en la frente, apaga la luz y sale.

Sión se queda muy quieta, arrebujada debajo de las sábanas. Cierra los párpados con fuerza mientras oye los pasos de su padre, que se alejan por el pasillo; la tarima que cruje acompasadamente, una puerta que se abre a lo lejos, que se cierra. Luego, nada. Ni siquiera, como en el cuento de Poe, su propio corazón delator. Solo silencio.

A lo mejor las cortinas de su habitación no están corridas. A lo mejor la pálida luz de la luna confiere al escenario un aire espectral.

Se da la vuelta y mira la ventana. No es muy distinta a la del cuarto de Jane. Piensa que en cualquier momento puede surgir a contraluz la silueta de Cesare. Se abraza con fuerza a su pequeña muñequita mulata. «De poco va a servirme», piensa.

Por enésima vez, intenta borrar la imagen de su mente.

Al principio, su cuerpo colabora: ha sido un largo día y hay un punto en que

puede más el cansancio que el miedo, nota que va relajándose, se calma la tensión de sus brazos y sus piernas, respira más y más hondo, despacio, rítmicamente, está a punto de caer en el pozo del sueño.

Entonces lo oye.

Al principio lo confunde con el sonido que hacen todas las casas por la noche: una viga que cruje, el eco de un grifo que gotea, el lamento de una cañería. Pero no, no es eso.

Es Isabelle.

Antes de darse cuenta de lo que hace ya ha saltado de la cama y se dirige a toda prisa hacia la habitación de matrimonio, que está al fondo del pasillo. En una mano lleva a Maria, que tiembla como una niña de verdad; con la otra, trata de ir apartando el velo de oscuridad que las envuelve. Se deja guiar por el sonido cada vez más nítido y cercano, y lo traduce como lo único que puede estar pasando: Cesare se ha confundido de ventana.

Oye los gemidos medio ahogados de Isabelle y se imagina el tacto frío de la mano del sonámbulo tapándole la boca para impedir que grite. Se pregunta por qué su padre no interviene; piensa: «Por favor, que no le haya apuñalado». Llega al final del pasillo y se detiene. Duda. A lo mejor debería ir a buscar ayuda. Pero no, no hay tiempo. Oye un sonido distinto, una especie de lamento quejumbroso, y abre la puerta de un empujón.

A lo mejor las cortinas de esa habitación tampoco están corridas.

A lo mejor la luna de plata lo ilumina todo como si Sión aún siguiera en Le Louxor, contemplando la película.

Ve a Isabelle tendida en el suelo, completamente desnuda, ve su piel pálida como la leche, su boca abierta de par en par, y durante dos segundos que se hacen eternos cree que ha llegado demasiado tarde y que ya está muerta, que la ha asesinado Cesare, el implacable monstruo que está sobre ella, desnudo también, aplastándola con una violencia salvaje, furiosa, desmedida.

Transcurridos esos dos segundos, Isabelle abre los ojos y la ve.

Entonces Cesare se da la vuelta y ya no es Cesare, sino su padre, que la mira, sorprendido, sin saber qué decir.

Puede que los cuentos sean tan crueles porque los escriben los adultos. O puede que nos lo parezcan a nosotros y que los niños disfruten con ellos, que sean su válvula de escape. Puede que si no existieran leñadores que abren en canal el estómago del lobo, sacan a Caperucita y a su abuela, rellenan el hueco con piedras y vuelven a coserlo, la infancia sería tan empalagosa e insoportablemente aburrida que todos los niños del mundo acabarían suicidándose antes de su primera comunión.

Llegó el mes de junio y la familia aprovechó una cena para darle a Sión la gran noticia: iba a tener un hermanito. O una hermana. Le explicaron que aún era como

una diminuta semilla, y que hasta comienzos del año próximo tendría que ir creciendo en el vientre de Isabelle. Su padre, que parecía más dichoso que nunca, le cogió la mano y la obligó a ponerla justo ahí, sobre el ombligo de Isabelle, donde se suponía que se escondía él. O ella.

Sin querer, Sión se acordó del cuento de Caperucita.

Aparentemente, volvía a ser la niña de siempre, la que era antes de la súbita desaparición de Julien. Se aficionó a la lectura y se pasaba el día entero pegada a un libro. A veces, sin darse cuenta, seguía leyendo en la mesa y nadie se atrevía a regañarla. En la escuela sacaba buenas notas, *mademoiselle* Juliette dejó de mirarla de reojo y sus amigas volvieron a aceptarla. Todo parecía ir sobre ruedas en su vida, pero había algo en sus ojos, un brillo distinto que hacía presagiar un cambio. Era algo que podía pasar desapercibido fácilmente; aunque no para Maurice. Una noche, antes de la cena, apareció en su cuarto por sorpresa.

—Hace tiempo que no te oigo hablar con las muñecas.

Sión fingió seguir concentrada en su libro.

—Lo he dejado.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Era una pérdida de tiempo.

—¿En serio? Isabelle dice que se te da muy bien.

—No tanto. —Sión levantó la vista y le miró—. Julien decía que un buen ventrílocuo tiene que tener su propio muñeco, y yo no supe encontrarlo.

—¿Ese es todo el problema? —Maurice parecía aliviado—. Dime cómo tiene que ser ese fantoche y yo remuevo cielo y tierra para conseguírtelo.

—Déjalo, abuelo. Ya no me interesa.

Vino el frío otoño y la semilla fue creciendo. Dio la impresión de que a Isabelle se le hinchaba de golpe la barriga. Le crecieron los pechos, su cara se llenó de vello y comenzó a pasarse el día con náuseas y llorando a la más mínima ocasión. Una noche de noviembre, cuando estaba de siete meses, despertó a toda la casa chillando como una loca.

El doctor acudió enseguida.

No pudo hacer nada.

Dos días después enterraban un ataúd de color blanco.

Medía un metro de largo. Con menos de una tercera parte habría sido suficiente.

Al menos Joan y Maurice pudieron refugiarse en el trabajo. Isabelle tuvo que quedarse en casa, postrada en la cama la mayor parte del tiempo, llenando las paredes de suspiros y lamentos desgarrados.

—Mi niño —no paraba de repetir—. Mi pobre niño, tan chiquito, se me ha ido para siempre.

El médico iba todos los días a visitarla. Una de esas veces salió muy serio y pidió

hablar a solas con Joan. Acababan de encerrarse en el salón cuando Sión se acercó de puntillas y echó un vistazo por el ojo de la cerradura. Vio al doctor sentarse en uno de los butacones. Le vio aceptar un cigarrillo y encenderlo. Le vio cruzar las piernas. Le oyó decir sin rodeos que no podrían tener más hijos. Oyó la voz entrecortada de su padre:

—Hágame un favor, doctor. Dígaselo usted a mi mujer. Yo no podría.

A Sión le costó dormirse aquella noche. Intentó hojear su libro favorito, el de los hermanos Grimm, pero al parecer lo habían hechizado: los signos se amotinaban al paso de sus ojos, convirtiendo cada palabra en un enjambre de letras inconexas que la obligaban a volver continuamente al inicio del mismo párrafo.

A lo lejos, oía el llanto intermitente de Isabelle.

«Qué pena», pensó. Debía de ser una especie de maldición que la seguía desde Ilhabela. Cuando mejor parecían ir las cosas, siempre sucedía algo inesperado que lo arruinaba todo.

La muerte de Catarina.

La huida de su padre.

Tener que decir adiós a sus dos hermanas y a Manoela.

La extraña desaparición de Julien.

Y ahora, esto. Ese estúpido bebé que se había negado a nacer, sabotando la felicidad de su familia.

Si Isabelle estaba triste, todo se desmoronaba. Su padre no era su padre. Llegaría la primavera a París y nadie diría de ir juntos a la feria. No volvería a montar en el Steam Swings, ni en los bueyes, ni a detener el tiempo arrojando piedras al lago Daumesnil.

No era justo.

Fue la misma rabia que la embargaba la que una noche le dio la idea.

Su padre y su abuelo no estaban. Habían avisado de que tenían una cena con alguien importante en el hotel y que volverían tarde.

Se levantó de la cama y se acercó al baúl de caoba que había junto al armario. No lo había vuelto a abrir desde que tenía a Maria. Dentro estaban sus antiguas muñecas de trapo, las que Manoela le había regalado a Catarina. Un regalo de su madre a su otra madre, pensó. Las fue cogiendo una por una mientras pronunciaba cada nombre en un susurro: Gordita, Gris, Deshilachada, Larguirucha, Peque, Triste, Pelirroja. Dejó a propósito para el final el último muñeco, que parecía aguardar su turno tumbado en el fondo del baúl, con sus ojos de botón y su eterna sonrisa burlona. Ni siquiera recordaba haberlo puesto ahí. Sencillamente, se había olvidado de él hasta esa noche. Lo cogió y recorrió todo el pasillo.

Llamó con decisión a la puerta.

—Adelante —dijo un hilo de voz desde el otro lado.

No habían transcurrido ni ocho meses desde su visita a la Foire du Trône, pero le dio la impresión de que Isabelle había envejecido, parecía una mujer distinta. Seguía acostada cuando Sión entró, y alzó la cabeza, sorprendida.

—Buenas noches, cariño. Hacía mucho que no jugabas con el señor Conejo.

—¡Me llamo Soni Lapin! —saltó el muñeco con su estridente voz de viejo enojado—. Y nadie juega conmigo. Tú, niña apestosa, suéltame ahora mismo. —Sión le miró con cara de pocos amigos.

—¿Podemos discutir eso luego, Soni?

—¡Ni hablar, mocosa impertinente, se discute ahora! ¿A ti te gustaría que una criatura repulsiva y gigantesca te sujetara por la espalda a un metro del suelo? Pues eso exactamente es lo que me ocurre. —De pronto se echó a temblar—. Dios mío, ¡imagina que me caigo!

—No creo que te pasara nada.

—¿Ahora eres médico? ¡Suéltame de una vez o llamo a los gendarmes!

—Vale.

Sión abrió la mano que lo sujetaba y el conejo cayó, mientras se oía un grito cada vez más y más débil. Se alargó cinco, diez segundos, y cesó de pronto coincidiendo con un golpe seco como el que hace un tacón de zapato al golpear una tarima.

—¡Tranquilas, estoy bien! —gimió desde lejos la voz moribunda de Soni Lapin—. En cuanto encuentre mis piernas subo a charlar con vosotras.

Sión se volvió despacio hacia Isabelle, que se había quedado boquiabierta.

—Mamá —le dijo—, este conejo tonto y yo hemos venido a decirte que te queremos mucho y que deseamos no verte triste nunca más.

Recogió del suelo a su *partenaire* y ambos inclinaron la cabeza al mismo tiempo para saludar.

Fue la primera vez que la llamaba mamá. Su primera actuación siendo consciente de que se dirigía a un público. Sabiendo, de antemano, que tenía un objetivo difícil de alcanzar.

También fue el primer éxito de su carrera.

Isabelle se quedó mirándola y, de repente, sonrió.

13. Un recuerdo del Cabaret du Néant

—Buenos días, *monsieur*.

—Si tú lo dices, Albert... —Maurice subió a su nuevo coche, un Mercedes Type Stuttgart azul celeste que brillaba como una joya bajo el resplandeciente sol de esa mañana de junio de 1929. La capota trasera estaba quitada, de manera que pronto empezó a ascender por el hueco del techo una densa humareda del puro que se estaba fumando. Joan se acomodó junto a su suegro y lo observó con discreción: había envejecido. Tenía el pelo y la perilla completamente grises y la frente surcada de arrugas que parecían cortes de cuchillo. Pero era en el carácter donde el cambio era más evidente. El nuevo Maurice se comportaba como un hombre apático, sin luminosidad. De su antiguo entusiasmo solo quedaba un poso de nostalgia.

—Llegó el día —murmuró sin apartar la vista de la ventanilla.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Joan.

—Inútil y cansado. ¿Y tú?

—Nervioso.

—Se te pasará. Lo mío, en cambio, solo puede ir a peor. Es ley de vida.

Albert arrancó y condujo despacio, como de costumbre. Subieron por el Boulevard Raspail en dirección al Quai d'Orsay, iniciando la ruta que hacían todas las mañanas, cada día de la semana, de lunes a domingo. Maurice dijo:

—Yo también me sentía nervioso hace veinte años cuando inauguré el hotel. Tenía más o menos tu edad y la fortuna me sonreía. Estaba casado con la mujer más maravillosa del mundo, tenía una hija preciosa y los negocios no podían ir mejor, pensaba que iba a comerme el mundo. Les dije a mis empleados: «Os doy mi palabra de que este hotel solo es el principio. Con nuestro esfuerzo y tenacidad levantaremos muchos más por todo el mundo». ¿Y sabes lo más triste de todo? Que lo creía de verdad.

—Lo intentaste.

—Lo intenté, sí. No pudo ser. —Dio una larga chupada al cigarro cubano y dibujó un círculo con la boca para que saliera el humo poco a poco, como un tentáculo gris y moribundo que se arrastraba por el aire—. El caso es que aquel día, el día en que inauguré el hotel, ocurrió algo, algo que nunca le he contado a nadie. No he dejado de pensar en ello desde entonces.

Joan no dijo nada. Maurice soltó un suspiro y continuó:

—Adèle y yo decidimos celebrarlo, así que aquella noche dejamos a Isabelle con sus abuelos y salimos a cenar. Mi mujer llevaba el collar de perlas que le había regalado el día en que nos prometimos. Y un vestido nuevo tan entallado que casi le hacía parecer desnuda. Nunca había estado más hermosa. Los hombres la miraban como lobos y luego me miraban a mí y no entendían nada. ¡Tendrías que haber visto

su expresión! Y yo, que me sentía lleno de energía y tocado por la mano de los dioses (igual de bajito y feo que ahora, pero invulnerable), disfrutaba restregándoles por la cara nuestra felicidad. Pedimos los platos más exquisitos de la carta y los regamos con dos botellas de un Château Latour cuyo delicioso eco, puedes creerme, aún resuena en mi garganta. Y a la salida hacía una noche tan espléndida que fuimos paseando cogidos de la mano hasta el Boulevard de Clichy, para conocer el local del que todo el mundo hablaba: el Cabaret du Néant.

—Aún existe —le interrumpió Joan.

—¡Bobadas! —dijo Maurice—. Puede que exista un local con el mismo nombre y en el mismo sitio, pero es imposible que se parezca ni remotamente al Cabaret du Néant de principios de siglo. O a lo mejor sí, y soy yo quien ha cambiado, pero permíteme recordarlo como algo irrepetible... —Entornó los ojos y empezó a recitar —: «Oh, cansado viajero... Bienvenido al reino de la muerte. Entra, escoge tu ataúd y siéntate a su lado». Eso es lo primero que oímos al cruzar la puerta. Hacía frío dentro, como si estuviéramos en la calle. O peor. Un frío glacial que te calaba hasta los huesos. Tuvimos que recorrer un estrecho pasillo completamente a oscuras. De vez en cuando sonaban risas y ruidos escalofriantes cerca de nosotros. Adèle estaba muerta de miedo. Me agarraba con tanta fuerza del brazo que me hacía daño. Y llegamos a la primera parada del recorrido: la Sala de la Intoxicación. En realidad era un bar macabro. Los camareros vestían como sepultureros. Las paredes estaban pintadas de negro y decoradas con calaveras y esculturas que evocaban a la parca. Las mesas eran ataúdes y las lámparas del techo estaban hechas con huesos de esqueleto.

—Qué lugar más romántico.

—Deja que termine, por favor.

—Perdón.

—Adèle y yo visitamos varias salas más, como la Cueva de las Ofensas o la Cueva de los Espectros Alegres, donde tuvimos que soportar un espectáculo de dudoso gusto titulado *La rata muerta*. Pero lo que quiero contarte sucedió en la última sala, la llamada Sala de la Desintegración. Era un estrecho cubículo de techo abovedado y paredes que apestaban a humedad. Al fondo, a manera de altar, había una tarima con un ataúd vacío puesto de pie, flanqueado por dos cirios tan altos como yo que eran la única fuente de luz de la estancia. Frente al ataúd había tres bancos que podían alojar a una docena de espectadores bien apretujados. Adèle y yo ocupamos los dos únicos asientos libres, en la primera fila, con la desagradable sensación de encontrarnos en una cripta. No pasó nada durante un minuto largo, nadie se atrevía a decir nada ni a mover un músculo. De pronto alguien gritó: «¡Arrepentíos de vuestros pecados!». Era un fraile, o por lo menos vestía con una tosca túnica como las que usan los franciscanos (de las de capucha y cordón anudado en la cintura) que le llegaba hasta los pies. Es difícil calcular qué edad tendría, pero su aspecto era el de

un anciano: tenía el pelo largo y enmarañado, completamente blanco, igual que su barba, y andaba encorvado como una gárgola. Le miré a los ojos y sentí un escalofrío. Tenía la mirada de un loco. Se plantó junto a nosotros (tan cerca que era imposible ignorar la pestilencia que despedía) y nos advirtió a gritos que de nada sirven los triunfos y placeres de este mundo cuando llega la hora de rendir cuentas a la Dama Tenebrosa. Dijo que muy gustosamente iba a mostrarnos nuestro destino para que tomáramos nota de la lección y añadió que, para ello, necesitaba un voluntario. Nadie se ofreció, por supuesto. Entonces empezó a escribirse la tragedia. Ese maldito demonio disfrazado de fraile dirigió sus ojos llameantes hacia mi pobre esposa, la señaló con la larga uña de su dedo y dijo (es imposible que olvide nunca sus palabras): «Tranquila, *madame*, no le ocurrirá nada... que no tenga que ocurrir inevitablemente».

Maurice se volvió hacia su ventanilla. Acababan de cruzar el Sena y se acercaban a la Place de la Concorde, una de las postales más bellas y tradicionales de París. A la derecha, el jardín de las Tullerías. A la izquierda, la avenida de los Campos Elíseos. Joan esperó pacientemente a que enfilaran la Rue Royale antes de preguntar:

—¿Y qué ocurrió?

—Hizo subir a mi mujer a la tarima —continuó Maurice, como si la interrupción no hubiera existido—. Y la invitó a meterse en el ataúd. Adèle estaba terriblemente asustada. Me miró, esperando que yo hiciera algo para impedirlo, y en vez de eso me puse a sonreír como un idiota, fingiendo que todo iba bien, que no iba a pasar nada. Así que al final lo hizo, se metió en la caja. El fraile exclamó: «Contemplad, incrédulos pecadores, de qué va a servirle a esta dama su hermosura». Y de pronto, ante mis asombrados ojos, Adèle se convirtió en un esqueleto.

Joan se echó a reír.

—No es más que un truco. Una imagen proyectada en un espejo. Lo sabe todo el mundo.

—Ya lo sé —dijo Maurice—. He tenido tiempo para investigarlo. Se trata de un efecto óptico conocido como Pepper's Ghost. Y, sin embargo, no dejo de pensar en que tuvo algo de premonitorio. De maldición, incluso. —Hizo una larga pausa, como si le doliera continuar—. La imagen del esqueleto desapareció en un instante y volví a ver, aliviado, a mi mujer saliendo del ataúd. Entonces pude oír con toda claridad que el fraile le susurraba algo. Una frase que en ese momento me pareció absurda, pero que con el tiempo no ha dejado de atormentarme.

—¿Qué dijo, Maurice?

Maurice suspiró.

—Dijo: «Nueve, *madame*. Recuerde eso: solo nueve».

—¿Qué? No entiendo.

—Exactamente nueve años después de aquella noche, Adèle contrajo la gripe

española y murió.

—Simple casualidad.

—Lo sé. Nunca he creído en estos disparates. No comprendo por qué te lo he contado.

Subieron por la Rue la Fayette, y en la esquina con el Boulevard de la Chapelle, el tráfico los obligó a detenerse.

Le Louxor seguía teniendo un aspecto tan deslumbrante como el día de su inauguración. *El gabinete del doctor Caligari* había batido todas las previsiones, aguantando más de siete años ininterrumpidos en cartel. Joan se fijó en la película que proyectaban ahora: *La vie miraculeuse de Thérèse Martin*, de Julien Duvivier.

Maurice soltó un bufido.

—Están mal de la cabeza si pretenden que una aburrida carmelita descalza tenga el mismo éxito que un sonámbulo asesino —dijo. Luego se inclinó hacia el chófer y, como si formara parte de la misma frase, añadió—: Déjanos aquí, Albert. La Place Hébert no queda lejos. Iremos dando un paseo.

Bajó sin esperar a que el chófer le abriera la puerta y se dirigió anadeando hacia la Rue Faubourg-de-Gloire, que quedaba al otro lado. Joan le siguió sorprendido. A Maurice le apasionaban muchas cosas en la vida, pero poner a prueba la resistencia de sus escasas piernas no era una de ellas. Cuando llegó a su lado, le oyó farfullar con un poso de amargura:

—Si esto sigue así, llegará un día en que todo el mundo tendrá coche.

—Es el progreso —dijo Joan.

Maurice asintió con resignación.

—Hablemos de tus nervios —dijo—. ¿Has ensayado algún discurso?

—¿Debería haberlo hecho?

—¡Por supuesto que no! Conoces a todos los empleados tan bien como ellos a ti. Es gente buena y humilde que está en mi hotel desde que lo fundé. Lo último que se merecen es un farragoso parloteo de político en campaña electoral. ¡Demonios, Joan, tú eres uno de ellos! Has trabajado duro y vas a ser su nuevo director, pero eso no te da derecho a aburrirlos. Solo esperan que los mires a los ojos, les hables de tú a tú y les prometas que todo va a seguir igual que hasta ahora. Nada más. Y quieren oírte decir de corazón. Hazlo así y todo irá bien, ¿entendido?

—Sí.

—Y ponte bien el nudo de esa corbata. Parece que regresas de una orgía, y en tu nuevo cargo tienes que dar ejemplo en todo. Comenzando por tu aspecto.

—Lo sé, me lo has dicho mil veces.

—Y te lo diré mil veces más hasta que no se te olvide.

—Está bien, no te enfades.

Se cruzaron con una mujer acompañada de una niña. Ambas eran pelirrojas y

pecosas. La pequeña, que tenía cara de traviesa, esperó a que Maurice estuviera a su altura y le sacó la lengua. Él siguió andando como si no se hubiera dado cuenta. Al cabo de un rato dijo:

—¿Sabes? Isabelle tenía la edad de esa mocosa el día en que inauguramos el hotel. También iba de la mano de su madre. —Entrecerró los ojos y levantó la vista al cielo—: Ay, Adèle, mi pobre Adèle. Hay que ver lo que sufriste.

Justo en ese instante, un hombre de mediana estatura que salía precipitadamente de un portal chocó con él. Fue un impacto tan fuerte y repentino que Maurice perdió el equilibrio y cayó de culo al suelo.

—Lo siento mucho, *monsieur* —trató de disculparse el otro mientras le ayudaba a levantarse. A Joan le pasó por la cabeza que parecía un cuervo reencarnado: pelo negro, traje negro, corbata negra. Llevaba unas gafas de sol metálicas con los cristales redondos de color negro—. ¿No se habrá hecho daño?

—Estoy bien. —Maurice se sacudió el polvo, malhumorado, mirando de reojo el Partagás a medio fumar que yacía en la acera.

—¿Seguro?

—Le digo que estoy perfectamente.

—En ese caso, buenos días.

El tétrico desconocido se dio la vuelta y desapareció calle abajo, tan deprisa como había surgido.

—Qué raro —dijo Joan.

—¿El qué? —preguntó Maurice.

—Me acabo de dar cuenta. Te falta un botón de la chaqueta. Maurice se miró el pecho, sorprendido. En el sitio donde debería encontrarse el botón de arriba solo había un par de hilos que colgaban.

14. El ladrón de botones

¿En qué momento exacto recobró la memoria mi bisabuelo?

Honestamente, no lo sé.

He repasado varias veces sus escritos en busca de pistas y hay un detalle que me llama la atención: de pronto deja de hablar de sus pesadillas nocturnas. Mientras permanece en Ilhabela se refiere a ellas en distintas ocasiones, describiendo cada imagen con la minuciosidad de un relojero: la mujer con el vestido manchado de sangre que le pregunta por su hermano, la iglesia en llamas, la mirada inquisidora del santo de la fachada, los disparos, los gritos de pánico en la oscuridad, los cadáveres arracimados en el suelo, el muchacho que arde frente a él y que, poco antes de morir, le recrimina que rompiera la promesa de protegerlo. Es evidente que esos sueños recurrentes le producen angustia y, sin embargo, se aferra a ellos todas las noches como un náufrago a su bote salvavidas.

Entonces se va a vivir a París y no vuelve a mencionarlos.

¿Dejó simplemente de soñar? Lo dudo.

Más bien creo que algo le hizo recordar, creo que supo interpretar por fin esos sueños y que tuvo miedo de sí mismo.

Creo.

Hace un par de semanas tuve una idea. Solo es eso: una hipótesis que me vino a la cabeza de repente, un rayo que me sacudió. Ignoro si es cierta o falsa, pero sigue ahí, revoloteando como una polilla enloquecida, impidiéndome pensar en otra cosa.

No tengo más remedio que soltarla si quiero seguir avanzando.

Ahí va: creo que mi bisabuelo llegó a París completamente curado de su amnesia.

No tengo modo alguno de demostrarlo, pero cada vez estoy más convencido de que eso fue lo que ocurrió. Hay dos momentos clave en esta teoría. El primero, veinticuatro horas después de que el Flaco lo acuchille. Mi bisabuelo recupera el conocimiento y se encuentra solo en la habitación del hotel de la Vila. Acaba de pasar por una experiencia cercana a la muerte (la segunda, después del naufragio del *Príncipe de Barcelona*), pero si tenemos que fiarnos de sus memorias, no reflexiona ni un instante sobre lo ocurrido.

Algo no encaja.

El personaje sigue siendo el mismo: un hombre pasional, impulsivo, colérico, capaz de pelearse con un desconocido en el baile de la aldea porque ha sacado a bailar a la mujer que ama. En cambio, cuando su amigo (su mejor, su único amigo) intenta asesinarlo, parece encajarlo con serenidad. Sin el más mínimo deseo de venganza. Despierta, contempla la habitación, se abre la puerta, Isabelle entra y, simplemente, la vida continúa.

No me lo creo.

Es como si hubiera un eslabón perdido en el relato, un hueco que falta rellenar.

Supongamos que la clave está aquí. Que durante ese trance, milagrosamente, ha recobrado la memoria. Supongamos por un segundo que eso le produce heridas mucho peores que las que ha podido infligirle un cuchillo, que se reconoce por primera vez en un espejo y descubre que el auténtico monstruo es él, y no la alimaña del Flaco.

Solo es una posibilidad.

El otro momento clave se produce durante la noche de su reencuentro con Sión. Viajan en el Darracq desde Guanxuma, de regreso a la Vila. Como siempre, el silencioso chófer va al volante, y, detrás, dos parejas: la niña y Maurice (ejerciendo ya de abuelo juguetero), y mi bisabuelo y su flamante esposa. De pronto, Isabelle distingue a lo lejos el resplandor del incendio. Maurice le pide a Albert que pise a fondo, pero la suerte está echada y Le Magnifique arde por los cuatro costados.

También pudo ocurrir aquí.

También era de noche. Y había un edificio en llamas. Y gente que gritaba y que corría asustada.

Exactamente igual que en su sueño.

Igual que en su pasado.

Sí, pudo ser eso lo que abriera el cerrojo de su mente y le hiciera recordar. La imagen del fuego acechándole, la idea de que el fuego le perseguía como una maldición.

No lo sé, no tengo el don de la clarividencia.

Lo que más me fascina de esta teoría es que, de ser cierta, significaría que todo el tiempo que vivió en París estuvo escondiéndose de sí mismo, renunciando a la oportunidad que le proporcionaba recordar dónde estaban sus orígenes. Es evidente que Joan no era feliz (no podía serlo desde que perdió a Catarina), que el barco de su vida se iba a pique irremediablemente, y se me ocurre un único motivo para que resistiera tantos años sin abandonarlo: el amor que sentía por su hija. Solo se decidió a rendir cuentas con el pasado cuando creyó que la había perdido, que ya no le quedaba nada.

Esta es la última frase que escribió en sus memorias: «Los recuerdos son figuras de cristal que conservamos en botellas de nitroglicerina: es fácil que estallen en pedazos y nos hieran si no aprendemos a manejarlos con prudencia».

Creo que eso lo convierte en un buen hombre.

Creo que es hora de seguir contándolo.

Los nueve años que llevaba en París habían transformado a mi bisabuelo. Ahora vestía como el más elegante de los caballeros, podía hablar francés e inglés con soltura y apreciar los buenos vinos, distinguir un Manet de un Monet, hacer cumplidos a las damas sin irritar a sus maridos y atender las quejas de un cliente

insoportable maquillando tras una sonrisa el impulso de romperle la nariz de un puñetazo.

Sin embargo, por dentro, se veía a sí mismo como un impostor, un cobarde que sobrevivía a base de disfraces: sus modales refinados, su trabajo, su matrimonio. Todo lo que aparentaba dar sentido a su vida era una farsa. Añoraba los años felices de Guanxuma, cuando no tenía que fingir, y le dolía ver cómo lo único auténtico que le quedaba de esos tiempos, su hija, se alejaba más y más de él a medida que se convertía en una mujer tan bella como su madre.

En el primer discurso de su vida (el que dirigió como nuevo director a los treinta y siete trabajadores del hotel arracimados en el vestíbulo) se limitó a hacer lo que su suegro le había aconsejado: prometerles que nada cambiaría. Luego Maurice se fue cabizbajo y Joan empezó a interpretar lo mejor que pudo el papel de indigno sucesor.

Cuando volvió a casa era de noche y su mujer ya se había acostado. Ni siquiera abrió los ojos cuando le oyó entrar en el dormitorio y encender la luz de la mesita.

—¿Has cenado? —le preguntó con voz soñolienta.

—No tengo hambre —dijo él mientras se sentaba en la cama para quitarse los zapatos.

Le pareció que Isabelle llevaba un camisón nuevo. Era de color marfil, seguramente de seda. Ella cambió de postura, dándole la espalda. Él, agotado, se fue desnudando poco a poco sintiendo como si se arrancara pesadas capas de alquitrán. Su mirada se posó en la foto que presidía la mesita de noche, una imagen de ambos el día de su boda. Isabelle estaba radiante. Reparó en el brillo de sus ojos.

Sus ojos de antes.

Junto a la foto había otro objeto, una pequeña talla pintada a mano de Jesús en la cruz. El rostro coronado de espinas, ensangrentado, terriblemente realista, se volvía hacia el cielo en señal de súplica agónica, sin esperanza. Joan se estremeció al pensar que la muchacha de la foto (la que aún soñaba con tener hijos con su marido y ser felices juntos hasta envejecer) nunca habría adorado a un ídolo como aquel.

Luego apagó la luz, se deslizó bajo las sábanas y se quedó quieto, oyendo la respiración acompasada de Isabelle.

Toda la cama estaba impregnada de su perfume.

No solo la cama. La habitación entera olía a jazmín.

Era el mismo suplicio de siempre. La misma pantomima.

—Buenas noches —susurró Joan.

Ella fingió que ya dormía.

La Lune Magique era un pequeño café-teatro de la Rue de la Barre, en la zona más pintoresca de Montmartre. Con la llegada del buen tiempo sacaban unas pocas mesas a la calle, y los privilegiados que tenían la suerte de ocuparlas podían saborear sus copas de vino contemplando la basílica del Sacré-Coeur, que asomaba al fondo de

la calle como un pálido y gigantesco monstruo de tres cabezas. De vez en cuando se oían desde dentro del local los aplausos de la otra clientela, la que prefería asarse de calor para no perderse la actuación de aquella noche. Aunque llamarlas «actuaciones» era pecar de generoso. En general se trataba de jóvenes aspirantes a artista que pisaban por primera vez un escenario. Los propietarios de La Lune Magique les concedían una hora para que destrozaran algunos tímpanos con sus canciones, ejecutaran los trucos de magia más previsibles del mundo o trataran en vano de ser graciosos. Como arrastraban al café a todos sus familiares y amigos, el éxito estaba garantizado.

La decoración no era gran cosa, pero al menos la luz de las lámparas era cálida (ligeramente rojiza, como la de un amanecer pintado a la acuarela), las mesas tenían manteles aceptablemente limpios, y si uno se dedicaba a pasear la vista por los cuadros de las paredes, podía encontrar el esbozo a carboncillo de una anciana desdentada con la firma de Toulouse-Lautrec, un soneto garrapateado en una hoja de papel manchada de café que algunos atribuían a Ezra Pound, y una foto medio borrosa en la que se veía juntos a Man Ray y a la seductora Kiki en ese mismo salón, aplaudiendo a una bailarina negra completamente desnuda y tatuada de la cabeza a los pies.

Joan, Maurice e Isabelle llegaron media hora antes de que comenzara el espectáculo y encontraron el local lleno a rebosar. Tuvieron suerte, porque justo en ese momento quedaba libre una mesa de la primera fila. Nada más sentarse, Maurice se percató de que la mesa cojeaba y se lo dijo al camarero, un hombre calvo y cincuentón al que le faltaba medio dedo índice de la mano derecha. Debía de estar acostumbrado a ese tipo de quejas porque, sin inmutarse, extrajo rápidamente un trozo de cartón del bolsillo, lo dobló en tres partes y lo usó como cuña para una de las patas.

—¡Listo! —dijo, y empezó a retirar del mantel el servicio anterior—. Supongo que han venido a ver la actuación.

—¿Vale la pena? —le preguntó Maurice, sondeándole.

—Mucho. Por lo que he visto en los ensayos, esta chica es buena de verdad, llegará lejos.

Los tres miembros de la familia cruzaron una mirada de orgullo.

—Tengo entendido —insistió Maurice— que actúa con un muñeco.

—Así es, un conejo.

—Y que, al parecer, es lo nunca visto: mueve los ojos, las orejas y las patas como si fuera un conejo de verdad. Un prodigio así debe de haber costado una fortuna.

Su interlocutor se encogió de hombros.

—Si no lo sabe usted, señor Carrière... ¿Quiere que vaya a preguntárselo a su nieta?

—No será necesario, gracias. —Maurice arrugó la frente y cruzó los brazos con frustración, como un niño al que acabaran de pillar haciendo una travesura. Permaneció así hasta que el camarero acabó de tomar nota y se alejó.

Isabelle apenas podía contener la risa.

—París es demasiado pequeño para ti, papá. Todo el mundo te conoce.

—¡Bobadas! Si fuera por ahí vestido con unos andrajos y pidiendo limosna para comer, nadie querría saber nada de mí.

—Y eso que se ahorrarían, porque te has vuelto un gruñón.

«Un gruñón codicioso y asustado», pensó Joan.

Su suegro nunca había hablado de dinero con él hasta que medio año antes, en febrero, se produjo una caída del mercado de valores. Miles de inversores franceses buscaron la estabilidad en el oro, pero Maurice, que había sufrido más pérdidas que ninguno, decidió fiarse de lo que llamaba «el olfato anglosajón» y apostar al doble o nada en la Bolsa de Nueva York. Apenas un mes después, empezaron a producirse constantes subidas y bajadas.

—No sé qué hacer, Joan —le había confesado—. Si lo saco ahora, estoy a tiempo de recuperar la mayor parte de lo que he invertido. Pero si tengo paciencia, lo más probable es que nos hagamos inmensamente ricos.

—Tú ya eres lo bastante rico.

—Lo que soy es demasiado viejo. Antes no habría dudado.

Decidió tocar madera y esperar. A cambio, pagó un precio muy alto: de la noche a la mañana dejó de ser el Maurice alegre de antes.

—*Mesdames et messieurs...*

Joan pestañeó. El presentador había subido al escenario y se dirigía al público.

—Es un inmenso placer presentarles esta noche a dos de los artistas con más porvenir que han pasado por La Lune Magique. Con ustedes, ¡Sión y su inseparable Soni Lapin!

Hubo aplausos, que dieron paso a un murmullo de desconcierto a medida que iban pasando los segundos y el escenario seguía vacío. De pronto alguien gritó:

—¡Quítame las manos de encima! ¡Te he dicho que no me da la gana salir y no saldré!

—Basta ya de hacer el tonto, Soni. La gente está esperando.

—Pues que esperen. ¡No aplaudan a esta loca! Me tiene secuestrado. ¡Me obliga a dormir cada noche en una caja! ¡A contar chistes malos en contra de mi voluntad!

—Si sales, te daré una zanahoria.

—¿Piensas que con eso puedes comprar mi dignidad, el don más preciado que poseo?

—Tres zanahorias. Es mi última oferta.

—¿A qué esperamos? El público se impacienta.

Todo el mundo se quedó asombrado al ver aparecer a aquella preciosa joven vestida como un hombre de la cabeza a los pies, con un frac negro, sombrero de copa y zapatos de charol. Al año siguiente, Josef von Sternberg usaría la misma idea para convertir a Marlene Dietrich en Jolly, la ambigua diosa del cabaré de *Morocco*.

Joan contempló a su hija embelesado. Admiró la hermosura de sus diecisiete años, su rostro marcado por la herencia de los grandes ojos oscuros y los voluptuosos labios de su madre, y fue como si los compartimentos estancos del tiempo se desvanecieran en un soplo, fundiendo el hoy con el ayer y el mañana. Era como si aún pudiera verla con su aspecto de bebé, aprendiendo torpemente a caminar, un mediodía de domingo en la casa de Guanxuma: él la sujetaba por debajo de los hombros (volvía a sentir su insignificante peso en la yema de los dedos) mientras Catarina, desde el otro extremo del comedor, abría los brazos sonriendo, insuflándole confianza para que diera el primer paso: «Vamos, cariño, ven con mamá». Era como si aún fuera la niña de tres años que cada noche terminaba metiéndose a hurtadillas en la cama de matrimonio, haciéndose un hueco entre los dos. Su cuerpecito, temblando de miedo. Su voz aguda, susurrándole al oído: «Gápanemé está fuera, papá, ¡lo he visto en la ventana!» (luego Catarina le reñía por contarle siempre la misma historia antes de dormir). Era la niña y era la muchacha rebosante de talento que dialogaba con un conejo autómatas en el escenario, y era también la mujer madura y serena que Joan imaginaba.

Terminó la actuación y todo el público se puso en pie para aplaudir.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Esa es mi nieta! —gritaba Maurice, que parecía poseído por el espíritu entusiasta de antaño.

Isabelle, fiel a su incurable adicción al llanto (puestos a llorar, lloraba incluso rezando el padrenuestro), soltó tanta humedad de golpe que le entró debilidad y tuvo que sentarse.

Joan buscó a Sión con la mirada y ella, que le vio, le guiñó un ojo.

Mi pequeña.

Mi artista.

Mi vida.

Lástima que entonces, para estropearlo todo, apareciera el último hombre al que Joan habría deseado ver. Hacía más de ocho años que había desaparecido de sus vidas, y tuvo que escoger precisamente aquella noche para regresar.

Fue a la salida del café, mientras Sión, vestida ya como una dama, se dejaba colmar de halagos por toda la familia. Surgiendo de la nada, un joven alto y apuesto, vestido con una impecable elegancia, se plantó delante de ella, se quitó el sombrero y dijo:

—Has mejorado mucho desde mi última lección.

Sión se quedó mirándolo como si fuera un fantasma.

—¿Julien?

Julien Lamouret, más conocido como Julien l'Extraordinaire, le mostró su cautivadora sonrisa, la misma que lucía en los miles de carteles que poblaban las calles de París.

—Has estado fantástica. En serio, es evidente que por fin encontraste a tu muñeco. —De pronto, se volvió hacia Isabelle y la miró a los ojos—. Debo felicitarla a usted también, *madame*. Y a ustedes, caballeros. Tienen sobrados motivos para sentirse orgullosos. —Buscó rápidamente en su bolsillo y extrajo una tarjeta, que tendió a Joan—. No sé si sabrán que he abierto un modesto teatro de variedades cerca de donde viven. Me sentiré honrado si deciden visitarlo una de estas noches. Por supuesto, están todos invitados.

Joan aceptó la tarjeta como si quemara. Lo hizo con su mano izquierda. La otra la cerraba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Ya llega Albert con el coche —dijo Maurice, rompiendo un embarazoso silencio.

—En fin —dijo Julien—, ha sido un auténtico placer, Sión. Espero que nos veamos pronto.

Volvió a fijar su mirada en Isabelle (que separó los labios como para decir algo que no dijo) e inclinó la cabeza a modo de saludo. Luego se dio la vuelta y desapareció por la primera esquina como si su presencia hubiera sido un espejismo.

Sión se pasó hablando de Julien buena parte del camino de vuelta. Alabó sus modales, su buen gusto en el vestir, dijo que debía de haber hecho un pacto con el diablo porque seguía exactamente igual a como lo recordaba, y expresó su deseo de visitar lo antes posible su teatro. Era evidente que el reencuentro con el antiguo profesor la había impresionado más que su debut como ventrílocua.

Nadie más dijo nada. Albert conducía. Maurice iba de copiloto, tratando de escudriñar el futuro de Wall Street en las espirales de humo de su aromático Partagás. Joan se sentaba detrás entre las dos mujeres, metido en cuerpo y alma en su triste papel de esposo ciego, fingiendo que prestaba atención al parloteo incesante de su hija y que, entre tanto, no se daba cuenta de la tortura por la que pasaba Isabelle: Isabelle, incapaz de apartar el rostro de la ventanilla; Isabelle, rígida, hierática, vacía, desprovista repentinamente de todo, hasta del alivio momentáneo de llorar (ya no, demasiado tarde, las estatuas no lloran); Isabelle, desangrándose a chorros por el agujero de bala sin salida, por el tajo de machete, por el brutal hachazo en el pecho que nunca cicatrizaría.

Llegaron.

Desearon las buenas noches a Maurice y a Sión y se dirigieron al dormitorio. El dulce aroma del perfume de su mujer le recibió nada más abrir la puerta. Seguía impregnando cada rincón de la estancia, era una presencia perenne, invisible,

dolorosa. Isabelle se quitó los pendientes de rubíes y los depositó uno al lado del otro sobre la mesita de noche. Lo hizo con una gran delicadeza, como si fueran algo mucho más frágil y valioso que una simple joya, algo que contuviera vida, extraños huevos rojos de algún animal en vías de extinción. Se quedó de pie contemplándolos, intentando tal vez descubrir un mensaje oculto destinado solo a ella.

Él cerró la puerta y se acercó.

Ella se dio la vuelta para mirarle. No dijo nada, ni él tampoco.

Él la cogió por la nuca y la besó furiosamente en la boca.

Ella no opuso resistencia.

Él apagó la luz.

—¿En qué piensas?

Se había olvidado por completo de ella. Seguía a su lado acurrucada, desnuda bajo las sábanas, pero hacía rato que él la había expulsado de sus pensamientos como si ya no estuviera allí. Joan volvió la cabeza y la miró. Estaban tan cerca el uno del otro que los alientos se fundían.

La muchacha sonrió y volvió a plantearle la pregunta:

—Vamos, dímelo de una vez. ¿Pensabas en tu mujercita?

Era joven y vulgar. Y sin embargo (o precisamente a consecuencia de ello), no había dudado ni un segundo en contratarla como camarera en el hotel. Fue una de sus primeras decisiones como director: acoger a aquella chica que era la antítesis de Isabelle: rubia, bajita, de caderas anchas y pechos abundantes. Insolente y sin educación. Creyó rescatarla del pozo de pobreza en que vivía (circunstancia que ella misma le confesó, sin titubeos, durante la entrevista previa), pero lo que hacía en realidad era planear el rescate de sí mismo, porque enseguida comenzaron sus encuentros clandestinos. De eso hacía un par de meses, a finales de agosto, poco después del debut de Sión. Y si al principio le produjo algún remordimiento, ahora lo veía como algo inevitable.

Huyes de una nevada en medio de la noche.

Estás exhausto. No sabes dónde te encuentras ni adónde te diriges.

De pronto ves una luz en la oscuridad. Te arrastras hacia ella y llegas a un refugio. Tiene la chimenea encendida y un baño de agua caliente que te espera. Te quitas la ropa y te sumerges, sientes que el agua te abrasa la piel, te quema, te encanta, es un dolor placentero, cierras los párpados, crees que vuelves a ser joven y olvidas todo lo que has sufrido para llegar hasta allí, aun sabiendo que solo se te ha concedido una breve tregua y que pronto deberás volver al frío del exterior, a la inmisericorde rutina de tu vida. Debió de ser así como mi bisabuelo interpretaba su relación con Sandrine.

La primera vez que se acostaron ni siquiera recordaba su nombre.

Dos meses después, cuando ella le preguntó en qué pensaba, respondió:

—En lo hermosa que te ves desde tan cerca.

—Embustero.

—Y en lo mucho que te necesito.

—No te creo. Demuéstralo.

Él se rio.

—¿No has tenido suficiente?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Es tarde. Deberíamos vestarnos.

—¿Estás seguro?

—Dirijo este hotel, tengo responsabilidades.

—Y lo haces muy bien. Dirígeme, anda.

—De acuerdo: vuelve al trabajo de inmediato o te despido.

Esta vez fue ella la que se rio.

—No seas tonto. —Y se puso a mordisquearle una oreja.

Él se dejó hacer.

Cuando finalmente bajó al vestíbulo se encontró a François, el recepcionista, hecho un manojo de nervios.

—Ha venido el señor Carrière preguntando por usted.

—¿Dónde está ahora?

—En su despacho. Le he dicho que había surgido una emergencia pero que no tardaría.

—¿Cuánto lleva esperando?

El recepcionista echó un vistazo a su reloj.

—Casi una hora.

—Comprendo. Gracias, François.

—Hay otra cosa... —François se agachó detrás del mostrador y cogió un paquete de la forma y tamaño de un libro, envuelto en papel de periódico—. Hará un cuarto de hora ha venido un joven y ha dejado esto para el señor Carrière. Ha dicho que se lo entregáramos en mano urgentemente.

—¿Y por qué no se lo has dado?

—Quería consultarlo antes con usted. Verá, ese joven..., su aspecto...

—¿Qué? Habla.

—Es difícil de explicar. Tenía algo... siniestro. Y fíjese bien en el paquete.

Joan lo sopesó un instante y volvió a dejarlo sobre el mostrador.

—Parece un libro.

—Sí, pero observe con qué lo han envuelto. ¿No cree que puede tratarse de algún tipo de amenaza?

—No comprendo.

—Pero, señor..., ¡es una página de la sección de necrológicas! A lo mejor

deberíamos avisar a los gendarmes.

Joan se quedó esperando a que el recepcionista añadiera algo que le confirmase que lo decía en broma. Al ver que seguía mirándole, imperturbable, asintió.

—Ya veremos. Gracias de nuevo, François. —Cogió el paquete y se dirigió hacia su despacho.

Se encontró a Maurice más tranquilo de lo que era de esperar, cómodamente arrellanado en el sillón de cuero de detrás del imponente escritorio de caoba, como si aún siguiera siendo el director del hotel. Cuando oyó entrar a Joan levantó la vista de *Le Figaro* que estaba leyendo.

—Hay un artículo muy interesante en la página 3. Un tal Saint-Réal opina sobre esos frecuentes rumores de que van a crearse unos Estados Unidos de Europa, más económicos y financieros que otra cosa.

Joan dejó el paquete sobre el escritorio y se sentó enfrente, en una de las dos sillas destinadas a las visitas.

—¿Y qué dice?

—Es totalmente contrario a que Francia se embarque en ese proyecto, y lo cierto es que argumentos no le faltan. Como industria llevamos diez años de retraso, al menos si nos comparamos con los estadounidenses y los alemanes. Si hemos capeado la crisis hasta hoy, es gracias al equilibrio de nuestra producción agrícola. Y eso es algo que nos conviene explotar y no compartir con unos socios de dudoso porvenir. Es decir, lo más prudente sería seguir organizándonos nosotros mismos. —Clavó los ojos en él y preguntó—: ¿Tú qué crees, *verno*?

Joan se puso alerta. Su suegro pocas veces le llamaba así.

—Ya sabes que no entiendo nada de economía —musitó.

Maurice asintió lentamente mientras plegaba el periódico por la mitad y lo dejaba sobre la mesa.

—¿Y de mujeres? ¿Entiendes de mujeres? —Su tono se había vuelto afilado como un cuchillo, a juego con la expresión de su mirada. Sin esperar respuesta, añadió—: Esta mañana he hablado con Isabelle. —Calló unos segundos. Joan tampoco dijo nada—. Parece angustiada. Dice que has cambiado mucho últimamente. Y ¿sabes qué? Estoy de acuerdo con ella.

—Así que has venido a eso, a interrogarme. —Joan se obligó a sonreír como si no se tomara demasiado en serio aquella charla, cogió el periódico y fingió hojearlo despreocupadamente—. No sé qué decir, excepto que me declaro culpable. Supongo que me he dejado vencer por la responsabilidad de dirigir este hotel. Pienso todo el día en el trabajo, y eso está afectando a mi vida matrimonial. Pero dame algo de tiempo y todo volverá a su cauce, te lo prometo.

—¿Seguro que no es más que eso?

—Pues claro. ¿Qué más podría ser, si no?

—No lo sé. Pero si tan ocupado estás, mi consejo es que renuncies a las distracciones.

Eso fue exactamente lo que dijo, ni una palabra más; y, sin embargo, quedó claro que Maurice había descubierto su secreto y que le planteaba un ultimátum. Lo mismo hubiera dado oírle decir: «Por mucho que te quiera, Joan, y tú sabes que te quiero mucho, Isabelle siempre será mi hija: la sangre de mi sangre. Así que no me hagas escoger. Aleja de tu vida a esa furcia a la que te estás follando o lárgate de una vez con ella, pero deja de avergonzar a mi familia». El caso es que mi bisabuelo leyó todo eso entre líneas y se encontró de pronto ante una apremiante disyuntiva, uno de esos senderos bifurcados que tan a menudo surgen en la vida.

A la derecha, nada menos que todo lo que había conseguido en cuarenta y dos años de existencia.

A la izquierda, Sandrine.

Parecía una decisión sencilla.

Sostuvo unos segundos la mirada de Maurice y procuró responder lo más solemnemente posible:

—Seguiré tu consejo.

—Estupendo.

Maurice echó el sillón atrás con una energía insólita para su edad y se puso de pie dando un pequeño salto. Parecía haberse quitado un enorme peso de encima.

Joan se levantó también y reparó en el paquete que había sobre el escritorio.

—Casi me olvido. Han traído esto para ti.

Maurice lo cogió, intrigado.

—¿Un libro?

—Eso parece, aunque François no está tan seguro. Sospecha que puede contener algo peligroso.

—En ese caso, démonos por muertos. François raramente se equivoca. —Y rasgó el papel de periódico del envoltorio.

El libro (pues de eso se trataba, al fin y al cabo) tenía el lomo gastado, como si llevara siglos circulando de mano en mano. Era delgado, y de ostentar un título más corriente habría podido pasar desapercibido entre otros muchos de poesía que se publicaban en París en aquella época.

—*Agencia general del suicido* —leyó Maurice en voz alta—, de Jacques Rigaut. ¿Te suena?

Sin esperar a que Joan le respondiera, se apresuró a abrirlo. En la primera página había una dedicatoria escrita con tinta roja. La caligrafía era mutante, tan pronto parecía estar compuesta de letras minuciosamente trazadas como de signos arbitrarios sin ningún sentido que, en conjunto, daban la impresión de ser notas musicales o frenéticos insectos voladores.

Para el famoso Maurice Carrière, el hombre que lo tiene todo excepto uno de sus botones, que ahora es mío. Intente, si puede, detener a un hombre que viaja con su suicidio en el ojal.

Atentamente,

Jacques

—Extraña dedicatoria —gruñó Maurice—. ¿Qué demonios significa?

—No tengo ni idea —dijo Joan.

Maurice estuvo hojeando el libro unos segundos. Luego lo cerró dando un suspiro y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta sin hacer más comentarios. Antes de salir del despacho, consideró oportuno recordarle a Joan las reglas que acababan de establecer.

—Te esperamos a las siete para cenar. Sé puntual.

No hizo falta que añadiera: «Todas las noches a partir de ahora».

Y es así como volvemos al principio del capítulo, a mis estériles elucubraciones sobre el momento exacto en el que mi bisabuelo recobró la memoria. Sigo teniendo la corazonada de que fue antes de llegar a París, pero no es más que eso: un tiro a ciegas.

Pudo ser en cualquier otro momento. Sin ir más lejos, un segundo antes de que Sandrine le preguntara en qué estaba pensando. Es fácil imaginarlo: él se siente relajado después de hacer el amor con su amante, cierra los ojos un segundo y, al abrirlos, vuelve a encontrarse en Barcelona, aquella maldita noche de julio de 1909. Lo revive todo con una brillante nitidez. Si esto fue así, si recuperó todo su pasado en ese chasquido de dedos, su rostro debió de reflejarlo, lo que explicaría que Sandrine se sintiera intrigada. Lo suficiente como para preguntarle en qué pensaba.

No lo sé, no tengo modo alguno de saberlo.

También pudo recobrar la memoria en el último momento, como en una de esas novelas de misterio baratas donde todo parece resolverse de repente y porque toca. Puede incluso que ese repentino choque con el pasado actuara como un detonante más de la carga que llevaba en su interior. Puede que eso explique por qué la guadaña de la muerte está a punto de asestar su fatídico golpe a uno de los protagonistas.

En cualquier caso, la partida de ajedrez definitiva ha empezado ya a jugarse. Los personajes, colocados como piezas sobre el tablero del relato, aguardan impacientes a que les llegue el turno, cada uno metido en su papel. Su tiempo de escoger ha terminado: ahora deben someterse, igual que el narrador, a la tiranía de los hechos, a lo que pasó realmente. Si formaran parte de una historia que yo hubiera inventado, es probable que la partida se hubiese desarrollado de un modo distinto. No habrían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo. Pero la vida no entiende de estructuras.

Simplemente sucedió así, como un estallido final de fuegos de artificio, y no tengo más remedio que contarlo.

Es el momento de volver atrás hasta un punto clave.

Es el turno de Sión.

15. Senderos que se bifurcan

A sus veintiséis años recién cumplidos, Julien Lamouret, más conocido como Julien l'Extraordinaire, se había convertido en uno de los hombres más famosos de todo París. Tres razones lo justificaban. En primer lugar, su portentoso talento como ventrílocuo, exhibido por escenarios de todo el mundo al alcance de muy pocos artistas. Un ejemplo: a comienzos de 1927, el presidente de los Estados Unidos, John Calvin Coolidge, le invitó a actuar en la Casa Blanca ante un puñado de congresistas y sus esposas. Todos acabaron llorando de la risa cuando Neil, su macabro *partenaire* (tan famoso a estas alturas como el propio Julien), alegando sentirse poseído por «el espíritu de América», se puso a repetir a una velocidad endiablada, como si sufriera un ataque de hipo, la frase que había popularizado el presidente: «*After all, the chief business of the American people is business*»^[3].

La segunda razón era su legendario currículum como casanova. «Legendario» es el término preciso, ya que si bien Julien era un joven atractivo y bastante hábil en las artes de la seducción, de haber sido ciertos todos los romances que se le atribuían (y que incluían a solteras y a casadas, a jóvenes y a no tan jóvenes, a actrices de cine y de teatro, a princesas, prostitutas y hasta a una monja de clausura) habría que dudar de su condición de ser humano, porque ni el mismo Satanás multiplicado en un centenar de diablillos clónicos habría podido dar cuenta de una legión de amantes tan abundante y variopinta.

Por si esto no bastara para hacerlo destacar entre la masa social, Julien se había convertido en un astuto empresario al que las cosas no podían ir mejor. Su Théâtre des Étoiles, inaugurado pocos meses antes en la Rue Bonaparte, cerca de la Place Saint-Sulpice (en lo que había sido una centenaria academia de música y *ballet* venida a menos), colgaba todas las noches el cartel de «No quedan localidades». Eso era debido en parte a una agresiva campaña de publicidad que incluía anuncios en los periódicos y miles de carteles que cubrían hasta el último rincón de la ciudad. Pero, sobre todo, se trataba de un triunfo del boca a boca. Era imposible residir en París y estar cenando en un restaurante, viajar en el metro o detenerse a comprar el periódico sin oír a alguien comentar con emoción alguno de los números del Théâtre des Étoiles.

Sión había visto los carteles y oído los comentarios; sin embargo, una parte de ella seguía resentida con su antiguo profesor por haberla dejado plantada cuando aún era una niña. Dicho de otro modo: su orgullo le habría impedido visitar el teatro del que todo el mundo hablaba si Julien no hubiera dado el paso de pedírsele personalmente. Pero lo hizo: fue a verla actuar a La Lune Magique y la esperó a la salida. Habían pasado ocho largos años, pero a Sión le pareció que el tiempo solo se había tomado un leve respiro.

Lo primero que Julien le dijo fue:

—Has mejorado mucho desde mi última lección.

Mientras, su mirada la recorrió de la cintura a los labios como una veloz caricia, dándole a entender que no solo se refería a su habilidad como ventrilocua.

Aquella noche, Sión tardó en dormirse.

Entrecerraba los ojos y veía el rostro de Julien a un aliento del suyo, sonriéndole. Fantaseaba con dejarse abrazar por él, con oír su profunda voz susurrándole palabras tiernas al oído mientras sus manos, las manos delicadas y expertas de Julien, tan acostumbradas a pulsar los minúsculos resortes ocultos que insuflan vida a los autómatas, le acariciaban el pelo, el óvalo de la cara, el tobogán del cuello. Al principio con prudencia, como alguien que descorre lentamente una cortina temiendo que el sol vaya a deslumbrarlo. Luego, al tiempo que sentía cómo su corazón se aceleraba y una fina película de sudor iba cubriéndola, el sueño y la imaginación se entremezclaban, haciéndolo todo cada vez más real, más detallado, más palpable. Aquellos dedos pasaban, de pronto, de la timidez a la osadía, y podía sentir el calor ardiente que desprendían, filtrándose como rayos solares, como un dulce veneno por cada trinchera de su piel.

Podía olerlo.

Podía decirle: «Bésame».

Podía besarlo. Morderle. Hacerle daño.

Podía acurrucarse en su pecho hasta dormirse.

Podía hacer con él todo lo que se le antojara, al fin y al cabo era completamente suyo, un doble de Julien entregado e indefenso, un cobaya encerrado en la jaula de sus fantasías.

Se despertó con las voces de los transeúntes y el sonido del tráfico en la Rue Campagne-Première, que le anunciaban que un nuevo día acababa de ponerse en marcha. Abrió la ventana de par en par y su vista se zambulló en el azul infinito que parecía cubrirlo todo como una cúpula. Sintió vértigo al pensar que en ese preciso instante Julien podía estar haciendo lo mismo en otra parte de París: contemplar extasiado aquel cielo perfecto, impoluto, sin una sola nube.

Pensó que tenía que volver a verle.

Pensó que si no, se moriría.

Cuando bajó al comedor, se encontró a su familia en mitad del desayuno. Maurice le sonrió.

—¡Aquí está nuestra genial artista! ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, abuelo.

—Me alegro. Tienes que recuperar fuerzas para poder brindarnos más actuaciones como la de anoche. ¿Café?

—Sí, gracias.

Nada más sentarse a la mesa notó que había algo distinto en la actitud de sus padres. Tardó un rato en comprender qué era: se miraban. No todo el tiempo, pero de vez en cuando sus ojos se encontraban y, sorprendentemente, no se rehuían. Sión supuso que una chispa de la magia de la noche anterior debía de haberles salpicado a ellos también. En cualquier caso, parecían más comunicativos que de costumbre, y eso le dio alas para introducir el tema.

Dio un pequeño sorbo a su taza de café y dijo:

—¿Qué os parece si vamos esta noche?

—¿Adónde? —Su padre hizo la pregunta mecánicamente, mientras seguía untando de mantequilla su tostada.

—Al Théâtre des Étoiles.

La mano con la que su padre sostenía el cuchillo se detuvo.

Isabelle bajó la vista hacia su servilleta.

Maurice carraspeó.

—No creo que sea una buena idea —dijo.

—¿Por qué no? ¡Será divertido!

Maurice sacudió la cabeza muy despacio.

—No insistas, por favor, Sión. ¿Podemos cambiar de tema?

—Pero ¡yo quiero ir! Además, Julien nos ha invitado. Sería descortés por nuestra parte no aceptar. —Vio que Maurice desviaba la mirada e improvisó un cambio de estrategia. Se volvió sonriendo hacia Isabelle—. Mamá, escucha: podemos ir tú y yo si estos dos grandullones prefieren quedarse en casa, aburriéndose como ostras. He leído en alguna parte que el espectáculo de Julien es lo mejor que...

No estaba preparada para lo que ocurrió a continuación. No para una reacción tan desproporcionada.

—¡Basta!

Su padre se puso repentinamente en pie, agarró el plato y lo estrelló con todas sus fuerzas contra la pared. Sión vio cómo se hacía añicos, cómo la tostada se quedaba pegada a las baldosas y, al instante, empezaba a deslizarse hacia el suelo milímetro a milímetro, dejando tras de sí un viscoso y amarillento rastro de mantequilla, como la baba de un extraño caracol.

Se echó a temblar.

Su padre tenía la cara encendida. La estaba señalando con el dedo.

—¡Nunca vuelvas a hablar de ese hombre en esta casa! ¿Está claro?

Maurice no dijo nada.

Isabelle seguía sin apartar la vista de la servilleta.

Sin esperar respuesta, su padre se dio la vuelta y salió del comedor. Isabelle apretó los labios y salió corriendo detrás de él.

—Lo... lo siento —balbuceó Sión, sin acabar de entender qué era lo que había

hecho para provocar aquel ciclón.

—Tranquila. —Maurice le apretó la mano cariñosamente—. Son los nervios, nada más. Dirigir un hotel conlleva estas cosas. Aunque ya ves que lo mejor es olvidarse del Théâtre des Étoiles y de su propietario. ¿De acuerdo?

—Sí, abuelo.

—¿Prometido?

—Prometido.

Consiguió mantener su promesa cuatro días. Al quinto, sucedió lo inevitable.

—Buenas noches, *mademoiselle*. Que disfrute del espectáculo.

—Lo haré, gracias.

Mientras mostraba su entrada al sonriente portero y se adentraba en el vestíbulo del Théâtre des Étoiles, Sión trató de convencerse de que no había sido una decisión premeditada. Se había retirado muy pronto a su cuarto con intenciones de dormir, eso podría jurarlo, pero antes de darse cuenta de lo que hacía había colocado a Soni Lapin en su lugar, bajo las sábanas, se había peinado y pintado los labios y rociado de perfume y había salido sigilosamente de casa llevando puesto su vestido de fiesta más bonito. Era el de tul negro sin mangas que le llegaba a media pierna, con escote triangular por delante y en la espalda, aberturas laterales y el bajo rematado en cinco picos. Con ese vestido se sentía guapa, deseada, capaz de cualquier cosa. Incluso de desobedecer a su padre.

¿Fue la sensación de estar haciendo algo prohibido lo que le hizo vivir con más intensidad esa noche? Posiblemente. El caso es que todo lo que la rodeaba parecía formar parte de una aventura en la que ella era la protagonista. Mientras cruzaba sin detenerse aquel vestíbulo atiborrado de gente emperifollada y parlanchina tuvo la sensación de que iban siguiéndola disimuladamente con la mirada, como si la conocieran. Más que eso: era como si hubiesen estado esperándola, incluso cruzó por su mente que podían ser actores puestos ahí para dar más realismo a la escena de su reencuentro con Julien.

Penetró en la sala y las butacas hacían juego con las cortinas del escenario: eran de terciopelo rojo y tan mullidas como sentarse en una nube. Ocupó la más cercana al pasillo de la tercera fila con el corazón dando saltos en su pecho. Pensó que era un teatro precioso; tal vez no demasiado grande, pero exhibía una obsesión por los detalles que le hizo recordar la primera casa de muñecas que Papá Noel le había traído al principio de llegar a París. Cuando sonaron los primeros acordes musicales y las luces se apagaron, vio que el techo estaba salpicado de estrellas que brillaban en la oscuridad.

El espectáculo estaba dividido en dos actos de una hora cada uno. El primero se lo repartieron a partes iguales seis artistas de disciplinas muy diversas. Había una cantante de ópera que con su estridente voz rompía piezas de cristalería colocadas

cada vez a más distancia. Había un forzudo capaz de levantar con una sola mano a cinco voluntarios apretujados en un banco de madera. Había dos hermanos siameses unidos por la cadera que bailaban claqué como Sión no había visto bailar antes a nadie. Había un faquir delgado como un esqueleto que se pasó sus diez minutos de gloria comiéndose todo lo que le entregaba el público, incluyendo un abrecartas, dos cordones de zapato, una pluma estilográfica, una peonza y unos binoculares de plata (que inmediatamente tuvo que regurgitar porque la dama que se los había entregado sufrió un ataque de histeria al verlos descender poco a poco por aquella garganta hipertrofiada, como una serpiente que engulle a un animal al que dobla en tamaño). Había un mago, el Increíble Hundesand, que hipnotizó a una pareja de voluntarios y los obligó a hacer cosas increíbles, como desnudarse, aullar como lobos, hablar en latín o trepar por las paredes. Y, por último, había una joven gitana de pelo ensortijado, tez aceitunada y profundos ojos negros que definió la quiromancia como la única ciencia capaz de contemplar el pasado y, a la vez, desentrañar el futuro. Bajó a la platea con la intención de demostrarlo, y Sión, aprovechando que se sentaba al lado del pasillo, intentó ser la primera en mostrarle la palma de la mano. Le pareció que la gitana le echaba un vistazo fugaz y palidecía antes de pasar de largo.

A continuación hubo un descanso de diez minutos que a Sión se le antojó eterno, y, por fin, le llegó el turno a la gran figura del Théâtre des Étoiles. Sión estaba preparada para una entrada tan espectacular como la que Julien había hecho en la fiesta de cumpleaños de Anne-Marie, pero en vez de aparecer con su muñeco andando ambos al mismo tiempo, lo hizo solo. Salió con aspecto consternado y dijo:

—*Mesdames et messieurs*, lamentándolo mucho esta noche voy a tener que suspender mi actuación. Por desgracia, he salido un momento del camerino y, al volver, Neil había desaparecido.

Se produjo un murmullo de estupefacción entre el público. Alguien propuso a gritos que avisaran a los gendarmes. Alguien todavía más práctico reclamó que les devolvieran el dinero de la entrada. No fue necesario, porque enseguida sonó la inconfundible voz del muñeco:

—Tranquilos, no baaasa nada, estoy berfffectamente. Tú, el del escenario, como narices te llames: cuenta uno de tus chistes, anda. Necesito dormir un boquito.

Sonaba como si estuviera borracho.

Sonaba como si estuviera en la platea.

Julien bajó a toda prisa y, en medio del delirio general, localizó a su *partenaire* sentado en la primera fila.

—¿Has estado bebiendo, Neil? ¿No te da vergüenza?

—No. Algo tengo que hacer para aguantarte.

Ese era el arranque.

Julien cogió a Neil en brazos, subieron al escenario y se pusieron a discutir sobre

alcohol, sexo, política, religión, economía. Fue una actuación intachable, plagada de buenos diálogos y chistes desternillantes. Sin embargo, el plato fuerte habría de llegar una hora después, hacia el final. Neil se estaba metiendo tanto con Julien que terminó sacándolo de quicio.

—Te lo advierto, Neil: una grosería más y te dejo solo.

—Cállate, atontado.

—Lo digo en serio.

—Zoquete.

—Neil...

—Cerebro de mandril.

Y de pronto, Julien lo hizo: dejó a Neil plantado de pie en mitad del escenario y se marchó.

Algunas risas.

Luego, un silencio expectante.

Como es lógico, el muñeco, sin nadie que lo manipulara, permanecía completamente inmóvil.

Nadie sabía qué hacer. La gente empezó a mirarse con extrañeza, como preguntándose si se trataba del sorprendente final del espectáculo, si debían aplaudir. Pero nadie se decidía a dar el primer paso.

De repente, Neil parpadeó. Una vez. Dos veces. Tres.

No solo eso: empezó a girar la cabeza en todas direcciones, como si buscara desesperadamente a Julien. Y movió la boca. Dijo en un tono compungido:

—Cabeza hueca, ¿dónde estás? Tú ganas, ¿vale? Lo siento.

Julien asomó la cabeza por el lado opuesto al que había salido.

—¿Has dicho algo? No te he oído bien.

—Que a lo mejor me he pasado. Un poquito. Deja de hacerte el interesante y vuelve aquí.

—Antes reconoce que me necesitas.

—Tanto como una coza en la entrecierna.

—Neil...

—¡Está bien, maldita sea! No sé qué tipo de droga me has echado en la petaca, pero funciona: se me ha dormido todo el cuerpo. ¡Me siento como un tronco! Así que no alarguemos esta incómoda situación. ¡Vuelve de una vez y ayúdame a saludar al público!

—¿Por favor?

—Por favor.

Las luces del teatro se encendieron y Julien seguía saludando. A Sión le dolían las palmas de las manos de tanto aplaudir. Pensaba: «¿Cuál es el truco? ¿Cómo lo hace para aparentar que Neil se mueve solo?».

A lo mejor no es Neil de verdad. ¿Y si se trata de una proyección?

Se sintió tonta por pensar eso.

Clavó los ojos en Julien, que con su sonrisa parecía abarcar todo el teatro.

Mírame, estoy aquí.

Él no la vio.

Le estuvo esperando más de una hora a la salida, hasta que empezó a sospechar que por aquella pequeña puerta lateral iba a salir toda la compañía menos el único miembro que le interesaba. Cuando al fin lo hizo iba acompañado de una joven. Era casi tan alta como él y se reía con un cacareo chillón e incontenible, como si Julien acabara de contarle el chiste más gracioso del mundo. Llevaba el pelo recogido y un vestido distinto, sencillo y elegante; tal vez por eso a Sión le costó reconocerla de entrada. Solo cuando la tuvo más cerca, al verse reflejada en el profundo pozo negro de sus ojos, se dio cuenta de que era la gitana que adivinaba el porvenir.

—¿Sión? —Julien la miró, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Quería felicitarte. He disfrutado mucho con el espectáculo.

Ya está. Le has devuelto la cortesía. Ahora despídete con una sonrisa, da media vuelta y vete por donde has venido.

—Me alegro de que te haya gustado —respondió Julien, que seguía sin reaccionar—. ¿Tu familia no ha venido?

—No, es... No han podido.

—Entiendo. Diles que serán bienvenidos cuando lo deseen.

—Lo haré.

Notaba los ojos de la gitana clavados en los suyos.

No la mires.

Lo más cortés habría sido que él las presentara. Al parecer, no tenía la más mínima intención de hacerlo.

De repente comenzó a llover. Una lluvia fina, apenas perceptible.

Sión se estremeció.

—¿Nos vamos? —preguntó la gitana colgándose del brazo de Julien.

—Sí, claro. ¿Te acercamos a tu casa, Sión? Tengo el coche aquí mismo.

—No, gracias. Me apetece ir dando un paseo.

—En ese caso...

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo. Mientras ponía un pie delante del otro y se iba alejando calle abajo se sentía el ser más patético del mundo. Deseaba que la acera se resquebrajara, se abriese de golpe como la inmensa boca de un gigante en ayunas y se la tragara de un bocado, hiciera trizas su precioso vestido, sus zapatos, su maquillaje, su carne y su esqueleto, ahorrándole tanto sufrimiento.

—¡Ah, Sión, casi me olvido! —le gritó de pronto Julien. Ella se dio la vuelta y topó con su sonrisa—: Se me ha ocurrido el número más grande de la historia y de ti depende hacerlo realidad. ¿Te gustaría trabajar conmigo?

Trató de responder, pero no le salió ni un sonido. Tuvo que limitarse a asentir como una cría estúpida.

—Estupendo. Te espero en el teatro mañana a primera hora. Digamos a las diez. Sé puntual.

Instintivamente, Sión cerró las manos para que la gitana no pudiera leérselas.

Podría haber dicho que no, o al día siguiente haber cambiado de opinión y no haberse presentado a la cita. Podría haber dejado que la vida siguiera su monótono curso. Pero ¿para qué perder el tiempo en estériles dilemas si todos sabemos que deseaba hacerlo más que nada en el mundo?

Ni siquiera hace falta que acompañemos a Sión en su regreso a casa. Dejemos que dé vueltas y más vueltas en la cama, librando ese previsible combate sin tregua entre la angustia y la esperanza. Permanezcamos en la Rue Bonaparte, en las inmediaciones del Théâtre des Étoiles, contemplando cómo la noche agoniza mientras el sol va pintando de colores el nuevo día, pincelada a pincelada. Si quisiéramos alejarnos unos pasos en dirección a la Place Saint-Sulpice, veríamos que hay un quiosco que abre muy temprano. Su propietario, Antoine, viudo y con dos hijos, ha adquirido la costumbre de leerse de cabo a rabo, antes del desayuno, la primera edición de *L'Écho de Paris*. Ese día, jueves 22 de agosto de 1929, destaca en la portada un artículo de opinión titulado «*Notre idolatrie de la nouveauté*». Trata del cine «hablado», del peligro de que su creciente impacto termine con más de veinte años de imágenes sin sonidos que han influido poderosamente en otras artes, como la literatura. Dice el autor del artículo, Gérard Bauër: «Al dejar de ser mudo, el cine perderá una parte de su influencia. Porque esa influencia se ejercía en proporción de lo que sugería silenciosamente». Antoine, el quiosquero, al que le gusta ir al cine con sus hijos de vez en cuando, termina de leer la frase con perplejidad, arruga la frente, levanta la cabeza como un gallo y da un largo bostezo. Se pregunta qué hay de malo en oír la voz de los actores, igual que en el teatro. En ese momento llega uno de sus clientes más madrugadores, un tipo de mediana edad y con el pelo gris que repite todos los días el mismo ritual: coge el segundo *Le Figaro* del montón (nunca el de arriba), le entrega los treinta céntimos de franco que cuesta y se va sin pronunciar una palabra. Antoine le sigue con la mirada. Piensa: «A lo mejor es un famoso actor del cine mudo».

Imaginemos que el tiempo transcurre tan deprisa como en las películas, que las páginas del periódico pasan volando entre los dedos de Antoine y que la calle, hasta hace poco silenciosa, se va contaminando de voces y de bocinazos. Faltan pocos minutos para las diez cuando un taxi se detiene frente a la puerta del teatro.

Sión baja de él y se queda contemplando la fachada.

Lleva otro vestido, uno de color marfil que le llega al tobillo y que le hace parecer completamente distinta, como si la otra Sión, la de negro, fuera noche y audacia, y la de ahora, día y timidez. Cuando se dispone a llamar, ve que la puerta está abierta y la empuja con suavidad. El vestíbulo (vacío de gente, impregnado de la cálida pátina de luz natural que entra por las ventanas) le parece menos mágico de como lo recuerda.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Nadie responde. Se arma de valor, atraviesa apresuradamente el vestíbulo y entra en la sala por el acceso más cercano. Hay luz en el escenario, y distingue a Julien en mangas de camisa, inclinado sobre una mesa de madera blanca en la que está tendido su muñeco. Desde esa distancia, Neil parece un paciente a punto de ser operado. Sión respira hondo, recorre el pasillo central y sube con precaución la vieja escalera de madera, que cruje en cada peldaño como si fuera a romperse.

Julien levanta la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días.

Es un gesto fugaz, un pestañeo, pero a Sión le basta para ver que tiene ojeras, como si también a él le hubiera costado conciliar el sueño (aunque sospecha que por motivos muy distintos a los suyos).

—Termino enseguida, Sión. —Vuelve a estar concentrado en lo que hace.

Y lo que hace es poner a punto a Neil. Le ha quitado la chaqueta y la camisa, dejando a la vista el complejo mecanismo interno que le permite moverse como una personita. Julien usa un pequeño cepillo, un trapo de algodón empapado de alcohol y una perilla de aceite y limpia y engrasa meticulosamente cada engranaje, cada pistón, cada fuelle. Sión está acostumbrada a hacer lo mismo con Soni, así que nada debería sorprenderla. Sin embargo, hay una pieza que nunca ha visto y que le llama la atención. Se encuentra a la altura del pecho, donde Neil tendría el corazón si fuera humano. Parece una especie de cronógrafo conectado a una telaraña de cables. Un reloj con una sola aguja roja que va del cero al sesenta.

Julien, que ha interceptado su mirada, sonrío.

—Esto —dice— es una de las claves de mi espectáculo. ¿Adivinas para qué sirve?

Está a punto de responder que no, pero de pronto, como si fuera una revelación, le viene a la cabeza el número final, cuando Julien finge enfadarse con Neil y abandona el escenario. ¿Cuánto transcurría hasta que el muñeco comenzaba a parpadear? Probablemente, no más de un minuto.

Sesenta segundos.

Una aguja roja del cero al sesenta.

Y dice:

—No estoy segura, pero creo que, de algún modo, sirve para activar algunos movimientos automáticos del muñeco, como pestañear, abrir y cerrar la boca o girar el cuello. Pero no lo hace inmediatamente, sino un minuto después de que se ponga ese reloj en marcha. Eso te da tiempo a salir del escenario y dejar solo a Neil, con lo que el efecto resulta más impresionante. ¿Me equivoco?

Julien tarda en reaccionar. Cuando lo hace, sus ojos revelan algo parecido a una llama de orgullo.

—Siempre fuiste una niña muy lista.

—Hace tiempo que dejé de ser una niña.

—Me he dado cuenta, créeme. —Y añade, antes de que a ella le dé tiempo a sonrojarse—: Habrás adivinado también por qué te he pedido que vinieras.

—Dijiste que me necesitabas para tu espectáculo.

—Es cierto. Pero debo advertirte que no hablamos de un número cualquiera. Si no me equivoco, será recordado durante varias generaciones de ventrílocuos. Y todo gracias a ti, porque se me ocurrió la idea la otra noche viéndote actuar. —Hace una pausa, como dejándole que digiera esas palabras y dándole pie a que diga algo. Al ver que no, que sigue callada, le pregunta a bocajarro—: ¿Estarías dispuesta a ser mi ayudante?

—¡Claro!

—¿Estás segura? ¿Aunque eso signifique mantenerte en un segundo plano y que la mayor parte del mérito recaiga sobre mí?

Sión vuelve a asentir, mientras se pregunta cómo es posible que Julien no oiga el estruendo de sus latidos.

—Hay algo que aún no te he contado —dice él—. Todo nuestro éxito depende de que sigas poseyendo el don que tenías de pequeña.

—¿A qué don te refieres?

—Tranquila, seguro que superas la prueba. ¿Te importaría alejarte un poco? Digamos cinco pasos.

Sión lo hace.

—Bien, comencemos —dice Julien.

Coloca a Neil sentado, pulsa el resorte de su corazón y la aguja roja se pone en movimiento. Entonces baja la escalera, crujido a crujido, se va andando por el pasillo y escoge para sentarse una butaca del centro del teatro.

Sión no entiende nada. Intenta distinguir el rostro de Julien, convertido en una sombra más de las que pueblan la sala.

Mira a Neil.

La aguja roja llega al cincuenta y ocho y sigue avanzando.

Neil parpadea una, dos, tres veces. Su cabeza gira en todas direcciones. Abre la boca.

—¡Adelante! —grita Julien—. Te escucho.

Sión superó la prueba, por supuesto, y es inútil preguntarse qué habría sucedido en caso contrario, qué rodeos habría dado para acabar desembocando en el ineludible mar de su destino.

Comenzó a verse a escondidas todas las mañanas, de lunes a viernes, con Julien. Ensayaban desde las nueve y media hasta el mediodía. Al tercer día, él le dio una llave del teatro y le pidió que, al entrar, cerrara la puerta.

—Tenemos que ser precavidos —dijo—. Las paredes tienen ojos.

Y ella estuvo de acuerdo.

Tal vez en otras circunstancias, su familia se habría percatado de que les ocultaba algo. Habría bastado con que prestaran atención a un sinfín de pequeños detalles: el temblor nervioso de sus manos al servirse el café del desayuno, su sonrisa bobalicona y permanente, el rubor impreso en sus mejillas, ese brillo de niña ilusionada en los ojos. Pero no, no se dieron cuenta. La vida los tenía demasiado ocupados.

En el mismo instante en que Julien le entregaba a Sión la llave del teatro, Joan introducía su pene por primera vez en la vulva húmeda, caliente y voraginosa de la nueva camarera, esa muchacha arrogante y vulgar que le traía de cabeza desde la víspera, su primer día de trabajo en el hotel, y cuyo nombre ni siquiera recordaba. Se encontraban en la habitación 206, la más discreta, la más apartada de las escaleras del segundo piso. Él la había llevado allí con el pueril pretexto de mostrarle una repisa que había olvidado limpiar. Sandrine le siguió el juego mansamente. Cuando él cerró la puerta y comenzó a reñirla con teatral severidad ella sonrió, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Para algunas personas existe una droga aún más poderosa y adictiva que los placeres de la carne. Se llama dinero. Maurice había leído *La metamorfosis* de Kafka en 1917, cuando su amada esposa aún no había enfermado y él, feliz y rebosante de energía, empezaba a acariciar el sueño de construir el hotel más maravilloso del mundo. Doce años más tarde, cuando la única ilusión que tenía al levantarse era inspeccionar los periódicos en busca de noticias sobre la bolsa internacional, solía acordarse de aquel relato leído con admiración, y simpatizaba cada vez más con el infausto Gregor Samsa, convertido de la noche a la mañana en un insecto repulsivo.

Pero aunque ni él fuera consciente de ello, Maurice seguía haciendo lo mismo que había hecho toda su vida: perseguir un sueño que al resto del mundo le parecía inalcanzable. Si había sido capaz de conquistar el corazón de una mujer como Adèle, si había viajado hasta el otro extremo del mundo para levantar algo tan extraordinario como *Le Magnifique*, ¿por qué no podía doblar, triplicar y hasta multiplicar por mil su fortuna si se lo proponía?

El caso de su hija Isabelle era distinto. Hay gente que nace con el sino de ser desdichada. Se había casado a una edad en la que los ciclones hormonales suelen

confundirse con el enamoramiento, y tuvo que asumir su error del modo más doloroso posible, cuando conoció a Julien y, como si la sacudiera un rayo, sintió la muerte en vida, el angustioso insomnio, la falta de apetito, el lento veneno de la melancolía navegando por sus venas, la ausencia de aire en los pulmones cada vez que el otro no estaba cerca. Ocurrió lo inevitable, pero pronto su naturaleza atormentada la llevó de la felicidad más absoluta al arrepentimiento.

Acabó confesándose todo a su marido.

No sintió alivio, sino una profunda aflicción. Al renunciar a Julien tuvo la impresión de que se arrancaba a dentelladas sus alas. Y cayó. Fue cayendo vertiginosamente a través de un oscuro abismo que parecía no tener fin. Por el camino perdió al hijo que esperaba y su joven cuerpo se secó precozmente como una hoja, la inútil hoja de un árbol en otoño, una hoja muerta, llevada a la deriva por el primer soplo de viento. Pasó el tiempo.

Creía que hasta el fin de sus días la vida junto a Joan iba a consistir en eso, en dejar que un día diera paso a otro, cada instante igual de previsible que el anterior, hasta llegar tranquilamente a la vejez. Entonces fueron a ver la actuación de Sión en La Lune Magique. Y a la salida de aquel antro de Montmartre, ahí estaba él como si nada hubiera cambiado. Ahí estaba Julien Lamouret matándola y resucitándola de nuevo, llenándola de emoción y de angustia con su sonrisa embaucadora, sus buenos modales, sus malditos ojos clavados como arpones en los suyos.

Ese fue el principio del final de la partida para Isabelle.

El de Maurice fue muy distinto. Fue lo que pasaría a la historia como el Crac del 29.

No le quedó otro remedio que encajarlo con resignación. Al fin y al cabo, era la historia de su vida. La gripe española le había arrebatado a su esposa de entre los dedos cuando eran más felices. Un incendio había convertido Le Magnifique, a punto de ser inaugurado, en un puñado de cenizas. Parecía inevitable que sus inversiones del otro lado del Atlántico (que habían alcanzado el máximo nivel a principios de septiembre) comenzaran a caer en picado, sin causa aparente, convirtiéndose en papel mojado el 24 de octubre. Ese día, el llamado Jueves Negro, se pusieron a la venta trece millones de títulos a bajo precio sin que encontraran comprador. Luego, dos tiros de gracia consecutivos: el Lunes Negro, el Martes Negro. Bang, bang. Hubo quien habló de una burbuja especulativa, y quien dijo que los rumores de que el presidente Herbert Hoover no pensaba vetar el acta de tarifas Hawley-Smoot habían agravado la situación, pero Maurice supo desde el primer momento la auténtica razón: si Wall Street había sufrido aquel descalabro, era porque él había invertido toda su fortuna.

No le dijo a su familia que estaba arruinado. Pensó: «Ya se enterarán tarde o temprano».

Llegó noviembre.

Presionado por el ultimátum de su suegro, Joan llamó a Sandrine a su despacho. Cuando ella salió poco después, tenía los ojos enrojecidos y llevaba un sobre en la mano. Lo sostenía como si dentro hubiera un nido de escorpiones. Se quitó el uniforme y se vistió de calle, abandonó el hotel sin decir una palabra y nadie volvió a verla.

Aquella noche, mientras cenaban en silencio, Isabelle se quedó mirando a su marido y pensó que nunca lo había visto tan demacrado.

—¿Te encuentras bien, Joan? —le preguntó.

Él ni siquiera la oyó.

Mientras, Sión, la reina, la pieza más feliz de esta triste partida de ajedrez, seguía acudiendo todas las mañanas al Théâtre des Étoiles. En parte, lo que le aceleraba el pulso cada vez que cerraba la puerta con llave y sus pies volaban hacia el escenario era el ansia ante tanta responsabilidad. Julien no había exagerado: el número iba a llamar la atención, incluso entre los ventrílocuos más expertos. Su estreno, previsto para principios del nuevo año, iría precedido por una activa campaña en la prensa. Un joven ilustrador norteamericano llamado Norman Rockwell (que había entablado amistad con Julien durante su estancia en París en 1923) ya trabajaba en los primeros esbozos del cartel.

Si el quiosquero de la Place Saint-Sulpice se hubiese limitado a hacer lo que hacían tantos otros en su oficio, es decir, sentarse a esperar a que llegaran los clientes, probablemente habría reparado en aquella hermosa joven de aspecto acomodado que, sospechosamente, llegaba en taxi todos los días a la misma hora, bajaba mirando con inquietud a derecha e izquierda, como si temiera que alguien la hubiera seguido, y se metía a toda prisa en el teatro. Pero Antoine vivía en un mundo paralelo. Hacía tiempo que su costumbre de extraviarse entre las páginas de *L'Écho de Paris* había dejado de ser un modo de pasar el rato. Era, si se me permite la expresión, un lector de periódicos profesional, un *gourmet* de la noticia impresa. Todas las mañanas, antes de ocupar la silla que ya había adoptado la forma de sus posaderas, escogía un ejemplar que no estuviera arrugado, lo desplegaba y, antes de echar un vistazo al primer titular, lo agitaba unos segundos en el aire para que le fuera invadiendo su perfume.

Cada periódico olía de un modo distinto.

La Croix, por ejemplo, apestaba a incienso y le hacía estornudar. *Le Figaro* tampoco le gustaba, porque desprendía un ligero tufo a queso rancio. *La Presse* no estaba mal, algo dulzona para su gusto. En cambio, su favorito, *L'Écho de Paris*, olía siempre a jugoso filete con pimienta. Era abrirlo, agitarlo suavemente y ponerse a salivar. Antoine adoraba la carne poco hecha.

Había un redactor en especial, Henri Village-M., que le tenía conquistado. No

estaba asignado a ninguna sección en concreto. El domingo podía opinar sobre la economía mundial con grandes titulares y al día siguiente lanzarse a una apasionada crónica deportiva. Pero su estilo era inconfundible. En vez de limitarse a contar lo ocurrido, conseguía que el lector se encontrara *allí*, viviendo los hechos al mismo tiempo que sus protagonistas. Para conseguirlo, iba sembrando todo el texto (la noticia, el comentario, lo que fuese) de una multitud de descripciones y diálogos, de detalles tan minuciosos que uno, sin darse cuenta, llegaba al final de la lectura conteniendo el aliento, preguntándose si aquello había sucedido realmente de ese modo o si se trataba del caprichoso invento de un genio literario.

En la edición del 7 de noviembre hablaba de la muerte del poeta Jacques Rigaut. Para hacerlo, usaba una estructura sorprendente. Comenzaba remontándose al año 1877, en el instante en que el pintor Édouard Manet sufrió uno de sus más legendarios arrebatos. Se encontraba en su taller de la Rue Saint Pétersbourg charlando animadamente con su amigo Zacharie Astruc (bromeaban sobre el hecho de que este último sostuviera un libro de poemas de alto voltaje erótico en el óleo de Henri Fantin-Latour *Un atelier aux Batignolles*) cuando, de pronto, Manet cambió de expresión, agarró con fuerza la mano de su amigo y la mordió, haciéndole sangrar.

—¿Te has vuelto loco?

—Debo hacerlo, Zacharie. Un hombre va a morir.

Rápidamente, empapó un dedo en la sangre y trazó una línea en zigzag en el centro de un lienzo en blanco. Luego cogió un pincel y, en pocos segundos, esbozó el resto, convirtiendo ese rojo brutal en la eterna herida en el pecho de *Le suicidé*, una de sus obras más sobrecogedoras. Hasta aquí, la anécdota histórica. Lo realmente extraño, según el artículo, era que el cuadro era la imagen exacta de la muerte de Rigaut. Como si Manet la hubiera presenciado más de medio siglo antes.

Todo coincidía.

El cuerpo desplomado sobre la cama pero con los pies todavía apoyados en el suelo, como si la muerte solo le hubiera afectado de cintura para arriba y Rigaut se dispusiera a levantarse de un momento a otro.

Los zapatos resplandecientes, recién lustrados, tal vez intuyendo que en el más allá no sería fácil encontrar betún.

El revólver negándose a caer de la mano derecha.

El rojo beso mortal en la camisa blanca.

Las sábanas blancas, la almohada blanca, las paredes blancas.

La colcha empapada de la sangre del poeta.

Henri Village-M. añadía a continuación una serie de datos estrictamente periodísticos: Rigaut se encontraba alojado en el Gran Hotel de la ciudad de Palermo a la espera de ingresar, al día siguiente, en la clínica de desintoxicación Kreuzlingen. Se había hecho acompañar por su amiga Carla Orengo, la sensual mujer de raza negra

que, según algunos rumores, rivalizaba con Rita Malú por el corazón de Picabia. Al parecer, ella dormía en la habitación contigua cuando Rigaut apretó el gatillo.

El disparo no la despertó.

No oyó el gemido de Rigaut, sorprendido porque la bala, esta vez sí, había conseguido escapar del vetusto revólver de su abuelo (no habría sido la primera vez que accionaba el percutor y no ocurría nada).

No oyó el golpe seco que hizo el arma al caer sobre la alfombra, ni los aspavientos del aspirante a suicida postrándose de rodillas en el suelo, incapaz de gritar, ahogándose en su propia sangre, arrastrándose desesperadamente en busca de ayuda. No le oyó intentar abrir la puerta que comunicaba las dos habitaciones, ni sollozar para sus adentros como una cuerda de violoncelo tañida por un soplo de brisa cuando la encontró cerrada. No le oyó golpear la madera débilmente. Arañarla. Entonces Rigaut debió de calcular las pocas fuerzas que le quedaban y tomó la decisión de regresar a la cama. Fue su última odisea y la más costosa de su vida, más que los dos largos días que había pasado perdido en la selva de Port Actif, aullando a los cuatro vientos su obsesivo amor de juventud por Georgia O’Keeffe. Coger de nuevo el revólver.

Ponerse en pie centímetro a centímetro.

Dejarse caer de espaldas sobre el colchón, con los brazos en cruz, al fin convertido en un cadáver.

Era anatómicamente imposible que hubiera hecho todo eso después de dispararse. La bala le había atravesado el corazón. Sin embargo, lo hizo. Había informes de la policía que lo demostraban.

¿De dónde, pues, sacó las fuerzas?, acababa preguntándose el autor del artículo. Según él, solo existía una respuesta posible: de su exorbitante ego de artista. Alguien como Rigaut no podía morir de cualquier manera, renunciando a inspirar póstumamente a Édouard Manet.

Antoine terminó de leer la noticia, sintió el aguijónazo del hambre en el estómago y echó un vistazo a su reloj: las nueve y treinta y uno. Hacía diez segundos que Sión había entrado en el teatro. Fue el día que estuvo más cerca de verla.

Al contrario que Antoine, Maurice no era lector habitual de *L’Écho de Paris*, pero eso no le impidió ser uno de los primeros en enterarse de la muerte de Rigaut. Mejor dicho: en presentirla. Fue esa misma mañana, la mañana posterior al suicidio, en la soledad de su dormitorio. Mientras se abrochaba la chaqueta para bajar a desayunar notó un bulto en el bolsillo y encontró el libro que había puesto allí unos días antes. Al releer la dedicatoria, le dio un escalofrío. Tuvo el mismo mal presentimiento que aquella lejana noche en el Cabaret du Néant cuando, ante sus atónitos ojos, su esposa se convirtió en un esqueleto.

Entró en el comedor pálido como la cera y sintió alivio al ver que Joan ya se

había marchado a trabajar. Últimamente existía entre su yerno y él cierta tensión que solía traducirse en un baile de miradas esquivas en la mesa, largos e incómodos silencios y una complicada digestión.

—Creo que está a punto de suceder algo espantoso, si no ha sucedido ya —le dijo temblando a su hija nada más sentarse.

—¿De qué hablas, papá?

—No lo sé exactamente. Pero puedes estar segura de una cosa: se acercan malos tiempos.

Ella le miró sin pestañear. Era una mirada llena de piedad.

—Prueba la de melocotón, está deliciosa —dijo cambiando de tema. Y siguió untando su cruasán de mermelada.

Desde su encuentro fortuito con Julien, Isabelle había buscado refugio en la comida. Sentía predilección por los dulces y los chocolates, pero su gula no era en absoluto caprichosa. Comía con ansia y compulsivamente todo lo que se pusiera a tiro, devorando sin apenas masticar desde que salía el sol hasta la hora de acostarse; y aún entonces, por precaución, solía dejar sobre la mesita una bandeja de bombones. Engordó doce kilos en un mes y dejaron de entrarle los vestidos, tuvo que encargar otros nuevos.

Cuando dejaba de comer, lloraba.

Lloraba todas las mañanas al contemplarse desnuda en el espejo. Lloraba durante esos ratos tan frecuentes en los que se quedaba sola, prisionera en el salón de su propia casa. Solía sentarse en el sofá donde Julien y ella tomaron aquel primer té en silencio, sorbiéndose con la mirada, mientras de fondo oían la voz impostada de Sión, que practicaba.

Todo la llenaba de melancolía. Todo, incluso el suceso más fugaz e irrelevante, se sumaba al poso de tristeza que iba acumulándose en sus entrañas, como un tumor imposible de extirpar. Un día nublado. La voz de Caruso en el gramófono. El silencio tenaz, impenetrable, de su marido al acostarse. Despertar en mitad de la noche, oírle respirar a su lado y no sentir nada, ni siquiera repulsión. Estar rezando en voz baja a media tarde y tener que parar de pronto, porque el miedo a que no haya ningún Ser invisible y piadoso escuchándola es demasiado insoportable. Oír los cuchicheos y las risas de los sirvientes a sus espaldas. Oír a los niños cantando villancicos en la calle, acercarse a la ventana y ver cómo empieza a nevar sobre París. Examinar una a una las fotos de su madre hasta comprender que se ha convertido en una extraña de la que no guarda ni un solo recuerdo. Pensar en su padre, su querido y viejo padre, que enfila a duras penas el invierno de su vida, y darse cuenta de que la idea de su ausencia ya no la afecta tanto como antes.

Pero lo que más la entristecía era quedarse dormida en el sofá del salón y soñar que Julien era su marido, creerse la mujer más feliz del mundo aun sabiendo que no

era más que un estúpido sueño y que pronto le tocaría despertar.

Al igual que el resto de la familia, se había olvidado por completo de Sión. Ni siquiera recordaba adónde le había dicho que iba todas las mañanas. Puede que se tratara de una amiga enferma a la que debía cuidar.

Qué más daba. No le importaba.

Enero fue escurriéndosele como arena entre los dedos.

Su marido nunca estaba al despertar. No quedaba ni rastro de su calidez al otro lado del colchón. Y lo peor era que eso no le hacía sentir nada. Ni siquiera alivio.

Una mañana se levantó, descorrió los visillos de la ventana y vio que la ciudad había amanecido cubierta de nuevos carteles con la imagen de Julien. El pintor, de un talento extraordinario, casi fotográfico, lo había convertido en un muñeco de ventrílocuo. Estaba sentado con las piernas cruzadas en un taburete, mientras Neil (un Neil más alto y con los rasgos totalmente humanizados), de pie a su lado, lo sostenía por la espalda con una mano. Las letras de aquel impactante mundo al revés decían:

Le Théâtre des Étoiles

presenta...

JULIEN L'EXTRAORDINAIRE

En el mayor espectáculo de la historia

¡NEIL ESTÁ VIVO!

En ese momento llamaron a la puerta del dormitorio. Era Sión. Tenía los ojos desorbitados y respiraba por la boca con dificultad.

—Dios mío, hija, ¿qué te ocurre?

Sión corrió a abrazarla. Cuando habló, su voz sonó como un delgado filamento de cristal a punto de romperse.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho. No sabía a quién contárselo.

Isabelle la apretó con fuerza contra su pecho, tratando de tranquilizarla. La colmó de besos. Le acarició el pelo.

—¿Contarme qué, cariño?

Como el lector ya habrá podido adivinar, no estaba preparada para la respuesta.

16. El número final

Maurice despertó más temprano que de costumbre, desayunó solo y, después de comprobar que hacía un día espléndido, decidió no posponer más su visita al Museo Cognacq-Jay, que había ido retrasando desde su inauguración. Así que le dijo al mayordomo que comería fuera, subió al Mercedes y le pidió a Albert que le llevara al 25 del Boulevard des Capucines. Pasó la mañana entre el millar de muebles, pinturas, esculturas y objetos decorativos del siglo xviii que Théodore-Ernest Cognacq y su mujer Marie-Louise Jay (conocidos en París por ser los fundadores de los grandes almacenes La Samaritaine) habían reunido durante más de veinticinco años. La pieza que le llamó más poderosamente la atención fue una pintura de François Boucher, un retrato oval de Marie-Emilie Baudouin, la hija del artista, que la mostraba con un pajarito posado sobre el dedo índice de la mano derecha. Había algo melancólico en la expresión de la modelo. Algo que le recordaba a Isabelle.

Al lado de Maurice, contemplando el mismo cuadro, había una joven pareja que hablaba en susurros en inglés. Maurice apenas se fijó en ellos, y siguió su recorrido por el museo sin sospechar que acababa de cruzarse con otro gran soñador como él, aunque bastante más afortunado. Eran Walt Disney y Lillian Bounds, la muchacha que había entrado en la Disney para colorear celuloide y había acabado convirtiéndose en la esposa de su jefe. Walt también quedaría impresionado con el cuadro de Boucher, hasta el punto de que nada más regresar a su hotel comenzaría a crear los primeros esbozos de la que sería Blancanieves, siempre con un pájaro posado en la mano. En la misma hoja dibujó de memoria una caricatura del hombrecito con el que habían coincidido en la exposición.

—Tiene pinta de gruñón —comentó Lillian, echando un vistazo por encima de su hombro.

Ajeno a todo esto, Maurice disfrutaba de una tranquila comida en el Café de la Paix. Le había pedido a Albert que le acompañara y el pobre chófer, poco acostumbrado al protocolo en este tipo de mesas, estaba más pendiente de no meter la pata (agarrando el tenedor como un cafre o llenando su copa de vino antes de que lo hiciera el sumiller) que de apreciar la exquisita sinfonía de sabores de la sopa bullabesa, la perfecta sencillez del rape a la crema de almendras o el pecaminoso placer de los profiteroles de nata bien regados con chocolate caliente. A la hora del licor, Maurice le ofreció uno de sus puros, que Albert aceptó sin titubear.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Albert?

—Más de veinte, *monsieur*.

—Veinte años —repitió Maurice, como engullendo una píldora difícil de tragar—. Y en todo este tiempo, que yo recuerde, nunca has faltado a tu trabajo.

—Nunca, *monsieur*.

—Ni un solo día.

—Es que no tenía excusa. Por desgracia, señor, poseo una salud de hierro.

Maurice sonrió ante ese comentario.

—¿Y no te aburre tener que hacer lo mismo todos los días? Ponerte el uniforme, llevarnos dócilmente a donde te decimos, esperar a la salida...

—Yo nací en Rennes-le-Château, *monsieur* —fue la sorprendente respuesta del chófer—. Es un pequeño pueblo del sur de Francia.

—He oído hablar de él —dijo Maurice.

—Mi familia ha vivido siempre allí. Mis abuelos, mis padres, mis hermanos y mis hermanas. Nacieron siendo gente muy humilde, gente sin recursos, y nunca conocieron nada que estuviera más allá de sus murallas. Pero yo era un joven impulsivo, y cuando cumplí la mayoría de edad decidí jugármela y me vine a París. Con el tiempo tuve la suerte de convertirme en su chófer, *monsieur*. Y sería muy ingrato si me quejara. Gracias a ese *aburrimiento*, como usted lo llama, he podido viajar por medio mundo y he conocido lugares y a personas que, de otro modo, nunca habría sospechado que existieran. —Hizo un gesto con la mano, abarcando todo el restaurante—. Míreme ahora, comiendo aquí con usted.

Maurice asintió mientras daba una lenta chupada a su Partagás.

—Espero que por lo menos te guste conducir.

—Lo detesto. Con toda mi alma.

—En ese caso —dijo Maurice, decidiendo no alargar más aquel calvario—, supongo que hoy es tu día de suerte, porque, sintiéndolo mucho, debo prescindir de tus servicios.

—¿*Monsieur*? —Albert le miró con perplejidad, como si acabara de recibir un bofetón—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Nada. Nada en absoluto. Es solo que debido a..., digamos, mis nuevas circunstancias, no puedo permitirme el lujo de tener un chófer. Y me duele en el alma, créeme. Todo estos años has sido el más disciplinado y fiel de mis trabajadores. Así que voy a rogarte que aceptes el Mercedes en agradecimiento. Toma... —Sacó un sobre del bolsillo y lo dejó en la mesa, justo entre los dos—. Este es el documento legal que acredita que el coche es tuyo.

Albert se quedó mirando el sobre como si contemplara su propio corazón, aún palpitante.

—¿Qué voy a hacer ahora, *monsieur*? —murmuró.

—Yo diría que tienes dos opciones. Dedicarte a hacer de taxista por tu cuenta o vender el coche y volver con tu familia. Eso es algo que deberás decidir tú. —Apagó el habano en el cenicero y suspiró—. De momento, voy a tener que pedirte un último favor.

—Lo que sea.

—¿Podrías llevarme a casa? Creo que he comido demasiado, no me siento capaz de regresar andando.

Supo que algo malo sucedía en cuanto doblaron la esquina de Raspail con Campagne-Première y distinguió a la más joven de las sirvientas esperando en la puerta. Parecía un manojo de nervios. No paraba de frotarse las manos y de mirar a derecha e izquierda. Reconoció el Mercedes desde lejos y corrió hacia él.

—¡Menos mal que ya está aquí, señor! No sabíamos qué hacer. Se trata de *madame* Isabelle...

—¿Qué le pasa a mi hija? ¿Está enferma?

—No exactamente, señor. Acaba de irse, y parecía... un poco trastornada, si me permite la expresión el señor. Mire lo que ha hecho... —La muchacha señaló la fachada de enfrente. Estaba llena de restos de carteles arrancados—. Tiene que encontrarla, señor. No lleva puesto el abrigo. Se va a congelar.

Mi bisabuelo había tenido días mejores. Poco antes de las seis de la mañana abrió los ojos y descubrió que el cadáver ensangrentado y aún tibio de Catarina yacía junto a él en la cama y le susurraba cosas terribles al oído. Lo más extraño era que lo hacía con una voz distinta, más aguda, que le recordaba a la de Sandrine. Le llamaba asesino, le culpaba de su muerte atroz y le decía: «No descansaré hasta verte convertido en el ser más desdichado del mundo».

En ese momento, mi bisabuelo despertó de verdad y tuvo miedo de seguir acostado. Se vistió procurando no despertar a Isabelle y salió de casa.

Había un par de hombres que pegaban carteles en la fachada de enfrente, pero él apenas se fijó. Seguía afectado por la pesadilla. Estuvo vagando sin rumbo por las heladas calles de Montparnasse, cruzándose con los primeros madrugadores y con los últimos noctámbulos que volvían al redil con el brillo de la luna en la mirada.

Cuando llegó al hotel se encontró con el caos más grande que se había producido desde que era director. François, el recepcionista, trataba inútilmente de calmar a media docena de clientes furibundos que hablaban a gritos y todos al mismo tiempo. Al parecer, algunas de sus pertenencias más valiosas habían desaparecido de manera misteriosa de sus habitaciones durante la noche.

—Señores, les ruego que se calmen —dijo Joan, tomando el relevo de François—. Seguro que todo tiene una explicación lógica.

El hombre que tenía enfrente enrojeció.

—¡Pues claro que la tiene! Que nos han robado. Por última vez, ¿quiere hacer el favor de llamar a la policía?

Aquella mañana no debían de haberse cometido otros delitos en París, porque a los cinco minutos (y para distracción de un puñado de vecinos que empezaban a usar los balcones como palcos) se detuvo frente a la entrada un coche patrulla ocupado por

dos gendarmes y un caballero sesentón que vestía traje y bombín y se pellizcaba las canas del bigote todo el tiempo, como un tic. Nada más poner un pie en el suelo se identificó como inspector, escuchó con atención un resumen de lo ocurrido y ordenó a sus hombres que tomaran declaración a los clientes. Luego se dirigió a Joan:

—¿Podemos hablar en su despacho?

Le pidió una lista completa del personal del hotel y le acribilló a preguntas. Si existían antecedentes de otros robos en los últimos meses. En quién confiaba y en quién no. Quién tenía llave de las habitaciones. A qué hora se producía el cambio de turno. Si la puerta de acceso se cerraba después de las diez de la noche, como era aconsejable. Le explicó que la mayoría de los hurtos se producían entre esa hora y poco antes de la medianoche, mientras los clientes se encontraban fuera, disfrutando de alguno de los numerosos espectáculos que daban fama a la noche parisina. El ladrón solo tenía que esperar en la calle a que el recepcionista abandonara su puesto por cualquier motivo (el más frecuente, para ir al baño); entonces entraba, cogía un puñado de llaves de la taquilla y cometía tranquilamente su fechoría.

—Lo siento, pero es imposible que ocurriera así, inspector. Este hotel cierra sus puertas en cuanto oscurece. Los clientes que regresan más tarde tienen que llamar.

—¿Está seguro? —insistió el otro, visiblemente frustrado—. Los recepcionistas son humanos. Pueden despistarse con facilidad.

—Pues tendrá que preguntárselo a él. Su turno empieza a las ocho.

—Lo haré, muchas gracias. No le robo más tiempo. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo.

El inspector se puso en pie, dejó por un instante de pellizcarse el bigote y le estrechó la mano. Dio un par de pasos hacia la salida, pero de pronto se detuvo.

—Disculpe, he olvidado hacerle una pregunta. Por casualidad ¿ha despedido a alguien recientemente?

Mi bisabuelo hizo un esfuerzo por parecer tranquilo.

—¿Por qué? ¿Tiene importancia?

—Mucha. Se sorprendería de cuántos casos de robo resultan ser, en realidad, intentos de venganza por parte de alguien que perdió su empleo. Sin contar que si nuestro ladrón hubiera trabajado aquí, lo habría tenido mucho más sencillo. A lo mejor incluso dispone de una copia de las llaves. —Calló unos segundos, esperando a que Joan le respondiera—. ¿Y bien, *monsieur*?

—No... Lo siento. No he despedido a nadie.

El inspector le sostuvo la mirada y asintió.

—Qué lástima. En fin. Buenos días.

—Buenos días.

Joan pasó el resto de la mañana preguntándose por qué había mentido. ¿Es que aún sentía algo por Sandrine y había intentado protegerla? En cualquier caso había

sido una estupidez. No le correspondía a él decidir si la muchacha era inocente o no. Era cuestión de tiempo que la policía descubriera su sospechoso lapsus. Tirarían del hilo. Descubrirían que Sandrine y él habían sido amantes. Pensarían que habían planeado el robo juntos.

Aún estaba a tiempo de rectificar.

Solo tenía que hablarles de ella. Señalarla con el dedo y dejar que la justicia decidiera.

Nada más que eso.

Aún podía oír su voz en el sueño, la voz de Sandrine atrapada en el cuerpo de Catarina resonando en su oído, llena de rabia: «No descansaré hasta verte convertido en el ser más desdichado del mundo». Aún podía recordar cada caricia suya en la habitación 206, la más discreta, la más apartada de las escaleras del segundo piso.

No entró nadie más en el despacho en toda la mañana.

No se acordó de comer. Había perdido el apetito.

Pasaban de las dos cuando François llamó a la puerta. La policía acababa de irse.

Joan dio orden de que no le molestaran, se sentó en el butacón del despacho y fue deshaciendo sin prisas el ovillo de sus pensamientos. En algún momento de la tarde, el reloj de péndulo de la pared comenzó a adaptar su monótono ritmo al de los latidos de su corazón.

Debió de quedarse dormido.

Abrió los ojos y ahí estaba Maurice, cogiéndole por las muñecas, zarandeándole para que se despertara. Nunca había visto a su suegro tan pálido, tan atenazado por el miedo. Se limitó a pronunciar un nombre con la voz temblorosa.

—Isabelle... —dijo.

Sí, sin duda mi bisabuelo había tenido días mejores.

En cuanto se acomodaron en la parte trasera del Mercedes, Albert arrancó. Su mirada y la de Joan coincidieron en el retrovisor.

—Esté tranquilo, *monsieur*. Seguro que la encontraremos.

—Gracias, Albert.

—No me dé las gracias, *monsieur*. Conozco a la señora desde que era una niña y no quiero que le ocurra nada malo. Ustedes son mi familia.

Era la primera vez en once años que oía al chófer hablar de aquel modo, y Joan no supo qué responder. Maurice abrió unos centímetros la ventanilla para que saliera el humo de su puro y dijo:

—Teniendo en cuenta eso y que ya no estás a mis órdenes, creo que podrías empezar a llamarnos por nuestro nombre de pila.

Albert negó con la cabeza.

—Teniendo en cuenta que ya no estoy a sus órdenes, creo que seguiré llamándole *monsieur*.

Joan tuvo la impresión de que aquel día se había perdido demasiadas cosas.

Según acababa de contarle Maurice, una de las sirvientas se había cruzado con Sión a primera hora de la mañana. Dijo que parecía extremadamente nerviosa, que respiraba como si fuera a darle un síncope. La vio llamar a la puerta de la habitación de matrimonio y entrar a hablar con Isabelle. Durante unos minutos le llegó su voz amortiguada, que fue bruscamente interrumpida por un grito y el estallido de un cristal al romperse. Oyó pasos que corrían. La puerta se abrió y Sión salió huyendo de la casa.

La puerta volvió a cerrarse.

Durante el resto de la mañana el llanto de Isabelle se fue filtrando por el edificio como una lenta y persistente mancha de humedad. Atravesaba paredes y techos contagiándolo todo, calando en el papel pintado, en los ángulos más recónditos de los muebles, en las huellas de las alfombras, en los retratos de los antepasados. Pronto la casa entera fue una casa triste. Era la expresión de un dolor irreversible, el signo de un sufrimiento tan visceral, tan rotundo, que no admitía consuelo. Aun así, algunas sirvientas lo intentaron.

—¿Se encuentra bien, señora? ¿Necesita ayuda?

—¡Marchaos! ¡Dejadme en paz!

Las seis personas que formaban el servicio se reunieron en la cocina sin saber muy bien qué hacer. Unos proponían avisar al médico; otros, llamar al hotel y que decidiera Joan. Entonces todo se quedó en silencio. Pensaron que Isabelle se había dormido, presa del agotamiento, y que descansar le sentaría bien. Comieron sin hablar más del tema y cada cual regresó a la rutina de sus ocupaciones.

Acabaron olvidándose de ella.

Nadie oyó el leve chirrido que hizo la puerta al abrirse.

Nadie oyó sus pasos apresurados al bajar las escaleras.

Nadie la vio salir a la calle.

La sirvienta que se lo había contado todo a Maurice estaba barriendo uno de los balcones del primer piso cuando un bocinazo llamó su atención. Miró hacia abajo y la vio cruzar entre dos coches, jugándose la vida. La vio dirigirse como una flecha hacia los carteles y comenzar a arrancarlos frenéticamente.

Cuando la sirvienta bajó a la calle, Isabelle ya había desaparecido.

—Tiene que encontrarla, señor —le dijo a Maurice cuando este llegó, poco después—. No lleva puesto el abrigo. Se va a congelar.

Lo bueno es que iba a pie y ellos en coche. En teoría eso les proporcionaba cierta ventaja. Lo malo es que su única pista era el rastro de carteles arrancados que iban encontrando. Eso, y que no tenían ni idea de qué dirección seguir. A veces recorrían de punta a punta una de las kilométricas arterias de la ciudad y acababan topando con un grupo de carteles intactos, lo que indicaba que habían ido en sentido contrario. Y

vuelta a empezar. Era como tratar de perseguir una gota de agua en el océano de París.

El frío se fue haciendo más y más intenso.

El cielo se tornó rojo, luego púrpura y, finalmente, negro. La luna surgió sin previo aviso, como un agujero causado por la bala de un cañón. En ese momento, como si el arcano tramoyista de la escena cotidiana hubiera accionado una palanca, los principales edificios y monumentos se inundaron de luz mientras detrás de las cortinas de prácticamente todas las ventanas comenzaban a vislumbrarse siluetas de gente que hacía su vida ajena a la de los demás. La ciudad entera parecía un efervescente teatro de sombras chinescas.

Hacía rato que ninguno de los tres hombres hablaba. En realidad, Joan había dejado de hacerlo nada más descubrir a quién anunciaban los carteles que tan obsesivamente destrozaba su esposa. Maurice, que con los años había aprendido a temer los largos silencios de su yerno, empezaba a arrepentirse de haber ido a buscarle.

—Isabelle no tiene la culpa —dijo—. Hace tiempo que está enferma. Lo entiendes, ¿verdad?

Mi bisabuelo no respondió. Seguía ensimismado en las arenas movedizas de sus pensamientos. Por debajo del motor del coche podía oírse el chirrido de sus dientes. Maurice tuvo otro de sus malos presentimientos y alzó la voz para que Albert pudiera oírle.

—Deberíamos ir a la policía —dijo.

Pero no tuvieron ocasión. Acababan de pasar por delante de Los Inválidos y torcieron a la izquierda por la Rue de Bourgogne.

Y ahí estaba Isabelle.

Albert frenó en seco y los faros del Mercedes quedaron enfocándola, bañándola de una luz blanca que le otorgaba un aire fantasmal. Lo primero en lo que se fijó mi bisabuelo fue en sus largos y delicados dedos, que sangraban, salpicando la acera de minúsculas estrellas carmesíes. Tenía las uñas rotas, y aun así seguía arañando la pared como si le fuera la vida en ello, extrayendo largas tiras de cartel que iba metiéndose a puñados en la boca. Las masticaba entre nubes de vaho y las engullía con ansia, como si llevara días hambrienta y aquel fuera el manjar más delicioso del mundo. No dejó de hacerlo cuando el coche se detuvo a pocos metros de ella, ni cuando sus ocupantes bajaron y empezaron a acercarse procurando no asustarla.

—Tranquila, tesoro —murmuró Maurice, acongojado por el aspecto que presentaba su hija—, ya estamos aquí.

Ella se dio la vuelta y pestañeó, cegada por los faros. Siguió masticando, aunque más despacio. Tenía restos de vómito por el vestido. Tenía los ojos hinchados y los labios agrietados. El frío, cada vez más glacial, la hacía estremecer de la cabeza a los

pies, le provocaba cortas sacudidas como descargas eléctricas. Parecía un animal aterido, acorralado, muerto de miedo.

Joan avanzó un paso más hacia ella. No habló. No hizo falta. En cuanto reconoció su silueta a contraluz, Isabelle se tapó la cara con las manos y soltó un grito. Era un desgarrado grito de rabia y desespero, un alarido que surgió de lo más profundo de sus entrañas y que ponía la carne de gallina.

Y siguió arañando la pared con fuerzas redobladas.

Él la agarró por las muñecas. Ella volvió a gritar y trató de resistirse, pero no, ya no, era imposible. Su triste papel en esta historia estaba a punto de terminar. Tan solo le restaba un movimiento, el último, el definitivo. Acercándose a la oreja de mi bisabuelo, convirtió el grito en un susurro apenas perceptible.

—Sión...

Y así, como si recitara una lección absurda, como si no comprendiera más que una ínfima parte de aquella retahíla de palabras y fuera a olvidarlas inmediatamente después, lo soltó todo en un suspiro. Se arrancó el cuchillo del pecho para clavarlo cuatro veces en el de mi bisabuelo.

—Se ve a escondidas —dijo.

»Todos los días —dijo.

»Está enamorada —dijo.

Y lo último:

—Espera un niño de Julien.

Mi bisabuelo la miró con incredulidad. Abrió la boca como si fuera a decir algo. Apretó los puños. Se volvió hacia el único cartel que aún quedaba incólume.

Le Théâtre des Étoiles
presenta
JULIEN L'EXTRAORDINAIRE

Y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Julien mira el reloj una vez más. Aún faltan unos minutos para que vuelva a sonar la música y se descorra el telón. Lleva dando vueltas por el escenario desde el comienzo del intermedio. Hace tiempo, desde sus primeras actuaciones, que no se sentía tan nervioso. Vuelve a apartar unos milímetros la cortina para echar otro vistazo: el teatro está lleno a rebosar, es poco probable que en ningún otro lugar y momento de la historia vuelva a reunirse una lista de invitados como los que ocupan en ese momento las primeras filas. Reconoce a Scott Fitzgerald (sin Zelda, que debe de haber sufrido otra de sus repentinas *indisposiciones*) y, un poco más atrás, al alma del París artístico, la poeta Gertrude Stein (que lleva el pelo más corto y plateado que

nunca, parece un hombre de mediana edad con dos manchas de tinta en vez de ojos). Está sentada entre su querida Alice y Olga Khokhlova, la esposa de Picasso, que no deja de mirar muy seria a su marido mientras este discute (sobre cualquier tema y amistosamente, como siempre) con Matisse y Max Ernst. Los tres genios se encuentran de pie en medio del pasillo, llamando la atención de todo el mundo, incluida la de Marie-Thérèse, la muchacha de diecinueve años que, desde los diecisiete, es la amante de Picasso. Julien, a modo de broma cruel, no solo la ha invitado al estreno, sino que le ha asignado la butaca que queda justo detrás de la Khokhlova; así que la pobre chica, ese ángel rubio de expresión asustada, no tiene más remedio que ir paseando la vista (como un péndulo, piensa Julien) entre el perfil de su rival (tan seria, tan imperturbable, tan rusa) y la acalorada *performance* de su amante malagueño y los otros dos artistas, que siguen defendiendo de aquel modo apasionado sus respectivos puntos de vista, como si en vez de encontrarse en un lugar público estuvieran en la intimidad del salón de casa. Gesticulan todo el tiempo, tal vez porque confían más en la energía expresiva de sus manos que en las palabras. A Julien, esa actitud se le antoja un tanto dadá, por no decir *démodée*, y cree que contrasta con la del emperifollado caballero que ocupa el palco de honor, Pierre-Paul-Henri-Gaston Doumergue, cuyo cargo de presidente de la República francesa sin duda le obliga a permanecer hierático, como si fuera su propio busto esculpido en mármol, aunque eso no le impide fruncir el ceño y susurrarle algo a la mujer que está a su lado, la catedrática de universidad con la que tiene previsto casarse un año después. Si Julien supiera leer en los labios, habría podido descifrar ese *algo* susurrado como un «Odio a esos malditos pintores, JeanneMarie. Son todos unos divos».

Las luces de la platea comienzan a apagarse, señalando que la segunda parte está a punto de comenzar.

Llega su turno.

Le plus grand spectacle de l'histoire.

Picasso, Matisse y Ernst se apresuran a ocupar sus asientos dócilmente.

Julien se aparta del telón, suspira y, fingiendo tranquilidad, se acerca sonriendo a Sión, que aguarda en el lateral izquierdo junto al carrito con la pecera. Lleva todo el día muy rara, apenas le ha dirigido la palabra. Si no la conociera, diría que intentaba esquivarlo. Julien sospecha que se debe a la presión del estreno y que pronto, con el antídoto de los aplausos, volverá a ser la de siempre.

—Los rojos parecen un poco inquietos —le dice Julien, señalando a los peces—. A lo mejor son conscientes de que todo París va a estar pendiente de ellos.

Sión le sostiene la mirada.

—Querrás decir pendiente de ti.

—Yo recogeré los aplausos. Pero sabes que mi papel es el de un comparsa. Hasta

los peces tienen más importancia.

Lo dice en serio.

En la pecera hay nueve peces en total, tres rojos, tres anaranjados y tres blancos. Julien ha escogido personalmente esos colores para que puedan verse bien desde las últimas filas. Sobre todo los rojos. Sin ellos, sin los peces, sería como si el agua no existiera, lo mismo daría meter la cabeza en una urna de cristal vacía. La mayor parte del público que asiste a un espectáculo de magia no sabe lo que quiere en realidad. Está convencido de que desea descubrir el *truco* a cualquier precio, cuando es todo lo contrario: se muere de ganas de ser engañado, de volver a ser un niño capaz de creer en lo imposible. Por eso, por su propio bien, no hay que darle la más mínima oportunidad de que elabore una teoría lógica. No hay que dejar que piense: «Ya sé cómo lo hace: no hay agua en la pecera». Por eso hay que llenarla de peces de colores estridentes, hay que exhibirlos bien, aleteando alrededor del rostro del mago, porque es la mejor prueba de que no existe *truco* alguno. Julien también ha decidido que sean nueve, ni uno más, para que no puedan ocultar su cara, es crucial que el público pueda verla todo el tiempo.

Sión sigue sosteniéndole la mirada.

—¿Me quieres, Julien?

Es tan joven, tan hermosa e inocente. Por un instante, casi lamenta haber sido el primero. No haberse hecho a un lado con generosidad, permitiendo que otros más adecuados, más sinceros, más inexpertos que él recorrieran alocadamente los senderos ocultos de su alma y de su anatomía, la hicieran reír y llorar, destronaran a la niña y coronaran a la mujer. Habría sido estimulante conocerla cinco, incluso diez años después, ella seguiría siendo joven, una joven más madura y con cicatrices, pero llena de futuro aún, y él, con toda probabilidad, se habría convertido ya en una burda caricatura de sí mismo, un soltero amargado, harto de perseguir su vanidoso reflejo en centenares de cuerpos femeninos, deseoso de compartirlo todo con alguien por primera vez. Lástima, piensa. Sión podría haber sido esa persona capaz de rescatarlo. Ahora es demasiado tarde.

Aunque tal vez...

—Pues claro que te quiero —le responde por inercia, como ha respondido mil veces a todas las mujeres que le han hecho antes esa misma pregunta. En esta ocasión, sin embargo, hay algo distinto en su tono, un barniz de duda, incluso de angustia, que perfectamente podría confundirse con la sinceridad. Y en ese mismo tono añade—: Eres mi vida.

Debería estar acostumbrado a las extrañas reacciones que suelen provocar esas palabras, pero no puede evitar sentir un aguijónazo de ternura cuando los ojos de ella se llenan de lágrimas.

—Lo siento... —balbucea Sión con un hilo de voz, tratando de secarse la cara

con la manga del vestido—. Llevo todo el día pensando en cómo decirte una cosa y no...

Se deja arrastrar por el impulso: le rodea la cintura con un brazo, la atrae hacia él y la besa en la boca. Sabe que ahora no están solos, que los otros miembros de la compañía rondan por ahí cerca y que no es prudente desafiar a la celosa gitana, su pasatiempo ocasional. Pero le da lo mismo. Sigue besando a Sión, la besa como si fuera la primera vez o la última, como si intentara borrar con ese beso profundo y húmedo todos los anteriores, como si aún fuera posible comenzar desde el principio.

—Vas a lograr que se impacienten —dice Sión, ruborizada, cuando por fin se separan.

—¿Qué?

Ella sonrío y señala el escenario: el telón está abierto. Solo entonces se da cuenta de que la música lleva sonando un rato.

—Parece que me he distraído —dice Julien, que también sonrío—. Después hablamos, ¿de acuerdo?

Sión asiente.

—Suerte.

—Suerte.

Se llena los pulmones de aire y, adoptando su otra sonrisa, la ensayada, la famosa sonrisa de Julien l'Extraordinaire, da un paso al frente y exclama:

—¡Buenas noches, París!

Al instante estallan los aplausos.

—Suerte.

—Suerte.

Imagina por última vez que eres Sión. Imagina que te quedas contemplando a Julien. Que observas, absorta, cada uno de sus gestos como si se tratara de un retrato en movimiento. Ves cómo yergue la espalda, se ajusta bien el frac (no puedes evitar fijarte en sus largos dedos que tan bien conoces y en sus uñas perfectamente cuidadas), ves cómo expande sin esfuerzo la boca que acaba de besarte (aún conservas su sabor prendido como un alfiler), cómo dibuja una sonrisa y se dirige con decisión al escenario. Le oyes exclamar:

—¡Buenas noches, París!

Cuando el público aplaude te sientes confusa, más que en toda tu vida. Sigues allí, anclada en aquel oscuro rincón entre bambalinas, sola con tus pensamientos, mientras la *crème de la crème* de la sociedad se rinde a ese hombre *extraordinaire* que, a pesar de haber triunfado en medio mundo, sonrío como si nada tuviera importancia. ¿No resulta sencillo, incluso inevitable, enamorarse de alguien como él? Y por la misma razón, ¿no es absurdo suponer que Julien, entre todas las cartas a su disposición, va a escoger precisamente la tuya? A lo mejor lo más sensato sería asumir que nunca

llegará a quererte en exclusiva. No a ti.

De algún modo, eso te hace pensar en Isabelle. En su expresión de estupor esa mañana cuando le has contado lo que sentías por Julien. En su grito desgarrado cuando has reunido el valor para confesarle que estás embarazada de dos meses. Entonces te esfuerzas en recordar cuándo viste a tu madre feliz por última vez y te das cuenta de que ha pasado mucho tiempo. Aún eras una niña. Recuerdas vuestros largos paseos por París cogidas de la mano, vuestras frecuentes visitas al 63 de la Rue de Sèvres, a ese paraíso de las muñecas llamado Au Bébé Bon Marché que ni siquiera sabes si todavía existe. Recuerdas que cuando viste actuar a Julien en la fiesta de cumpleaños de tu amiga de la escuela (has olvidado cómo se llamaba), y luego estuviste a punto de caer enferma porque querías ser ventrílocua, igual que él, fue Isabelle quien te llevó a casa de Julien y le convenció para que te diera clases.

Piensas que la vida da unos giros muy extraños.

Nueve años después estás a punto de convertir a Julien Lamouret en un hombre más famoso aún. De ti depende que su nuevo espectáculo deje atónitos a todos, pase a la historia como la proeza más grande del mundo de la ventriloquia. De ti depende, aunque sabes que ni una sola persona hablará de ti. Ni una mención en los periódicos. Nadie va a reconocerte, nadie va a felicitarte por la calle. Eso lo sabes desde el principio, forma parte del trato.

De hecho, en eso consiste todo el *truco*.

Se oyen carcajadas y el público vuelve a aplaudir. Deberías tratar de concentrarte en lo que dice Neil. Deberías estar pendiente del reloj. Unos minutos más y será tu turno. Pero no puedes. No dejas de pensar en después («Después hablamos, ¿de acuerdo?»), en hallar el mejor modo de decírselo. Visualizas una y otra vez todas y cada una de las posibles reacciones de Julien cuando sepa que esperas un hijo suyo. Y no dejas de preguntarte por qué dudas tanto. «Eres mi vida», acaba de decirte. A lo mejor todo se reduce a creerle o no.

Más risas, más aplausos.

—Esta noche van a ser testigos de algo excepcional —le oyes decir—. Seguro que la mayoría de ustedes piensan que Neil solo es un muñeco articulado y que soy yo quien lo hace hablar mediante el milenario arte de la ventriloquia.

Te encanta esta parte.

Julien tiene que dejar de hablar porque a Neil acaba de darle un ataque de risa. Es una de esas risas contagiosas, la de alguien que intenta parar y no puede. Un segundo después, todo el teatro ríe también.

—Lo siento... —dice Neil al ver que Julien lo mira con enojo—. Sigue, por favor, es muy interesante.

—Esta noche —dice Julien— voy a demostrarles que están en un error, y que Neil, en realidad, está tan vivo como nuestro presidente... —Hace un gesto de duda,

aparentemente espontáneo, y se vuelve hacia el palco principal—. Está usted vivo, ¿verdad, señor?

Desde tu posición no puedes verle, pero te imaginas al flemático Gaston Doumergue resoplando tras su espeso mostacho, soltando la mano que entrelazaba amorosamente con la de su compañera, levantándose del asiento y saludando. Al instante, la gente corresponde con una ovación.

Y ese es el pie para tu entrada.

Ni siquiera va a presentarte. Lo habéis pactado así. Es crucial que el público te preste la mínima atención, que te catalogue desde el primer momento como *algo prescindible*. Tiene que pensar que tu única función como ayudante es conducir hasta el centro del escenario el carrito de la pecera y quedarte allí, sosteniendo una toalla para que Julien pueda secarse al concluir *su* gran número.

El público tiene que fijarse en los peces y no en ti.

Por eso Julien ha ordenado instalar un potente foco bajo el carrito, que ilumina la pecera desde abajo. Por eso tú llevas en estos momentos ese vestido tan discreto, del mismo tono del decorado del fondo y de la toalla que sostienes. Debes fingir que no eres más que una sombra irrelevante que no merece ni un segundo de atención. Eso es. Sigue empujando el carrito sin perder de vista el suelo. No mires al público. No mires a Julien.

Algo prescindible.

Esa fue la expresión exacta que usó.

Llegas al punto marcado con una X y te detienes. Un murmullo general recorre el teatro. Julien, tan quieto como su muñeco, espera pacientemente a que se extinga por sí solo, deja que la gente acabe fijando la mirada en la hipnótica pecera iluminada y contenga el aliento, preguntándose qué va a ocurrir a continuación. Notas que las manos te sudan y no entiendes por qué. Es imposible que algo salga mal. Lo has practicado cien, mil veces, hasta en sueños. Das un paso atrás y te vuelves aún más invisible.

—¿Qué es lo que distingue al ser humano de un muñeco? —continúa Julien—. ¿La textura de su piel? ¿La mayor perfección de sus movimientos? ¿Lo que llamamos *alma*? Todo esto es cierto y, sin embargo, ¿quién no ha oído hablar de casos en los que la naturaleza cometió un terrible error y trajo al mundo a personas atrapadas en cuerpos monstruosos? —Mientras sigue hablando, en alguna parte se pone en marcha un proyector que traduce sus palabras en imágenes. El escenario se llena de nebulosos e inquietantes seres en blanco y negro que hacen soltar un hipido de aprensión al público—. Les hablo del célebre Joseph Merrick, un vecino de Leicester enfermo de neurofibromatosis cuyos tumores por todo el cuerpo provocaron que fuera bautizado como el Hombre Elefante. Les hablo de Ahlisia Iskandarsya, la Niña-Árbol de Indonesia, que nació con largas raíces en lugar de dedos. O del gigante de

Finlandia, Väinö Myllyrinne, capaz de hacernos sentir habitantes del país de Lilibut. Si ellos han existido de verdad, ¿tanto cuesta creer que Neil puede estar vivo?

Julien se encuentra ahora a un par de pasos de ti. Se ha colocado junto a la pecera. Va bien de tiempo. Hay cosas que el público no tiene por qué saber, pero tú sí. Sabes que justo antes de iniciar su breve (necesariamente breve) discurso sobre la deformidad ha pulsado el reloj oculto en el pecho de Neil. Sabes que a partir de ese instante solo disponía de un minuto. Has ido contando mentalmente: ahora le quedan dieciocho segundos. Diecisiete. Sabes que acaba de sembrar la duda en una parte del público. Que algunos, por absurdo que parezca, empiezan a mirar a Neil de otro modo, preguntándose si existe una remota posibilidad de que haya sangre circulando por sus venas.

Catorce, trece.

—¿Cuesta más creer eso o que un hombre pueda transmitir su voz bajo el agua? —pregunta Julien—. Medítenlo, porque esta noche van a tener que escoger.

Piensas: «Ya está. ¡Hazlo!».

Toma una profunda bocanada de aire y sumerge la cabeza en la pecera.

Justo a tiempo.

Al instante, Neil parpadea. Una, dos, tres veces. Gira la cabeza a un lado, al otro. Ve a Julien. Y entonces, ante un murmullo de asombro general, empieza a hablar.

—¿Se puede saber qué haces con la cabeza en el agua? ¿Tan malas crees que van a ser las críticas?

No estás nerviosa porque tienes la absoluta certeza de que nadie te mira. Están pendientes al cincuenta por ciento de los dos protagonistas. La parte infantil se deja maravilliar por el prodigio de ver a Neil hablando por sí mismo, desea creer con toda su alma que en este mundo existen seres vivos con apariencia de muñecos de ventrílocuo. La parte adulta no pierde de vista la pecera, escudriña ansiosamente el rostro de Julien rodeado de peces, tratando de descubrir dónde está el *truco*.

Ves a Julien mover los labios sutilmente bajo el agua, lanzando el anzuelo para que los más observadores creen que han descubierto la conexión.

Fue idea tuya.

—¡Eso se avisa! —gruñe Neil—. Habría cambiado a esos estúpidos peces por pirañas. Con un poco de suerte, en vez de Julien l'Extraordinaire te llamarían Julien, El Cara Desollada. Veríamos quién es entonces el error de la naturaleza.

Se oyen carcajadas y aplausos, corroborando la teoría de Julien de que un chiste sádico siempre funciona.

Tú no has parado de contar. Sabes que Julien lleva treinta y cinco segundos aguantando la respiración. Como mucho resistirá sesenta más, tal vez setenta. Después, sacará la cabeza del agua, cogerá la toalla que le tiendes, se secará con ella, te la devolverá sin mirarte y, mientras tú abandonas discretamente el escenario, se

reunirá con Neil, cruzarán sus últimas frases, saludarán, el teatro entero se pondrá en pie para aplaudir y el número habrá concluido.

Neil suelta otro chiste ingenioso. Nuevas risas.

Te llegan voces airadas desde un lateral del escenario. Echas un vistazo fugaz y logras distinguir al faquir y a la gitana enzarzados en una discusión con alguien que queda oculto por la oscuridad. Te preguntas qué estará ocurriendo.

Cincuenta y tres segundos.

Julien vuelve a mover los labios fingiendo que puede hablar bajo el agua. A lo mejor todo se reduce a creerle o no. A cara o cruz.

Eres mi vida.

Eres algo prescindible.

Entonces sucede algo que no habíais previsto: se acerca una sombra a toda prisa. Al principio solo la intuyes por el rabillo del ojo y crees que es humana, pero te vuelves hacia ella y un escalofrío te recorre el espinazo y te deja atenazada por el miedo.

Es Gápanemé.

Ha envejecido, pero sigue siendo el mismo, incluso más hábil en el juego, porque a pesar de la distancia y del tiempo transcurrido ha conseguido seguir tu rastro hasta aquí.

Está furioso.

Oyes la tarima que cruje bajo sus pisadas. Anda erguido majestuosamente, tal y como cuenta la leyenda que hizo frente al valeroso Tércio. Se mueve igual que un hombre, pero no conseguirá engañarte, a ti nunca, hace tiempo que jugáis vuestra partida, has aprendido a anticipar todos sus movimientos y sabes lo que ha venido a hacer. Reconoces el brillo lunático de su mirada de jaguar, los ojos rabiosos, amarillentos, enloquecidos, que te atraviesan como una lanza, pasan a través de ti como si no existieras.

Piensas: «Me huele pero no puede verme».

Soy invisible.

O tal vez, simplemente, has dejado de importarle, como a todo el mundo.

Julien, que no puede verle desde el fondo de la pecera, abre y cierra la boca sin soltar palabra.

El público contiene el aliento, creyendo que se trata de un giro más del espectáculo.

Gápanemé surge de la nada (ahora comprendes las voces que has oído antes, te imaginas al faquir y a la gitana despedazados, muertos inútilmente) y, antes de que puedas reaccionar, pasa junto a ti como una exhalación y se lanza sobre Julien, lo agarra por el cuello con sus poderosas zarpas y comienza a estrangularlo.

Soy invisible.

Ves a Julien agitando los brazos, intentando sacar la cabeza del agua. Pero sabes que es inútil, que no va a conseguirlo. Los peces le siguen rodeando, son como satélites, como notas musicales de colores vivos que marcan un tempo cada vez más acelerado: rojo-anaranjado-blanco, rojo-anaranjado-blanco, rojo-anaranjado-blanco.

De pronto te das cuenta de que Julien te mira fijamente.

Mueve los labios, como si tratara de decirte algo.

Eres mi vida.

Te quedas ahí de pie sin hacer nada, inmóvil, con tu discreto vestido del mismo tono que el decorado del fondo, invisible para todos menos para ti misma, contemplando esa sobrecogedora escena como si no estuviera sucediendo en realidad, como si fuera una película que dejará de existir en cuanto se enciendan las luces de la sala, un sueño que olvidarás nada más despertar.

Neil vuelve a abrir la boca. Nada.

Ochenta. Ochenta y uno. Ochenta y dos.

Buscas los ojos de Julien, pero no hay modo de encontrarlos.

Rojo-anaranjado-blanco. Malditos, malditos peces.

Noventa. Noventa y uno.

Deja de luchar. Aún le queda un hilo de vida, pero no basta para sostenerlo. Los brazos le cuelgan. El cuerpo se desploma como un saco, arrastrando en su caída el carrito y la pecera, que se hace añicos contra la tarima. Castañetean los minúsculos cristales como una repentina lluvia de granizo.

Sientes que el agua te moja los tobillos.

Ves un pececito rojo que brinca como un extraño saltamontes sobre tu pie derecho y lo mueves, agitas ligeramente el pie para apartarlo.

Entonces Gápanemé te ve.

Se queda mirándote.

Aunque ya no, ya no es Gápanemé, el muy astuto ha cambiado de forma (es parte de su poder mágico, eso también lo cuentan las leyendas) y ahora finge ser tu padre, tu querido padre, que te mira como suplicándote perdón por lo que ha hecho, parece triste, arrepentido, y de pronto ya no sabes si las lágrimas empañan sus ojos o los tuyos.

Cuentas mentalmente ciento quince. Ciento dieciséis. El público está indeciso. Contemplan extrañados a Neil, que pestañea un par de veces pero no dice nada. Miran con impaciencia a Julien, esperando que de un momento a otro se incorpore y vuelva a iluminarlos con su sonrisa de siempre. Pero él no parece estar por la labor. Entonces, por primera vez, se vuelven hacia ti, como preguntándose si piensas hacer algo.

Ciento treinta.

No te queda tiempo ni para recordar los buenos momentos que pasasteis juntos: la

mañana en que subisteis aquella gigantesca bola de nieve a lo más alto de la torre Eiffel. Las cosquillas que le hacías de pequeña para poder tumbarle en el suelo y derrotarle. Entonces era mucho más sencillo jugar al tramposo juego de Gápanemé. Ahora sabes que no hay ganador posible, que ambos sois las víctimas. Tomas aire poco a poco y separas un milímetro los labios.

Y es Neil quien dice:

—¿Por qué lo has hecho? ¡Julien era mi vida! ¿Qué voy a hacer sin él?

Se produce un silencio absoluto en la sala.

Él (el depravado jaguar, prisionero de su propio ardid, atrapado para siempre en el inocente cuerpo de tu padre) no puede responder porque no hay respuesta o porque hay demasiadas. Le ves agachar la cabeza, derrotado. Sientes lástima por él. Le quieres. Le odias con todas tus fuerzas.

—¡Largo de aquí! —grita Neil—. ¡No quiero volver a verte! ¡Huye, huye donde nadie pueda encontrarte!

Te cuesta entender por qué obedece tan rápido. A lo mejor es que, al volverse humano, puede percibir el miedo. A lo mejor ha comprendido, como tú, que es la única salida para salvaros a los dos.

Le ves alejarse corriendo por el pasillo sin mirar atrás.

Cierras los ojos un segundo y, cuando los abres, ya no está.

De algún modo, sabes que no volverás a verle. Sabes que le has perdido para siempre, igual que a Julien.

Una parte del público se pone en pie para aplaudir.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Te sientes triste, profundamente triste, desorientada, como borracha. No sabes qué hacer. A lo mejor deberías coger a Neil, inclinarte y saludar. Sí, es posible que debas hacerlo. En el escenario no queda nadie más.

El juego ha terminado.

Epílogo

«—¿Qué puede significar eso? —dije yo, jadeando.

—Significa que todo ha terminado —contestó Holmes—. Y quizás, a fin de cuentas, es lo mejor que ha podido ocurrir».

Arthur Conan Doyle, «La banda de lunares»,
en *Las aventuras de Sherlock Holmes*

«... y la obstinación es quizás en definitiva la única cualidad humana valiosa no solo en la profesión policial, sino al menos en todas las que tienen que ver con el concepto de *verdad*».

Michel Houellebecq, *El mapa y el territorio*

«Uno nunca termina de leer, aunque los libros se acaben, de la misma manera que uno nunca termina de vivir, aunque la muerte sea un hecho cierto».

Roberto Bolaño, «Dentista», en *Putas asesinas*

Mi padre murió de un modo tan discreto como había vivido. Una de las enfermeras de la residencia fue a despertarle a las siete y media de la mañana, igual que todos los días, y ya no pudo hacer otra cosa que cerrarle los ojos. Según los documentos oficiales había nacido en París en 1930; es decir, que en el momento de su defunción tenía ochenta y dos años, aunque eso sería discutible. Para mí, mi padre comenzó a morir cuatro años antes, el día en que le diagnosticaron esa enfermedad que hizo que se le fuese gangrenando la memoria hasta convertirlo en una especie de confuso viajero en el tiempo, un habitante del pasado atrapado en un presente que a duras penas reconocía.

Trabajó cuarenta y cuatro años, más de la mitad de su vida, en Can Sanpere, la última fábrica textil que quedaba en Premià de Mar, el pueblo cercano a Barcelona donde nacimos y donde seguimos viviendo mi hermana Rosa y yo. Era el carpintero del primer turno de mañana. Uno de mis primeros recuerdos es el estrépito del despertador a las cuatro de la madrugada, irrumpiendo como una boya roja en las plácidas aguas turquesa del sueño. Oía a mi padre pararlo enseguida, como si ya llevara rato despierto esperando a que sonase. Le oía levantarse de la cama y toser (no dejó de fumar un pestilente tabaco sin filtro hasta que yo cumplí los veintitantos), meterse en el baño y cerrar por dentro. En casa de mis padres todas las puertas del primer piso tenían pestillo. Luego oía correr el agua de la ducha. En ese punto, invariablemente, volvía a dormirme.

Los estudios se fueron complicando y en vísperas de exámenes empecé a levantarme a las cuatro yo también. Hablábamos poco. Si coincidíamos en el pasillo, nos limitábamos a saludarnos con un gruñido. Yo metía la cara bajo el grifo para espabilarme y bajaba al comedor a librar mi batalla con las libretas de apuntes que tocasen ese día. De vez en cuando le oía trastear en la cocina: el escandaloso cajón de los cubiertos abriéndose y cerrándose, el crepitar del papel de aluminio con el que envolvía el bocadillo, el silbido de la cafetera. Lo imaginaba sentado a la mesa, vestido con su camisa y su pantalón azul marino (el uniforme de Can Sanpere), saboreando el café corto y sin azúcar. Dando profundas caladas al primer cigarrillo del día, del que siempre decía que era el mejor, el único con el que disfrutaba realmente.

Un día me acerqué a la cocina, decidido a hacerle la pregunta que me rondaba desde hacía tiempo.

—Papá, ¿por qué te levantas siempre tan pronto?

Él me miró como si acabase de descubrir que tenía un hijo tonto.

—Empiezo a trabajar a las cinco. ¿A qué hora quieres que me levante?

—No me refiero a eso —dije—. La abuela es famosa. Seguro que tiene mucha pasta. ¿Por qué tienes que hacer de carpintero?

—Ah, ya. —Dejó de mirarme y se puso a contemplar la taza de café, como si

fuera un objeto extraordinario—. Digamos que tu abuela y yo llegamos a ese acuerdo. Yo no me meto en su vida ni ella en la mía. No nos va mal así.

Veinte minutos antes de que dieran las cinco, puntual como un reloj, venía a despedirse. Yo fingía seguir concentrado. Él entraba en silencio en el comedor y me dedicaba un gesto, no gran cosa, me alborotaba el pelo o apoyaba unos segundos su mano en mi hombro, algo que yo interpretaba como el signo evidente de que se sentía orgulloso de mí.

Antes de irse, solía decirme:

—Mucha suerte, bicho.

Más adelante supe que mi bisabuelo también llamaba así a Sión, y deduje que ella debió de llamárselo a mi padre.

Bicho.

Me cuesta imaginármelo de niño. Le veo con tres, cuatro, cinco años, en esas antiguas fotos en blanco y negro acompañado de Sión y de Maurice con las calles y jardines de París al fondo. Reconozco su flequillo rebelde, derramándose como una mancha de alquitrán sobre una de sus cejas, su mirada pícara, los hoyuelos a ambos lados de esa sonrisa burlona que, años más tarde, mi madre compararía con la de Glenn Ford. Sé que es mi padre de pequeño, pero la consola de mandos de mi mente no consigue que el adulto al que yo conocí encaje en el cuerpo de ese renacuajo de aire indefenso. Lo he hablado con mi mujer y mis amigos y a todos nos ocurre lo mismo: recordamos a nuestros seres queridos con el aspecto que tenían en un momento muy concreto de sus vidas. Da igual el tiempo que transcurra. Para mí, mi padre siempre tendrá el rostro y la vitalidad que tenía en 1970, cuando yo tenía ocho años y él, cuarenta, cuando pensaba que en todo el mundo no podía existir nadie más genial que él.

Una semana después del funeral, mi hermana y yo volvimos al hogar de nuestra infancia. Se encontraba en el número 19 de la calle Sant Agustí, en esa zona del pueblo que la gente se empeña en seguir llamando el Barrio de los Pescadores, aunque ni uno solo de sus vecinos se gane ya la vida pescando. Era una de esas casas antiguas de dos plantas, techos altos y paredes gruesas. En la planta de abajo había un cuarto con vistas a la calle que cumplía las funciones de trastero, despacho y sala de juegos, un comedor con chimenea que daba al patio de atrás y una cocina enorme, con una mesa para cuatro igual de espaciosa que la del comedor, azulejos de color celeste y una ventana con visillos blancos sobre el fregadero. Arriba se encontraba el país de los pestillos: los tres dormitorios (dos interiores y el de matrimonio, con salida a una pequeña terraza) y el cuarto de baño.

Hacía cuatro años que nadie habitaba la casa, lo lógico hubiera sido alquilarla o venderla, pero mi padre se había negado a entrar en razón.

«Es la casa donde nacisteis. Donde murió vuestra madre. Cuando yo falte, haced

con ella lo que os dé la gana. Como si queréis prenderle fuego. Pero hasta entonces, prometedme que vais a dejarla como está».

Cumplimos la promesa a rajatabla. Un par de veces a la semana mandábamos a Patricia, la asistenta de mi hermana, para que fregara el suelo y quitara el polvo de los muebles. Al principio lo hacíamos por papá, para que lo encontrara todo en condiciones los días en los que se animaba a salir de la residencia de ancianos y visitaba su antiguo barrio. Luego, cuando su mente se borró como una palabra escrita en la orilla de una playa, cuando ya ni siquiera era capaz de reconocer a su familia, a sus hijos, a sus nietas, seguimos sin desprendernos de la casa. Continuamos pagando todos los recibos, incluso el del teléfono, aunque nunca hubiera nadie a quien llamar ni nadie que respondiera. Mi hermana comenzó a llamarla El Museo, y en cierto modo es lo que era. Mientras el mundo entero se iba llenando de muebles funcionales, luces halógenas e hipnóticos aparatos electrónicos, allí seguía siendo todo exactamente igual que en nuestra infancia. Los apliques en forma de globos de cristal en los pasillos. El cuadro al óleo de la torre Eiffel sobre la chimenea. El cenicero de pie dorado. Los tapetes de ganchillo en el reposacabezas del sofá de cuero.

Mi hermana acabó rescatando el amarillento vestido de boda de mamá y los álbumes de fotos (que no eran muchos, hay matrimonios que pierden todo interés por capturar instantes de la vida en cuanto el último de sus retoños alcanza la adolescencia). Yo no tenía intención de llevarme nada, pero encontré algo en el armario de mi antigua habitación. Era una caja de cartón que no recordaba haber visto nunca ahí. Tenía forma cúbica, de unos sesenta centímetros por lado, y estaba minuciosamente sellada con tiras de cinta adhesiva. Pesaba mucho, tuve que hacer un esfuerzo para cogerla y dejarla encima de la cama. Entonces vi que en la parte frontal había una palabra escrita con un rotulador rojo muy grueso:

Sión

A pesar de que estaba en mayúsculas, reconocí la letra de mi padre.

Aquella misma noche llamé a Teresa, mi agente literaria. Una vez me dijo que podía contar con ella para todo pero solo hasta las once de la noche, que nunca la llamara después de esa hora. Eran las once y cuarto, pero decidí arriesgarme. Respondió al tercer pitido.

—Hola, Pep.

—Siento llamar tan tarde. ¿Podemos hablar? Es importante.

—Claro. No estaba haciendo nada.

—Me estoy planteando cambiar el enfoque del libro —dije.

—¿Otra vez?

—Es que hoy he encontrado algo en casa de mis padres. Una caja con papeles de Sión.

—¿Qué tipo de papeles?

—Un poco de todo. Fotos que no había visto. Programas de mano de sus espectáculos. Recortes de periódico ordenados por fechas. Está el guión manuscrito de su primera actuación en *La Lune Magique*...

—Eso está muy bien, pero no veo que...

—Hay algo más. Un libro de memorias.

Dejé que Teresa encajara el impacto. Era como si pudiese verla frente a mí tratando de procesar los cambios que ese elemento inesperado podía producir en el mapa del tiempo, conteniendo el aire en sus pulmones, cinco, diez segundos.

—¿Me estás diciendo que has encontrado las memorias de tu abuela?

—No exactamente. De ahí el cambio de enfoque.

El problema era que el libro que tenía que escribir (que ya debería estar terminando, en teoría) era un encargo. Cuatro meses antes, a principios de julio, había conocido a J. J. Kully en el transcurso de una fiesta en la terraza del Hotel Casa Fuster de Barcelona. He olvidado qué se celebraba. No así el verdadero apellido de Kully, que era Cullerell, ni el significado de las dos jotas, que era Jorge Javier. Al parecer, él estaba convencido de que ese *tuning anglosajón* (sic) del nombre le proporcionaba una imagen *global* muy útil para su trabajo. Igual que vestir con *blazers* de Love Moschino de quinientos euros (y sí: me dijo el precio). En resumen, era un completo imbécil proveniente del mundo de la publicidad que se enorgullecía de responder «Tuits de amigos» cuando un periodista le preguntaba qué estaba leyendo. Pero eso no había sido obstáculo para que metiera sus zarpas de oro en el negocio editorial.

A sus treinta y pocos era uno de los cuatro socios fundadores de D&D (Dioses y Demonios), un nuevo sello especializado en exprimir con estilo las vidas de los grandes iconos del mundo del espectáculo. Todos los productos de D&D eran esencialmente *cool*: papel cuché de calidad, textos en inglés, francés y castellano y fotos concebidas para convertirse en *wallpaper* HD de un iMac de 27 pulgadas. Con sus dos primeros títulos, dedicados a Penélope Cruz y a George Clooney, acababa de arrasar en la Feria del Libro de Madrid.

Mi primera sorpresa fue que J. J. hubiese leído una de mis novelas, *La vida en siete minutos*. La segunda, que fuera lo bastante listo como para hablarme de ella sin dar la impresión de que trataba de hacerme la pelota. A lo mejor las vistas desde la terraza del hotel eran hipnóticas, con esa despiadada catana del Passeig de Gràcia de Barcelona abriendo la ciudad en canal, de un solo tajo. O el vino tinto que servían empezó a parecerme aceptable a partir de la tercera copa. O a lo mejor, simplemente,

acababan de echarme de mi último trabajo y necesitaba el dinero con urgencia. El caso es que seguí escuchando a aquel payaso de diseño, dejé que me contara su idea de publicar la biografía *definitiva* de Sión aprovechando que en 2012 se cumplía el centenario de su nacimiento y volvía a estar *de moda*. A los veinte minutos ya me había comprometido a entregarle un texto de ciento veinte páginas antes de fin de año.

Hice lo que hago siempre antes de ponerme a escribir: comprarme una libreta de espiral con las cubiertas negras y las páginas de papel de acuarela, y empezar a atiborrarla de frases sueltas y dibujos.

Para empezar, escribí Sión en quince tipos de letra distintos. En realidad, mientras lo hacía, pensaba en lo que haría al pasar a la siguiente página. Lo hice, pasé página y me puse a versionar uno de los primeros recuerdos de mi infancia. Me dibujé con mi rostro actual de calvo cincuentón y el cuerpo encogido de un bebé de poco más de un año, sentado en las rodillas de una maternal Sión que intentaba introducirme en la boca una cucharada de papilla. Dibujé al fondo una pequeña caja con botones, la tele de la calle Sant Agustí.

Escribí al pie: «Enero de 1964. Suena sintonía de *Bonanza*».

Miré el conjunto, suspiré y añadí una nube de pensamiento que salía de mi cabeza: «¿Cómo es posible que recuerdes eso, embustero? ¡Ni siquiera andabas!».

Rápidamente, pasé a la siguiente hoja y caricaturicé al conejo Soni Lapin con esmoquin negro y recogiendo un óscar. Le puse ojos de camaleón y un bocadillo de cómic que decía: «Me gustaría creer en Dios para darle las gracias, pero solo creo en Sión Bras». Incluso me planteé comenzar así el libro. El 21 de marzo de 1994, mi padre ve a Fernando Trueba recoger el Óscar a la mejor película de habla no inglesa por *Belle Époque*, se queda dormido en el sofá y sueña con el muñeco de su madre muerta.

O con otra escena, ocurrida veinte años antes. Yo me acerco tímidamente a la cocina y le pregunto a mi padre por qué tiene que trabajar tanto si mi abuela es rica y famosa. Y él responde:

—Digamos que tu abuela y yo llegamos a ese acuerdo. Yo no me meto en su vida ni ella en la mía. No nos va mal así.

Enseguida deseché la idea. El punto de vista es una parte fundamental del relato, y aquel tenía que ser un libro sobre Sión, no sobre mi padre.

Además, a nadie le interesa por qué mi padre acabó trabajando de carpintero siendo, como era, el hijo de una artista de fama internacional. Digamos que en un punto de sus vidas, por alguna razón, tomaron senderos opuestos.

Digamos que esa era otra historia que no me apetecía contar.

Iba por la mitad de la libreta cuando tuve la primera buena idea, o al menos eso me pareció entonces. Arrancarí el libro con uno de los momentos más

universalmente recordados de mi abuela, su actuación en el Royal Albert Hall de Londres en 1954. Había más de ocho mil personas de público. Entre ellas, tres que llamaban especialmente la atención: Isabel II, recién coronada reina de Inglaterra, y sus hijos Carlos, de seis años, el heredero al trono, y Ana. Días más tarde se filtró a la prensa que a Carlos le volvía loco Soni Lapin, que nunca se perdía su programa de televisión y que había sido él quien había insistido a su madre para ir a ver el espectáculo. Pero Sión no podía saberlo cuando dijo que necesitaba un voluntario, señaló rápidamente hacia el palco real y dijo sonriendo:

—Por ejemplo, ese pequeño con cara de travieso.

A mediados del siglo pasado, llamar «travieso» en público a su alteza real el duque de Cornualles, duque de Rothesay, conde de Carrick, barón de Renfrew y señor de las Islas debió de sonar a poco menos que subversivo para algunos oídos británicos. Aun así, Carlos acabó aceptando el desafío.

«Carlos el Travieso se divierte», tituló en portada *La Vanguardia*, con una foto a tres columnas donde se ve al futuro príncipe de Gales partiéndose de risa en medio del escenario, como haría cualquier crío de su edad, con las tonterías del conejo más popular de la televisión de los cincuenta. Sión lleva un vestido blanco hasta los pies y el pelo suelto, derramado sobre los hombros. Casi parece una chiquilla. Nadie diría que su hijo, mi padre, ya la había hecho abuela, pero las fechas no mienten.

Mi hermana había nacido dos años antes.

Nació, como ya he dicho, en Premià de Mar. Y eso, tanto mi hermana como yo, se lo debemos indirectamente a Maurice. Cuando sintió que le quedaba poco tiempo en este mundo le pidió un último deseo a Sión: que abandonaran París, ciudad a la que ya no le ligaba nada (excepto, quizás, la rutina de llevar flores todos los domingos a la tumba de su hija, fulminada según la medicina de un ataque al corazón, y nunca mejor dicho), y se fueran a vivir a Barcelona, la ciudad de Gaudí, la que había despertado en él al soñador.

Eso ocurrió en 1942, otro año terrible para la historia de la humanidad. Mires por donde mires, todo es guerra. Los alemanes llegan hasta Stalingrado. Japón invade Birmania y Singapur. Rommel se convierte en el Zorro del Desierto. A principios de junio, tropas de las SS llegan al pueblo de Lídice, toman prisionera a la población, la ejecutan y arrasan el pueblo. Solo muy de vez en cuando hay sitio para una buena noticia. Camus publica *L'étranger* y Cela, *La familia de Pascual Duarte*. Goicoechea diseña el Talgo. Helmut Kruger realiza la primera grabación estereofónica. Y Sión, que ya es una estrella de la ventriloquia y puede permitírselo, le concede ese último capricho a su querido abuelo y se muda a Barcelona.

Compró una casa de dos plantas enfrente mismo de la Casa Batlló. Maurice solo tenía que descorrer los visillos de su dormitorio para contemplarla.

Estaban descorridos cuando murió al año siguiente.

Mi padre tenía trece años. A los veinte cogió el tren de la costa, se alejó veinte kilómetros de Sión, comenzó a trabajar en Can Sanpere y conoció a mi madre. Ese fue el sendero que escogió.

Llamé a J. J. Kelly y le expuse mi idea de empezar con la actuación de Sión en el Royal Albert Hall. Le dije que me parecía una situación muy potente y *literaria*, que podía sacar jugo a ese momento histórico usando técnicas novelescas, describiendo el ambiente glamuroso de la noche del estreno, la orquesta de treinta músicos que recibió al público, los comentarios expectantes de algunos famosos que ocuparon las primeras filas (como David Niven, que acababa de obtener un Globo de Oro por su papel en *La luna es azul*, de Otto Preminger, y del que se rumoreaba que estaba locamente enamorado de Sión porque le recordaba a Primula Susan Rollo, Primmie, su primera mujer, la madre de sus dos hijos, el amor de su vida, muerta en un absurdo accidente mientras jugaba al escondite, a los veintiocho años, en casa de Tyrone Power). Le dije que me imaginaba a la princesa Ana con su aspecto de rubio querubín sin alas dando gracias cabezadas en el palco. Y a Carlos inquieto a su lado, sudoroso, segundos antes de que se alzase el telón. Le anticipé que, seguramente, acabaría contándolo todo en primera persona, como si fuera Sión la que lo estuviese viviendo. Y que, de pronto, los aplausos del público de 1954 se fundirían con los de 1930, y Sión recordaría esa mítica, lejana y trágica noche en el Théâtre des Étoiles en la que su antigua vida murió para dar paso a la nueva.

J. J. no parecía muy impresionado.

—No sé qué decirte, Pep. Si lo ves claro, adelante, escríbelo, el autor eres tú. Pero yo intentaré captar la atención de los lectores con algo más directo y cotidiano, más *cercano*. Sión era tu abuela. Tú la conociste, sabías cómo era realmente. Me da rabia que renuncies a ese potencial por una anécdota que todo el mundo ha oído ya un millón de veces y que cualquiera podría contar.

Cualquiera.

Esa palabra me dolió como una bofetada. Me hizo sentir idiota por no haberme dado cuenta hasta entonces de por qué esa boa constrictor disfrazada de Love Moschino me había escogido a mí para escribir el libro.

Sión era mi abuela.

Yo llevaba su mismo apellido. Quedaría impactante en la portada: *Bras por Bras*. Eso, por sí solo, justificaba ese cheque de adelanto de cinco mil euros que yo ya me había pulido en reparar un escape del cuarto de baño, un par de cenas en familia y un MacBook Pro de 13 pulgadas para mi hija.

Pensé en eso y le dije a J. J.:

—Deja que le dé una vuelta.

—Estupendo. No dudes en llamarme cuando tengas algo.

—Claro.

Y colgué.

Volví a abrir la libreta de espiral. Busqué una hoja en blanco. Escribí Sión en cinco tipos de letra distintos y pasé a la página siguiente.

Tú la conociste, sabías cómo era realmente.

Me quedé contemplando el papel sin manchar, tratando de recordar la última vez que hablamos, justo antes de su accidente de coche. Yo tenía trece años. Sión había venido a visitarnos después de varios meses de gira por Europa y Sudamérica. Mi hermana Rosa hacía tiempo que no vivía con nosotros (se casó joven y precipitadamente con un primer marido que no la merecía) y mi padre aún no había regresado de la fábrica. Mamá estaba en la cocina, preparando un estofado de buey cuyo delicioso aroma se extendía por toda la casa. Sión y yo, sentados a la mesa del comedor, veíamos en silencio uno de los dos únicos canales que había en la tele, cuando oí cómo le rugían las tripas.

—Maldita sea, has descubierto mi secreto —murmuró muy seria—. En realidad no soy ventrílocua. Es que de pequeña, cuando vivía en la selva, me tragué un león vivo e hicimos un pacto: desde entonces, él habla y, a cambio, yo le suministro comida.

Volvió a oírse el rugido y nos reímos. Realmente parecía un león hambriento, como el de la Metro.

—Sión —le pregunté de pronto—, ¿por qué no te gusta que te llame abuela?

Ella arrugó la frente, pensativa.

—No lo sé. Tengo la impresión de que la sociedad, que si te paras a pensarlo es una palabra femenina inventada por los hombres, intenta decirnos a las mujeres lo que somos en cada momento de nuestra vida: al nacer somos las *hijas* de alguien, crecemos, nos salen tetas y caderas y nos convertimos en las *radiantes novias*, y luego en las *sumisas esposas*, y si todo sale según el plan previsto, en las *afortunadas madres* de un precioso bebé que, con suerte, heredará nuestra belleza, además del temperamento de su padre. Misión cumplida. Total, que si entras en ese juego, acabas creyéndote que la última parada es la de *entrañable abuela*, a la que apenas le queda nada por hacer, excepto convertirse en un *llorado cadáver*. —Hizo una pausa, y ambos sonreímos al oír un nuevo gruñido del león—. Tú haz lo que te dé la gana, Pepito, pero mi consejo es que a las mujeres de tu familia, a todas ellas, las vivas y las muertas, por respeto, las llames siempre por su nombre. Catarina, Isabelle...

Mamá salió de la cocina en ese momento. Iba cargada con la humeante cazuela de estofado.

—A mí sigue llamándome mamá —gruñó.

Son las dos mujeres más distintas que nunca he conocido. Sión, la *afortunada madre*, y María, la *sumisa esposa* de ese hombre con flequillo rebelde, ojos pícaros y sonrisa de Glenn Ford que pasó por este mundo tan discretamente.

Decidí que empezaría así y anoté en la libreta: «Capítulo 1: Sión, no abuela».

Al día siguiente, el despertador empezó a sonar a las cuatro. Lo paré enseguida, como si llevara un rato esperando, puse la cara bajo el grifo para espabilarme, me preparé un café corto y sin azúcar, encendí el ordenador y conseguí escribir un par de párrafos no demasiado buenos. A las ocho en punto llamaron de la residencia para decirme que mi padre había muerto.

Al final devolví hasta el último céntimo del cheque y J. J. Kully (Cullell, en realidad) se quedó con un palmo de narices.

Antes de tomar la decisión me había leído tres veces las memorias de mi bisabuelo. Son ciento cincuenta y siete páginas sin numerar, escritas con una caligrafía que nace meticulosa, delicada, y termina siendo el garabato ininteligible de una persona muy enferma a la que falla el pulso. Siguen metidas en el mismo sobre sin remitente en el que las encontré, y que alguien (mi bisabuelo seguro que no, la del sobre es otra letra más redondeada, de mujer) envió a esta extraña dirección:

Sión Bras
O show de Soni Lapin
Televisão em London
(Europa)

Es un milagro que llegara a su destino.

Hay nueve sellos en la parte superior derecha del sobre, todos idénticos y colocados en tres columnas de a tres. En cada uno se lee: «Brasil / *Correio aéreo*», y debajo, en letras más pequeñas, «*Campeonato Mundial de Futebol 1950*». En el centro hay una imagen del Estádio do Maracanã, el que se construyó para el campeonato en un tiempo récord de veintidós meses, el que fue bautizado como el más grande del mundo, con sus ochocientos metros de perímetro y una capacidad inicial para doscientas veinte mil gargantas de doscientos veinte mil espectadores. El que, según la leyenda, enmudeció hasta convertirse en una gigantesca cripta cuando Uruguay marcó el segundo gol y ganó la final al equipo anfitrión, el favorito.

¿Significa eso que mi bisabuelo regresó a Brasil? ¿Que acabó pasando el invierno de su vida en la tierra donde vivió sus años más felices?

Sinceramente, no lo sé.

Después de su precipitada huida del Théâtre des Étoiles nadie volvió a tener noticias suyas. La policía de toda Francia le buscó durante meses: realizó controles periódicos en las principales estaciones, registró por sorpresa cada albergue, detuvo sistemáticamente a todos los vagabundos que se le parecían. De haber sido llevado a juicio, el mismísimo presidente de la República habría subido al estrado para

señalarle con un dedo: «Señoría, yo estaba allí y puedo jurarlo: ¡ese es el monstruo que asesinó a sangre fría y con sus propias manos a Julien l'Extraordinaire!». Ni el más benévolo de los jueces habría dudado en condenarlo a la guillotina.

Pero no consiguieron encontrarle.

Tampoco puedo explicar eso.

Sus memorias terminan bruscamente en 1930 con la muerte de Julien y aquella rimbombante frase que suena a epitafio: «Los recuerdos son figuras de cristal que conservamos en botellas de nitroglicerina: es fácil que estallen en pedazos y nos hieran si no aprendemos a manejarlos con prudencia».

Miento; después de eso añade una palabra, una sola, la postrera súplica de un moribundo:

Perdóname.

Poco después de recibir el dinero del cheque de manos de mi agente, J. J. me llamó al fijo. Parecía más herido en su orgullo que decepcionado.

—¿Qué ha pasado? —fue lo primero que me preguntó.

Le dije la verdad, que había perdido todo interés en escribir una biografía.

Le dije que iba a hacer una novela.

En menos de dos meses acabé de planificar una primera versión del argumento. Fue bastante sencillo, porque no tuve que inventar nada. La historia entera estaba ahí, en el manuscrito de mi bisabuelo. El único cambio relevante consistió en dosificar la pesadilla recurrente de Joan a lo largo de toda la novela. En el manuscrito original, mi bisabuelo se refiere a ella en las primeras páginas y la describe como si fuera un delirio, una visión. En ningún momento dice que se trata de un sueño, sino que realmente lo ve:

Vi a una mujer con el pelo blanco como la nieve acercarse desde muy lejos, gimoteando como si no pudiera con su alma. La calle estaba a oscuras. Frente a mí había una iglesia con la imagen de un santo en la fachada. Era flaco y barbudo, vestía una humilde túnica y entrelazaba sus manos como si rezara. Tuve la impresión de que me miraba con tristeza, con piedad. De pronto oí disparos y la iglesia entera comenzó a arder ante mis ojos. Quise escapar, pero las piernas no me respondían. La luz de las llamas acababa de mostrarme que estaba rodeado de cadáveres, de hombres que sangraban por todos los agujeros de bala que cubrían sus cuerpos. Vi que tenía un fusil en la mano y lo solté. En ese momento reconocí al más joven de los muertos. Se volvió hacia mí, quiso contemplarme desde el más allá con sus vidriosos ojos de color castaño: «Juraste protegerme», murmuraron sus labios sin moverse. Me di la vuelta, asustado, y ahí estaba la mujer del pelo blanco, que me agarró por el brazo y se puso a sollozar: «¿Dónde está tu hermano?».

Así cuenta mi bisabuelo su visión. Ese es el arranque de su manuscrito, la gonzúa que ha escogido para hurgar en la curiosidad-cerrojo del lector, justo antes de que su antihéroe (él mismo) recobre el sentido y descubra que se encuentra en un ataúd enterrado vivo.

¿Por qué aquel extraño comienzo? No dejé de preguntármelo ni un solo día mientras daba forma al esqueleto de mi novela. ¿Qué escondía aquel sueño demencial, aquella alucinación, o lo que fuese, que parecía ser tan importante para mi bisabuelo?

Había otro detalle que me tenía aún más intrigado: lo poco que parecía afectarle su amnesia a lo largo de las ciento cincuenta y siete páginas.

Joan es un ser ligado a sus emociones. Un hombre capaz de amar apasionadamente, de enloquecer de celos, de hundirse en un profundo abismo de melancolía y sufrimiento cuando pierde a la mujer a la que ama. Un hombre así no renuncia fácilmente a su pasado. No renace a los veintidós años en un país extraño, sin recordar nada excepto su nombre, y se conforma con seguir viviendo como si tal cosa.

No es lógico.

Ni siquiera llega a plantearse qué hacía a bordo del Príncipe de Barcelona. Si viajaba solo o si, por el contrario, su mejor amigo, su esposa, unos hijos borrados de su mente reposaban ya bajo la tierra malsana de O Fogo do Céu.

Joan no es así. Se habría vuelto loco.

Habría hecho todo lo posible por averiguar quién era realmente. Tenía pistas. Su propio nombre. El idioma que hablaba. El puerto de origen del trasatlántico hundido. Todo parecía señalar hacia una misma dirección al otro lado del Atlántico: Barcelona. Solo necesitaba tirar del hilo en busca de su origen.

Un siglo después parece algo tan sencillo como empujar una ficha de dominó y ver caer las otras.

Pero no lo hizo.

Fue como si renunciara voluntariamente a su vida anterior a la mañana del 14 de agosto de 1909. Como si un sexto sentido le advirtiera que no mirase atrás.

Y yo seguía preguntándome por qué.

—¿Estás nerviosa?

No sé por qué le hice esa pregunta, supongo que por la misma razón por la que se hacen todas las preguntas estúpidas. A mi hija le encanta tocar el saxo, pero detesta hacerlo en público. Se pone mala. Además, esta vez no se trataba de otro concierto en el auditorio de su escuela, la municipal de música de Premià. Esta vez, Alba jugaba fuera de casa, en una iglesia de Barcelona: habría público *de verdad*, no solo familiares dispuestos a pasar por alto todos los errores.

Encontrar aparcamiento en el barrio de Gràcia suele ser una auténtica odisea, y esta vez no fue ninguna excepción.

—Ahí tienes un hueco —dijo Nana, mi mujer, cuando llevábamos cerca de media hora dando vueltas.

—No cabe.

—Inténtalo.

—Yo creo que no cabe.

—¡Mierda, papá! ¿Quieres meterlo de una vez?

Pasé por alto la palabrota y conseguí encajar el coche no sé cómo.

Era enero, la noche se presentaba helada y a medida que acelerábamos el paso a los tres nos iban saliendo por la boca nubes de vaho más y más grandes. Parecíamos tres antiguas locomotoras fugadas de sus raíles. Llegamos a la calle del Sol con el tiempo justo (desde lejos ya se oían los berridos de los instrumentos afinando) y cruzamos jadeando la puerta de la iglesia.

—¡Suerte, bicho! —intenté desearle a la sombra de mi hija, que ya había desaparecido en dirección al altar.

Eché un vistazo a mi alrededor y tuve una especie de *déjà vu*.

Por dentro, el templo parecía un clónico del de la plaza Sant Felip Neri, en el Barrio Gótico. Algo más grande, quizás. El mismo techo inalcanzable, sus mismas paredes mudas y grises, las arcadas laterales con balcones en el segundo piso y las vidrieras en la cumbre, a un palmo del cielo. El altar al fondo, abovedado, de estilo neoclásico. Me fijé en el fresco lleno de rostros piadosos y en el Cristo crucificado que parecía clavar su mirada agónica justo donde no había nadie, en un punto del pasillo central con bancos de madera a cada lado.

Nana localizó un par de sitios libres en la cuarta fila. Si hubiera sido un cine, más de uno nos habría mirado con rabia por tener que encoger las piernas a nuestro paso. Pero era una iglesia. Se supone que allí todo el mundo sonríe ante la adversidad; incluso la anciana de mi derecha, la del pelo violeta y los dientes escasos, mellados y negruzcos. Ella también me sonrió. Incluso un minuto después de haberme sentado seguía sonriéndome. Estuve a punto de pedirle a Nana que me cambiara el sitio, pero me contuve. Soy adulto. Había un programa de mano en la bandeja de enfrente. Lo cogí y fingí estudiarlo con un repentino interés:

ACTOS DE CELEBRACIÓN DEL 128 ANIVERSARIO

DEL ORATORIO DE SANT FELIP NERI

DE LA VILA DE GRÀCIA NORD.

Martes 8 de enero de 2013,

a las nueve de la noche,

concierto del Grupo de Ensemble

de la Escuela Municipal de Música de Premià de Mar,
con una selección de piezas musicales contemporáneas.

La anciana parecía haberse olvidado de mí.

Algunos músicos seguían afinando sus instrumentos. Llevaban tanto rato haciéndolo que el caos de ruidos que generaban empezaba a adquirir cierto sentido. Con una buena base rítmica y algo de marihuana habría podido colar perfectamente en algún festival de verano de música de vanguardia. Vi a Sergi, el profesor de mi hija, cuchicheando a sus alumnos las últimas consignas, casi parecía un entrenador de baloncesto en un tiempo muerto. Conté trece instrumentos en total: tres saxos altos (incluido el de Alba), dos tenores y un barítono; un trombón; dos clarinetes; dos flautas traveseras, una de pico y un bajo eléctrico. El bajista era el más *veterano*. Tendría unos dieciséis. Llevaba el pelo a lo Kurt Cobain y un *piercing* de plata en la nariz tan grande como un anillo de pulgar. Pillé a mi hija mirándole de reojo mientras lamía la caña de su saxo. La caña (o lengüeta) es una especie de palo de polo de menos de diez centímetros de largo que se inserta en la boquilla del instrumento y que, al vibrar, produce los sonidos. Por lo visto, es conveniente humedecerla justo antes de cada concierto, porque la materia prima con la que está fabricada, el *Arundo donax*, es particularmente sensible a las variaciones higrométricas, pudiendo deformarse cuando el aire es seco. Y eso afecta a los registros. A los *legatos*. A los *staccatos*. A los ataques pianísimos de notas sobreagudas. Afecta a toda la dichosa jerga musical. Dicho de otro modo: sin esa pequeña pieza en perfectas condiciones, el resto del saxo (los mil y pico euros de precioso metal cromado) resultaba ser un trasto completamente inútil.

La caña que Alba había embadurnado de saliva era una Vandoren del número 2 y cuesta menos de tres euros. Lo sé porque soy el encargado de comprárselas.

Pensé que era una precisa metáfora de cómo funciona nuestro patético mundo. Metales y lengüetas.

De pronto, Sergi se puso en pie, cogió la batuta de su atril y se volvió hacia el público.

—Buenas noches a todos y todas y muchas gracias por vuestra asistencia. Empezaremos con un tema de Hans Zimmer titulado *Rise*, de la película *El caballero oscuro, la leyenda renace*. Espero que os guste.

Sergi me cae bien. Le gustan más los tebeos que soltar largos discursos. Eso dice mucho a favor de una persona.

Se dio la vuelta otra vez y levantó ambos brazos al mismo tiempo. Al instante, sus trece alumnos se quedaron congelados como en una foto. Se hizo el silencio. Alguien decidido a romper el clima se puso a toser como si se estuviera ahogando.

Nana me apretó la mano con fuerza.

—Qué guapa es —me susurró al oído.

La batuta de Sergi asestó una cuchillada al aire.

Y entonces atacaron el bajo, el trombón y los seis saxos de golpe, y mientras todos los oídos estaban pendientes de la música, yo pensaba en que mi mujer tenía razón. Pensaba en que Alba, nuestra niña, mi niña, posee una belleza especial que a poca gente le pasa inadvertida. Físicamente es delgada y muy alta, hace un par de años que dejó atrás a su madre. El pelo, algo ondulado, le cae en cascada sobre los hombros, enmarcando unos ojos brillantes de color castaño oscuro y, sobre todo, su boca, sin duda la boca humana más grande del mundo, que cuando no está fabricando música parece estar siempre dispuesta a sonreír, como una ventana abierta a su espíritu radiante. Es una belleza que trasciende lo físico, que emana de su entusiasmo para acometer las cosas, de su risa con los compañeros, de su timidez a la hora de pedir permiso para casi todo, de su bondad y su inocencia. La vi aquella noche de pie frente a un centenar de espectadores, soplando como una posesa su Yamaha, y pensé que la vida nos había hecho un enorme regalo al concedérmola. Pensé en que Alba, mi niña, nuestra niña, era una entre un millón, y me pregunté si Joan debió de sentir aquella misma llamarada de orgullo paterno la noche en que fue a La Lune Magique y vio actuar a su hija por primera vez. En mi mente, los bancos del templo se desvanecieron, mutando en un montón de mesas atiborradas de clientes que vestían como en los años treinta. Y el aire se volvió denso. Y olía a tabaco, a vino tinto, al penetrante olor que desprende Montmartre cada vez que alguien pronuncia su nombre. (Montmartre significa algo así como «monte del martirio», en honor a san Dionisio, que fue decapitado allí en torno al año 250. No puedo evitarlo, son datos que mi mente acumula junto a absurdos estribillos de viejas canciones, el eslogan de un anuncio, la mancha en la bragueta que llevaba el camarero que nos atendió a mi mujer y a mí la primera vez que la invité a cenar en un restaurante de Arenys de Mar, hace más de veinte años. Ahí se concentra todo ese poso de suvenires inútiles que ocupan gigas y más gigas de mi memoria, robándole espacio, tratando de impedir que momentos verdaderamente importantes como el de aquella noche tengan cabida, puedan persistir en el tiempo.) En el escenario, Sergi y los demás músicos se habían volatilizado y Alba se encontraba sola. Solo que ya no era Alba, ahora era Sión.

Yo había visto centenares de fotos de mi abuela de joven, pero creo que hasta ese momento no reparé en lo mucho que mi hija se parecía a ella.

Entonces recordé cuánto había querido mi padre a Alba.

Pensé que le habría encantado estar allí.

Nana me apretó la mano con más fuerza.

Vi que sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

Cada uno canaliza la emoción a su manera.

Cuando salimos de la iglesia, la noche era gélida. Alba seguía dentro, comentando

la jugada con sus compañeros, así que tocaba esperar y hacer todo lo posible por no morir de frío. Hundir las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo. Evitar la congelación de los dedos de los pies dando saltitos y ocasionales pisotones en la acera. En cierto modo, ser padre consiste en eso, en hacer continuamente cosas que no te apetecen. Como hablar con otros padres a la salida de un concierto. Seguro que existe alguna App de *smartphone* diseñada para este tipo de situación. Tú te encuentras con los padres de una compañera de estudios de tu hija (no te caen ni bien ni mal, sencillamente no son amigos tuyos, ni siquiera recuerdas cómo se llaman, pero se supone que tenéis que hablar) y basta con que saques rápidamente tu móvil, ellos el suyo, conectáis la aplicación y se oye:

—Ha estado bien, ¿verdad?

—Mucho. Cada vez tocan mejor.

—Es cierto. —Leve pausa, silencio incómodo—. Ha estado muy, muy bien. Fantástico.

—Sí. ¿Qué tal le ha ido a vuestra hija en el primer trimestre?

—Bien, bien. No podemos quejarnos, ¿verdad, cariño?

—No.

—La verdad es que X —nombre de la hija del usuario del teléfono inteligente— es muy estudiosa. Todo notables y sobresalientes. Excepto en Educación Física, que le cuesta un poco más. ¿Verdad, cariño?

—Sí.

—Y a la vuestra ¿qué tal?

—Bien, bastante bien. Hace un poco de frío, ¿no os parece?

—Sí. A ver si no tardan mucho.

—Vaya. Y encima empieza a llover.

Hice lo que hace todo el mundo, por instinto, cuando caen cuatro gotas del cielo: levantar la vista. Entonces me fijé por primera vez en la figura de san Felipe Neri que decoraba la fachada de la iglesia. Representaba a un hombre barbudo, vestido de manera humilde con una larga túnica hasta los pies. Tenía la cabeza ligeramente ladeada a la derecha y las manos entrelazadas en actitud de rezo.

El cuarentón barrigudo que tenía delante (el que no era amigo mío, solo padre de la compañera de estudios de mi hija) también se quedó mirándolo, y debía de ser más creyente que yo, porque me pareció captar cierta emoción en su tono:

—Parece que nos mire, ¿verdad?

Un escalofrío me recorrió la columna.

Soy escritor. Mi mente no es mejor ni peor que la de los demás, pero está entrenada para ir almacenando cosas a las que pocos darían importancia. Vivo de recopilar toneladas de material de desecho por si algún día necesito recurrir a ellas: un gesto, un aroma, una sensación que tuve hace años. Puedo recordar al pie de la

letra frases que oí viajando en el metro, que leí en un libro que alguien me prestó o escuché en una película mientras besaba a una chica. Aquella noche ya llevaba semanas preparando la novela. Llenando la libreta de dibujos, ultimando hasta el más mínimo detalle del argumento, recopilando datos. Sabía cómo sería exactamente *Le Magnifique* y el vestido que llevaría Catarina en el día de su boda. A qué profundidad debería clavarse la hoja del puñal del Flaco para no convertir la novela en un relato corto. Tenía fotos del Darracq de Maurice. Del gramófono de Isabelle. De la figura de terracota de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida. Había escuchado a Caruso. Me había leído cinco veces las memorias de mi bisabuelo. Las había transcrito a formato Word. Las había impreso en papel y destacado algunas líneas en rojo, azul o amarillo, según su relevancia.

Mi no-amigo cuarentón acababa de recordarme una:

Tuve la impresión de que me miraba con tristeza, con piedad.

Así que era eso. Ahí estaba la respuesta a la pregunta que me tenía obsesionado.

De aquello huía Joan.

Me puse a temblar, y no era por el frío. Sentí un mareo, una especie de debilidad general. Bajé la vista. Junto a la puerta había una placa puesta por el Ajuntament de Barcelona. Informaba de que aquella iglesia, quemada en la Semana Trágica de 1909, había inspirado al poeta Joan Maragall su obra *L'església cremada*.

1909.

Ese era el año en que empezaba todo. El año en que el Príncipe de Barcelona naufragó frente a las costas de Ilhabela. El año en que mi bisabuelo perdió la memoria.

—¿Te encuentras bien, Pep?

Mi mente bullía tratando de conservar su equilibrio, de poner en orden lo poco que sabía sobre la Semana Trágica. Todo había comenzado por la razón de siempre: los ricos cabrearon más de la cuenta a los que no lo eran. Diez años después del desastre de Cuba y de las Filipinas, el país seguía en guerra, esta vez en el norte de Marruecos, pero todos los soldados que morían a puñados como perros provenían de familias humildes. Los ricos pagaban grandes sumas al Ejército para que sus hijos se librasen. En el mes de julio se convocó en Barcelona un paro general contra el embarco de reservistas, que derivó en una revuelta de carácter republicano y marcadamente anticlerical. Durante siete días, las calles se llenaron de barricadas, prácticamente en cada esquina se producía un enfrentamiento con los militares. Ardieron edificios, la mayoría religiosos. Los muertos y los heridos se contaron por docenas. Barcelona fue rebautizada como la Ciutat Cremada.

En fin, no me dedico a enseñar Historia.

Soy escritor.

Y ya se sabe que los escritores tenemos poderes increíbles.

Pestañeé y Nana se convirtió ante mí en otra mujer a la que yo no conocía. Tenía el pelo completamente blanco y el vestido empapado de sangre. Era mi madre y al mismo tiempo no lo era, porque yo ya no era yo. Me agarró con fuerza por el brazo.

—¿Dónde está tu hermano? —me gritó.

Y, de repente, supe con total certeza lo que había sucedido.

Desde el fondo de la calle vi acercarse despacio, como dos fantasmas escapados de un relato de Ambrose Bierce, a un joven y a un niño cogidos de la mano. Oí al joven susurrar:

—Shhh. Ahora procura no hacer ruido o despertaremos al dragón de la azotea.

El pequeño, que no tendría más de diez años, le miraba con sus inocentes ojos castaños. Parecía muerto de miedo.

—A mí me gustan los dragones.

—A nadie le gustan los dragones.

—A mí sí.

—Pero echan fuego por la boca.

—Ya. Ese es el problema.

—Por eso es importante que no lo despertemos.

—Vale, lo entiendo.

—Entonces ¿qué? ¿Vamos?

—¡Espera! —El niño seguía plantado en la calle.

—¿Qué pasa?

—Es que si se despierta...

—No va a despertarse, tranquilo.

—Vale, pero por si acaso. Si ves que el dragón abre los ojos y va a escupirme fuego, tú me protegerás, ¿verdad, Joan?

—Claro.

—Júramelo.

—Te lo juro. ¿Entramos de una vez?

Entonces se oyó un griterío a mis espaldas. Me volví y vi a un grupo de hombres que venía corriendo hacia nosotros. Iban desarmados, al contrario que los soldados que los perseguían. Ni siquiera se molestaron en darles el alto: se repartieron las presas, apuntaron y apretaron los gatillos. Cerré los ojos al oír el estrépito de los disparos. Los gritos de dolor. El impacto seco de los huesos contra los adoquines.

Cuando volví a abrirlos, yo era uno de los soldados.

Estaba agachado sobre los cuerpos. Les estaba dando la vuelta uno a uno, con mucha precaución. Maldecía que hubieran caído todos boca abajo y que me hubiera tocado precisamente a mí comprobar que estaban muertos. El pulso me temblaba. Llevaba el fusil cargado por si acaso, a punto para dispararlo otra vez.

Di la vuelta al tercer cuerpo y lo reconocí.

Solo tenía catorce años y, como todos los muchachos a esa edad, se creía un hombre hecho y derecho capaz de cambiar el curso del mundo con un chasquido de sus dedos. Pero no, no lo era aún y nunca llegaría a serlo. Le quedaba apenas un hilo de vida. Y lo malgastó para decirme, como sorprendido:

—Juraste protegerme.

Alcé la vista al cielo y vi la luna teñirse de negro. Y vi entonces que el dragón, el gigantesco y monstruoso dragón de mil colores de la Casa Batlló había despertado de su largo letargo, acababa de posarse como una malvada sombra sobre el tejado de la iglesia. Lo vi mirarme con sus ojos inyectados de odio. Lo vi abrir las fauces y rugir.

Y en un segundo todo se convirtió en fuego.

Volví a pestañear.

La puerta de la iglesia se abrió. Alba salió tranquilamente; atravesó las llamas como si no existieran y se acercó sonriendo de oreja a oreja. Al día siguiente era su cumpleaños. Nació el 9 de enero de 1999, justo a tiempo para poder decir que ha conocido dos siglos.

Nana corrió a estrujarla entre sus brazos. La llenó de besos.

—Ha sido el mejor concierto de mi vida.

Nana es así. Como la mayoría de las madres, supongo. Yo le guiñé un ojo a mi hija y le mostré los dos pulgares levantados. Por dentro pensaba: «Catorce ya. Qué deprisa pasa el tiempo».

Alcé la vista y el dragón había desaparecido.

Tal vez nunca existió.

Tal vez debería ser más humilde y limitarme a contar únicamente la verdad.

Perdóname.

Me prometí que a la mañana siguiente, sin falta, pondría el despertador a las cuatro y empezaría a escribir el prólogo de la novela. Tenía una idea. Una niña que anda sola por un largo y tortuoso camino lleno de barro y que intenta vencer su miedo. El miedo que tenemos todos a Gápanemé.

La noche era oscura y fría, pero al menos había dejado de llover.

Agradecimientos

A mi otra familia: Carmen Navarro (Mari), Begoña Fàbregas, Edu y Paula Lucena. Nunca hasta hoy les había dedicado un libro, y no me parece justo. Cuando no estoy escribiendo, ellos son mis vacaciones o (por usar una frase prestada) mi *spa* espiritual.

A todos los soñadores como Maurice que se empeñan en construir edificios imposibles al otro lado del mundo. En especial, al que fue mi profesor de Literatura, inmenso escritor y entrañable amigo Valerià Pujol, que nos dejó huérfanos demasiado pronto.

A Teresa Vilarrubla, mi agente, por guiarme por el complicado mundo literario sin perder jamás su sonrisa de capricornio.

A Elena García-Aranda y a Estrella García, mis hadas madrinas de Siruela/Alevosía, por sus minuciosas relecturas y sus sabios consejos, que seguí al pie de la letra. Esta novela no habría sido igual sin su talento y dedicación.

A todos los autores a los que he leído o releído con pasión durante los tres años que he tardado en escribir esta novela y que seguramente han influido en ella, aunque sea de un modo inconsciente. Por citar a algunos: Kelly Link, Laurent Binet, Don Winslow, Michael Chabon, John Irving, Chuck Palahniuk, Haruki Murakami, Don DeLillo, George R. R. Martin, Frank Miller, Enrique VilaMatas, Daniel Clowes, Michel Houellebecq, John Verdon, Félix J. Palma, Julio Ramón Ribeyro, Thomas Pynchon y Robertson Davies.

Al IVAC, la Filmoteca de la Generalitat Valenciana, y más concretamente a Santi (videoteca), Olga Bonet (archivo fílmico) e Ignacio Lahoz (jefe de conservación). Sin el visionado de *Sanz y el secreto de su arte*, esta novela habría sido muy distinta.

A Eugène Atget, que con sus mágicas fotografías me llevó de la mano por el París antiguo.

Finalmente, me da una enorme pereza ponerme a citar todos y cada uno de los miles de artículos e imágenes que me han sido útiles, en mayor o menor grado, durante el proceso de escritura. Así que me limitaré a dar las gracias a internet en general, entendido como el medio más rápido y económico que existe para viajar en el tiempo.

Notas

[1] Nostalgia, tengo nostalgia / de la tierra donde nací. / Nostalgia de un aguardiente, / la cachaza que bebí. / La cachaza es mi prima, / el vino, mi primo hermano. / La cachaza bebo en copa, / el vino, del garrafón. <<

[2] ¡Recitar! ¡Mientras preso del delirio/ no sé qué digo ni qué hago!/ Y, sin embargo, ¡debo esforzarme!/ ¡Bah! ¿Tú eres un hombre?/ ¡Tú eres Payaso!/ Ponte el vestido y maquíllate la cara/ La gente paga y quiere reír/ Y si Arlequín te roba a Colombina/ ríe, Payaso, y todos aplaudirán/ Transforma en risas los espasmos del llanto/ y en una mueca el hipo y el dolor. ¡Ah!/ Ríete, Payaso, de tu amor que se rompe/ Ríete del dolor que te envenena el corazón. <<

[3] «Después de todo, el principal negocio de los estadounidenses es el negocio». <<